

C.J. Daugherty

Night School 2: El Legado

*Discreción es virtud,
desobediencia es rebeldía*

Night
School
El Legado
C.J. Daugherty

© 2014 by C.J. Daugherty

ISBN 978-1-938911-11-1

A Jack

Mi navegador

Uno, desgracia

Dos, alegría

Tres, una chica

Cuatro, un chico

Cinco de plata

Seis de oro

Siete, un secreto

que debes guardar

Rima tradicional inglesa

Uno

- ¡Isabelle, necesito ayuda!

Acuclillada en la oscuridad, Allie susurró al teléfono aquellas palabras angustiadas.

A lo largo de casi un minuto, permaneció a la escucha. Cada vez que asentía, su melena oscura se balanceaba. Cuando la persona del otro lado dio la conversación por concluida, Allie se puso a toquetear el teléfono para retirar la tapa de la parte posterior y sacar la batería. Luego quitó la tarjeta SIM y la hundió en la tierra con el tacón.

Tras escalar el murete de ladrillos que rodeaba la minúscula zona verde de Londres en la que se había escondido, casi invisible en aquella noche sin luna, echó a correr por la calle desierta. Solo aflojó el paso un momento para tirar la carcasa del teléfono a una papelería. Después de recorrer unas cuantas calles, lanzó la batería por encima de una verja, al jardín de una casa cualquiera.

En aquel momento, un sonido se sumó al eco de sus propios pasos contra los adoquines. Agachada detrás de una furgoneta azul que habían aparcado junto a la acera, Allie contuvo el aliento y esperó.

Alguien se acercaba.

Oteó a toda prisa aquella calle de casas bajas, tranquila y apartada, pero no localizó ningún escondite a simple vista. Su perseguidor había echado a correr; Allie tenía poco tiempo.

Se tiró al suelo para ocultarse debajo de la furgoneta. El olor a asfalto y gasolina inundó sus fosas nasales. Apoyó la mejilla contra el asfalto, frío y húmedo tras el aguacero que había azotado la ciudad aquel día.

Aguzando los oídos, rogó a su corazón que latiese más despacio.

Los pasos se aproximaban. Cuando llegaron a la altura de la furgoneta, Allie contuvo la respiración. El desconocido se alejó sin aflojar la marcha.

Justo cuando empezaba a sentirse aliviada, los pasos se detuvieron.

Por un instante, el aire pareció absorber cualquier sonido. Allie no oía nada en absoluto. De repente, alguien masculló una maldición.

Al cabo de un momento, oyó una voz masculina, que susurraba: - Soy yo. La

he perdido -pausa. Luego, a la defensiva-: Ya lo sé, ya lo sé... Mira, es rápida y, como bien has dicho, se conoce la zona a la perfección -otra pausa-. Estoy en... -un roce de zapatos contra el suelo, cuando el perseguidor de Allie se volvió a mirar el nombre de la calle-... Croxted Street. Te espero aquí.

Se hizo el silencio, que a Allie se le antojó eterno. Empezó a preguntarse si acaso el desconocido se habría marchado de puntillas sin que ella lo advirtiese. No oía el menor movimiento.

Justo cuando sus músculos empezaban a acusar la inmovilidad, un escalofrío le recorrió la espalda.

Una tercera persona.

Crujidos que hendían el frío aire de la noche.

Con la piel de gallina, Allie advirtió que los pasos se dirigían hacia la furgoneta. Le sudaban las palmas de las manos.

Tranquila, se ordenó a sí misma. No te alteres.

Decidió poner en práctica las técnicas respiratorias que Carter le había enseñado el verano anterior. Inspirar y espirar brevemente la ayudaba a mantener a raya los ataques de pánico.

Tres inhalaciones, dos exhalaciones.

- ¿Dónde la has visto por última vez?

Oyó una voz grave, amenazadora. Allie seguía respirando en silencio.

- A dos calles de aquí -respondió el primero.

Allie oyó el roce de la tela de una chaqueta cuando el primer hombre señaló el lugar indicado.

- Se habrá metido por una bocacalle o se habrá escondido en un jardín. Volvamos atrás. Miraremos detrás de los cubos de la basura. No es muy alta. A lo mejor se ha escondido -el recién llegado suspiró-. A Nathaniel no le va a hacer ninguna gracia enterarse de que la hemos perdido. Ya has oído lo que ha dicho. Hay que encontrarla.

- Es rapidísima -dijo el primer hombre. Parecía nervioso.

- Sí, pero eso ya lo sabíamos. Ve por este lado de la calle. Yo iré por el otro.

Los pasos se alejaron. Allie no movió ni un dedo hasta que dejó de oírlos por completo. Aun entonces contó hasta cincuenta antes de abandonar su escondite con mucha precaución. Una vez incorporada, se escondió entre dos coches y miró a ambos lados de la calle.

No los veo por ninguna parte.

Rezando para no haberse confundido, Allie echó a correr, más deprisa esta vez.

En circunstancias normales, le encantaba correr. Incluso en aquel momento de máximo peligro, sus pies adoptaron instintivamente un paso constante y ligero. Su respiración se adaptó al movimiento.

Por desgracia, las circunstancias no eran normales, ni mucho menos. Luchó contra el impulso de volverse a mirar. Si se caía y se hacía daño, corría el riesgo de que la descubrieran. Y no quería ni imaginar lo que pasaría en ese caso.

Corriendo en la oscuridad, tenía la sensación de que eran las casas las que se movían, y no ella. Era tarde; reinaba el silencio.

Los detectores de movimiento jugaban en su contra; si corría por la acera, las luces de los porches se encendían a su paso, cegándola y exponiéndola al mismo tiempo. De modo que Allie se mantenía en el centro de la calle, aunque la luz de las farolas apenas le bastaba para ver por dónde iba.

De repente, llegó a un cruce. Allie se detuvo jadeando y leyó las señales indicadoras.

Foxborough Road. ¿Qué ha dicho Isabelle? Se tocó la frente como para obligarse a recordar.

Ha dicho a la izquierda por Foxborough, concluyó al cabo de un momento. *Luego a la derecha por High Street.* Pero no estaba segura. Todo había sucedido muy deprisa.

En cuanto dobló a la izquierda, vio las luces brillantes de High Street y supo que estaba en el buen camino. Por otra parte, se preguntó hasta qué punto el tráfico que circulaba por la avenida la protegía. Ahora, cualquiera podía verla.

Sin reducir la marcha, giró a la derecha por High Street en busca del lugar que Isabelle le había indicado.

¡Allí! En la cafetería de comida rápida de la esquina Allie torció a la derecha y encontró el callejón donde debía esperar. Sin mirar atrás, se refugió entre las sombras de dos enormes contenedores de basura.

Apoyada contra la pared, recuperó el aliento. El cabello sudoroso le caía sobre los ojos y se le pegaba a la cara. Se lo echó hacia atrás con gesto distraído y frunció la nariz.

¿Qué diablos era aquel tufo?

Los contenedores de basura apestaban, pero notaba otro hedor distinto que en el fondo prefería no identificar. Decidió concentrarse en el rescate y no perder de vista la entrada del callejón. Isabelle le había dicho que no tendría que esperar mucho.

No obstante, a medida que pasaban los minutos empezó a impacientarse. Aun allí, al amparo de la oscuridad, se sentía desprotegida. Podían descubrirla con facilidad.

Si yo estuviera buscando a alguien, este sería el primer lugar donde miraría, pensó.

Con el ceño fruncido, se mordisqueó la uña del pulgar con gesto ausente hasta que un ruido le llamó la atención. Echó un vistazo y vio una caja de cartón que se movía sola. Al principio no entendió lo que estaba viendo. Cuando reaccionó, siguió con la mirada la caja, que avanzaba despacio hacia ella desde la otra punta del callejón. Solo cuando la caja llegó a una zona iluminada vio la cola fina y prensil que asomaba por detrás.

Allie se tapó la boca con la mano para no gritar.

Se había escondido en un nido de ratas.

Desesperada, miró a su alrededor, pero no tenía dónde meterse. Con el corazón a punto de estallar, veía cómo la caja se dirigía hacia ella en zigzag. Contuvo el impulso de echar a correr. Debía seguir escondida.

Cuando la caja-rata chocó contra su pie izquierdo, no pudo más; Allie salió volando como alma que lleva el diablo. Se detuvo unos metros más allá. Volvía a estar en la calle, sin la más remota idea de qué hacer.

En aquel momento, un coche negro y brillante frenó delante de ella. Antes de que Allie pudiera reaccionar, un hombre alto se apeó por la portezuela del conductor y se volvió a mirarla por encima del coche, todo en un mismo movimiento.

- ¡Allie! ¡Deprisa! ¡Sube al coche!

Allie lo miró estupefacta. Isabelle había dicho que le enviaría ayuda, pero no había especificado: «Te mandaré a un hombre mayor en un coche pijo». El tipo se parecía demasiado a sus perseguidores: llevaba un traje muy elegante y el pelo cortado al rape.

Allie hizo un gesto despectivo con la barbilla.

Ni en sueños me voy a subir a ese coche.

Justo cuando se disponía a huir, dos figuras surgieron de entre la oscuridad de la avenida Foxborough. Se dirigían directamente hacia ella.

Estaba atrapada.

Volvió la cabeza hacia el hombre del cochazo y vio que este la miraba con expresión preocupada. Había dejado el automóvil en marcha; el motor ronroneaba como un tigre al acecho. Allie dio un paso atrás pero él le tendió el brazo derecho como para darle la mano. Habló rápidamente, sin pausas.

- Allie me llamo Raj Patel soy el padre de Rachel Isabelle me envía por favor sube al coche lo antes posible.

Allie estaba paralizada. Rachel era una de sus mejores amigas; Isabelle, la directora de la academia Cimmeria.

Si el hombre decía la verdad, estaría a salvo con él.

Apenas tenía unos segundos para pensárselo. Allie buscó alguna pista que la ayudara a decidirse. Alguna indicación de que el hombre decía la verdad.

La mano tendida no temblaba. Y el tipo tenía los ojos de Rachel.

- Si esos hombres te capturan, estás perdida, Allie -insistió él-. Por favor, sube al coche.

Sin que Allie supiera muy bien por qué, el tono de voz de aquel hombre la convenció de que podía confiar en él. Como si el otro acabara de pronunciar una fórmula mágica, Allie saltó hacia el coche, abrió como pudo la portezuela del pasajero y montó en el auto. Aún buscaba el cinturón de seguridad cuando el vehículo arrancó.

Para cuando encajó la hebilla, avanzaban a cien kilómetros por hora.

Dos

Con lo bien que había empezado la noche...

Allie había salido con sus dos viejos amigos, Mark y Harry, por primera vez desde hacía varios meses. Eran los chicos a los que solía frecuentar cuando aún se metía en líos; Mark y ella habían sido arrestados la última vez que se habían visto.

Los padres de Allie los detestaban, así que, cuando anunció que había quedado con ellos, se dispuso a oír reproches y protestas. Para su sorpresa, nadie puso el grito en el cielo.

La madre se limitó a sugerir:

- Por favor, vuelve antes de medianoche.

Eso fue todo.

La trataban de manera distinta desde que había regresado de la Academia Cimmeria. Con respeto.

Le había resultado raro salir de casa sin broncas ni peleas.

Y más raro aún le pareció volver al parque donde solía quedar con sus amigos antes de marcharse interna y encontrar a Mark y a Harry jugando a oscuras en las barras paralelas, como dos niños grandes.

- Necesitáis un trabajo -les dijo mientras cruzaba la verja.

- ¡Allie! -gritaron, y echaron a correr en la oscuridad hacia ella.

Allie estaba tan contenta que no podía dejar de sonreír. Y ellos parecían encantados de volver a verla. Le dieron golpecitos en la espalda y le pasaron una lata de sidra caliente. Sin embargo, en cuanto se hubieron instalado en el parque, los dos chicos en los columpios y Allie en lo alto del tobogán, la conversación decayó. Los chicos solo hablaban de las clases que se saltaban, de los grafitis que pintaban en las estaciones de tren y de las zapatillas que robaban en Foot Locker. Como en los viejos tiempos.

Solo que ahora a Allie todo eso le parecía...

Un rollo.

Solo habían pasado dos meses desde que se vieran por última vez, pero a Allie se le antojaban años; había vivido tantas cosas a lo largo de aquel verano en Cimmeria... Había ayudado a apagar un incendio. Había estado a punto de morir. Había encontrado el cadáver de una alumna.

Al recordarlo, se estremeció.

Estaba segura de que, si intentaba explicarles a los chicos cómo era Cimmeria, se quedarían a cuadros. Así que cuando le preguntaron por el colegio nuevo, respondió con vaguedades: era un sitio «algo rarito» pero «bastante guay».

- ¿Y la gente de por allí es, o sea, superpija? -preguntó Harry mientras estrujaba la lata de sidra con una mano y la tiraba entre las plantas. Allie se quedó mirando el brillo del metal entre las verdes hojas de hierba.

- Sí, más o menos -repuso sin separar los ojos de la lata.

Pero me caen muy bien, pensó, aunque no lo dijo en voz alta.

- ¿Y pasaban de ti? -se compadeció Mark, malinterpretando la expresión de su amiga.

Ella evitó sus ojos.

- Algunos sí -reconoció. Se refería a Katie Gilmore y a su grupo. Sin embargo, al final del trimestre, habían trabajado juntas para apagar el incendio y habían acabado por respetarse mutuamente-. Pero no son tan malos -concluyó.

- Debe de ser un asco ir a clase con un montón de pijos -Harry se puso en pie en el columpio y se dio impulso. Su voz iba y venía-. Yo les diría adónde se podían ir y acabaría expulsado, seguro.

- Como si te fueran a admitir -le espetó Mark.

Empujó las cadenas del columpio de Harry para hacerlo girar sobre sí mismo.

- ¿Vas a volver? -preguntó Mark, que se había puesto serio de repente.

- Sí, mis padres quieren que vuelva. Y yo... también, ¿sabes?

Sostuvo la mirada de su amigo, como pidiéndole que fuera comprensivo.

Mark procedía de un entorno muy distinto al de Allie. Su padre se había marchado y vivía en un bloque de pisos. Su madre frecuentaba bares y clubes con sus amigos; no se comportaba como una madre normal. Después de que el hermano de Allie se escapara de casa hacía dos años, Mark se había convertido en lo más parecido a un hermano que podía tener. Allie sabía que su amigo la había echado de menos durante aquellos meses. Sin embargo, siendo sincera, debía reconocer que ella, pasadas las dos primeras semanas, apenas había pensado en él.

- Te escribiré -le prometió en aquel momento, para quitarse de encima el sentimiento de culpa.

La sonrisa sarcástica de Mark le recordó un poco a la de Carter.

- ¿Sí? -el chico abrió otra lata de sidra y se subió al segundo columpio-. Yo te escribiré mensajes en la línea de metro de Hammersmith.

Se dio impulso con los pies para acercarse a Harry, que se balanceaba al ritmo de tonadillas bobas.

Sentada en el tobogán, Allie miraba a sus amigos bromear entre ellos; se empujaban como si quisieran arrancar los columpios del bastidor. Su rostro exhibía una expresión reflexiva, la lata de sidra olvidada a un lado.

Se acercaba la medianoche cuando sonó el teléfono de Harry. Después de hablar un momento, consultó algo con Mark antes de volverse hacia Allie.

- Vamos a acercarnos a la cochera de Brixton. A trabajar un poco. ¿Te apuntas?

Después de pensárselo un momento, Allie negó con la cabeza.

- Les he prometido a los viejos que iría pronto a casa -respondió-. Todavía me tratan como si fuera una criminal.

Harry le tendió el puño y ella le dio un toque con los nudillos. Cuando el chico cogió su bolsa, sonó un tintineo.

- Nos vemos, Sheridan -se despidió mientras echaba a andar hacia la salida del parque-. No dejes que esos pijos se pasen contigo.

Mark se demoró un momento. Se hizo un silencio.

- Sería guay que me escribieras, Allie -dijo al cabo de un instante.

- Lo haré -prometió ella, decidida a cumplir su palabra.

Luego Mark se dio media vuelta y echó a correr en pos de Harry. Allie se quedó un momento escuchando sus risas y su charla, que se perdían a lo lejos. Cuando el sonido se extinguió, Allie bajó del tobogán, recogió las latas de sidra y las tiró a la papelera. Luego se cubrió la cabeza con la capucha y echó a andar hacia su casa a una velocidad mucho más lenta que el ritmo de sus pensamientos. Casi había llegado cuando los vio: cuatro hombres plantados junto a la entrada de su casa. Aunque era de noche, uno llevaba gafas de sol. Cuando Allie lo observó, le dio un vuelco el corazón. El porte atlético y la actitud meditabunda le recordaron a Gabe.

Allie se paró a mirarlos. Aquel fue su primer error. Debería haber entrado directamente al jardín de la señora Burson y haber huido por detrás.

Sin embargo, no lo hizo.

Cuando la chica se detuvo, el hombre que tenía más cerca se dio media vuelta. Las sombras la ocultaban a medias pero se diría que la había reconocido. La llamó por gestos.

- Eh -dijo en voz baja, e hizo chasquear los dedos dos veces.

Todos se volvieron a mirarla.

Ella retrocedió un paso.

- ¿Allie Sheridan? -preguntó el primero.

Otro paso hacia atrás.

- Solo queremos hablar contigo -dijo otro.

Allie se dio media vuelta y echó a correr. Saltó la valla de la señora Burson, voló hacia la puerta trasera que estaba siempre abierta y la traspasó. Tras ella, los

hombres maldecían y buscaban la puerta en vano. Allie, entretanto, corría por el césped mojado y saltaba la verja del otro lado en dirección al parque.

Girando aquí y allá por el vecindario, siguió corriendo hasta que dejó de oírlos. Entonces saltó el muro de un jardín y se agazapó tras el seto.

Cuando llevaba lo que le pareció una hora sin oír pasos, se sacó el teléfono del bolsillo con manos temblorosas.

Ahora estaba sentada en el cómodo Audi negro, mientras el padre de Rachel maniobraba entre el tráfico de la Rotonda Sur a mucha más velocidad de la permitida. Había decidido fiarse de él, pero Allie guardó las distancias de todos modos. Apoyada contra la portezuela, dejó la mano en la manilla, por si las moscas.

Se parece un poco a Rachel, pensó. Sin embargo, aquel hombre tenía la piel más oscura y el pelo más áspero, mientras que la melena de Rachel era una mata de rizos brillantes.

El hombre guardó silencio hasta que las filas de casas que flanqueaban la carretera se fueron dispersando y luego desaparecieron para ser remplazadas por prados oscuros.

- ¿Estás bien? -preguntó él. Lo dijo en tono seco, pero Allie advirtió un amago de paternalismo en su voz.

- Sí -respondió, irguiéndose en el asiento-. Solo un poco... asustada.

- Gracias por confiar en mí -repuso él-. Al principio, he pensado que saldrías corriendo.

- Se parece a ella -dijo Allie-. A Rachel, me refiero. Así que... le creo.

Por primera vez, él sonrió, sin apartar los ojos de la carretera.

- No se lo digas. Su madre es la guapa de la familia.

Parecía más simpático cuando sonreía y Allie se tranquilizó un poco.

- ¿Qué ha pasado? -preguntó el hombre-. Hemos pasado por tu casa hace un par de horas y todo parecía normal.

- ¿Han estado en mi casa?

Allie se crispó.

- No hemos entrado -al advertir la inquietud de la chica, adoptó un tono cálido-. Solo hemos comprobado que todo estuviera en orden. Isabelle me pidió que te echara un vistazo de vez en cuando. Cada día envió a uno de los nuestros, a

uno de mis empleados.

Rachel le había contado a Allie que su padre trabajaba en una empresa de seguridad, tan acreditada que incluso los presidentes y los ejecutivos de las grandes empresas requerían sus servicios. Al margen de aquella información, Allie no sabía nada de él, salvo que había asistido a Cimmeria cuando era joven.

Por más que intentaba recordar si había visto a algún extraño por las inmediaciones de su casa antes de aquel día, ninguna imagen acudía a su mente. La idea de saberse vigilada le provocó escalofríos.

- Todo iba bien -dijo Allie-. No había nadie en las cercanías de mi casa cuando he ido al parque. A la vuelta, sin embargo, he visto a unos chicos esperándome en la calle. Me han reconocido.

- ¿Te han hecho algo?

El hombre la miró un instante.

Ella negó con la cabeza.

- Han dicho que querían hablar conmigo. Pero no les he creído -aclaró-. He salido corriendo. No me han tocado.

- Buena chica.

El hombre lo dijo en tono de aprobación. Allie se sonrojó presa de un inesperado sentimiento de orgullo.

- No obstante, me sorprende que hayas podido escapar -prosiguió él-. Son buenos en lo suyo.

La chica se encogió de hombros con modestia.

- Soy bastante rápida. Y me he escabullido por sitios complicados.

- E ibas de negro -añadió él.

- Isabelle me sugirió que llevara ropa negra si salía de noche, por si acaso.

Él se desvió por la M25 y echó un vistazo al espejo retrovisor para asegurarse de que nadie los seguía.

- Siento que sus temores fueran fundados -dijo el hombre.

- Yo también -asintió Allie.

Se arrellanó aún más en el asiento y miró los coches que dejaban atrás. El padre de Rachel circulaba a toda velocidad. Ahora que Allie había entrado en calor y la adrenalina había dejado de circular en su organismo, se daba cuenta de lo cansada que estaba. Se le cerraban los ojos.

- ¿Y qué pasa con mis padres? -preguntó con voz ronca de sueño.

- Isabelle los llamará y se lo explicará todo -repuso él-. Sabrán que estás a salvo.

Allie apoyó la cabeza en el respaldo.

- Bien -murmuró-. No quiero que se asusten.

A los pocos minutos, estaba durmiendo.

Una brisa fresca la despertó al cabo de un rato. Se incorporó sobresaltada.

El coche se había parado y Allie estaba sola en el vehículo. Habían dejado abierta la portezuela del conductor.

La quietud de la noche le pareció antinatural tras el bullicio de Londres. El ruido del tráfico brillaba por su ausencia. No se oían sirenas. Percibió unas voces cercanas. Un hombre y una mujer hablaban en tono quedo.

Allie se incorporó y se pasó las manos por la melena revuelta.

- ¿Y estás seguro de que nadie os ha seguido? -preguntó la mujer.

- Completamente -repuso el padre de Rachel.

- Pobrecita. Debe de estar agotada -siguió diciendo la primera-. No he despertado a Rachel. Ya se lo contaremos por la mañana.

Allie abrió la portezuela del coche y la conversación se interrumpió.

El señor Patel hablaba con una mujer castaña, de tez blanca. Llevaba vaqueros y una chaqueta larga de color azul sujeta con un cinturón.

- Eh... hola -saludó Allie con inseguridad.

- Allie -dijo el señor Patel-, esta es la madre de Rachel, Linda.

La oscuridad era tan profunda que Allie apenas podía ver nada. Solo alcanzaba a distinguir la silueta de un edificio a espaldas del matrimonio. Una luz en la planta baja. Una puerta abierta.

Aún seguía desorientada cuando la señora Patel le pasó un brazo por los hombros y la guio hacia la casa.

- Creo que te sentará bien una taza de cacao caliente y una cama, Allie. He dejado ropa de Rachel en tu habitación. Te quedará un poco grande, pero servirá. Solo serán unos días.

Fatigada, cogió la bebida caliente que le ofrecían. Luego la señora Patel la condujo por unas escaleras hasta una espaciosa habitación con una gruesa

alfombra color crema y las paredes pintadas de amarillo pastel. La lamparilla de noche iluminaba el cuarto con luz tenue, y una cama doble, cubierta con una colcha amarillo limón, la esperaba con el embozo retirado.

- El baño está aquí -la señora Patel señaló una puerta-. Y he dejado la ropa en la cómoda. Quiero que te sientas como en casa. Rachel vendrá a buscarte a la hora del desayuno. Que duermas bien. Hablaremos por la mañana.

Con una sonrisa tranquilizadora, salió cerrando la puerta tras de sí.

Allie se quedó unos instantes sentada en la cama. Sabía que debía levantarse y lavarse la cara. Buscar un pijama. Averiguar dónde estaba exactamente.

En cambio, se quitó los zapatos con los pies y se tendió boca arriba. Luego, se acurrucó de lado y contó las respiraciones.

Tres

- Bienvenida -Isabelle La Fanult bajó rápidamente la vieja escalinata de entrada que conducía al imponente edificio victoriano de la Academia Cimmeria y envolvió a Allie en un cálido abrazo-. Me alegro muchísimo de verte sana y salva.

- Yo también me alegro de estar de una pieza -Allie sonrió abiertamente a la directora.

Tras el rescate de Londres, se había alojado unos días en casa de los Patel, una agradable tregua durante la cual se había dedicado, principalmente, a bañarse en la piscina y, por primera vez en su vida, a montar a caballo.

Al advertir que Allie andaba necesitada de cariño materno, la señora Patel la había atiborrado a comida y había velado por su seguridad. Por su parte, la hermana pequeña de Rachel, Minal, había seguido a las chicas a todas partes, ansiosa por participar en sus actividades. La experiencia tuvo algo de agrí dulce; los Patel eran el tipo de familia que Allie siempre había deseado tener, muy parecida a la que fuera su propia familia en otro tiempo.

Pese a todo, el padre de Rachel e Isabelle habían pensado que Allie estaría más segura en Cimmeria. Y aunque faltaban diez días para el comienzo del trimestre, el señor Patel había llevado a Allie y a su propia hija al colegio.

La escuela no había cambiado mucho desde el verano anterior; seguía siendo enorme, sólida e imponente. Los tres pisos del edificio de ladrillo rojo se

erguían ante ellas. Destacaba el tejado de pizarra, un capricho gótico de picos y valles sembrado de pináculos de hierro forjado que hendían el cielo como lanzas de caballeros negros. Las filas simétricas de ventanas arqueadas seguían a las chicas como ojos oscuros cuando sacaron las maletas del coche.

La directora se había recogido con una pinza la melena castaño claro. Lucía un polo blanco con el emblema de Cimmeria y unos vaqueros. Allie no recordaba haberla visto nunca en vaqueros.

- Gracias por enviar al señor P. a rescatarme -dijo-. No sé qué habría pasado de no haber sido por él.

- Seguiste mis instrucciones a la perfección -aun en días nublados como aquel, los ojos color miel de la directora brillaban con intensidad-. Fuiste muy valiente. No sé cómo expresarte lo orgullosa que me siento de ti.

Ruborizada, Allie bajó la mirada.

- Y Rachel, mi alumna estrella -con delicadeza, Isabelle se volvió a saludarla-. Gracias a Dios que has vuelto; la biblioteca te necesita. Eloise se alegrará muchísimo de tenerte aquí. Hola, Raj -la directora enarcó una ceja mientras estrechaba la mano del padre de Rachel. ¿O debería llamarte señor P.?

- Si no hay más remedio -el señor Patel esbozó una sonrisa irónica-. Me parece que mi opinión no cuenta.

Isabelle giró la cabeza hacia el equipaje que se amontonaba junto al coche.

- Supongo que te has traído tu cargamento de libros, Rachel -prosiguió-. Puedes dejarlos aquí durante las vacaciones, ¿sabes? No los vamos a tirar.

Sonriendo, Rachel cogió una bolsa y se la cargó al hombro.

- Ya me conoces, Isabelle...

- Ya lo creo que sí. Bueno, será mejor que os acomode. El personal está muy ocupado con las reparaciones, de modo que estamos más solos que de costumbre.

La directora cogió una maleta y echó a andar a paso vivo hacia la puerta. Los otros cargaron el resto del equipaje y la siguieron por la suntuosa entrada, cuya vidriera, a falta de sol en aquel día nublado, parecía triste y apagada. Allie advirtió que el tapiz del unicornio había desaparecido de su lugar de costumbre, junto a la puerta, y pronto comprendió que muchas más cosas habían cambiado desde que viera la escuela por última vez, la noche del verano anterior en que el edificio había estado a punto de ser pasto de las llamas.

- Carter, Sylvain y Jo ya están aquí -la voz de Isabelle resonó en la antigua piedra mientras se dirigían hacia el magnífico vestíbulo-. Jules llegará dentro de

poco, y también unos cuantos alumnos mayores, pero seremos pocos hasta el comienzo del trimestre.

Una alfombra improvisada, confeccionada con polvorientas piezas de lona, cubría la madera del suelo del enorme vestíbulo principal. Los incontables óleos que por lo general decoraban el revestimiento de roble de las paredes habían sido retirados. En ausencia de los cuadros, el espacio transmitía una extraña sensación de desnudez y también, pensó Allie, de inquietante fugacidad.

Allá delante, Isabelle seguía hablando alegremente, pero Allie advirtió que su voz sonaba algo chillona; percibió la tensión que la directora se esforzaba en ocultar.

- Como algunas salas sufrieron daños en el incendio, estamos trasladando las aulas y los dormitorios -la goma de los recios zapatos de Isabelle chirriaba contra el suelo-. Espero que las obras estén acabadas para dentro de diez días, antes de la llegada del grueso de los alumnos. Necesitamos toda la ayuda que nos podáis prestar. Es obligatorio presentarse voluntario.

Sin reducir el paso, encabezó la marcha por una amplia escalinata. En lo alto de la misma pendía una lámpara de araña eduardiana que, protegida por una enorme muselina, parecía una gigantesca telaraña. Allie, que trotaba en último lugar, oyó martillazos a lo lejos, obreros que gritaban y el roce de algo grande al ser arrastrado.

En el momento de su partida, era muy consciente de que el edificio tendría que ser reparado. Aunque se había marchado al día siguiente del incendio, había visto lo suficiente como para saber que las obras serían importantes. Sin embargo, no se esperaba encontrar el colegio tan... deteriorado. Privado de los cuadros y los adornos que le daban el aire de un castillo encantado, parecía herido, y Allie pasó la mano por la barandilla de roble como para consolarlo.

En lo alto de la escalinata, doblaron por unas escaleras más angostas que desembocaban en otro pasillo y luego en un segundo tramo de peldaños. El olor acre del fuego se percibía allí con más intensidad, y a Allie se le revolvió el estómago al recordar la imagen de su hermano Christopher de pie en el salón, con una antorcha encendida en la mano para prender fuego al colegio.

Como anticipándose a la reacción de Allie, Isabelle acudió a su lado, le rodeó los hombros con el brazo y la alejó de su antiguo cuarto.

- El humo y el agua hicieron estragos en tu habitación, Allie, de modo que te hemos asignado otra -dejaron atrás la puerta del viejo cuarto de Allie, el 371-. Ya hemos trasladado tus cosas.

- ¡Eh, está al lado del mío! -exclamó Rachel mientras abría la puerta de la habitación 372. Allie la oyó decir:- Hola, pequeño espacio personal. Cuánto te quiero.

Isabelle abrió la puerta del cuarto de Allie.

- He pensado que te sentirías mejor estando cerca de Rachel.

La austera habitación olía a fuertes productos de limpieza y a pintura. Allie esperó en el umbral mientras Isabelle forcejeaba con la contraventana de la ventana arqueada y la empujaba para ceder el paso a la luz grisácea.

Los lomos de su pequeña colección de libros asomaban de la alta estantería. Una colcha mullida y blanca cubría su cama, y una manta azul marino descansaba bien doblada a los pies; igual que en su habitación anterior. Nada había cambiado.

Isabelle ya se disponía a salir.

- Tus padres te han enviado unas cuantas cosas. Las he metido en el armario. Cuando te hayas acomodado, ve a buscarme. Charlaremos un poco.

Cuando la directora cerró la puerta, el corazón de Allie dio un brinco de alegría. Había regresado al lugar al que pertenecía.

Qué llegada tan distinta de la que había protagonizado el trimestre anterior, la primera vez que pisó Cimmeria. En aquel entonces la escuela le había parecido odiosa y amenazadora. Casi todos los alumnos la habían tratado como a una intrusa en una fiesta exclusiva. Sus padres estaban tan enfadados con ella -acababan de arrestarla-que no le habían contado nada del colegio. Se limitaron a llevarla en coche y la dejaron allí. Cuando Jules, la prefecta rubia, le mostró las instalaciones, Allie se sintió como una idiota. Fue entonces cuando descubrió el extraño Reglamento que se aplicaba en el colegio (todos los aparatos electrónicos estaban prohibidos y nadie podía abandonar el recinto) y la existencia de un grupo de élite conocido como Night School, que se reunía en secreto tras el toque de queda y tomaba parte en extraños entrenamientos rituales que los demás alumnos tenían prohibido presenciar.

Apenas dos meses después y a pesar de sus peculiaridades, el colegio le parecía un verdadero hogar.

Allie abrió el armario y sacó la pequeña maleta que sus padres habían enviado. Había dejado instrucciones muy precisas respecto a lo que debían incluir. Varios libros, todos sus cuadernos, unas cuantas mudas de ropa y...

Sonrió.

Aquí están. Encima de todo.

Sus Doc Martens rojas, de caña alta.

Acarició con una mano la piel ajada, mientras con la otra sostenía la nota que su madre había depositado en la maleta.

«Cimmeria te proporciona zapatos, así que no sé para qué quieres las botas...» empezaba diciendo.

- Ya sé que no, mamá -musitó Allie algo irritada.

Leyó por encima el resto de la nota; no hacía ninguna referencia a lo sucedido la última noche de su estancia en Londres. No mencionaba a Isabelle ni a Nathaniel. No decía nada importante.

Por lo visto, sus padres preferían seguir fingiendo.

Allie se sentía a veces como si la hubieran sacado con pinzas de su horrible entorno y la hubieran dejado caer en mitad de la vida de otra persona. Una vida en guerra constante. Se encontraba en plena línea de fuego pero no tenía ni la más remota idea de quiénes eran los enemigos. Aunque empezaba a intuir en quién podía confiar.

Empezó a vaciar el resto del contenido pero le pareció una tarea larga y tediosa. La maleta aún yacía abierta en el suelo cuando salió corriendo de su habitación. Llamó a la puerta de Rachel con impaciencia y entró sin aguardar respuesta. Encontró a su amiga sentada en el suelo, rodeada de montones de libros, con un volumen abierto en el regazo.

Durante los pocos días que había pasado en casa de Rachel, se había sentido como si hubiera encontrado por fin a la hermana que, en secreto, siempre había deseado tener. Mientras chapoteaban en la piscina y cabalgaban por los terrenos de la familia, habían compartido todos sus secretos. Habían hablado de Carter y Nathaniel, de la madre de Allie y del padre de Rachel. Allie tenía la sensación de que le podía contar a Rachel lo que quisiera, porque esta jamás la enjuiciaría. Nunca la traicionaría.

- Ya desharemos el equipaje más tarde -Allie daba saltitos de impaciencia-. ¿Por qué no vamos a la biblioteca?

- ¿Me estás pidiendo que te acompañe a buscar a Carter? -con una sonrisa indulgente, Rachel cerró el libro y se puso en pie-. Claro que sí.

En la planta baja, reinaba un gran bullicio. En el ala de las aulas resonaban los martillos y, por el hueco de la puerta, vieron a los obreros picando el yeso estropeado. Los revestimientos chamuscados aguardaban el traslado apoyados contra la pared y atisbaron un pupitre renegrido tirado de cualquier manera. Los obreros entraban y salían sin cesar. Los andamios cubrían los muros como una

malla plateada.

En el resto del colegio, sin embargo, las cosas tenían mejor aspecto. El comedor estaba intacto y la sala común tampoco había sufrido daños.

Al entrar en el salón de actos, las chicas descubrieron que la estancia se encontraba en buen estado pero tan atestada que apenas se podía pasar. Por lo visto, lo estaban usando como almacén del mobiliario mientras reparaban las salas más perjudicadas.

Rachel pasó con cuidado junto a las patas de una silla que yacía de lado debajo de un pupitre.

- Me pregunto dónde...

En aquel momento, la puerta se abrió y Sylvain entró a toda prisa cargado con una alfombra oriental enrollada. Estaba tan concentrado tratando de hacer pasar su engorroso fardo por el umbral que por un momento no reparó en la presencia de las chicas. Entonces alzó la vista y sus ojos intensamente azules descubrieron a Allie. Sobresaltado, se tropezó y la alfombra osciló descontrolada. Allie y Rachel se agacharon para ponerse a salvo mientras él trataba de recuperar el control. Por fin, Sylvain soltó la alfombra, que cayó entre una nube de polvo.

En el silencio que los envolvió, Allie reparó en aquel flequillo negro y ondulado sobre la frente, en la tez oscura de Sylvain, que brillaba del esfuerzo. Luego se preguntó por qué se habría fijado en eso.

La voz de Rachel la sobresaltó.

- Hola, Sylvain. No pretendíamos asustarte.

- Hola, Rachel. Bienvenida.

Al oír aquella voz característica, con su elegante acento francés, Allie fue presa de una emoción indefinida. Como si se hubiera dado cuenta, Sylvain se volvió a mirarla.

- Hola, Allie -dijo con voz queda.

- Hola, Sylvain -ella tragó saliva, nerviosa-. Quie... quiero decir... ¿cómo estás?

- Muy bien.

Aquella pronunciación tan perfecta en un chico de diecisiete años le otorgaba un curioso aire sofisticado. Al principio de conocerlo, una palabra de Sylvain bastaba para que Allie se derritiese.

Pero aquello pasó a la historia.

- ¿Y tú cómo estás? -preguntó Sylvain.

Mientras la incómoda conversación se desplegaba, Rachel retrocedió hacia la puerta.

- Bueno, voy a... -farfulló confusa antes de largarse a toda prisa.

Cuando su amiga salió, Allie dio un paso hacia Sylvain intentando adoptar una expresión distante.

- Pues... bien -tenía un nudo en la garganta y tragó saliva con fuerza-. Yo... no tuve ocasión. De darte las gracias, quiero decir. Después del incendio -tendió el brazo hacia él-. Me salvaste la vida, Sylvain.

Cuando lo tocó, una descarga eléctrica los recorrió a ambos. Al separar la mano con un gritito, Allie saltó hacia atrás y tropezó con la alfombra. Sylvain la cogió del brazo para evitar que cayera, pero la soltó a toda prisa y retrocedió.

No era así como Allie había imaginado el reencuentro, en absoluto. Hubiera querido parecer una tía guay. No una patosa que tropezaba con las alfombras y lo electrocutaba con su propia piel.

Se ruborizó.

- Lo siento. Tengo que... irme y...

Sin acabar la frase, se largó pitando de la sala.

A salvo tras la primera esquina, se detuvo, se apoyó en la pared y cerró los ojos.

Reviviendo la escena mentalmente, golpeó la cabeza rítmicamente contra el muro.

- Hola, Sylvain -musitó con sorna entre golpe y golpe-. Soy una cretina. ¿Y tú?

Con un suspiro, se incorporó y echó a andar por el pasillo, directamente a los brazos de Carter. Riendo, él la levantó en volandas.

- Había oído el desagradable rumor de que habías vuelto.

El chico llevaba la camisa manchada de blanco e iba muy despeinado. Un encantador rastro de pintura le ensuciaba la frente. Allie agradeció el contacto de aquellas manos fuertes y cálidas contra la cintura. Después de lo incómoda que se había sentido con Sylvain, el mero hecho de estar con Carter le parecía un bálsamo para el alma.

- Las malas noticias vuelan -repuso ella a la vez que le ofrecía los labios.

Cuando lo besó, un súbito calor se extendió por el cuerpo de Allie, que separó la boca y le rodeó los hombros con fuerza. Al cabo de un momento, Carter apoyó la frente contra la de Allie, mientras susurraba: - Cielos, te he echado de menos.

Sin separarse, ella lo miró a los ojos y sonrió.

- Lo mismo digo.

- Tienes un aspecto estupendo -dijo él, irguiéndose-. ¿Estás bien? Cuando Isabelle me contó lo que te había pasado en Londres, yo... -las palabras murieron en sus labios y se le crispó la mandíbula-. Bueno, para cuando me contó lo sucedido ya sabíamos que estabas a salvo pero... Te encuentras bien, ¿no?

- Sí, estoy bien -lo tranquilizó Allie-. El padre de Rachel acudió en mi rescate. Es... no sé... una estrella de rock o algo así.

- Sí, dicen que es la bomba -dijo Carter sonriendo-. Hasta Zelazny se refiere a él como si fuera Batman en persona.

A la mención de su profesor más odiado, Allie puso cara de asco.

Carter, en broma, agitó el dedo en su dirección.

- Tendrías que llevarte mejor con él, Allie.

- Ya lo sé, ya lo sé -musitó ella-, pero yo no tengo la culpa. Él me cogió manía primero. Yo me limité a seguir su ejemplo.

- Es la excusa más patética que he oído en mi vida -se rio Carter.

Allie no podía creer que estuviese allí por fin; intercambiando pullas con Carter. Le apretó la mano, presa de una súbita felicidad.

- Te he echado mucho de menos, ¿sabes?

Arrastrándola al hueco de la escalera, el chico volvió a besarla, con más pasión que la vez anterior. Cuando los labios de Carter resbalaron por la mandíbula de Allie hasta su cuello, la piel de ella se erizó. Allie hundió los dedos en la musculosa espalda de Carter y él, exhalando un gemido de placer, le acercó otra vez los labios.

- Ah, Carter, estás ahí.

Al oír la voz de Isabelle, el chico se dio media vuelta. Alisándose el cabello, Allie intentó adoptar una expresión de inocencia pero supo, por la elocuente mirada de la directora, que no engañaba a nadie.

- Eloise te está buscando. Y, Allie, agradecería tu ayuda también -dijo la directora-. Si no estáis demasiado ocupados, claro.

Se alejó sin decir nada más.

La ironía del comentario hizo sonrojar a Allie, pero los hombros de Carter se agitaron con risa reprimida.

- No sé de qué te ríes -le reprochó ella en plan remilgado, pero Carter se echó a reír abiertamente y la empujó con suavidad hacia la biblioteca.

- Venga. Ya sabes que Isabelle es una tía enrollada. No va a castigarnos por unos cuantos besos.

Como ella seguía enfurruñada, Carter le hizo cosquillas hasta que Allie se rio y lo empujó.

Conforme se acercaban a la puerta de la biblioteca, sin embargo, el humor de Allie se transformó. Soltó la mano del chico y fue reduciendo el paso hasta detenerse por completo.

Carter, que caminaba delante de ella, se volvió a mirarla preocupado.

- ¿No has vuelto a entrar desde el incendio?

Con los ojos fijos en la puerta, Allie hizo un gesto negativo.

- ¿Te apetece entrar ahora?

Ella volvió a negar con la cabeza.

- No. Ni una pizca.

Carter le cogió la mano.

- No tienes que hacer esto, ¿sabes? -le dijo con suavidad-. Tómate tu tiempo.

Sin separar los ojos de la puerta, que se erguía amenazadora ante ella, Allie asintió.

- Ya lo sé. Pero cuanto más espere, más me costará -respondió. Miró a Carter y luego la puerta otra vez-. Tengo que hacerlo cuanto antes. No puedo prescindir de la biblioteca. Es la cuna del conocimiento.

Aquel chiste malo no engañó al chico, que cogió la mano de Allie con fuerza.

- Bien. No dejes de respirar, ¿vale?

Con los ojos fijos en la pesada madera de roble, ella asintió. Sabía perfectamente bien que estaba ante una puerta normal, tras la cual encontraría una sala como tantas otras. Sin embargo, en aquel lugar había estado a punto de perder la vida.

Sin separar los ojos de Allie, Carter tendió la mano hacia el pomo.

- ¿Lista?

Con el corazón desbocado, Allie asintió.

La puerta se abrió.

- Oh, Dios mío -susurró ella mientras se tapaba la boca con las manos.

La entrada de la antaño hermosa biblioteca estaba en ruinas. Lo único que quedaba del alto mostrador que durante décadas había custodiado la puerta era un recuadro negro en el suelo. Filas y filas de estanterías habían desaparecido también y buena parte de los paneles tallados, cuya antigüedad se remontaba al siglo XVIII, había quedado reducida a cenizas. El tufo acre del humo impregnaba el aire.

- Tiene mal aspecto, ya lo sé -dijo Carter-, pero créeme, está mucho mejor que antes.

Una súbita oleada de tristeza inundó a Allie. Antes del incendio, aquella era una de sus salas favoritas de Cimmeria, con sus butacas de piel y sus alfombras orientales. Solía estar atestada de estudiantes que leían a la luz de las lámparas verdes.

Todo había desaparecido.

Los muebles habían sido retirados, y el suelo, desnudo y chamuscado, parecía viejo, abandonado.

- Está en ruinas -susurró.

- Yo reaccioné igual la primera vez que la vi -comentó Eloise Derleth en tono compasivo. Llevaba la oscura melena recogida en una cola de caballo, una camiseta blanca y los vaqueros tan salpicados como la ropa de Carter. Había pintura hasta en la montura de sus gafas.

- Hola, Allie -dijo-. Bienvenida.

- Eloise, no me lo puedo creer -Allie tenía la voz ronca de tristeza cuando se volvió hacia la joven bibliotecaria-. ¡Tu preciosa biblioteca!

Eloise miró a su alrededor con expresión estoica.

- No es tan terrible como parece. En cierto sentido, tuvimos bastante suerte.

Se acercó al lugar donde antes descansaba su escritorio.

- Hemos perdido todos los documentos que se conservaban aquí, lo cual es una tragedia porque tenían un siglo de antigüedad. Sin embargo, guardamos los más antiguos en el desván, y están intactos.

Señalando por gestos la zona de las estanterías, ahora destruida, dijo: - Los

libros que almacenábamos aquí eran las adquisiciones más recientes y, en consecuencia, los menos valiosos. Los clásicos griegos, latinos y otros volúmenes de anticuario estaban al otro lado de la sala y casi todos sobrevivieron al fuego, aunque el agua y el humo estropearon unos cuantos. No obstante, hemos contratado a una de las mejores empresas de restauración del mundo y están haciendo lo posible por salvarlos. Ya ves -esbozó una sonrisa forzada-. Podría haber sido peor.

Allie no veía nada más que una gran catástrofe, pero se lo guardó para sí. Sabía que el incendio le había roto el corazón a Eloise.

Se obligó a sí misma a sonreír.

- Nada que no se pueda arreglar. ¿En qué os puedo ayudar?

Cuatro

- No llego a esa zona de allí -Allie señaló una sección de la pared de la biblioteca que quedaba fuera del alcance de su cepillo-. Ni aunque me ponga de puntillas.

Bob Ellison miró hacia el lugar indicado por encima de sus gafas de montura metálica.

- Limpia hasta donde puedas. Otro equipo vendrá después con escaleras y fregará la parte alta de las paredes y los techos.

El señor Ellison, que por lo general se ocupaba del mantenimiento del parque, estaba supervisando el día a día de las tareas de reparación. Le había pedido a Allie que colaborara en la limpieza de las paredes de la biblioteca antes de que volvieran a pintarlas. Protegida con unos gruesos guantes de goma de color amarillo limón que le llegaban hasta los codos, Allie hundió un cepillo grande como un ladrillo en un cubo y frotó la pared. El agua sucia resbaló hacia la lona de protección.

- Sería más divertido con un iPod -musitó mientras fregaba con fuerza.

En Cimmeria, la tecnología moderna no estaba permitida. Nada de ordenadores, de teléfonos móviles ni de televisores.

- No, no lo sería.

Al oír una voz conocida, Allie volvió la cabeza y vio a una chica rubia y delgada de pelo corto que le sonreía con una timidez poco habitual en ella.

- No hay nada capaz de animar este trabajo.

- ¡Jo! -el cepillo cayó al cubo con un chapoteo cuando Allie corrió hacia la chica-. Me alegro mucho de verte.

Con expresión recelosa, Jo sostuvo la mirada de su amiga.

- Me preguntaba si dirías eso.

Jo se había derrumbado al final del trimestre anterior y el inestable mundo de Allie se había vuelto del revés. Y había sido el novio de Jo, Gabe, el que había asesinado a Ruth durante el baile de verano. Jo se había portado muy mal, encubriendo a Gabe a sabiendas de que algunas vidas peligraban.

Sin embargo, Allie había sido arrestada tres veces; era una experta en malas decisiones.

- Claro que sí -al reparar en el cubo que Jo tenía a los pies, se apresuró a cambiar de tema; no era el momento de ahondar en lo sucedido el trimestre anterior-. ¿Tú también estás en la brigada de los cubos?

Jo asintió.

- Puedes ser mi iPod. Señor Ellison -Allie se volvió hacia el guardabosques, que en aquel momento consultaba un sujetapapeles-. ¿Puede trabajar Jo conmigo?

- Siempre y cuando hablar no os impida trabajar...

La expresión jovial en los ojos del hombre desmentía el tono brusco de su voz, y Allie sonrió de oreja a oreja.

- Vaya mejunje -Jo dejó el cubo a un metro del de Allie-. ¿Cuándo has vuelto?

- Hace un par de horas. Hemos echado un vistazo al colegio y...

Allie agitó el cepillo con un gesto vago.

Jo se puso los guantes de goma, que chasquearon contra su piel.

- ¿Rachel ha venido contigo?

- Sí. Está en la parte trasera, revisando los libros junto con Eloise y esa gente de la empresa de restauración -Allie frotó la pared trazando amplios círculos-. Creo que su trabajo es mejor.

- Desde luego -repuso Jo-. Oye, me han contado lo que pasó en Londres. ¿Estás bien?

- Pues claro. ¿Desde cuándo cuatro matones pueden conmigo? -bromeó Allie.

- Eso se dice de ti por ahí -Jo sonrió. Al cabo de un momento se puso seria. Bajando la voz, dijo:- No fue Gabe, ¿verdad? O sea, no estaba con ellos, ¿no?

Sorprendida, Allie estuvo a punto de soltar el cepillo.

- ¡Oh, no, Jo! Te lo prometo. Aquellos tipos eran mayores. Como mínimo tendrían veinte años, quizá más. Seguro que Gabe no estaba allí. No los conocía de nada.

- Bien -Jo reanudó el trabajo, asintiendo para sí como si fuera aquella la respuesta que deseara oír-. No soporto pensar que... -se le quebró la voz y frotó con más energía, mirando hacia otro lado para que Allie no pudiera verle la cara.

Esta siguió limpiando con aire distraído, mientras se preguntaba qué decir a continuación.

- ¿Has sabido... algo de él después de aquella noche?

Jo sacudió la cabeza enérgicamente. Parecía tan triste que a Allie se le encogió el corazón.

- ¿Te encuentras bien? -le preguntó.

El cepillo de Jo dejó de moverse, pero la rubita se tomó su tiempo para responder.

- No lo sé -hablaba despacio-. Cuando todo el mundo se marchó y solo nos quedamos aquí unos cuantos, en el edificio quemado, fue... horrible -su tono de voz era tan bajo que Allie apenas podía oírla-. Me sentía... responsable, ¿sabes? Pensaba que yo podría haber hecho algo para detenerlo.

Antes de que Allie decidiera cómo responder a aquello, Jo prosiguió, pero su voz había cambiado. Pasó a hablar de forma animosa, como si estuviera recitando de memoria.

- Pero Isabelle y Eloise se portaron de maravilla, y estoy viendo a un terapeuta. Me está ayudando. La gente no para de decirme que no soy la persona más horrible sobre la faz de la Tierra pero aún me siento... no sé... la persona más horrible sobre la faz de la Tierra, supongo.

Lanzó una carcajada tan frágil como una fina capa de hielo. En aquel momento, Allie quiso perdonarla. Al fin y al cabo, Jo no había matado a Ruth. Había sido Gabe. Por otra parte, cuando se enteró de lo que Gabe había hecho, Jo no se lo había contado a nadie. Ni siquiera cuando supo que la vida de Allie peligraba.

Y eso lo complica todo, pensó.

Los ojos azules y cristalinos de Jo la miraban esperanzados. Antes de que todo se torciera, Jo había sido su mejor amiga. En realidad no era mala persona. Solo un poco... ¿Cómo la había calificado Rachel? Frágil.

Cuando habló por fin, Allie escogió las palabras con cuidado.

- Mira, Jo. Fue Gabe quien lo hizo, no tú. Gabe es el asesino, no tú. Gabe es la persona más horrible sobre la faz de la Tierra, no tú. ¿Vale?

En realidad, Allie no solo hablaba para Jo; también para sí misma. El alivio que reflejaba el rostro de su amiga fue su recompensa. Deseó fervientemente haberlo dicho de corazón.

- Socorro -gimió Jo-. Creo que he entrado en coma.

Habían dado las siete. Las paredes de la biblioteca estaban limpias y a Allie le dolían los hombros y el cuello solo de pensar en levantar los brazos. Sentada en la lona de protección, descansaba junto a Jo.

- ¿Te duelen los brazos? -preguntó Allie frotándose los hombros.

- Ni te cuento.

- Entonces no estás en coma -despacio, Allie extendió las piernas-. Cielos. ¿En qué me he metido? Rachel tiene piscina y caballos. Caballos, Jo. Si siguiera en su casa, estaría flotando en el agua y acariciando hocicos suaves.

- Mira -Jo volvió la cabeza hacia ella-. Yo tengo la nariz suave. Puedes acariciarla.

Allie le pasó los dedos por la nariz con ademán cansado.

- Caray. Es como estar en casa de Rachel. ¿Dónde está la piscina?

- No hay piscina -dijo Jo-. Solo duchas.

- Puaj.

- Ya te digo.

- ¿Pensáis quedaros ahí tiradas quejándoos? ¿O vais a venir a cenar?

Allie alzó la vista y vio a Carter, que, de pie ante ellas, las miraba con recelo.

- Jo está en coma -lo informó-. No necesita comida.

- Espera. ¿Has dicho comida? Me parece que acabo de despertar.

Jo se puso en pie.

- Dios mío -dijo Allie en tono cansino-. Es un milagro.

- Solo llevas un día trabajando, Sheridan -Carter le tendió la mano para ayudarla a levantarse-. No puedes estar cansada.

- Me duele todo -repuso ella-. Los hombros, los brazos, la espalda...

- Las piernas, los pies, la cabeza... -prosiguió Jo, servicial.

- Las rodillas, las espinillas. Nombra una parte del cuerpo -dijo Allie-. Me duele.

Carter no se dejó impresionar.

- Comer te animará.

Las empujó hacia el comedor.

- Es muy sabio -informó Allie a Jo.

- Ya lo creo -asintió esta última.

Como casi todos los estudiantes seguían en sus casas, solo había unas cuantas mesas preparadas. Eloise se sentó a una con Jerry Cole, el profesor de Ciencias, y unos cuantos adultos más. En otra, Sylvain comía a solas.

A Allie le dio un vuelco el corazón. No se había parado a pensar que tendría que compartir mesa con Carter y con Sylvain al mismo tiempo.

Esto va a ser muy raro.

Sin embargo, Jo salvó la situación. Escogió un asiento junto a Sylvain.

- Ayúdame, Sylvain -se lamentó-. Estoy fatal.

- ¿Qué pasa? -Rachel apareció en aquel momento y se dispuso a sentarse al lado de Allie-. ¿De qué se queja Jo?

- Hemos trabajado hasta entrar en coma -explicó Allie.

- A mí me lo vais a decir. Adoro los libros desde siempre pero, ¿por qué hay tantos en este cole? -Rachel gimió y se desperezó-. ¿Tanto tenemos que aprender?

- ¿No podemos volver a tu casa? -preguntó Allie-. Allí se estaba mejor.

- Sois unas crías -Carter parecía exasperado-. Yo llevo todo el día levantando muebles. Ojalá me hubiera tocado lavar paredes y clasificar libros.

- Lo que tú digas -respondieron las chicas en coro.

Como en una función, las puertas del fondo del comedor se abrieron de par en par y apareció el servicio portando bandejas rebosantes; humeantes fuentes de pasta que depositaron en todas las mesas ocupadas.

- Qué bien -murmuró Carter con sarcasmo-. Otra vez pasta.

- Genial -Jo se animó-. ¿Llevará queso?

- ¿Por qué has dicho «otra vez»? -preguntó Allie mientras los camareros depositaban una fuente sobre la mesa.

- Hemos comido lo mismo casi todos los días -Carter bajó la voz para que el personal no lo oyera-. Los cocineros están demasiado ocupados con las reparaciones como para preparar nada más.

- ¿Alguien sabe algo de Lisa? -Jo cambió de tema, mientras las fuentes circulaban entre los comensales y el murmullo quedo de una conversación tranquila inundaba la sala.

- ¿Qué pasa con Lisa? -preguntó Allie a la vez que se servía un buen plato.

- No va a volver.

Allie soltó el cucharón, que golpeó contra la mesa.

- ¿Qué? -todo el mundo preguntó lo mismo a la vez. Luego empezaron a hablar entre sí-. ¿Por qué no? ¿Qué ha pasado? ¿Está bien?

Jo levantó la mano para pedir silencio.

- Sus padres han decidido que, después de todo lo sucedido el trimestre pasado... -se encogió de hombros-. Ella quiere volver pero se lo han prohibido. Asistirá a un internado suizo.

Se hizo un silencio de estupefacción.

- Bueno, en parte los entiendo -Rachel estaba muy seria-. Dudo que sea la única baja.

- A lo mejor el año que viene la dejan volver; es el último curso -especuló Jo.

- ¿Quieres decir -replicó Rachel con sarcasmo- que si nadie muere durante este trimestre a lo mejor regresa?

- Más o menos.

Se hizo un silencio largo y tenso. Enseguida, Allie levantó el vaso de agua.

- Por Lisa. Y por un trimestre en paz.

Los demás se unieron al brindis.

- Por Lisa -corearon.

- Y por un trimestre sin muertes -añadió Jo.

Después de cenar, Carter captó la mirada de Allie cuando nadie prestaba atención y señaló la puerta con un gesto de la cabeza. La expresión del chico le

provocó un cosquilleo de emoción. Por desgracia, ni siquiera habían recorrido la mitad del pasillo del comedor cuando Isabelle los abordó.

- Oh, Allie, qué bien. Te estaba buscando. ¿Podemos hablar ahora?

Desesperada, Allie miró a Carter un segundo antes de echar a andar detrás de la directora.

La oficina de Isabelle se encontraba más allá de la escalera principal. La puerta estaba tan bien disimulada entre los paneles de roble que apenas advertías su presencia. Cuando Allie se dejó caer en una de las butacas de piel que había delante del escritorio, Isabelle se dirigió a conectar el hervidor de agua del rincón.

Mientras la directora preparaba el té, Allie se percató de que reinaba el caos en aquel despacho por lo general ordenado y elegante. Los papeles se amontonaban en todas las superficies disponibles, los cajones del archivador estaban abiertos e Isabelle había dejado una chaqueta tirada en una silla, sobre un maletín.

Allie arrugó el entrecejo pero antes de que pudiera decir nada Isabelle le puso una taza caliente en las manos, retiró los papeles amontonados en la butaca contigua y se sentó con un suspiro de cansancio. Al verla de cerca, Allie advirtió que unas grandes ojeras ensombrecían sus ojos color miel. Parecía más delgada. Sin embargo, sus ademanes no habían perdido la tranquilidad que la caracterizaba cuando se quitó las gafas que se había subido a la frente y las dejó sobre la mesa.

Allie esperaba que la directora empezara hablando de lo sucedido en Londres; lo habían comentado brevemente por teléfono pero estaba segura de que Isabelle habría reunido más información. Así que las primeras palabras de la mujer la pillaron por sorpresa.

- Y dime, cuando estuviste en casa, ¿pudiste hablar con tu madre acerca de Lucinda? -lo dijo en tono enérgico, como si hablara de negocios.

- Sí -Allie sostuvo la mirada de Isabelle-. Y ahora lo sé.

- Cuéntame.

Solo había transcurrido una semana, pero Allie tenía la sensación de que había pasado mucho más tiempo desde que se sentara a charlar con su madre y le pidiera una explicación. Acerca de todo.

- Le dije que, en tu opinión, tenía que contármelo.

Isabelle la observó atentamente.

- ¿Y qué te dijo?

Allie recordó cómo su madre había apretado los labios y la había mirado con tristeza cuando ella le dijo: - Esa Lucinda... es mi abuela, ¿verdad?

Por una milésima de segundo, creyó que su madre se disponía a mentir, y si lo hubiera hecho jamás la habría perdonado. Sin embargo, transcurrido aquel instante, la mujer hundió los hombros.

- Siempre he sabido que algún día lo averiguarías. Sobre todo cuando te fuiste a Cimmeria. Sí, Allie, Lucinda es mi madre... Tu abuela.

Puesto que conocía la respuesta, Allie debería haber estado preparada para escucharla. En cambio, se quedó sin aliento. Había crecido pensando que sus abuelos habían muerto.

Y ahora resulta que tengo una abuela.

Se echó hacia delante y miró a su madre como si la viera por primera vez.

- ¿Por qué? ¿Por qué me has mentido acerca de algo así? Podría haberla conocido...

- Sé que te costará creerlo -la madre de Allie habló en tono cálido pero firme-. Sin embargo, todo lo que he hecho ha sido para protegerte. Para ponerte a salvo.

- Pero me hiciste creer que estaba muerta. Lo he pensado toda mi vida -Allie miraba fijamente a su madre. El dolor y la incredulidad le oprimían el pecho-. ¿Cómo has podido?

Su madre exhaló un suspiro tembloroso.

- Es... Fue terrible lo que hice. Y lo siento. Pero no sabía qué otra cosa hacer. A lo mejor debería haberte dicho la verdad. No obstante, tenía miedo de que, si lo hacía, insistirías en conocerla y entonces todo se iría a pique.

Allie estaba estupefacta.

- ¿Y por qué se iba a ir todo a pique por conocer a mi abuela?

- Porque entonces te habría tenido en su poder -repuso su madre sin vacilar-. Y te habría perdido.

Hundiendo la barbilla contra el pecho, Allie cerró los ojos e hizo esfuerzos por tranquilizarse.

Una vaguedad más. Otra evasiva.

Aquella vez no dejaría que su madre se saliese con la suya.

- ¿De qué hablas? -Allie adoptó un tono sarcástico-. ¿Me habría secuestrado?

Sin embargo, su madre no rectificó.

- Tú no lo entiendes, Alyson. No la conoces. Lucinda... tu abuela es una persona poderosa y peligrosa. Consigue lo que quiere. Ella es así. Nada se interpone en su camino. Yo... -se interrumpió, como si estuviera meditando cómo proseguir. Cuando volvió a hablar, lo hizo con voz queda-. Cuando yo tenía tu edad, no me parecía mucho a ella. Es muy dominante, y organizaba mi vida hasta el último detalle. La ropa que me ponía, la información que recibía, mis estudios, adónde iba... Ella lo decidía todo. Y yo lo aceptaba. Pero cuando me hice mayor, me rebelé. No quería ser como ella. No me apetecía ser rica y desgraciada. No me interesaba lo que me ofrecía. Deseaba ser yo misma -escudriñó el rostro de su hija-. Quiero creer que si alguien es capaz de comprender lo que te estoy diciendo, eres tú.

Y Allie lo comprendía. Sin embargo, nada de aquello tenía sentido.

- Vale. Si mi abuela era tan mandona como dices, es lógico que quisieras escapar. Sin embargo, no estuvo bien que me mintieras. Yo también tengo derecho a tomar mis propias decisiones. Igual que tú.

Una sonrisa triste asomó a los labios de la madre.

- Isabelle dijo exactamente lo mismo. Sin embargo, ni tú ni ella sois hijas de Lucinda, de modo que no la conocéis tan bien como yo.

- Mamá, ¿quién es Lucinda? ¿Y por qué le tienes tanto miedo? Deduzco que es una especie de pez gordo. ¿Pero quién es en realidad? ¿La reina? ¿Dios?

No le gustó la sonrisa irónica de su madre.

- No exactamente -respondió-. Pero casi.

Allie la observó con cautela.

- ¿Qué significa eso?

La madre pronunció las palabras con claridad.

- Se apellida Meldrum.

Aquella vez, Allie no pudo fingir indiferencia.

- Qué fuerte.

- Mi abuela es Lucinda Meldrum -dijo Allie a modo de conclusión en el despacho de la directora. Isabelle inclinó la cabeza muy levemente, como para confirmarlo.

Las palabras aún le sonaban raras. ¿Cómo era posible? Lucinda Meldrum era la política más famosa de Inglaterra. La primera mujer que había llegado a ser

Ministra de Finanzas y ahora directora del Banco Mundial. Asesoraba a presidentes, primeros ministros y reyes. Incluso Rachel se había quedado de una pieza cuando Allie se lo contó.

- Gracias por convencer a mi madre de que me hablara de Lucinda. De no ser por ti, no sé si lo habría hecho, y significa mucho para mí saber la verdad.

- Había llegado el momento de decírtelo -asintió la directora-. Hace tiempo en realidad -se irguió en la silla-. Allie, ya sé que quieres saber qué implica eso para ti y para tu posición en la Night School, pero primero quiero hablarte del incidente de Londres y explicarte lo que va a pasar a continuación.

Aunque Allie no lo demostró, el pulso se le aceleró al instante.

- Como ya sabes -prosiguió Isabelle-, tu casa debería haber estado vigilada aquella noche; siempre había alguien de guardia cuando te encontrabas allí.

Allie asintió.

- Sin embargo, el guardia se marchó poco después de las once. Recibió un mensaje urgente de su esposa diciéndole que su hijo estaba muy enfermo. Llamó a Raj para avisarlo; habló con él, y este en persona lo autorizó a marcharse.

Cuando Isabelle hizo una pausa, Allie notó que se le ponía la piel de gallina. Antes de que la directora siguiera hablando, ya sabía lo que iba a decir.

- Sin embargo, Raj nunca recibió aquella llamada. No habló con el guardia. Y la esposa de este no envió ningún mensaje. El niño estaba perfectamente.

- Nathaniel -dijo Allie ente dientes.

Isabelle asintió.

- La memoria del teléfono del guardia confirma la historia. La llamada que hizo al número de Raj duró varios minutos. La desviaron.

Al recordar lo sucedido aquella noche -los pasos que la seguían-, Allie sintió deseos de golpear algo.

- ¿Por qué? -dejó la taza en la mesa con brusquedad. El té con leche osciló peligrosamente-. ¿Por qué está haciendo todo esto, Isabelle? No lo entiendo. ¿Qué puede ser tan importante como para esforzarse tanto?

La directora tardó unos instantes en responder.

- La obsesión de Nathaniel es una historia muy larga que se remonta a mucho tiempo atrás -repuso Isabelle-. Tardaría horas en explicártela. Sin embargo, deberías saber que no es a ti a quien quiere. En realidad... me quiere a mí.

- ¿A ti? -Allie la miró fijamente-. No lo entiendo.

Isabelle se frotó las sienes con los dedos.

- Estaríamos aquí siglos si te lo contara todo pero baste decir que él y yo tenemos opiniones muy distintas acerca de cómo se debe gobernar el mundo. Sin embargo, Lucinda me escucha a mí, de modo que mi opinión tiene más peso. No siempre hace lo que le digo pero me escucha -cogió la taza de té y dio un sorbo con expresión pensativa-. Y eso es lo que Nathaniel intenta cambiar.

Con expresión concentrada, Allie intentaba encajar las piezas del rompecabezas.

- Lo siento pero sigo sin comprender. ¿Qué quiere exactamente?

- No te disculpes. La obsesión de Nathaniel es una especie de locura. Es lógico que no lo entiendas -Isabelle sonreía con tristeza-. No quiere Cimmeria. Quiere utilizar el colegio como piedra angular. Verás, lo que busca en realidad es hacerse con la gran organización de la que forman parte Cimmeria y la Night School. Lucinda dirige esa organización. Y yo soy su asesora de confianza -escudriñó a Allie como para asegurarse de que captaba la trascendencia de lo que le estaba diciendo-. Somos un grupo muy poderoso, Allie... y él quiere apoderarse de él.

- ¿Y qué pinta Cimmeria en todo eso?

- Es difícil de explicar, pero Cimmeria es el alma de la institución; el corazón del grupo, por así decirlo. La junta directiva de Cimmeria no solo dirige el colegio, esas mismas personas gobiernan el conjunto de la organización. Somos el núcleo de todo -Isabelle hizo un gesto como para abarcar cuanto la rodeaba-. Si se deshace de mí, podrá eliminar a Lucinda. Y cree que, si lo consigue, la junta lo pondrá a él al mando. Es un plan absurdo pero él está convencido de que funcionará. Eso es lo que se propone, por eso se esfuerza tanto. Intenta hacerles creer que yo no soy capaz de controlar el colegio ni de proteger a mis alumnos -se le crisparon los músculos del cuello y se le quebró la voz-. Bien -dijo al cabo de un instante-. Supongo que captas la idea -tendió la mano para enderezar un montón de papeles apilados al borde del escritorio-. Tú eres un peón en esta partida de ajedrez. Y yo soy la torre que protege a la reina.

- A la reina Lucinda -musitó Allie, pensativa. Alzó la vista para mirar a la directora-. ¿Y por qué os odia tanto a ti y a Lucinda?

Isabelle adoptó una expresión gélida.

- Esa conversación -dijo al fin-tendremos que mantenerla en otro momento.

- Pero -insistió Allie, mientras su mente buscaba a toda prisa posibles soluciones-seguro que Lucinda puede detenerlo. Si le cuentas lo que ha pasado y le

dices que estoy en peligro... No querrá que me pase nada malo. Te ayudará.

Se hizo un silencio incómodo.

- Lucinda sabe lo que está pasando -dijo Isabelle con cautela-y esta vez no está dispuesta a implicarse.

- ¿Qué? -Allie no daba crédito-. ¿Por qué no?

La directora le lanzó una mirada de advertencia. Cuando habló, adoptó su tono más autoritario.

- Soy consciente de que quieres saberlo todo, Allie, pero créeme si te digo que todo esto es muy complicado. Hoy por hoy, debemos protegernos solos. No podemos esperar que Lucinda ni nadie acuda en nuestro rescate. De modo que he contratado a la empresa de Raj para que proteja el colegio. Conoce a Nathaniel mejor que nadie. Exceptuándome a mí.

Isabelle pronunció las últimas palabras en voz tan baja que la otra, pendiente de sus propias manos, apenas las oyó. Allie echaba chispas. Como siempre, su seguridad dependía de otras personas. Una vez más se sentía impotente. Cuando alzó la vista, vio que Isabelle la miraba como si le hubiera leído el pensamiento.

- Tú tienes un papel en todo esto, Allie -le dijo la directora en tono más amable-. En Londres, demostraste una increíble sangre fría en circunstancias extremas. Fuiste creativa y rápida. Seguiste mis instrucciones al pie de la letra en una situación en la que pocos lo habrían conseguido. Basándome en ello, y también en las excelentes calificaciones que obtuviste el trimestre pasado, he recomendado tu ingreso en la Night School, en un módulo de entrenamiento intensivo.

Allie estaba tan emocionada que se quedó sin aliento.

- Yo... Yo...

- Este trimestre, el entrenamiento se centrará en la autodefensa. Trabajarás con personas muy preparadas -Isabelle cogió la mano de Allie. La miraba con una intensidad casi aterradora-. Lo sucedido en Londres no puede volver a pasar.

Cinco

Allie abandonó el despacho de Isabelle a toda prisa, casi saltando de alegría. En el pasillo, se volvió a mirar a la derecha, luego a la izquierda y por último, mareada, dio una vuelta sobre sí misma.

Carter, pensó. Tengo que decírselo a Carter.

Corrió por encima de la lona protectora sin dejar de pensar en lo maravillosamente bien que pintaba el futuro. Carter y ella entrenarían juntos. Él le daría consejos. Podrían pasar muchísimo tiempo juntos.

Y ya no tendremos secretos el uno para el otro.

Carter no estaba en la sala común. Y cuando abrió de par en par la puerta del comedor, un tintineo fantasmal procedente de la cocina resonó en la sala desierta.

Al doblar la esquina para dirigirse a la zona de las aulas, se dio de bruces con Rachel, que avanzaba en dirección contraria cargada de libros.

- Eh, hola -la saludó Rachel, tan tranquila como siempre-. ¿Qué pasa?

Allie quería tomárselo con calma, no revelar la buena nueva a la primera de cambio. Además, estaba prohibido hablar de la Night School. Sin embargo, las palabras brotaron de sus labios sin que pudiera contenerlas.

- ¡Acabo de hablar con Isabelle! ¡Me van a inscribir en la Night School! ¡En un módulo de entrenamiento intensivo! ¿Has visto a Carter?

- Oh -en vez de alegrarse por ella, Rachel parecía que la hubieran abofeteado. Se limitó a decir-: No, no he visto a Carter.

Se dio media vuelta y se fue.

Por un instante, Allie se quedó mirándola con la boca abierta. Luego, como si hubiera recuperado la capacidad de movimiento, echó a correr tras ella.

- ¿Rachel? Oye. No te marches así. Acabo de saltarme unas noventa y siete reglas y tú pareces... -al alcanzarla, Allie le tocó el brazo-. ¿Qué pasa?

- Es que yo... No puedo creer que después de todo lo que pasó en verano quieras formar parte de eso -sosteniendo los libros contra la cadera, Rachel se apartó un rizo suelto de sus ojos almendrados, que echaban chispas-. Te creía más lista.

- Eh -dijo Allie, herida-. Venga, Rachel. No seas mezquina. Hablemos de ello.

- ¿Crees que soy mezquina? -Rachel sacudió la cabeza con ademán desesperado-. Solo quiero que estés a salvo, Allie. La Night School no es ningún juego; no es una locura de juventud que recordaremos con nostalgia en la vejez. Es para toda la vida. He visto cómo ha afectado a la vida de mi padre, Allie. Les pertenece. Su vida entera está consagrada a ellos, para siempre. No deberías formar parte de ello. Pero si estás... -retrocedió un paso-. En fin, yo no formo parte

de la Night School, así que no podemos seguir hablando. Te podrías meter en líos, en líos muy serios, si hablas conmigo o con cualquier persona ajena a ella.

Rachel se alejó y aquella vez Allie la dejó marchar, mirando a ambos lados por si había alguien por allí con quien compartir su perplejidad.

¿Qué demonios acababa de pasar?

Musitando para sí, subió las escaleras que conducían a los dormitorios de las chicas. Abrió la puerta de su cuarto, tan absorta en sus pensamientos que no se dio cuenta de que la luz estaba encendida hasta que algo se movió en el interior.

Retrocedió de un salto y lanzó un grito al mismo tiempo.

- Eh -dijo Carter adormilado-. No llames a la poli. Soy yo.

Todavía disgustada por el encontronazo con Rachel, Allie lo asesinó con la mirada. Poco a poco, su pulso volvió a la normalidad.

- ¿Qué haces aquí? -aunque no había visto a nadie por allí, habló en susurros por costumbre; a los chicos no se les permitía entrar en los dormitorios femeninos-. Me has dado un susto de muerte.

- Lo siento. Te estaba esperando -Carter tenía el cabello revuelto, el rostro congestionado-. Supongo que me he dormido. Has tardado siglos.

- Ya, bueno, primero he tenido una charla con Isabelle y luego Rachel se ha cabreado conmigo -lo dijo en un tono más brusco de lo que pretendía pero no pudo evitarlo-. Esas cosas requieren tiempo.

- ¿Rachel se ha enfadado? -Carter ladeó la cabeza-. ¿Qué ha pasado?

Sin pararse a pensar lo que estaba diciendo, Allie le contó el encuentro en el pasillo.

- Le he dicho que iba a entrar en la Night School y ella ha puesto el grito en el cielo, diciendo que arruinaría mi vida, que era una idiota y que esa organización es el mal en estado puro. ¿A qué viene todo eso?

Carter dejó caer las manos a los costados y la miró fijamente.

- ¿Vas a entrar en la Night School? ¿Te lo ha dicho Isabelle? ¿En serio?

La historia se repetía.

¿Por qué no dan saltos de alegría? ¿Por qué nadie me dice: «felicidades, Allie»?

- Por Dios, ¿pero qué os pasa a todos? -Allie levantó las manos-. ¿Por qué nadie se alegra por mí?

- Perdona... Es que estoy sorprendido -Carter no sabía qué decir-. No

pensaba que... No hemos hablado de... -recuperó la compostura-. Eso es muy serio, Allie.

- Ya sé que es muy serio. No soy tonta de remate -Allie levantó la voz-. Y estaba la mar de contenta hasta que os lo he contado y todos os habéis comportado como si acabara de anunciar que tengo tuberculosis. Y ahora me siento... Yo qué sé.

Consciente de que era la viva imagen de la autocompasión, se dejó caer en la cama.

Al cabo de un momento, Carter se sentó en la cama y entrelazó los dedos con los de Allie. A pesar de lo mal que se sentía, ella agradeció el contacto de su mano, cálida y fuerte.

- Mira -dijo Carter-. Me alegro de que estés tan contenta. Solo necesito unos minutos para asimilarlo. ¿Qué te ha dicho Isabelle exactamente?

- Ha dicho que demostré, no sé, presencia de ánimo o algo así en circunstancias extremas, y que soy... vamos... que había sacado buenas notas. Y que debía aprender a protegerme a mí misma, por lo que me iba a inscribir en la Night School, en un módulo de entrenamiento intensivo.

Carter silbó entre dientes.

- ¿En un módulo intensivo? Qué raro. ¿Estás segura?

Allie asintió tan enérgicamente que el cabello le rebotó contra la cara.

- Qué fuerte -exclamó él, más bien para sí.

- ¿Qué significa? -preguntó Allie.

- ¿Isabelle no te lo ha dicho?

Cuando ella negó con la cabeza, Carter lanzó un fuerte suspiro.

- Significa que te saltarás la introducción, que dura todo un trimestre, y te entrenarás con los alumnos avanzados -miró a Allie con curiosidad, como si se preguntase quién era ella-. Entrarás directamente en materia.

El tono de Carter tenía algo de inquietante, y Allie se alegró de que él cambiara de tema.

- ¿Qué ha dicho Rachel exactamente, que te ha molestado tanto?

Allie soltó la mano del chico y se retorció el dobladillo de la falda con el ceño fruncido.

- Se ha comportado como si la Night School fuera un asco y me considerara

una tonta por participar en ello. Estaba muy enfadada -luego añadió, con tono preocupado-: Rachel nunca se enfada.

Carter no parecía muy sorprendido.

- Ya sabes que no aprueba la Night School, ¿no? -dijo-. Te lo ha dicho otras veces. Todo el mundo sabe que la han invitado a unirse a ella en varias ocasiones y siempre ha rechazado la oferta. Y, te lo aseguro, nadie rechaza la posibilidad de entrar en la Night School. Su padre está muy disgustado por ello.

Allie levantó la cabeza de golpe.

- ¿En serio? Nunca me lo ha dicho. Solo me dijo que a su padre le hacía ilusión la idea pero que ella prefería no hacerlo.

- Ya, bueno... -repuso Carter-. Rachel detesta esa organización.

- Pero ¿por qué? -preguntó Allie-. ¿Por qué la odia tanto?

- Es un genio, ya lo sabes. Y no está de acuerdo con la ideología de la organización, lo cual es muy comprensible. La Night School no es justa. Nunca lo ha sido. Favorece a los niños ricos, como si no lo tuvieran ya bastante fácil -estiró las piernas-. Pero creo que hay algo más. Algo relacionado con su padre. Deberías preguntarle.

A Allie se le hizo un nudo en el estómago.

- Espero que se le pase pronto. A lo mejor me he precipitado. Yo... no me he parado a pensar.

Carter lanzó una carcajada. Luego se puso serio otra vez.

- Al...

Lo dijo en un tono tan inseguro que Allie alzó la vista para mirarlo, preocupada.

- Me alegro de que vayan a enseñarte a defenderte y estoy seguro de que te vendrá bien, pero yo también tengo mis reparos. Ya sabes que no confío en la gente que dirige la Night School. Hemos hablado de ello hasta la saciedad -cuando Allie abrió la boca para protestar, él posó un dedo en sus labios-. Sabes que yo estoy dentro y soy un hipócrita por ello, pero tengo mis propias razones para formar parte de la organización. Sin embargo, eso no significa que quiera verte a ti implicada. Me da miedo que te metas de lleno.

- Esa es la cuestión -Allie cogió la mano del chico y la sostuvo contra su mejilla un instante antes de dejarla caer. Luego se irguió y lo puso al corriente de todo lo que su madre e Isabelle le habían revelado. Cuando hubo terminado, dijo a

modo de conclusión:- Creo que toda la vida he formado parte de la Night School. Solo que no lo he sabido hasta ahora. Y sé que puede ayudarme a... no sé... ponerme a salvo. A seguir con vida.

Carter permaneció unos instantes mirando a otro lado, perdido en sus propios pensamientos. Luego volvió sus ojos negros hacia ella.

- Vale.

- ¿Vale, qué? -preguntó ella con cautela.

- Vale. Únete a la Night School -apretó los dientes con determinación-. Tienes que aprender a defenderte. Así que bienvenida a la Night School. Espero que no te guste demasiado.

Seis

Unas voces la llamaban procedentes de algún lugar lejano... pero Allie siguió corriendo, lo más rápidamente posible. Las voces se apagaron.

El cielo nocturno estaba despejado. A la luz de la luna, el bosque era un paisaje de sombras azuladas que ella recorría a toda prisa por el sendero.

No sabía adónde iba ni por qué corría, pero sabía que no debía detenerse. Resollaba con fuerza; le ardían los pulmones. Siguió corriendo.

En aquel momento, alcanzó a ver un movimiento entre los árboles.

Parecía el revuelo de un pájaro, pero Allie sabía que no era un ave. Se paró a coger aliento.

- ¿Quién anda ahí? -llamó en la oscuridad, y ahogó un grito al ver aquel movimiento otra vez. Alguien avanzaba lo bastante despacio como para ser visto. Tan deprisa como para que no lo reconocieran.

- Esto no tiene gracia -chilló.

Luego empezó a temblar. Algo iba mal. Algo iba muy mal. ¿Adónde se dirigía? ¿Y por qué estaba en el bosque a esas horas de la noche?

De repente, a su espalda, sonó un gruñido bajo y amenazador.

Allie se incorporó en la cama con un grito ahogado. Se rodeó con las mantas y miró alrededor de la habitación, asustada. Al principio estaba desorientada. La

habitación no le resultaba familiar. Nada estaba donde debía.

Pero entonces, recordó.

- Cimmeria -murmuró, recostándose otra vez-. Estoy en Cimmeria -cerró los ojos-. Estoy a salvo.

A la mañana siguiente, tras desayunar a toda prisa, Allie dio una excusa a Jo y se dirigió a la biblioteca en busca de Rachel. Tenía que hacer las paces con ella. No le apetecía nada estar enfadada con su mejor amiga recién llegada al colegio.

En el interior de la biblioteca, los pintores instalaban un bosque de escaleras haciendo mucho ruido. Había latas de pintura por todas partes, y rodillos de mango largo color azul claro se apoyaban aquí y allá como árboles caídos; el olor acre del aguarrás ya impregnaba el aire.

Allie recorrió la sala alargada abriéndose paso entre el barullo. Delante de una gran mesa metálica instalada contra la pared, Eloise y Rachel guardaban libros en cajas de cartón. Colocaban en las cajas hojas de papel de seda arrugadas a modo de protección e iban depositando los viejos volúmenes encuadernados en piel como si fueran frágiles piezas de cristal.

Subiéndose las gafas hacia el puente de la nariz, Eloise interrogó a Allie con la mirada.

- ¿Puedo hablar un momento con Rachel? -preguntó esta última.

Eloise las miró por turnos; Rachel evitaba los ojos de Allie. Con expresión compasiva, la bibliotecaria colocó una caja sobre la mesa.

- ¿Por qué no lleváis esto a la furgoneta? Pesa demasiado para una sola persona.

Cogieron la caja cada una de un extremo y la transportaron entre las estanterías hacia la puerta trasera. En el exterior aguardaba una furgoneta blanca con las puertas de la parte trasera abiertas. A un par de metros del vehículo, el conductor charlaba por el móvil. No les prestó atención.

El rocío de la mañana humedeció la piel de Allie como aceite sobre agua. El día era tranquilo y gris. Solo el crujido de sus pasos contra la grava y la voz monótona e indiferente del conductor rompían el silencio cuando depositaron la caja sobre otra idéntica en la parte trasera de la furgoneta.

- Lo siento -dijo Allie de repente-. No tuve en cuenta tus sentimientos respecto a... todo. Me he portado como una egoísta y...

El alivio inundó los ojos de Rachel, que se precipitó a interrumpirla.

- Yo también. Tienes que hacer lo que más te convenga. No puedo obligarte a que pienses como yo.

- Es que... -Allie dibujó una línea en la grava con la punta del pie-. Tengo que hacerlo, Rach. No porque comparta sus principios sino por todo lo que acabo de descubrir. Aprenderé a defenderme. Y si estoy dentro averiguaré más cosas acerca de mi familia. Ya no podrán seguir ocultándome información. Tal vez averigüe lo que le pasó a Christopher, porque tengo la sensación de que lo saben y no quieren decírmelo. ¿Entiendes mi postura?

- Claro.

Sin embargo, Allie percibió cierto recelo en el tono de Rachel.

- Es que me gustaría que hubiera otra manera... por tu seguridad. Tengo la impresión de que, una vez dentro, te vas a encontrar algo mucho peor de lo que te esperas.

Allie miró de reojo al conductor. Seguía hablando por teléfono.

Advirtiendo el gesto de su amiga, Rachel señaló la puerta con la cabeza. Mientras volvían a entrar, cambió de tema.

- ¿Hoy vas a trabajar con Jo?

- Pintando -asintió Allie-. Me tomo el arte muy en serio.

Rachel resopló, pero la miró con gravedad.

- ¿Cómo crees que está?

Allie pensó en Jo, que el día anterior reía y pintaba como si tal cosa.

- Mejor de lo que esperaba. Está... bien, supongo.

- ¿Demasiado bien, quizás?

Nada más oír la pregunta, Allie comprendió que su amiga tenía razón.

- ¿Crees que está fingiendo? -susurró Allie-. O sea, Isabelle la ha llevado a ver a un psiquiatra y tal.

Rachel no pareció convencida.

- No quiero ser una arpía, pero Jo es una experta en manipulación y engaño; cualquiera que se hubiera criado en sus mismas circunstancias lo sería. Acaba de pasar por un trance horrible y sigue siendo la Jo dicharachera de siempre -se encogió de hombros-. No es normal. Podría sufrir una crisis en cualquier momento. Así que... no la pierdas de vista.

Allie asintió.

- Claro.

- Y lleva cuidado con todo ese -Rachel hizo un gesto vago-asunto en el que te estás metiendo. Vigílate las espaldas.

- No estaré sola -arguyó Allie-. Tu padre cuidará de mí.

Rachel la miró con escepticismo.

- No creas que va a hacer concesiones contigo solo porque le caigas bien. Es más duro de lo que crees.

- Estoy preparada -prometió Allie, pero en su fuero interno se preguntó si lo estaba.

- Bienvenidos a la Academia Cimmeria. Que los nuevos alumnos se pongan en fila a la izquierda, por favor. Los demás, a la derecha.

Isabelle estaba de pie en una pequeña tarima al fondo del salón de actos. No gritaba, pero su potente voz se alzaba sobre la cháchara de los doscientos alumnos. Aquel día se inauguraba el trimestre de otoño. Allie y Rachel ocuparon sus puestos en la fila de la derecha ataviadas con idénticas camisas blancas adornadas con el emblema azul de la escuela y faldas plisadas azul oscuro.

- Cielos, no me puedo creer que esté diciendo esto, pero me alegro de volver a llevar este estúpido uniforme -comentó Allie a la vez que se alisaba el borde de la falda.

- Te he oído -Rachel frunció la nariz-. Pero no estoy de acuerdo contigo.

Las dos observaron a los nuevos alumnos, que formaban fila al otro lado de la sala.

- Parecen tan jóvenes y tan nerviosos -dijo Allie-. ¿Yo tenía ese aspecto cuando empecé?

- Claro que no -Rachel se echó hacia atrás la coleta larga y rizada antes de cambiar de tema rápidamente-. El edificio tiene un aspecto magnífico, ¿verdad?

- Ya lo creo -Allie siguió la mirada de su amiga hacia las paredes, de nuevo forradas de roble, luego en dirección al pasillo, cuyos suelos de madera brillaban recién pulidos y por fin hacia las lámparas de araña, que resplandecían sin una mota de polvo-. No me puedo creer que hayamos hecho todo esto -dobló los dedos y se miró las ampollas, casi cicatrizadas-. Queda mucho trabajo por hacer, pero lo más importante ya está terminado.

- ¿Pues sabes lo que te digo? Que ya era hora, maldita sea -replicó Rachel-.

Espero no tener que volver a clasificar y amontonar libros, a pintar o a barrer durante el resto de mi vida.

Los últimos diez días habían sido intensos e inacabables. Habían fregado paredes, retirado pesadas alfombras para que las limpiaran y vuelto a colocarlas, pulido suelos y trasladado muebles hasta la saciedad. Cada día requería infinidad de trabajo que las dejaba sin fuerzas para hacer nada que no fuera dejarse caer en la cama. Aún quedaban algunas habitaciones sin reparar, pero habían logrado que el edificio reuniese las condiciones indispensables para empezar el trimestre.

- Allie.

Esta se dio media vuelta y vio a una chica que la miraba con desgana. La luz del sol se reflejaba en su melena pelirroja e iluminaba su tez aterciopelada.

- Oh -Allie se metió las manos en los bolsillos e intentó aparentar indiferencia-. Hola, Katie.

Katie parecía incómoda; se toqueteaba el borde del jersey azul que, a juzgar por lo enojosamente bien que le sentaba, debía de estar confeccionado a medida.

- ¿Podemos hablar un momento?

Allie y Rachel se miraron perplejas.

- Te guardo el sitio -le dijo Rachel a su amiga, dándole un codazo.

Allie siguió a Katie hasta un rincón tranquilo.

- ¿Te acuerdas de lo que pasó el trimestre pasado, cuando salvaste a todo el mundo y tal? -empezó diciendo Katie.

Allie pensó mil respuestas sarcásticas, pero se limitó a asentir sin inmutarse.

- ¿Y recuerdas que trabajamos juntas y que todo fue bien?

Otro asentimiento, esta vez más receloso.

- Bueno, fue importante y me alegro de que lo hiciéramos, pero no creo que debamos ser amigas, ¿vale? O sea, a pesar de todo aquello. Fue genial y no me pareciste tan cretina como de costumbre pero prefiero no relacionarme contigo. No me caes bien, para ser sincera. Bueno, casi nunca. Solo quería decirte que, por favor, no vayas a pensar que desde ahora somos colegas ni nada parecido.

Estupefacta, Allie buscó una respuesta. La desagradable idea de que no era justo que una persona fuera tan guapa y tan... horrible al mismo tiempo pasó fugaz por su pensamiento.

Se produjo un silencio largo e incómodo. Por fin, Allie se dio media vuelta y se alejó.

- Lo que tú digas.

Cuando volvió a su puesto en la fila, Rachel enarcó las cejas al máximo, pero Allie negó con la cabeza, asqueada.

- Da igual -dijo Rachel-. ¿Por dónde íbamos?

- Me parece que estábamos hablando de nuestro fantástico trabajo -dijo Allie, pero la absurda conversación que acababa de mantener con Katie la había dejado anonadada y estalló en carcajadas.

Rachel la miró perpleja, pero enseguida se echó a reír con ella.

- No sé de qué me río exactamente, pero me hago una idea.

- Es que es... -resolló Allie, llorando de risa-la mayor arpía que te puedas imaginar.

Aquella frase las hizo reír todavía más. Aún se les escapaba alguna que otra risilla cuando llegaron a la mesa de registros un minuto después, pero la sonrisa de Allie se desvaneció en cuanto vio a Zelazny que, tieso como un palo, pasaba páginas al otro lado del escritorio.

- Sheridan. Patel -ladró mientras les lanzaba dardos con la mirada-. Compórtese, Patel. Aquí tiene su horario y su lista de lecturas.

- Gracias, señor Zelazny.

El tono de voz de Rachel, mientras cogía los papeles que el profesor le tendía, fue casi demasiado educado como para resultar creíble.

- Sheridan -interrumpió él con brusquedad antes de que Rachel hubiera acabado de hablar-. Su horario -Allie se dispuso a darle las gracias pero Zelazny la hizo callar con una mirada gélida-. Este trimestre le han asignado clases extracurriculares. La esperan esta noche a las veintiuna horas. En la hoja está indicado dónde debe presentarse. No se tolera la impuntualidad.

Allie echó una ojeada al papel y vio las palabras «Sala de Entrenamiento Uno» escritas al principio de la hoja. Un dedo helado le recorrió la espalda. No hacían Educación física ni había solicitado actividades extraescolares. Solo cabía una explicación de que la convocasen a una sala de entrenamiento.

Voy a empezar esta misma noche, pensó. Esto va en serio.

Justo después del mediodía, Allie entró corriendo en el comedor pero se detuvo de repente al oír un escándalo tremendo. La sala estaba atestada. Casi pegadas entre sí, las mesas ocupaban el comedor de punta a punta, cada una rodeada de ocho

sillas talladas. El griterío era ensordecedor.

Jo la saludó con entusiasmo desde una mesa situada junto a la enorme chimenea de piedra.

- ¡Aquí!

Allie se abrió paso por el comedor hasta la mesa donde Jo la esperaba. No saludó a nadie por el camino. La sala estaba llena de gente que no conocía de nada.

Jo dio unas palmadas a una silla vacía.

- Te he reservado un sitio para que no te murieras de hambre. Esto es una locura.

Algo aturdida, Allie hizo un gesto con el brazo que abarcaba todo el comedor.

- ¿De dónde han salido?

Jo se echó a reír.

- ¡Ya lo sé! ¿Qué te parece, comparado con el trimestre pasado? Hay muchísima gente. Los nuevos se han sentado a nuestra mesa, los muy caraduras -señaló hacia el centro de la sala, donde Allie y sus amigos solían sentarse. La mesa estaba ocupada por chicos y chicas de catorce años que comían en incómodo silencio-. Me ha sabido mal echarlos -Jo esbozó una sonrisa beatífica-. Son tan pequeños... Le pediré a Lucas que los haga levantar más tarde. Con amabilidad.

- Quieres decir que le pedirás a Lucas que los amenace -dijo Allie mientras se sentaba.

- Por supuesto.

Allie, que no había olvidado los comentarios de Rachel acerca de Jo, llevaba días observándola de cerca, pero su amiga parecía la misma de siempre, tan alegre, boba y charlatana como de costumbre.

A lo mejor Rachel exagera.

Jo hundió la cuchara en una sopa de un sospechoso color rojo.

- Siempre y cuando la mesa esté libre mañana, les perdonaré la vida. ¿Y a ti cómo te va?

- ¿Qué es eso? ¿Tomate?

Allie intentaba adivinar cuál era el ingrediente principal de la sopa.

- Sí, pero creo que lleva remolacha -Jo frunció su bonita nariz-. Por el color, se diría que son vísceras. Y sabe a polvo. O quizás a veneno.

En Cimmeria había buenos cocineros, pero de vez en cuando sus experimentos no acababan de funcionar. En cualquier caso, después de coger medio sándwich de la bandeja que habían dejado en el centro de la mesa, la curiosidad fue más fuerte que Allie, quien se sirvió un cuenco de sopa. Hundiendo la cuchara en el líquido, olisqueó el contenido con desconfianza antes de probarlo.

- No creo que esté envenenada -dijo.

- Bien. De todas formas -Jo dio un mordisco a su bocadillo-, no pienso arriesgarme. Eh, ¿qué tal tu horario? ¿Coincidimos en alguna clase? -tendió la mano con la palma hacia arriba-. Pásamelo.

Allie se metió el último trozo de sándwich en la boca y hurgó en el interior de su cartera hasta encontrar la hoja.

- Toma -murmuró con la boca llena.

- Qué buenas maneras -dijo Jo, y acto seguido gritó de la emoción-. ¡Coincidimos en tres clases! Historia, Biología y Francés. Es genial -le guiñó el ojo a Allie por encima de la hoja-. A lo mejor puedo convencer a Isabelle para que nos asigne el mismo dormitorio. Le prometeré portarme bien. Por primera vez en la vida.

- Te hartarías de mí -dijo Allie-. Ronco.

- No me sorprende.

Jo le devolvió el horario.

- Espera un momento -dijo Allie levantando la vista-, ¿cómo es posible que vayamos juntas a Francés? Pensaba que tú hacías Francés avanzado.

Jo echó mano de su cartera.

- Me temo que a ti también te han puesto en Francés avanzado, *ma petite chou*.

- Ni de coña.

Allie miró a Jo con desconfianza.

- También estás en Historia, Biología y Literatura avanzadas.

- Qué fuerte.

Jo puso los ojos en blanco.

- Allie, ¿acaso no has mirado tu horario?

- Avanzado y un cuerno -musitó Allie mientras revisaba la hoja, pero Jo tenía razón; casi todas sus clases eran avanzadas.

Sonrió eufórica. A lo largo de los últimos años, sus notas habían caído en picado, directas hacia el desastre, pero el esfuerzo hecho en verano había dado fruto.

- Por desgracia, sigues en mates normales y corrientes -dijo Jo con una sonrisa petulante-, lo cual es patético -se levantó-. ¿Y bien? ¿Te vienes?

- Quizás -repuso Allie-. ¿Adónde vas?

Jo, que ya se alejaba, respondió por encima del hombro.

- A la sala común. A hacer pipí alrededor de mi sofá favorito, para que los peques no me lo roben también.

Cogiendo otro sándwich para comer por el camino, Allie se apresuró a seguirla.

Después del bullicio del comedor, el pasillo se les antojó un oasis de paz. Las cosas habían vuelto a la normalidad. La luz del sol se reflejaba en las paredes revestidas de roble y los antiguos óleos volvían a decorar los lugares que los habían albergado siglos y siglos. Las suelas de goma de los zapatos de Allie se adherían ligeramente a la madera del suelo, recién barnizada.

Allie tenía la sensación de que todo iba bien. Como si el colegio nunca se hubiera incendiado. Y Cimmeria estuviera a salvo.

El mobiliario de la sala común, a la que se accedía por una puerta prácticamente oculta bajo la escalera principal, consistía en varias estanterías altas y un buen número de sofás y butacas de piel. Un brillante piano de cola *mignon* presidía una esquina.

Jo se dirigió al centro de la sala y se dejó caer en un sofá con un suspiro de satisfacción.

- Esos enanitos tan molestos no me van a quitar el sitio -se desperezó con un movimiento lánguido-. No puedo creer que las clases empiecen mañana. Nos hemos pasado todo el verano trabajando.

- Venga, deja de quejarte.

Alzaron la vista y vieron entrar a Rachel, muy sonriente. La acompañaba un chico delgado de cabello castaño con el flequillo sobre la frente.

- Hola, Rach. Hola, Lucas -dijo Allie.

- ¿Habéis tenido que aplastar a muchos nuevos para llegar hasta aquí? -preguntó Jo a la vez que tendía la mano para coger una revista de una mesita auxiliar.

- Hay demasiados -Lucas se dejó caer en una de las butacas de enfrente-. Nos hemos batido en retirada.

- A mucha honra -Rachel se acomodó en una otomana, al lado de Lucas-. Son legión.

- No debería estar permitido -opinó Jo mientras hojeaba la revista sin mirarla realmente.

- Allie -dijo Lucas-, hemos visto a Carter fuera, en el pasillo. Te estaba buscando.

Bostezando, Allie se puso en pie y se encaminó hacia la puerta.

Al salir, se cruzó con un grupo de alumnos nuevos que se habían quedado parados a la entrada de la sala común, como si dudasen.

- No hay televisión -dijo uno-. Me voy a morir.

- Ni ordenadores -replicó otro en tono exasperado-. En serio. ¿Qué demonios vamos a hacer?

Allie apenas los oía ya cuando el tercero suspiró.

- En estos momentos, odio a mis padres con toda mi alma.

Siete

Apoyado contra la puerta del salón de actos, con un pie adelantado, Carter leía el libro que tenía en las manos. Estaba tan concentrado que no advirtió la presencia de Allie cuando esta se plantó ante él. El flequillo liso y oscuro le acariciaba los ojos. Cuando se lo echó hacia atrás distraído, Allie suspiró. Adoraba aquel gesto.

Carter alzó la cabeza y sus ojos oscuros se posaron en los de Allie.

- Eh -lo saludó ella.

Él repasó los rasgos de la muchacha con la mirada.

- Eh, tú.

Carter tenía un modo de observarla que la incomodaba una pizca; como si nada se le escapara.

- ¿Qué estás leyendo? -le preguntó para distraerlo.

Mientras tendía la mano para atraerla hacia así, Carter le mostró el libro.

Allie leyó la portada.

- ¿Vonnegut? ¿Quién es? -frunció el ceño-. ¿Es una de las lecturas obligatorias?

Carter esbozó aquella sonrisa torva que la volvía loca; cuando negó con la cabeza, sacudió el flequillo de un modo que...

- No. Es que me gusta. Estoy leyendo todos sus libros. Es increíble -el chico se metió el libro bajo el brazo, alargó la mano hacia atrás y giró el pomo al mismo tiempo que empujaba la puerta. Ambos entraron riendo en el salón de actos.

Mientras recuperaban el equilibrio, Allie advirtió que habían desaparecido casi todos los muebles almacenados. Volvía a ser un salón cualquiera, con mesas y montones de sillas esparcidas al fondo, a la espera del próximo baile.

- ¿Qué hacemos aquí?

Carter esbozó una sonrisilla burlona, tan sexy que Allie se estremeció.

- Pensaba que podríamos, ya sabes... pasar un rato juntos. Y como sé que esta sala siempre está vacía... -mientras hablaba, el chico dejó el libro en una mesa y empezó a caminar hacia atrás, arrastrando a Allie consigo. Ella lo siguió sin oponer resistencia, atraída por sus ojos.

- La noche de ayer no fue nada romántica -prosiguió Carter-y habrá que resarcirse, ¿no?

Cerca de la pared opuesta, el chico se detuvo y atrajo a Allie hacia sí. La cogió por la espalda y le tomó la mano. Instintivamente, Allie posó la mano libre en el hombro de Carter. Cuando él la arrastró girando lentamente, Allie notó, a través del algodón de la camisa, el movimiento de los fuertes músculos.

- ¿Qué haces? ¿Quieres bailar?

Allie se rio sin dejar de mirarlo a los ojos.

- ¿No oyes la música?

Ella torció la cabeza a un lado.

- No.

Estrechándola aún más, Carter la obligó a girar. Ella soltó una risilla.

- Me parece que no te estás esforzando -le susurró Carter al oído. Rozó con los dientes el lóbulo de Allie-. Esfuérzate más.

Allie separó la cabeza para ofrecerle la zona de la nuca. Los labios de él descendieron hasta el cuello de la remilgada blusa del uniforme y luego

ascendieron por detrás de la oreja hasta el suave cabello de la sien para volver a bajar después por el agudo contorno de la mandíbula. A Allie se le antojó una tortura exquisita. Aferrada a él, deseaba que aquello no terminara nunca.

Cuando le alcanzó los labios, Carter susurró:

- ¿La oyes ahora?

- Creo que...

Allie tenía la voz ronca, jadeante. Ya no pensaba. Se limitaba a sentir.

De puntillas, pasó los dedos por el sedoso cabello del chico y lo atrajo aún más hacia sí. Cuando abrió los labios, percibió la tensión en los músculos de Carter, que la abrazaba con fuerza. Allie apenas podía respirar, pero le daba igual. Quería que le acariciara todo el cuerpo, que la besara hasta el último rincón.

Como si le leyera el pensamiento, Carter aflojó el abrazo y deslizó las manos hacia la cintura de la falda. Sin dejar de besarla, empezó a desabrochar la prenda.

Temblando, Allie posó las manos en el pecho de Carter. Con el corazón a punto de estallar, notó que los dedos del chico le palpaban la cálida piel de la espalda, bajo la falda.

- Estás temblando -susurró él, los ojos oscuros como humo-. ¿Estás bien?

Casi sin voz, Allie asintió. Pegada a su cuello, aspiraba el aroma a sándalo y aire fresco.

- Tienes la piel muy suave -la voz de Carter contenía una pregunta mientras la acariciaba. Allie temblaba de placer-. Me gustaría besarte el cuerpo.

- A mí también.

Allie habló en un tono tan quedo que se preguntó si realmente habría pronunciado las palabras.

Debió de hacerlo, porque él exhaló un gemido ronco y la empujó hacia el suelo. Se quedaron de rodillas, inmersos en un beso interminable.

- No quiero... -Carter la estrechó con fuerza. Estaban tan juntos que Allie notaba el calor que irradiaba él-. No quiero hacerte daño.

Un ceño fugaz asomó al semblante de Allie.

- Tú nunca harías algo así.

Con un dedo, Carter le acarició la frente, descendió a la nariz, le recorrió las mejillas y llegó a los labios, que rodeó con cuidado.

- Es que... eres importante para mí, Allie Sheridan -susurró mirándole los

labios-. Mucho.

Allie perdió el aliento.

- Tú también eres importante para mí, Carter West. Mucho.

Sin separar la mano derecha del pecho del chico, Allie usó la otra para coger la de Carter y llevársela al corazón, que latía con fuerza.

- ¿Lo ves? -dijo-. Ambos sentimos lo mismo.

Los ojos de él se oscurecieron aún más. La besó tan apasionadamente que Allie cayó hacia atrás. Estaban entrelazados sobre el suelo de madera, ella de espaldas, mirándolo a los ojos. Los dedos de Carter se acercaron al primer botón de la blusa.

Sus ojos contenían una pregunta.

Allie asintió en silencio, y él, con cuidado, desabrochó el botón. Con labios trémulos, le besó la piel. Cuando la mano del chico descendió al segundo botón, ella jadeaba.

Estaba al borde del desmayo. *¿De verdad vamos a hacerlo?*

En aquel momento, la puerta se abrió.

Allie creyó que se le iba a parar el corazón. Los ojos de Carter le advirtieron que se quedara quieta, aunque no hacía falta. Ni en sueños se habría movido. Tendido medio de lado, como una estatua reclinada, el chico respiraba tan quedamente que su pecho apenas se desplazaba.

Allie no distinguía quién había entrado; una mesa y un montón de sillas le obstruían la visión. Entonces oyó la voz de Jerry; conversaba en voz tan baja que solo les llegaban palabras sueltas. Al no oír respuesta, Allie comprendió que hablaba por teléfono.

- ... ahora no puedo hablar... la situación es muy grave... Raj Patel se encarga de la seguridad... a santo de qué... ¡No!

Jerry alzó la voz al pronunciar la última palabra.

Carter abrió los ojos de par en par, pero no se movió.

El profesor volvió a tomar la palabra.

- ... cuanto podemos. Los terrenos... seguridad -se hizo un silencio y luego dijo casi a voz en grito-: No voy a discutir contigo. Puedes consultarlo con Orion.

Como si temiese que pudieran oírlo, pasó a hablar en susurros ásperos. A partir de aquel momento no pudieron distinguir lo que decía. Permanecieron

inmóviles, casi sin respirar, comunicándose con la mirada, hasta que Jerry se calló.

Pocos segundos después, oyeron el chasquido de una puerta al abrirse. Luego el suave golpe del cierre.

Carter se incorporó y oteó la sala por encima de las sillas amontonadas. Enseguida se dejó caer de espaldas.

- Se ha ido -dijo.

Ahora que no tenía a Carter encima, Allie podía respirar con más facilidad. También pensaba con mayor claridad. Aunque le había dicho que continuara, una parte de ella se alegraba de que los hubieran interrumpido. Sentía algo por Carter. Quizás incluso lo amase. Sin embargo, no estaba segura de estar lista para lo que habría sucedido si Jerry no hubiera entrado en el salón. Todo había ocurrido tan deprisa... Habían pasado de los besos a algo más como si tal cosa. Y de repente, Allie se había encontrado a bordo de un tiovivo que giraba demasiado deprisa como para saltar. Habría podido saltar al principio, cuando estaban empezando, pero no lo había hecho. ¿Y ahora qué? ¿Aún estaba a tiempo de saltar, de volver a los besos y nada más? ¿O se suponía que si volvía a emprender el viaje debía llegar hasta el final?

Frunció el ceño con expresión preocupada. Al advertirlo, Carter se acercó y le apartó un cabello de los ojos.

- No creo que se hubiera enfadado -dijo con una sonrisa lánguida y despreocupada. Por lo visto, atribuía la inquietud de Allie a la posibilidad de que los hubieran descubierto. Ella no lo sacó de su error. No era el momento más apropiado para hablar de sexo. ¿O sí?-. Pero tampoco le habría hecho ninguna gracia -prosiguió Carter-. Nos habría mandado a ver a Isabelle. Y ella nos habría perdonado después de largarnos un sermón sobre la seguridad.

Imaginando la decepción de la directora si se hubiera enterado, Allie se sonrojó y se sentó.

- No pasa nada -asintió-. No nos ha visto -por primera vez, Allie pensó en lo que acababan de oír y se volvió a mirar a Carter-. ¿De qué iba todo eso?

- Yo diría que Jerry hablaba con algún padre enfadado.

- No sabía que los profesores tuvieran teléfonos -se extrañó Allie.

- Algunos sí.

Tendido en el suelo con expresión grave, Carter se la quedó mirando mientras ella se abrochaba la blusa. Presa de una súbita timidez, Allie agachó la cabeza para esconder la cara detrás de la melena.

Carter se sentó y, atrayéndola hacia sí, apoyó la frente en la de Allie. Ella lo miró a los ojos.

- Todo va bien -susurró el chico-. Te lo prometo.

- ¿Dónde demonios estoy?

A punto de dar las nueve, Allie corría por un angosto pasadizo del sótano. Carter le había explicado muy bien cómo se llegaba al gimnasio y a las salas de entrenamiento, pero le estaba costando mucho encontrarlas y tenía la horrible sensación de que se había perdido.

El sótano le ponía los pelos de punta. El techo era tan bajo que parecía un largo ataúd. A la luz verdosa de los fluorescentes, el lugar recordaba al típico escenario de un crimen de las series de televisión. Varias puertas cerradas flanqueaban el pasillo, la mayoría sin señalizar. Al oír un golpe seco que parecía proceder del otro lado de la pared, Allie dio un respingo.

Son las cañerías, se dijo, aunque no tenía ni idea de por qué una cañería iba a hacer un ruido semejante.

Cuando oyó un crujido en el techo segundos después, prefirió no alzar la vista.

Alguien camina por el piso de arriba. Pero el corazón le latía a toda velocidad.

En aquel momento, escuchó un correteo a su espalda y notó un soplo de aire. Sin que tuviera tiempo de reaccionar, alguien pasó corriendo por su lado a toda velocidad, golpeándole la mano y pisándole un pie al pasar.

Hecha un manojo de nervios, Allie retrocedió y chocó contra la pared.

Allá delante, una morenita delgada peinada con una coleta se detuvo y se volvió a mirarla.

¿Cómo es posible que una chica tan bajita haga tanto daño?, pensó Allie mientras se cogía el pie y saltaba en el sitio.

- ¡Eh! -le gritó-. Oye... ¡Ay!

Como un pajarillo, la chica ladeó la cabeza y la miró un instante.

- Mala suerte.

Lo dijo en un tono chillón y antipático. Allie la miró boquiabierta a la vez que ella doblaba corriendo una esquina y desaparecía.

- Maldita, maldita, maldita sea -murmuró Allie mientras cojeaba tras ella.

Siguiendo los pasos de la chica, llegó a un pasillo desierto que parecía extenderse hasta el infinito.

- ¿Pero dónde diablos está el gimnasio de las narices? -muscitó.

Como si acabara de invocarlo, una puerta doble de cristales esmerilados apareció a su izquierda. Sobre la misma, unas letras desvaídas indicaban: «Gimnasio».

- Oh.

Carter le había dicho que la sala de entrenamiento estaba enfrente. Allie se dio media vuelta y descubrió una puerta señalizada con una sola palabra: «Uno».

Sala de Entrenamiento Uno.

Inspirando hondo, giró el pomo.

La sala, mal iluminada, era pequeña y estaba atestada. Unos treinta alumnos aguardaban alrededor de un tatami azul.

Allie estaba cerrando la puerta cuando el murmullo de la conversación decayó. Zelazny, en el centro de la pieza, gritó: - ¡Silencio, por favor! Vamos a empezar.

Al ver a Allie plantada en el umbral, puso cara de asco.

- Gracias por unirse a nosotros, Sheridan. Si llega a tardar un segundo más, su paso por la Night School habría sido el más corto de la historia del colegio.

Unos cuantos alumnos se volvieron a mirarla, riendo. Allie se puso como un tomate, pero no dijo nada. Se rodeó el cuerpo con los brazos y se tranquilizó ideando torturas. Entonces reparó en Sylvain, que estaba a un par de metros de ella. Miraba a Zelazny enfurruñado.

- Como iba diciendo -prosiguió el profesor-, bienvenida. Ya sé que está al corriente de lo que pasó aquí este verano. Como puede suponer, lo sucedido nos ha obligado a cambiar el programa de entrenamiento de este trimestre. Nos centraremos en la autodefensa y la seguridad en vez de trabajar la estrategia.

Cuando los ojos de Allie se acostumbraron a la penumbra, reconoció algunas caras. No se llevó grandes sorpresas. Al lado de Sylvain estaba Jules, la prefecta de las chicas. Y creyó atisbar a Lucas al fondo. Sin embargo, no vio a Carter por ninguna parte.

Zelazny cambió de tono y Allie intentó prestar atención a sus palabras.

- Hemos invitado a un experto en seguridad para que nos ayude con las clases. Os enseñará las técnicas que aplica la mejor empresa de seguridad del

mundo. Y no exagero; no solo los altos ejecutivos de las grandes empresas sino también los líderes mundiales contratan sus servicios. El hombre del que estoy hablando no es otro que nuestro nuevo instructor especializado, Raj Patel.

Un murmullo se extendió por el grupo, que aplaudió con reverencia. El padre de Rachel surgió de entre las sombras y se colocó junto a Zelazny.

Nada más verlo, Allie se sintió mejor. Le sonrió y lo saludó con la mano, pero él no respondió a sus gestos.

Nada puede ir mal si el señor P. está aquí. Él cuidará de mí.

- Muchas gracias por el cálido recibimiento -dijo el señor Patel-. Estoy encantado de volver a Cimmeria, aunque sea en tan terribles circunstancias. Como ha mencionado el señor Zelazny, este curso nos centraremos en tácticas de autodefensa. También añadiremos un nuevo elemento, algo que nunca antes habíamos puesto en práctica. Creo que todos habéis sido informados de los incidentes protagonizados por Gabe Porthus.

A la mención de Gabe, Allie sintió que los niveles de oxígeno disminuían en la sala. El señor Patel no dio muestras de haberlo advertido.

- A causa de los actos de Gabe, este trimestre abordaremos los conceptos de traición y confianza. A ese respecto, quiero plantearos una pregunta clave: ¿deberíais haber advertido que Gabe no era de fiar? Al fin y al cabo, muchos de vosotros os considerabais sus amigos. ¿Os dio alguna pista de que había cambiado de bando? ¿Alguna señal que debería haberos puesto sobre aviso? Y, lo que es más importante, ¿hay alguien en esta sala que no sea digno de confianza? -se movía como una pantera, en silencio, acercándose a los alumnos y mirándolos a los ojos como si pudiera leerles el pensamiento-. ¿Hay alguien en esta sala que planea traicionarnos?

Sus palabras provocaron un susurro de sorpresa, como si todo el mundo hubiera exhalado el aliento al mismo tiempo. Al mirar a su alrededor, Allie advirtió que los demás estaban tan horrorizados como ella. Devolvió la vista al señor Patel. Lo encontraba frío y distante. No se parecía nada en absoluto al hombre que había conocido en casa de Rachel.

Le dio un vuelco el corazón. Puede que Rachel tuviera razón. Era muy posible que no lo conociera tan bien como creía.

- En estos momentos -prosiguió él-mis hombres están pasando revista a todos los habitantes del colegio; hasta el último ayudante de cocina, alumno y profesor. Si alguno de vosotros miente sobre su identidad o sobre los motivos que lo han traído aquí, podéis estar seguros de que lo descubriremos. Sin embargo, he

pensado encargarnos parte del trabajo. Me gustaría que os investigarais mutuamente.

Alguien ahogó un grito, pero el señor Patel siguió hablando.

- Os enseñaremos a detectar signos de engaño -prosiguió-. Tendréis que interrogaros los unos a los otros y luego informarnos de los resultados. Y dejad que os diga una cosa: está prohibido mentir en los interrogatorios. Si alguien miente, nos enteraremos. Y la persona que lo haga será expulsada.

Tras arrojar aquella bomba, se volvió hacia Zelazny.

- Tu turno, August.

- ¡Silencio! -ladró Zelazny, fulminando con la mirada a los alumnos, aunque Allie no había oído ni una mosca-. Empezaremos hoy mismo formando parejas. Cada uno de vosotros tendrá un compañero, con el que trabajará a lo largo del trimestre. Esa persona será vuestro apoyo; vuestra media naranja por lo que concierne a la Night School. Calificaremos al equipo, de modo que si vuestro compañero no se esfuerza al máximo, os sugiero que lo conminéis a que lo haga. Si uno suspende, el otro también. La asignación de pareja será innegociable -calló un instante para volver a lanzarles dardos con los ojos-. Ni se os ocurra pedir un cambio de compañero. No haremos excepciones. En ningún caso.

Hojeó el sujetapapeles que llevaba en la mano.

- ¡Henderson! Te ha tocado con Mitchell.

Allie vio a dos chicos que no conocía acercarse y entrechocar las palmas sin ruido.

- Richeau, tu pareja será Smith-Tivey.

Una joven de cabello negro caminó hacia un joven musculoso. Zelazny prosiguió con los cincuenta nombres de la lista. Allie se mordisqueó la cutícula del pulgar y escuchó los latidos de su corazón hasta que lo oyó decir: - ¡West!

La chica contuvo el aliento, con la esperanza de oír su propio nombre.

- Tu pareja es Matheson.

Allie hundió los hombros. *¿A Carter le ha tocado con Jules?*

Aunque se sentía menos intimidada que antes por la prefecta de las chicas, Jules aún poseía la extraña habilidad de hacerla sentir insegura. Era tan perfecta y parecía tan integrada en Cimmeria... Además, era una vieja amiga de Carter.

Ojalá a Allie le hubiera tocado con él. Se podrían haber ayudado mutuamente. Ahora tendría que formar equipo con algún desconocido, y

conociendo a Zelazny seguro que no le esperaba nada bueno.

Estaba tan inmersa en aquellos pensamientos autocompasivos que cuando el profesor por fin leyó su nombre no oyó el de su pareja.

Aterrada, tiró de la manga a la persona que tenía al lado.

- ¿Has oído lo que acaba de decir? -le preguntó a un chico alto y rubio-. ¿Sheridan y quién?

Él la miró sin interés.

- Ha dicho Glass.

Una voz cantarina habló a sus espaldas. Allie se dio media vuelta y vio a la asesina de la coleta con la que se había topado en el pasillo.

- Zoe Glass -aclaró la chica, torciendo la cabeza a un lado-. Es mi nombre. No me lo gastes.

Ocho

- ¡No! -Allie se volvió a mirar a la jovencita, horrorizada-. No puedes ser tú.

- Genial -Zoe puso los ojos en blanco-. La confianza entre los compañeros es superimportante. Me alegro de que hayamos empezado con buen pie.

- Aquí estás.

Carter y Lucas se acercaron juntos. Allie los miró con desesperación.

- No me lo puedo creer -Allie se volvió hacia Carter como pidiendo auxilio-. No me pueden poner con ella. O sea... no.

El chico hizo un gesto de impotencia.

Con una mano en la cadera, Zoe lo observaba todo tan tranquila.

- Me parece que no le caigo bien.

Ignorándola, Allie volvió a mirar a Carter.

- ¿Te lo puedes creer? Tenemos que investigarnos los unos a los otros. Eso es...

- Basta de parloteo, jovencitos -la estridente voz de Zelazny la interrumpió-. Ya tenéis las parejas asignadas. El entrenamiento empieza ahora mismo.

Comenzaremos con una carrera competitiva de cinco kilómetros por la ruta de siempre. Luego Raj nos propondrá un ejercicio de defensa personal.

Todo el mundo se dirigió a la puerta al mismo tiempo. Allie giró la cabeza hacia Carter, con cara de perplejidad.

- ¿Qué es una carrera competitiva?

Cogiéndola de la mano, el chico la arrastró hacia el tropel que recorría el pasillo en dirección a una puerta lateral.

- Es una carrera cronometrada. Castigan al último. ¡Corre!

- ¿Cuál es el castigo?

Allie ya corría tras él.

- ¿Qué más da? -dijo Lucas mientras los adelantaba como alma que lleva el diablo.

En el exterior, empezaba a lloviznar. El grupo se internó en la oscuridad a toda velocidad. Por lo que parecía, debían recorrer un sendero que discurría hasta el lindero del parque.

- ¿No deberíamos hacer ejercicios de calentamiento primero? -preguntó Allie mientras Carter aceleraba la marcha-. Podríamos sufrir calambres. Y no veo por dónde voy. ¿Tú ves por dónde vas?

Zoe surgió de la oscuridad y corrió a su lado.

- ¿Nunca se calla? -le preguntó a Carter antes de volverse a mirar a Allie-. ¿Nunca te callas?

- Sí... Bueno... ¿qué? -farfulló Allie. Estaba tan desconcertada que tropezó con una raíz y cayó rodando sobre sí misma. Carter la cogió del brazo y la ayudó a levantarse.

- Maldita sea -Zoe la miró perpleja-. ¿Pero de qué vas?

- Hablando de cerrar el pico -jadeó Allie-. ¿Por qué no... pruebas a callarte tú... para variar?

Apretando el paso, Allie se concentró en alejarse tanto de la chica como le fuera posible.

- Yo de ti dosificaría el esfuerzo -gritó Zoe a su espalda.

- ¡Silencio! -la voz de Zelazny, que corría tras ellos, pareció surgir de la nada-. De ahora en adelante, aquel que hable será castigado.

- ¡Vete a la mierda! -le espetó Allie, pero lo dijo en voz baja para que nadie

pudiera oírlo.

Pese a todo, Zoe tenía razón. Correr ocho kilómetros no era moco de pavo y ya se estaba fatigando. Si no se tranquilizaba, no lo conseguiría. Pero no iba a dejar que Zoe lo descubriera.

Al cabo de medio kilómetro más o menos, Allie redujo el paso hasta encontrar un ritmo más relajado y sacudió los hombros con el fin aflojar los músculos, que con tantos nervios se le habían agarrotado. Y aunque la cabeza le iba a mil, sus piernas pronto adoptaron la cadencia constante e hipnótica de una persona habituada a correr.

Como siempre, el ejercicio la tranquilizó, y aunque el corazón le latía a un ritmo acelerado se dejó llevar por el movimiento. Por fin pudo prestar más atención al entorno. Las nubes tapaban la luna, pero sus ojos se fueron adaptando a la oscuridad; vio los pinos que la rodeaban, sacudidos por la brisa, y el sendero que se abría ante ella.

En aquel momento se dio cuenta de que no solo había perdido de vista a Zoe sino que había dejado atrás a Carter y a Lucas también. Allie estaba completamente sola. No le importó. Las endorfinas circulaban por su organismo y corría con seguridad y desenvoltura. Sabía que iba por el buen camino porque de vez en cuando adelantaba a algún otro corredor, al que dejaba atrás poco después.

Aunque estaba más tranquila, aún seguía obsesionada con Zoe. Y con la actitud de Raj Patel, dura y fría como el hielo. ¿Sería aquella la faceta de Patel contra la que Rachel la había advertido? ¿El lado oscuro que jamás se hubiera imaginado?

Calculó que llevaría unos tres kilómetros recorridos cuando llegó a una zona del bosque envuelta en tinieblas. Allie apenas veía el camino y se vio obligada a reducir el paso para no tropezar. La oscuridad era tan intensa que casi se podía palpar; creyó sentirla como un peso contra la piel.

Allie aún corría a marcha ligera cuando se levantó viento; el sonido de miles de árboles agitándose al unísono se le antojó un rugido, como olas rompiendo contra una playa de guijarros.

A lo lejos, un zorro chilló de un modo que le puso los pelos de punta. Estaba segura de que había sido un zorro. Seguro que no era una chica pidiendo auxilio.

Seguro.

Inquieta a más no poder, Allie aceleró el paso, pero descubrió que le costaba mucho reanudar la cómoda marcha que había adoptado anteriormente. El más mínimo sonido le hacía dar un respingo y no paraba de mirar por encima del

hombro. Tenía la sensación de que alguien la seguía. Y la esperanza de que otro corredor la adelantara.

Cuando reparó en que estaba contando los pasos, presa del nerviosismo, se ordenó a sí misma dejar de hacerlo. Las chicas guays no sufrían ataques de pánico solo por estar a solas en el bosque en plena noche.

No tengas miedo, Allie. No tengas miedo, Allie. No tengas miedo...

Había repetido la misma frase treinta y siete veces cuando vio a alguien entre los árboles.

Sucedió tan deprisa que lo dejó atrás antes de que su cerebro tuviese tiempo de procesar la imagen. Entonces, se detuvo. Dio media vuelta y miró hacia atrás, pero el bosque estaba desierto. Retrocedió con cautela, escudriñando la zona donde había visto a un hombre debajo de un árbol. Vestido de traje. Mirándola.

Había desaparecido.

Se dio media vuelta al oír el crujido de una ramilla a su espalda, pero no vio nada salvo tinieblas. En aquel momento, una ráfaga de viento se levantó entre los árboles, y Allie trató de convencerse de que lo que oía solo era el susurro de las ramas.

En su fuero interno, no lo creía. Así que echó a correr.

Haciendo esfuerzos para no volverse a mirar, corrió como alma que lleva el diablo. Había alguien allí detrás, lo sabía. Y se imaginó que la seguían, y que sus propios pasos ahogaban los de su perseguidor.

Le pisaban los talones.

Sin una gota de aliento, recorría el camino del bosque a ciegas, haciendo caso omiso de las protestas de su cuerpo. Solo al doblar un recodo y ver al otro lado de un claro a algunos de sus compañeros corriendo a lo lejos se tranquilizó lo bastante como para volverse a mirar.

El camino estaba desierto.

Agitando un bastón fluorescente de color azul, un alumno señalaba el final de la carrera y guiaba a los corredores a las dependencias del colegio. Mientras bajaba cojeando las escaleras que conducían al sótano, Allie se sujetaba el costado con las dos manos. Se encaminó directamente a la Sala de Entrenamiento Uno, donde Raj Patel charlaba con Zelazny.

- He visto -resolló-. Hombre. Bosque.

Doblada sobre sí misma, apoyó las manos en las rodillas. Sudaba tanto que las gotas caían al tatami azul que cubría el suelo. Cerró los ojos e hizo esfuerzos por tranquilizarse.

- ¿Qué? -la voz de Zelazny sonó afilada como una navaja-. ¿De qué hablas, Sheridan? Ya basta.

- Ha dicho que ha visto a un hombre en el bosque -el señor Patel habló en un tono deliberadamente tranquilo y Allie torció la cabeza para mirarlo. La observaba con expresión alerta-. Recupera el aliento, Allie. ¿Puedes describirlo?

- Pelo... corto -jadeó-. Llevaba... traje.

El señor Patel se puso tenso, y Allie supo que acababa de dar en el clavo.

- ¿Lo has reconocido?

Mientras hablaba, el hombre extendió la mano y le hizo un gesto a alguien que Allie no alcanzaba ver. Todavía doblada sobre sí misma, ella negó con la cabeza.

- Estaba demasiado oscuro.

El aire volvía a circular por sus pulmones y el flato estaba cediendo. El hecho de que el señor Patel la estuviera tomando tan en serio la intranquilizó; todo estaba oscuro y se había asustado. ¿Y si se lo había imaginado? Pero no sabía cómo decirlo sin quedar como una histérica.

Dos hombres musculosos vestidos de deporte y una mujer rubia con coleta rodearon a Allie y miraron al señor Patel, a la espera de instrucciones. El padre de Rachel prescindió de presentaciones.

- Allie ha visto a alguien en el bosque -les dijo-. Vestido de traje.

Los recién llegados intercambiaron miradas mientras el padre de Rachel volvía la cabeza hacia ella.

- ¿Dónde estaba exactamente?

Allie describió el lugar lo mejor que pudo. Cuando terminó, el señor Patel asintió y los otros se marcharon tan rápidamente como habían aparecido.

- Si hay alguien por allí, lo encontraremos.

Lo dijo como dando el tema por zanjado. Allie se acercó a Carter y se dejó caer en el tatami, a su lado.

- ¿Te encuentras bien?

Carter tenía la cara congestionada del esfuerzo. Le tendió una botella de

agua fría. A su lado, Lucas, Jules y un chico que Allie no conocía descansaban desparramados.

Allie asintió mientras se llevaba la botella de agua a la frente.

- ¿De qué hablabais Patel y tú? -Carter la miró fijamente-. Parecía importante.

Cuando Allie le contó que había visto a un hombre en el bosque, el chico apretó los labios. Jules y Lucas se acercaron para oír mejor.

- ¿Y no pudiste verlo bien? -le preguntó Lucas antes de que ella hubiera concluido el relato.

Allie negó con la cabeza.

- Estaba superoscuro. Solo lo he visto un segundo. Cuando he vuelto atrás, ya se había ido.

- ¿Estás segura de que no han sido imaginaciones? -le preguntó Carter-. Sería lo más normal del mundo que estuvieras un poco paranoica, después de todo lo que has pasado.

La pregunta reavivó las dudas de Allie, que se puso a la defensiva.

- No estoy segura al cien por cien, Carter, pero tenía que contarle a Raj lo que he visto.

- Carter no dice que hayas actuado mal, Allie -Jules adoptó un tono tranquilizador-. Creo que solo intenta decidir hasta qué punto debe preocuparse.

- Bueno, pues que no se preocupe.

Allie sabía que había contestado mal, pero no podía evitarlo. Si fuera otro el que hubiera visto al tío raro del bosque, no estarían manteniendo aquella conversación. Todo el mundo le creería.

- Raj ha enviado a tres matones a buscarlo -evitó la mirada de Carter-. Y todos estamos aquí, sanos y salvos.

- En pie -el señor Patel pronunció la orden desde el centro de la sala. Su tono no admitía réplica y los alumnos se incorporaron, gimiendo-. Colocaos junto a vuestras parejas. Vamos a practicar unas cuantas técnicas de defensa personal.

Carter se levantó de un salto pero Allie no se movió.

- Debe de estar de broma -dijo.

Sin moverse del sitio, el señor Patel gritó:

- ¡Ahora mismo, jovencitos!

Lanzando un suspiro, Allie se puso en pie de mala gana. Le dolían todos los músculos del cuerpo.

- Pareces desentrenada.

La voz chillona de Zoe sonó a su espalda. Allie se tomó el tiempo necesario para respirar una vez antes de volverse a mirarla. No parecía muy afectada por la carrera. La coleta caía hacia a su espalda y una fina capa de sudor le bañaba el rostro, pero por lo demás parecía tan llena de energía como siempre.

- Pues no -replicó Allie-. No lo estoy.

Zoe se encogió de hombros, como si no la creyese.

- ¿Estás lista?

No, pensó Allie.

- Sí -contestó con sequedad.

- ¿Ah, sí? ¿Y sabes hacerlo?

Antes de que Allie pudiera responder, el señor Patel volvió a hablar.

- En cada pareja habrá un agresor y una víctima.

- Yo seré el agresor -se ofreció Zoe.

- Estupendo -murmuró Allie.

- El ataque se producirá por la izquierda -instruyó el señor Patel mientras recorría la sala para observar los preparativos de los alumnos-. La víctima intentará derribar al agresor y reducirlo.

A Allie, todo aquello le sonaba fatal. No tenía ni idea de cómo derribar a un agresor. Por otro lado, Zoe era muy bajita. No podía tener mucha fuerza.

- A la de tres -ordenó el señor Patel-. Dos...

Allie se afianzó contra el suelo con los hombros tensos. Zoe desapareció de su vista.

- ¡Uno! -gritó el hombre.

Unas manos cogieron a Allie por el brazo. Cuando intentó zafarse, la sala dio vueltas a su alrededor y aterrizó boca arriba, de cara a los artesonados del techo. Tenía el pie de Zoe sobre el abdomen.

- Patético.

Zoe levantó el pie y se apartó.

- ¿Qué demonios... -gimió Allie-... acaba de pasar?

- Te he derribado.

Zoe lo dijo como si tal cosa.

- ¡Bien! -felicitó el señor Patel a una pareja del otro lado de la sala-. Ahora... ¡intercambiad los papeles!

Allie miró a Zoe, confundida. La otra suspiró.

- Intenta atacarme.

Allie se puso en pie. Durante un instante, miró a su alrededor con desesperación para ver qué hacían los demás. Su mirada se topó con la de Sylvain, que parecía preocupado por ella.

Concéntrate, Allie, se dijo.

Inspiró hondo y trató de dilucidar qué había hecho Zoe cuando la había agredido. Se abalanzó contra ella.

La sala volvió a girar. Allie golpeó el suelo con fuerza.

- ¿Pero cómo...? -resolló. Le dolían las costillas.

Plantada con los brazos en jarras, Zoe la contemplaba como si se encontrara ante un problema de matemáticas difícil de resolver.

- Vaya rollo -se quejó.

El señor Patel apareció en lo alto. Tapaba la luz del fluorescente con la cabeza.

- Buen trabajo, Zoe -el hombre tendió una mano para ayudar a Allie a levantarse-. Ahora, ¿por qué no intentas enseñarle algo en vez de machacarla?

- No lo entiendo -dijo Zoe ladeando la cabeza a un lado como un petirrojo atento.

- Es la primera clase de Allie -explicó él-. No sabe cómo se hace. No os he puesto juntas para que la envíes al hospital. Os he puesto juntas para que le enseñes -se volvió a mirar a Allie-. Zoe es una de las mejores de la clase. Tiene una habilidad natural, y he pensado que estaríais bien juntas. Pero nunca antes ha tenido que enseñar a otro -girando la cabeza hacia Zoe, dijo-: Deja de lastimarla y ayúdala, ¿vale? Si Allie aprende, las dos salís ganando.

- Vale -repuso Zoe sin rencor. Miró a Allie-. ¿Quieres que te enseñe a derribarme?

- Cielos, sí -dijo Allie con rabia contenida.

- Cógeme por aquí -Zoe llevó las manos de Allie a su propio brazo mientras

el señor Patel se alejaba-. Y haz así...

Allie, por desgracia, carecía de habilidad natural. Quedó demostrado casi de inmediato. Aunque se esforzaba al máximo por volcar a aquella chica tan menuda, apenas si conseguía desplazarla. Una o dos veces Zoe se dejó caer para enseñarle cómo funcionaba la llave pero, aunque era bajita y ligera, Allie no conseguía derribarla.

Miró a su alrededor y advirtió que todos los demás dominaban la llave. En una esquina, Jules tumbó a Carter casi sin esfuerzo. Él se rio cuando ella lo ayudó a levantarse y Jules le palmeó la espalda con cariño. La pobre Allie, incapaz como se sentía de aprender una llave aparentemente sencilla, se estaba agobiando por momentos. Aunque intentaba que no se le notara, un peso le oprimía el pecho. Hacia el final de la clase, estaba aterrorizada. Apenas podía respirar y el pánico se había apoderado de ella.

- Muy bien -el señor Patel dio por finalizada la tortura-. Es suficiente por hoy -avanzó al centro de la sala-. Casi todos habéis aprendido la llave con facilidad, ya lo sé. Mañana, sin embargo, la cosa se complicará. Si este ejercicio no os sale del todo bien, os sugiero que lo practiquéis. Esto es solo el principio.

Allie agachó la cabeza. Era la única a la que no le salía. El mensaje iba dirigido a ella.

Cuando los demás empezaron a abandonar la sala, ella se quedó atrás, dolorida y derrotada, con la esperanza de pasar inadvertida. No se dio cuenta de que el señor Patel se encaminaba hacia ella.

- Si necesitas ayuda, ven mañana temprano -le dijo con voz queda-. Creo que te vendrá bien tener a Zoe de pareja. Sin embargo, a veces las parejas tardan en cuajar. Tenéis mucho que aprender la una de la otra.

Mordiéndose el labio, Allie asintió. No se atrevía a hablar por si le fallaba la voz.

No dejaré que me vean llorar, se dijo, pero las lágrimas ya inundaban sus ojos. Al otro lado de la sala, Carter la miraba con expresión preocupada. La compasión del chico la hizo sentir aún peor.

Allie echó a andar antes de que Carter pudiera ver su expresión y descubriera lo mal que se sentía. A ciegas, se tambaleó por el pasillo y subió las escaleras que conducían a la planta baja. No sabía adónde iba ni si alguien la seguía. En aquel momento, no le apetecía hablar con Carter. Ni con el señor Patel.

Ni con nadie.

Qué situación tan bochornosa.

Empujó la puerta trasera y salió al jardín a toda prisa.

Ciento doce pasos. Ciento trece. Ciento catorce...

Al cabo de un minuto, sin embargo, sus músculos exhaustos protestaron con tanta vehemencia que tuvo que aflojar la marcha. Hacía frío; había dejado de llover y el cielo empezaba a despejarse. La luna creciente teñía el paisaje de un tono plata.

Entre los árboles vio el resplandor de algo blanco. Al principio dejó de respirar. Luego recordó.

La glorieta.

Había olvidado por completo el pequeño cenador donde se había ocultado con Jules la noche del incendio, pero al verlo se dirigió hacia el escondrijo, que se agazapaba tras una fila de árboles.

Un círculo de columnas delgadas sujetaba la estructura del tejado abovedado. La luz de la luna iluminaba la estatua del centro: una muchacha cubierta por una túnica que bailaba eternamente sosteniendo un velo de piedra sobre la cabeza.

Sentada a los pies descalzos de la estatua, sobre el frío mármol del peldaño, Allie apoyó la cabeza en las rodillas. Y descubrió desolada que, cuando por fin quería llorar, las lágrimas no acudían a sus ojos. Se sentía vacía.

Puede que la Night School no sea para mí, después de todo, pensó con tristeza. Quizás no sea lo bastante buena para pertenecer a ella.

Trató de imaginar cómo se sentiría si su paso por la Night School resultaba un fiasco. ¿Qué pensaría Jules? ¿O Lucas? ¿Seguirían siendo sus amigos, cuando supieran lo patética que era?

A Jo la expulsaron, arguyó. Y su vida no se ha acabado por eso.

Sin embargo, Jo era distinta. Pertenece al mismo círculo social que Lucas, Katie y Jules. Procedía de una familia importante. A todos les caía bien, hiciera lo que hiciese. Allie, en cambio, era una forastera. Sus padres no eran ricos. Nunca se encontraría a nadie esquiando en Suiza ni comprando en Bond Street o en la Quinta Avenida.

Porque jamás había estado allí.

Por otro lado, soy la nieta de Lucinda. La mera idea la llenaba de emoción. Puede que llegue a visitar todos esos sitios.

- Allie.

Al oír el característico acento francés, Allie alzó la vista. Sylvain se

encontraba al pie de las escaleras, inescrutable en la oscuridad.

- Eh -Allie volvió a agachar la cabeza-. ¿Qué tal? ¿Buscas a la inútil de la Night School?

Sylvain se sentó a su lado.

- Solo quería asegurarme de que estabas bien.

- ¿Bien? -Allie se incorporó-. Soy una fracasada. Pero, por lo demás, estoy bien. Así que... largo. No hay nada que ver aquí.

- He presenciado lo sucedido -los ojos azules de Sylvain se posaron en los de Allie; ella se ruborizó y miró a otro lado. Luego, encogiéndose de hombros para demostrar que le traía sin cuidado lo que el chico pensase, añadió: - Espero que te hayas reído.

- No -repuso Sylvain-. No he venido por eso. Sé por qué no te salía. Puedo ayudarte.

- Yo también sé por qué no me salía -no lo miró a los ojos-. Soy incapaz de hacer una llave sencilla. Ha quedado demostrado. Sencillamente... he fracasado.

Sylvain hizo caso omiso de aquella exhibición de autocompasión.

- Zoe es muy hábil, pero demasiado joven. Es la primera vez que instruye a otro alumno. Te ha explicado bien el movimiento, pero ha pasado por alto algunos detalles. Colocabas las manos en el sitio correcto pero ponías mal los pies. Si los pies están mal puestos, la llave no funciona. Yo te enseñaré. Si quieres.

Allie lo miró de reojo. No parecía que se estuviera burlando de ella; hablaba en tono firme y tranquilo. Y su actitud tenía algo de reconfortante. A lo mejor podía ayudarla. Allie no soportaría otra sesión tan espantosa como la de aquella noche.

Pese a todo, no acababa de decidirse.

A Carter no le haría ninguna gracia...

Por otro lado, Carter no estaba allí. Y tenía que practicar.

- Vale -dijo al fin-. Lo intentaremos. Pero te lo advierto: se me da fatal.

Sylvain esbozó una sonrisa tranquilizadora.

- Te prometo que lo conseguirás.

La llevó a un claro cercano, donde las agujas de pino creaban una alfombra natural, gruesa y mullida.

Tras despejar el terreno de ramas y piedras, Sylvain se giró hacia ella.

- Muy bien, colócate como si te dispusieras a atacarme -dijo.

Allie se agachó y adoptó una postura de ataque, los codos doblados junto a los costados, los puños cerrados. Sylvain la miró con guasa, haciendo esfuerzos por reprimir una carcajada.

- Vale, lo haces todo al revés -se acercó a ella-. Mira, corres habitualmente, de modo que las piernas son tu punto fuerte. Levántate.

A lo largo de los minutos siguientes, Sylvain le explicó a Allie cómo debía colocar el cuerpo: las piernas rectas pero las rodillas relajadas, los brazos colgando a los lados, los pies algo separados. No obstante, algo fallaba.

- Gira el pie hacia aquí -dijo él, adoptando la posición al mismo tiempo. Cuando Allie intentó imitarlo, Sylvain negó con la cabeza-. No, no es así.

Acuclillado junto a ella, acercó la mano a la pierna de Allie, que se apartó instintivamente.

Sylvain se quedó paralizado, sin bajar las manos. Alzó la vista para mirar a Allie y la luz de la luna se reflejó en el azul de sus ojos.

- ¿Puedo? -preguntó.

Allie tenía un nudo en el estómago. ¿Qué había de malo en que le tocara el tobillo? Al fin y al cabo, la estaba ayudando.

- Vale -asintió con un hilo de voz. Carraspeó y se quedó mirando a Sylvain mientras él, con cuidado, le cogía el tobillo para recolocar el pie. Tenía las manos cálidas al tacto.

Si el chico advirtió el nerviosismo de Allie, no lo demostró. Cuando encontraron la postura correcta, Sylvain le enseñó cómo debía agarrarlo. De nuevo le pidió permiso antes de tocarla. En esta ocasión ella asintió sin reparos.

Sylvain se acercó con el fin de colocar una mano de Allie en su propio hombro y la otra en el codo; con cuidado, le empujó los dedos hasta el lugar adecuado. Aunque Allie estaba en tensión, el suave roce le puso la piel de gallina.

Solo pretendo derribarlo, se dijo, pero ¿no estaré haciendo mal después de todo lo que ha pasado?

Sylvain retrocedió y le demostró cómo desplazar el peso corporal para hacer la llave. Cuando Allie hubo practicado unas cuantas veces, decidieron intentarlo en serio.

- Vale. Ahora me abalanzaré sobre ti -propuso él-. Haz eso mismo y me tirarás al suelo.

- Estoy lista -dijo Allie fingiendo seguridad.

La voy a fastidiar. La voy a fastidiar. La voy a...

En aquel momento Sylvain se abalanzó sobre ella y el pensamiento recurrente cesó. Allie dejó la mente el blanco. Cogiéndolo por el brazo, desplazó el peso como él le había enseñado.

Sylvain aterrizó a sus pies, de espaldas.

Allie lanzó un grito de alegría y aguardó a que el otro se deshiciera en elogios, pero Sylvain no dijo nada. De hecho, ni siquiera se movió. Yacía inmóvil, con los ojos cerrados.

- ¿Sylvain? -con el corazón en un puño, Allie se arrodilló junto a él, presa del pánico. No sabía si el chico respiraba-. ¿Sylvain? ¿Estás bien? No te habré matado, ¿verdad?

En aquel momento advirtió que el cuerpo de Sylvain temblaba de risa. El chico abrió los ojos.

- Sabía que lo conseguirías -dijo.

- ¡No me hagas eso! -lo reprendió ella, pero la risa de Sylvain era contagiosa y Allie se puso en pie.

- ¡Lo he conseguido! ¡Lo he conseguido!

Bailando entre los árboles, unió las manos sobre la cabeza en ademán de victoria.

De repente, se detuvo ante él.

- Espera un momento. Sylvain, ¿acabas de gastarme una broma? O sea, ¿una broma? ¿De verdad? ¿O lo he soñado?

- ¿De qué hablas? -el otro fingió sorpresa-. Tengo mucho sentido del humor.

- Ya.

- En serio -la guio de vuelta al claro-. Lo has hecho muy bien. Aún se puede mejorar pero no ha estado mal.

- Enséñame -Allie advirtió la pasión que dejaba entrever su propia voz-. Quiero aprender.

Advirtió, por la expresión de él, que Sylvain comprendía cómo se sentía. En cambio se limitó a decir: - Vale. Empezaremos con un ataque por la derecha. Tienes que corregir la postura una pizca.

A lo largo de la media hora siguiente, su compañero le enseñó cómo afrontar

ataques procedentes de distintos ángulos; cómo recuperar la postura sin darle tiempo al otro a prepararse. Cómo volver a atacar. Hacia el final, ambos sudaban a pesar del frío.

Sylvain se comportó con tanta cortesía y profesionalidad que Allie pronto olvidó sus reservas anteriores. Le estaba enseñando a rechazar un intento de estrangulamiento cuando Carter apareció de repente y los miró con incredulidad. Sylvain la tenía cogida por detrás y Allie le sujetaba las muñecas.

- ¿Allie? ¿Qué diablos pasa aquí?

Nueve

Sorprendida, Allie miró a Carter con los ojos muy abiertos durante unos instantes antes de reaccionar.

- Es que... mira... nosotros... -farfulló, incapaz de hilvanar una explicación.

Mientras ella intentaba justificarse, Sylvain la soltó y retrocedió. Horrorizada, Allie comprendió que la situación se prestaba a engaño. Carter miraba fijamente a Sylvain; la tensión chisporroteaba entre los dos chicos como electricidad.

- Sylvain me estaba enseñando a derribarlo. Solo estábamos... practicando -la voz temblorosa de Allie resonó en el silencio.

- No entiendo nada. ¿Acaso no acabamos de pasar una hora entrenando con Raj?

- Sí, pero... -las mejillas de Allie ardían-. No sé si te has dado cuenta. No he hecho un gran papel que digamos.

- Yo podría haberte ayudado -Carter estaba pálido de rabia.

Esto tiene mala pinta.

- Espera un momento. No entien... Yo no se lo he pedido. Nos hemos... No sé. Encontrado por casualidad.

Allie evitaba mirar a Sylvain, pero sentía una mezcla de miedo y resentimiento. El pobre chico se había pasado un buen rato ayudándola. Y ella tenía derecho a escoger a sus amigos, ¿no?

Lanzó a Carter una mirada de advertencia.

- Tú no eres la única persona del mundo que puede ayudarme. Que yo sepa, no vamos por ahí encadenados por el tobillo. Jules y tú os habéis divertido mucho, y yo no he dicho ni pío.

- Sabes que no es lo mismo -Carter tenía la cara congestionada y se le marcaban los tendones del cuello como cables expuestos-. No me puedo creer que hayas venido al bosque con él después de lo que te hizo.

Por la mente de Allie desfilaron instantáneas del baile: Sylvain empujándola contra una pared, besándola con fuerza. Negándose a soltarla cuando ella se debatía.

Carter los había encontrado. Carter lo había detenido.

El mero recuerdo de aquella noche la asqueaba. Allie tragó saliva.

Por otro lado, Sylvain se había pasado meses tratando de reparar su error; la había rescatado la noche del incendio. Allie pensaba que estaba sinceramente arrepentido.

¿O se estaba portando como una ingenua?

- Esto es absurdo, Allie -Carter parecía impaciente, pero sus ojos reflejaban tristeza-. No pienso quedarme aquí discutiendo contigo delante de Sylvain. Deberíamos estar en los dormitorios. Jules se preguntaba dónde estabas y me ha enviado a buscarte. Tienes que volver.

Carter dio media vuelta y echó a andar hacia el edificio.

Mientras lo veía alejarse entre los árboles, Allie se quedó muy quieta, pero por dentro estaba hecha un lío. Su propia reacción la había pillado por sorpresa. Estaba muy enfadada. Carter se había portado como si le hubiera puesto los cuernos solo porque la había encontrado entrenando con Sylvain.

Como si no confiara en ella.

De repente, la noche se le antojó vacía y silenciosa; inspiró a fondo el aire frío para calmarse y por primera vez se fijó en las estrellas, una escarcha de plata en el cielo oscuro.

Se alegraba de que Sylvain no hubiera dicho nada, de que no hubiera empeorado las cosas. Por un segundo, consideró la idea de comentar algo sobre lo sucedido la noche del baile. Quizás que le perdonaba sus errores y que estaba dispuesta a recordar solo lo bueno. Que seguían siendo amigos.

No lo hizo.

Mientras enfilaban hacia el edificio del colegio en incómodo silencio, Allie

formuló mentalmente todo aquello que habría debido decir. Las frases que Carter querría que dijera.

Te agradezco que me hayas ayudado, Sylvain, de verdad, pero no lo podemos repetir. Carter no lo entendería y no le hace ninguna gracia que pase el rato contigo. Ni que hable contigo. Ni siquiera que respire el mismo aire que tú.

En cambio, se limitó a decir:

- Gracias por ayudarme.

Cuando Sylvain sostuvo la puerta para cederle el paso, sus ojos eran tan azules y enigmáticos como la lisa superficie de un lago. Solo respondió: - De nada.

Al día siguiente, pese a lo tarde que se había acostado, Allie despertó antes de que sonara la alarma del reloj y ya no pudo volver a dormirse.

Cuando se dio por vencida, se sentó despacio. Le dolían todos los músculos, incluidos algunos cuya existencia desconocía.

Tenía agujetas por todo el cuerpo.

Con un gemido, se levantó y se echó una toalla al hombro antes de recorrer el pasillo en silencio. El baño estaba casi vacío, pero oyó ruido de agua en una de las duchas.

El último compartimento de la fila era su favorito; daba la sensación de ser más grande que los demás y además era más luminoso.

Dejó las zapatillas en el banco de teca y colgó la bata en un gancho de latón sujeto a las baldosas color crema de la pared. El chorro de agua caliente le desentumeció los agarrotados músculos, y para cuando salió de la ducha, un buen rato después, volvía a sentirse en forma. Había otra chica en el baño, envuelta en una bata blanca idéntica a la de Allie, delante de una pila.

Para que ambas tuvieran intimidad, Allie escogió el último lavabo. Sin embargo, mientras se cepillaba los dientes delante del espejo, la chica se dirigió a ella.

- Perdona. ¿Eres Allie?

Tenía acento francés y una voz suave, cantarina.

- ¿Sí?

La otra se acercó. Era minúscula, advirtió Allie; apenas mediría metro cincuenta. Le pareció delicada también, con sus enormes ojos marrones y unas pestañas increíblemente largas y espesas. La cara le sonaba de algo, pero Allie no

supo ubicarla.

- Eso me había parecido -la desconocida sonrió complacida-. Sylvain me ha hablado muchísimo de ti. Soy Nicole.

Allie nunca había oído hablar de ella; Sylvain jamás la había mencionado.

- Ah, sí... Bueno... -farfulló entre la pasta de dientes-. Claro. Encantada de conocerte.

Nicole la miraba con un parpadeo de ojos.

- Este verano, en sus cartas, te nombraba con tanta frecuencia que tengo la sensación de conocerte.

Hasta parpadea con elegancia, pensó Allie.

No sabía a qué venía todo aquello. ¿Acaso Nicole era la novia de Sylvain? ¿Una novia que había olvidado mencionar? Y si lo era, ¿qué más daba?

Allie tenía que enjuagarse la boca cuanto antes.

- Ayer por la noche, después del entrenamiento, me dijo que iba a ver qué tal estabas -por lo visto, a Nicole le traía sin cuidado que Allie rezumara espuma-. Le pareció que estabas disgustada. ¿Te encontró?

Allie se ruborizó. *De la Night School. De eso me suena. Y eso significa que me vio hacer el ridículo.*

- Sí. Me encontró.

- Y te ayudó.

Nicole lo dijo tan tranquila, como si supiera a ciencia cierta que no había pasado nada entre ellos.

- Fue muy amable -repuso Allie, incómoda. Luego se dio media vuelta y escupió la pasta.

Después de enjuagarse la boca, se dispuso a recoger sus cosas, pero cuando alzó la vista advirtió que Nicole aún la miraba.

Tenía una risa melodiosa, como un arroyo cantarín.

- Lamento haberte molestado sin... ser presentada -frunció su coqueta nariz-. Es que tenía ganas de saber quién eras.

- Y yo me alegro de haberte conocido al fin -respondió Allie con falso entusiasmo mientras se dirigía a toda prisa hacia la puerta-. Sylvain también me ha hablado mucho de ti.

- ¿Quién es Nicole, y por qué es tan guapa y tan francesa?

Allie miró a Rachel de reojo.

- Ah. La novia de Sylvain. Ahora sí y ahora no. Muy sofisticada, divina de la muerte -contestó Rachel-. ¿Por qué?

- ¿Ahora sí? -quiso saber Allie-. ¿O ahora no?

Rachel enarcó una ceja con ademán inquisitivo.

- No... creo. Pero vete a saber. ¿Por qué?

Recorrían el pasillo entre clase y clase. Allie estaba deseando hablarle de lo sucedido la noche anterior, pero era muy consciente de que, aparte de que no debía mencionarlo, Rachel prefería permanecer en la ignorancia. Le daba muchísima rabia no poder contárselo todo a su mejor amiga. Le resultaba incómodo... como si la estuviera engañando.

- No, por nada -Allie se encogió de hombros-. Hemos hablado esta mañana en el baño. Me ha puesto histérica.

- Odio que la gente me hable en el baño -se compadeció Rachel mientras esquivaban a un grupo de chicas que intercambiaban risitas-. ¿Qué te ha dicho?

- Solo que Sylvain le había hablado de mí. No ha sido una situación desagradable ni nada. Solo... rara.

- Lo entiendo perfectamente -dijo Rachel, que negó con la cabeza y miró a Allie como si se hubiera vuelto loca.

- Ya lo sé -suspiró Allie-. No tiene sentido. Olvídalo. Quiero preguntarte algo más importante.

- Suéltalo.

- ¿Qué sabes de una tal Zoe?

- ¿Quién? -Rachel parecía confundida-. ¿Te refieres a Zoe Glass? ¿Dónde os habéis conocido?

Allie se encogió de hombros sin responder y Rachel la miró con cara de circunstancias. Cuando Rachel siguió hablando, lo hizo con vehemencia.

- Muy bien. ¿Qué quieres saber?

- Algo de su historia -dijo Allie-. Es una chica extraña. Parece... no sé... un robot violento.

Rachel no se rio; nada de lo relacionado con la Night School le parecía divertido.

- Zoe es lo que llamaríamos una niña prodigio. Tiene trece años pero va al mismo curso que tú; que nosotras, de hecho. Y cursa asignaturas universitarias con un profesor particular.

- Para el carro. ¿En serio? -la interrumpió Allie. Dejó de andar tan de repente que alguien chocó con ella por detrás-. Lo siento -dijo echando un vistazo por encima del hombro. Un chico de primero la adelantó nervioso, sin mirarla a los ojos-. ¿Tiene trece años? Sabía que era más joven que nosotras, pero...

- En serio. Es una especie de genio.

Allie no se esperaba aquello, en absoluto. Rachel, por su parte, aún no había terminado. Mientras subían a la zona de aulas, la puso al día de los hechos más significativos de la biografía de Zoe.

- Su padre es abogado, su madre periodista, creo. Procede de Londres, igual que tú. Sus padres son mayores. Vamos, que seguramente nació por accidente. Sea como sea, antes de venir aquí estudiaba en casa con sus abuelos. Y hasta ahora, nunca había alternado con gente de su edad -llegaron al rellano y aflojaron el paso mientras Rachel proseguía-. Tiene cero don de gentes. Como si se hubiera criado entre lobos. Supongo que tiene algo de Asperger... pero en el buen sentido, no sé si me entiendes.

- Es una manera amable de decir que está un poco loca, ¿no?

Rachel la miró con reproche.

- No seas mala.

- Lo siento -Allie levantó las manos en ademán de disculpa.

Rachel, sin hacerle caso, ya había reanudado su informe.

- Le cuesta relacionarse con desconocidos; no le gustan los cambios. Así que... buena suerte. Ahora bien, si te acepta, será tu amiga más fiel. Te seguirá a todas partes.

Se detuvieron en el rellano.

- Si me acepta -musitó Allie.

Rachel asintió.

- Hay alumnos del colegio a los que ignora por completo, como si no existieran. Si se interpusieran en su camino, chocaría con ellos. Finge que no los ve.

Aquella última información no sorprendió a Allie en absoluto.

- Y los demás... ¿la aceptan a ella? -preguntó-. O sea, es muy rara, ¿no?

Rachel frunció el ceño.

- Algunos no entienden su manera de ser. La consideran maleducada porque... bueno, es maleducada. Sin embargo, lo hace sin querer. Me refiero a que no es una persona... cruel. Parece maleducada porque es sincera. Y no estamos acostumbrados a la sinceridad.

Allie sintió un pinchazo en el corazón, como si las palabras de Rachel la hubieran lastimado físicamente.

Echó un vistazo al reloj y dio un respingo.

- Oye, será mejor que me vaya. Tengo clase con Zelazny. Si llego tarde, estoy perdida.

Con un breve gesto de despedida, Allie echó a correr por el pasillo hasta la clase de Historia, donde Jo le había guardado un sitio. Se sentó justo antes de que Zelazny entrara en el aula. El profesor observó a sus alumnos con expresión sombría.

- Parece ser que todos han llegado puntuales -hizo una marca en una hoja de papel y la guardó en un archivador-. Muy amable por su parte. Bienvenidos a Historia Antigua. Este trimestre nos centraremos en las civilizaciones clásicas de Grecia y Roma.

Al mismo tiempo que hablaba, recorría el aula dejando caer un libro en cada pupitre.

- La participación en clase contará para la nota final -dijo arrojando un volumen al pupitre de Jo-, así que espero muchas intervenciones. Esto es Historia avanzada; que nadie se duerma en los laureles.

Mientras Zelazny se desplazaba por el aula, Jo se puso a escribir rápidamente. Cuando el profesor se hubo alejado lo suficiente, colocó el cuaderno de lado para que Allie pudiera leer la nota.

ESTO VA A SER UNA MIERDA PINCHADA EN UN PALO.

Allie ahogó una carcajada. Fingió un ataque de tos para disimular, pero Zelazny se giró y la fulminó con la mirada. Ella se hundió en el asiento, haciendo esfuerzos por no echarse a reír, mientras Jo miraba a su alrededor con expresión inocente y buscaba una página en blanco en su libreta.

Por la tarde, Allie se dirigió a la clase de Inglés de Isabelle con la cartera cargada de libros y una lista interminable de deberes. Se preguntaba cómo se las arreglaría para hacer todo aquello. La Night School empezaba a las diez, así que tendría que

terminar las tareas antes de esa hora. Como fuera.

Recorría el pasillo con la cabeza gacha cuando tropezó con alguien.

- Lo siento -dijo automáticamente. Alzando la vista, se topó con los ojos oscuros de Carter.

- ¡Eh! -el semblante de Allie se iluminó y acercó la cara para besarlo, pero él dio un paso atrás.

Allie fue presa de la duda y la confusión.

- ¿Qué pasa?

Carter parecía furioso.

- Oye, no me irás a decir que aún estás enfadado por lo de ayer -Allie no se lo podía creer-. ¿Va en serio, Carter?

- ¿Si estoy enfadado? -él se hizo a un lado para no interrumpir el paso y bajó la voz-. Claro que estoy enfadado, Allie. ¿Tú no lo estarías? Ponte en mi lugar. Sales disgustada de clase y en vez de acudir a mí te vas a buscar a Sylvain para que te consuele. ¿Cómo te sentirías si yo me hubiera ido a buscar a una de mis ex?

Algo de razón tenía, pero Allie no estaba dispuesta a admitirlo.

- Eso no es justo, Carter. Yo no fui a buscarlo. Vino él a preguntarme si todo iba bien. Y luego se ofreció a ayudarme.

- Mejor me lo pones -replicó él-. ¿Y no te pareció un poco raro que fuera a buscar a la novia de otro?

- Carter, de verdad -Allie se encendía por momentos. Hizo esfuerzos por tranquilizarse-. En primer lugar, yo no soy «la novia de nadie». Soy Allie Sheridan. Una persona. Y en segundo lugar: No. Pasó. Nada. Tienes que confiar en mí.

- ¿Ah, sí? -objetó Carter-. ¿Confiarías tú en mí en la misma situación? Sinceramente, si me encontraras en el bosque entrenando con Claire, ¿confiarías en mí?

Allie se encogió: Clarie era la ex de Carter.

- No, porque Claire no pertenece a... bueno, ya sabes qué. Así que no lo entendería -Carter puso los ojos en blanco, pero antes de que pudiera interrumpirla, Allie añadió-: Ahora bien, ¿si te encontrara haciendo prácticas con Jules? Sí. Me parecería bien. ¿Y si estuvieras estudiando con Clarie? Sí, me parecería bien. Porque confío en ti.

- ¿De verdad? Bueno, pues ya lo comprobaremos -la amenazó él antes de alejarse.

- Carter -lo llamó Allie, pero el chico no se volvió.

Con un suspiro, Allie se echó la cartera al hombro y entró en clase detrás de él.

Isabelle siempre colocaba los pupitres en corro para lo que denominaba su «seminario» de Inglés. Enfurruñado, Carter se sentó y, evitando los ojos de Allie, tendió sus largas piernas hacia el centro. Allie se estaba preguntando si debía sentarse a su lado cuando Zoe corrió hacia ella con los ojos brillantes. Vestida con el uniforme, mocasines y unos relamidos calcetines blancos, parecía más una niña pequeña que una experta en artes marciales con dificultades para relacionarse.

- ¡Allie! -exclamó-. Ayer por la noche te busqué por todas partes.

- Sí -Allie no sabía qué decir-. Yo...

Sin dejarla terminar la frase, Zoe siguió hablando en voz baja.

- Estuve hablando mucho rato con el señor Patel y me explicó lo que estaba haciendo mal. Fue culpa mía que no te saliera bien la llave. Me dijo que no debía volver a lastimarte -hizo un gesto de dolor-. Fue muy tajante al respecto. ¿Te hice daño?

Allie recordó lo mucho que le dolía la espalda cuando se había metido en la cama la noche anterior, y en lo humillada que se había sentido al caer una y otra vez de cara a aquel estúpido techo. Miró a Zoe, que la observaba con curiosidad.

- Qué va -se encogió de hombros-. Estoy de una pieza.

- Guay -dijo la otra con palpable alivio-. Esta noche no te haré daño. He estado practicando.

- Yo también.

- Sentaos, por favor.

Las palabras de Isabelle interrumpieron la conversación.

Justo cuando la directora daba inicio a la clase, entró Sylvain. Buscó a Allie con la mirada y esta se quedó petrificada, temiendo que se sentara a su lado. Allie miró brevemente Carter, que los observaba a ambos con los ojos entrecerrados.

Por suerte, Sylvain se acomodó junto a Nicole, a la que Allie no había visto hasta aquel momento. La francesa se acercó a Sylvain y le dijo algo que lo hizo reír. Al mirarlos, Allie sintió una extraña sensación de vacío.

- Este trimestre -empezó diciendo Isabelle, que caminaba por el aula depositando un libro en cada pupitre-, nos centraremos en la literatura de principios del siglo XX. El programa es algo apretado; leeremos cuatro libros. El

primero será *La edad de la inocencia*, de Edith Wharton.

Mientras escuchaba a la profesora, Allie cedió a la tentación de mirar a Carter. Este contemplaba la portada del libro con tanta atención como si quisiera memorizarla. No le devolvió la mirada.

- Por ahora, un asco -dijo Jo. Tomó un sorbo de agua-. Tardaré una semana entera en hacer todos los deberes y solo llevamos un día de clase.

- Yo también -suspiró Allie.

Los demás asintieron.

Estaban sentados a la mesa de costumbre en el bullicioso comedor. A su alrededor, el fuerte murmullo de la conversación subía y bajaba como una marea.

Al entrar, habían descubierto que sus compañeros más jóvenes se habían apoderado otra vez de su mesa, pero Lucas se había acercado a informarlos.

- Por fin -había comentado Jo satisfecha cuando los nuevos se habían marchado a toda prisa-. Ya es nuestra para siempre.

Rachel y Lucas se sentaron al otro lado de la mesa, riendo. Allie estaba contenta de ver cuánto tiempo pasaban juntos últimamente. Se les veía muy a gusto. Tenía la esperanza de que empezaran a salir. A Rachel le gustaba Lucas desde el día de su llegada a Cimmeria. Sin embargo, hasta el momento no habían pasado de una mera amistad.

Poco después, Carter se acercó despacio. Se sentó junto a Jo sin dirigirle la palabra a Allie. Rachel, que se había dado cuenta, echó una ojeada a su amiga y enarcó una ceja con gesto de sorpresa.

Allie negó con la cabeza y murmuró:

- Luego.

Los ojos de Allie se desplazaron hacia la mesa de al lado, donde Sylvain se había sentado junto a Nicole. A lo mejor Rachel se equivocaba y volvían a estar en fase de «ahora sí». Siempre estaban juntos. Él sonrió en respuesta a algo que le había dicho su amiga y luego, como si se sintiera observado, alzó la vista. Cuando los ojos de Sylvain y de Allie se encontraron, el chico la miró con curiosidad, como si se preguntara qué estaría pensando.

Ruborizada, Allie devolvió la vista al plato.

- ¿Y qué? ¿Todo el mundo irá directamente a la biblioteca después de cenar? -preguntó Rachel-. Yo no tengo más remedio.

- Oh, sí -repuso Jo alegremente-. Todos estaremos allí. La tortura educativa de Cimmeria acaba de empezar.

- ¿A vosotros Zelazny también os ha puesto un trabajo? -preguntó Allie, y los demás asintieron.

- Dos mil palabras -Lucas cogió una rebanada de pan-. Ese hombre es un sádico.

- Deberíamos rebelarnos -sugirió Jo-. La revuelta de los privilegiados.

- ¿Una revolución al revés? Me gusta la idea -asintió Rachel.

Mientras la retahíla de quejas proseguía, Allie echó un vistazo al atestado comedor. Los preparativos para la cena eran más o menos los mismos que se hacían en verano. Los manteles blancos de rigor cubrían las mesas, y ante cada comensal aguardaba un juego de platos blancos con el escudo azul marino de Cimmeria. Los vasos de cristal destellaban como siempre a la luz de las enormes lámparas de araña que brillaban en lo alto. Sin embargo, no había velas por ninguna parte. Isabelle había anunciado que esperarían a que llegaran las cortinas y los manteles nuevos, a prueba de fuego, para utilizarlos. De momento, las ventanas seguían desnudas.

Allie se quedó sin aliento; el tenedor se le cayó de la mano y aterrizó en el plato con estrépito.

El día aún no había declinado del todo. Y vio a Gabe al otro lado de la ventana. Mirándola.

Diez

Todo el mundo se volvió a mirar a Allie.

Le faltaba el aire. Señalando la ventana, hacía esfuerzos por hablar, en vano.

- Es G... G...

No podía pronunciar el nombre.

Sus compañeros miraron en la dirección indicada. Luego Carter se volvió hacia Allie, extrañado.

- ¿Qué pasa?

- Gabe -dijo Allie con claridad-. Al otro lado de la ventana. Mirando.

- ¿Qué? -Jo se levantó tan deprisa que estuvo a punto de volcar la mesa. Un vaso se rompió al caer y Allie oyó las gotas de agua estrellarse contra el suelo.

En cuanto hubo pronunciado las palabras, Allie notó que cedía la presión de su pecho. Todos volvieron la cabeza hacia la ventana. Sin embargo, advirtió Allie, Gabe ya no estaba allí. En el exterior solo había árboles y oscuridad.

- ¿Estás segura, Allie? -preguntó Carter con expresión grave.

Dios mío, ojalá hubiera podido decir que no. Que la luz le había jugado una mala pasada. Por desgracia, había visto el rostro de Gabe con tanta claridad como estaba viendo el de Carter en aquel momento.

- Completamente.

Allie alzó la vista para mirar a Jo, pero su amiga había corrido a la mesa de Isabelle y hablaba con ella haciendo gestos frenéticos. Aun desde lejos, Allie advirtió que estaba histérica. Vio que Isabelle fruncía el ceño, como si intentara descifrar la atropellada explicación de Jo, y que luego se levantaba indicando por gestos a los otros profesores que la siguieran. Jerry Cole abandonó la sala a toda prisa, seguramente para informar al equipo de vigilancia de Raj. Rodeando a Jo con un brazo, Eloise se la llevó.

Allie echó un vistazo a su alrededor y advirtió que sus compañeros de mesa no habían reparado en el drama que se desplegaba. Casi todos seguían comiendo y charlando tan tranquilos, aunque unos cuantos miraban a Isabelle con curiosidad. La directora se acercaba hacia ellos.

- Allie. Ven conmigo. Ahora -ordenó Isabelle con brusquedad.

Allie se levantó y la acompañó a la puerta. Los demás las siguieron al silencioso pasillo.

- ¿Estás completamente segura de que era Gabe? -Isabelle formuló la pregunta en tono tranquilo, pero sus manos sujetaban a Allie con fuerza-. Está oscureciendo. Podrías haberte equivocado.

- A lo mejor te lo has imaginado -Jo la miraba con lágrimas en los ojos, terriblemente asustada.

Gabe ejercía un dominio terrible sobre ella cuando estaban juntos, pensó Allie. La idea de que pueda volver la aterroriza.

- Era él. Lo reconocería en cualquier parte. Incluso en la oscuridad.

Mientras hablaba, un musculoso guardia de seguridad vestido de negro de la cabeza a los pies se acercó al grupo. Todos se echaron atrás para dejarlo pasar. Volviéndose hacia Isabelle y Zelazny, el guardia interpuso el cuerpo para

mantener a Allie y a los demás al margen de la conversación.

- Mis hombres están en el exterior, por la parte del comedor -bajó la voz-. No hay rastro del chico. La tierra está húmeda, pero no han visto huellas junto a ninguna de las ventanas. Seguiremos inspeccionando los terrenos, por si acaso.

Cree que miento. Allie notó que le ardían las mejillas. Intentando no ceder a la indignación, imploró a Isabelle: - Ese tipo... -señaló al guardia de seguridad-. ¿Acaso está insinuando que me lo he inventado?

Carter posó una mano en el brazo de Allie, como para tranquilizarla, pero no dijo nada y evitó mirarla.

No sabe si creerme o no.

- No, Allie -dijo Isabelle-. Le he pedido que me informe y es lo que ha hecho. Se volvió hacia el guardia.

- Gracias, Paul. Seguid buscando e informadme de inmediato si encontráis algo.

Con un breve asentimiento, el hombre se alejó a grandes zancadas.

Zelazny se giró hacia Isabelle.

- Tú decides, Isabelle, pero yo en tu lugar les diría que patrullaran con normalidad. Seguramente Allie se lo ha imaginado. Creyó ver algo parecido ayer por la noche, durante la carrera.

- ¡No me lo he imaginado! -protestó Allie.

- ¿Alguien más ha visto algo?

El profesor de Historia lanzó la pregunta a los alumnos en tono de desafío.

Rachel, Carter y Jo intercambiaron miradas. Allie alzó la vista hacia Carter, con expresión implorante, pero él negó con la cabeza. No había visto nada.

- Yo no... -la frustración impedía a Allie expresarse con claridad-. Me crees, ¿no?

Carter se revolvió incómodo.

- Creo que te ha parecido ver algo, Allie, pero...

Herida, lo miró fijamente. *¿Cómo es posible que no me crea?*

Al advertir la expresión de Allie, Carter le mostró las manos con impotencia.

- He mirado, Allie. No había nadie allí. ¿No te pasó lo mismo ayer por la noche, cuando creíste ver a alguien en el bosque? -ella abrió la boca para discutir,

pero antes de que pudiera decir nada Carter prosiguió en tono amable-. Nadie puede culparte. Has vivido cosas terribles.

- Era. Él.

Allie enfatizó cada palabra, con la voz temblorosa de rabia.

- Ya basta -Isabelle parecía enfadada-. Ven conmigo, Allie. Todos los demás seguid con lo que tuvierais previsto hacer esta noche a menos que os mandemos llamar.

Las suelas de los zapatos de Isabelle repiquetearon furiosas contra el suelo de madera cuando cruzaron el vestíbulo hacia su oficina. La directora encendió la luz y señaló una silla.

- Siéntate. Volveré a buscarte dentro de unos minutos. No salgas de este despacho.

Salió y cerró la puerta.

Allie permaneció a solas con sus pensamientos durante lo que le pareció una eternidad. Una y otra vez intentaba recordar exactamente qué había visto. ¿Y si se equivocaba? Pero la imagen había sido tan clara... Estaba segura de que era Gabe.

Con la cabeza apoyada en las rodillas, recordó la expresión de Carter; la duda que reflejaba su semblante. Le había hablado como a una chiflada.

Horrorizada ante la idea, Allie se puso en pie y recorrió de un lado a otro la salita sin ventanas, tratando de pensar en otra cosa. Puede que a esas alturas ya hubieran encontrado a Gabe. A lo mejor por eso Isabelle tardaba tanto. De ser así, todos se disculparían y las aguas volverían a su cauce.

Sus pasos la llevaron hasta la puerta, y Allie apoyó la cara en la hoja para escuchar. Oía pasos y voces; nadie parecía agitado ni preocupado de modo que, fuera lo que fuese lo que hubieran encontrado, no entrañaba gran peligro. Reanudó el paseo.

Desde el tapiz de la doncella y el caballo blanco hasta la pared negra había siete pasos en diagonal. Había completado el recorrido ciento doce veces cuando oyó a Isabelle hablar con alguien al otro lado de la puerta. Allie pegó la oreja a la puerta para espiar.

- Ya sé que estás ocupada...

La voz de Sylvain.

- Lo estoy. ¿Qué pasa?

Isabelle hablaba con brusquedad. Parecía estresada.

- He oído lo que te ha dicho Paul antes... que no había encontrado huellas en la tierra del otro lado de la ventana -el acento francés de Sylvain sonaba más fuerte de lo normal. Le pasaba lo mismo siempre que estaba preocupado-. Eso no significa que Gabe no estuviese ahí. Recuerda que está muy bien entrenado. Sabe qué hacer para no dejar huellas. Hay un reborde de piedra en la base del muro y podría haber...

- Gracias, Sylvain.

El tono cortante de Isabelle lo hizo callar. Frustrada, Allie apretó los dientes y apoyó la cabeza en la puerta.

El razonamiento de Sylvain era lógico. ¿Por qué...?

En aquel momento, la puerta se abrió de golpe y Allie se echó hacia atrás.

Con expresión indescifrable, Isabelle le indicó por gestos que la siguiera.

- Por favor, ven conmigo.

En silencio tenso, desanduvieron sus pasos por el vestíbulo, ahora atestado. Allie observaba la espalda impasible de la directora con inquietud creciente.

Isabelle mantuvo abierta la puerta del comedor para que su alumna la cruzara y luego la cerró tras de sí. Aunque estaba vacía, la sala conservaba el olor de la cena; un tufillo poco agradable a lomo asado. Sin embargo, habían retirado los servicios. Allie oyó voces apagadas procedentes de la cocina cuando Isabelle la condujo a la mesa que había ocupado hacía un rato.

- Bien -para alivio de Allie, la directora ya no parecía enfadada-. Vamos a repararlo todo otra vez sin interferencias externas. ¿Dónde estabas sentada?

Por un instante, Allie se quedó en blanco. La ausencia de alumnos la desorientaba. Cogiendo aire para sosegar, se obligó a recuperar la calma y a visualizar el comedor lleno de gente.

Señaló uno de los asientos, desde los que se divisaba la hilera de ventanales.

- Allí.

- Siéntate, por favor -dijo Isabelle-. En la silla que has ocupado durante la cena.

Allie se sentó al borde de la silla. La directora cruzó el comedor en dirección a las ventanas.

- Vuelve a contármelo. ¿En qué ventana has visto la cara?

- En esa -señaló Allie-. La tercera por la izquierda.

- ¿Esta? -Isabelle se colocó ante el ventanal y Allie asintió-. ¿Y en qué lugar de la ventana?

- En la esquina inferior izquierda -especificó Allie.

Isabelle observó el cristal y rozó una zona del mismo con los dedos antes de volverse a mirarla.

- Bien. ¿Qué hacía Gabe cuando lo has visto?

A Allie le dio un brinco el corazón.

- ¿Me crees?

- Hay una marca muy clara al otro lado del cristal. Se ha acercado demasiado. Ha pegado la nariz a la ventana -Isabelle se sentó junto a Allie-. ¿Qué hacía?

- Pues... nos miraba -cerrando los ojos, visualizó el rostro, la mirada fija, la expresión concentrada-. A mí, a Carter y a Jo -Allie abrió los ojos-. Isabelle, ¿cómo es posible que haya llegado hasta aquí? ¿Cómo ha conseguido burlar la seguridad y acercarse tanto?

La directora se pellizcó el puente de la nariz con los dedos pulgar e índice como si quisiera ahuyentar una migraña.

- Alguien está ayudando a Nathaniel desde dentro. Alguien que tiene... acceso.

Allie recordó lo que había dicho el señor Patel en la Night School. Creía que algunos alumnos habían apoyado a Gabe; puede que incluso hubieran seguido en contacto con él tras el asesinato de Ruth. Sin embargo, no había dado a entender que hubiera alguien más implicado. Ni que ese alguien siguiera ayudando a Nathaniel.

La investigación que nos va a encargar la Night School, comprendió con horrible claridad, es auténtica.

Se le secó la boca.

- ¿Un profesor?

Isabelle la miró a los ojos.

- Quizás. O tal vez un alumno avanzado de la Night School. Alguien muy próximo a mí. Alguien en quien confío -esperó a que Allie asimilara la información antes de proseguir-. Creo que Nathaniel está utilizando a Gabe para asustaros a ti y a Jo. Sabe que su presencia os pondrá nerviosas, más que la de ningún otro. Es lógico, por más que la idea sea espantosa. Dime, ¿qué aspecto tenía Gabe?

Allie la miró extrañada.

- No...

- Quiero decir, ¿qué expresión tenía? ¿Te ha parecido distinto al Gabe que recordabas? ¿Cómo iba vestido? ¿Le has visto las manos? ¿Sostenía algo? -guardó un momento de silencio antes de continuar-. Cualquier cosa que recuerdes nos ayudará.

Allie cerró los ojos una vez más para describir lo que veía mentalmente.

- No le he visto las manos. Llevaba el pelo más corto y más aseado que este verano. Parecía... mayor. Iba vestido de traje.

Al reparar en lo que acababa de decir, abrió los ojos.

- Iba vestido de traje -repetió-, como el hombre del bosque. Y los tipos que fueron a mi casa.

Cuando Allie se separó de Isabelle, no supo adónde ir. Tenía muchísimos deberes, pero de repente habían perdido importancia. Su primer impulso fue buscar a Carter. Sin embargo, el chico seguía enfadado con ella y Allie no tenía ganas de discutir. Sabía que Jo estaría histérica y Rachel querría enterarse de todo lo sucedido. Pero Allie no sabía qué estaba autorizada a contar. Y la verdad no haría que Jo se sintiera mejor.

Se pasó un rato andando de acá para allá, sin decidirse por ningún destino en particular. La sala común estaba atestada de estudiantes que charlaban y compartían juegos de mesa, pero a Allie no le apetecía jugar a nada.

Lo más lógico habría sido ir a la biblioteca. Se quedó un rato plantada ante la puerta, con la mano en el pomo. Seguro que los demás estaban allí. Y no la dejarían en paz hasta que les contara lo sucedido.

Podía explicárselo todo a Lucas y a Carter; pertenecían a la Night School. Pero a los demás...

Se dio media vuelta, echó a correr por el pasillo y empezó a remontar la escalera principal entre los alumnos que subían y bajaban charlando tranquilamente. Allie los fue esquivando a toda prisa. Hacia la mitad del tramo, vio a Sylvain, que descendía en dirección contraria, y experimentó una curiosa sensación de alivio. Sylvain lo sabía todo; a él no tenía que ocultarle nada. Y la creía.

Cuando el chico advirtió que Allie subía a toda prisa hacia él, apretó el paso. Se encontraron en mitad de la escalera.

Allie rompió a hablar atropelladamente.

- Te he oído... hablando con Isabelle, quiero decir. Gabe estaba allí. Estaba de verdad. Gracias. Por creerme. Me parece que nadie más lo ha hecho.

Debía de parecer una loca, pero Sylvain la escuchó con expresión grave y preocupada.

- Solo he dicho la verdad -sus ojos color cobalto reflejaban la luz de una ventana cercana como si fueran joyas-. Me parecía evidente que... -uno de los alumnos más jóvenes pasó junto a ellos y Sylvain bajó la voz-. Oye, ¿adónde ibas? Sería mejor que habláramos en otro sitio.

Juntos, subieron al primer rellano. Una vez allí, Sylvain dejó atrás la marea de estudiantes para refugiarse en la relativa privacidad del hueco de un mirador. Allie solo dudó una milésima de segundo antes de seguirlo. Sin embargo, en cuanto estuvieron a solas, ninguno de los dos supo qué decir.

- Entonces, ¿te encuentras bien? -preguntó él al cabo de un momento.

Por alguna razón, la pregunta puso a Allie de mal humor. ¿Por qué no iba a estar bien? Solo había visto a Gabe por la ventana. No había corrido verdadero peligro.

- Claro que estoy bien -repuso-, pero estoy asustada y enfadada. No me gusta que me espíen y tampoco que me llamen mentirosa.

Una sonrisa jugueteó en los labios de Sylvain.

- Perdona. Ya suponía que estabas bien pero no se me ocurría qué otra cosa decir. Es una situación tan rara...

- Sí, ya -se tranquilizó Allie-, al menos no me has acusado de estar loca y te lo agradezco.

- Podría decir muchas cosas de ti, Allie, pero jamás se me ocurriría llamarte loca.

La sonrisa de Sylvain era contagiosa, y Allie se sorprendió a sí misma sonriendo también, pese a todo lo que acababa de suceder. Enseguida, al recordar lo graves que eran las circunstancias, su sonrisa se desvaneció.

- Sylvain, Isabelle dice que uno de nosotros está de parte de Nathaniel. Alguien con cierto poder. Esa investigación de la Night School... No es un simulacro -al mirar a Sylvain a los ojos, Allie vio que las palabras no le sorprendían. El chico titubeó antes de responder.

- Hace un tiempo que lo sabemos -dijo-. Alguien trabaja para Nathaniel. Uno

de los profesores o de los instructores de la Night School, quizás un alumno avanzado.

Dicha por boca de Sylvain, la idea parecía aún más real. Allie se estremeció al pensar que Zelazny o Eloise pudieran trabajar para Nathaniel. Tal vez incluso Jo, o Lucas.

- No me lo creo -musitó sin aliento-. No me puedo creer que ninguno de nosotros sea capaz de algo así.

- Ninguno de nosotros sería capaz -asintió Sylvain con gravedad-. Ese es el problema. Tiene que ser alguien en quien confiamos. Eso empeora las cosas.

Abrazándose a sí misma, Allie alzó la vista.

- ¿Por qué, Sylvain? ¿Tú lo sabes? Nathaniel y la gente que trabaja para él... ¿qué quieren en realidad?

Los ojos del chico se oscurecieron. Miró por la ventana antes de volver la vista hacia Allie.

- Cosas que no podemos darles.

Casi sin darse cuenta, ella lo cogió por el brazo.

- Tú lo sabes, ¿verdad? Tú sabes lo que está pasando.

Cuando Sylvain desplazó la mirada del brazo de Allie a su cara, sus ojos centellearon, desarmados por un instante. Al reparar en su expresión, ella perdió el aliento.

Allie lo soltó y bajó los ojos. Cuando lo volvió a mirar, Sylvain había recuperado su semblante habitual.

- Sé cosas que tú no sabes, Allie, sí -le dijo-, pero llevo aquí más tiempo. Mi familia está implicada en todo esto de un modo que tú no entenderías.

- ¿Ah, sí? -Allie estaba harta de secretos. De mentiras. Y aquella respuesta vaga la enfureció. Mientras se alejaba a grandes zancadas, declaró-: Yo no estaría tan seguro de eso.

Cuando Allie llegó a la Sala de Entrenamiento Uno aquella noche, los alumnos ya habían entrado pero la estancia no parecía tan abarrotada como la noche anterior. No vio a Carter ni a Sylvain por ninguna parte.

Se dejó caer en el tatami y se quedó mirando al infinito, recordando la conversación que había mantenido con Sylvain. Estaba tan ensimismada que no se dio ni cuenta de que Zoe se acercaba.

- No me puedo creer que hayas visto a Gabe durante la cena. Qué suerte tienes.

Allie bufó con incredulidad.

- Yo no me siento afortunada.

- Pues deberías -Zoe se dejó caer a su lado y empezó a hacer estiramientos. Allie no pudo sino admirar su flexibilidad. Acercaba la cabeza a la rodilla con suma facilidad, sujetándose a un pie minúsculo-. Todo el mundo lo anda buscando y tú vas y lo encuentras sin proponértelo ni nada. Es alucinante -repitió el movimiento, ahora doblándose con agilidad hacia la otra pierna-. Unos cuantos alumnos mayores han acompañado al equipo de Raj a inspeccionar los terrenos.

Allie no lo sabía.

Raj avanzó hacia el centro de la sala.

- Vamos a empezar con la misma llave que estuvimos practicando ayer por la noche. Por favor, coloaos al lado de vuestras parejas.

A Allie le agradaba el modo que tenía de transmitir autoridad sin perder la calma. No le hacía falta gritar para infundir respeto. Y no parecía preocupado por lo que había sucedido hacía un rato. Como si fuera parte de su trabajo.

- Atacad por la izquierda en primer lugar.

Zoe se acercó a Allie.

- Deberíamos repasar antes el ejercicio. Ayer por la noche cometí unos cuantos errores.

- No pasa nada -la interrumpió Allie. Aún no la había perdonado-. Estuve practicando. Creo que ya lo he pillado.

- ¿Seguro? -Zoe no parecía convencida-. Podríamos empezar por el principio. Te enseñaré...

- Intentémoslo primero.

Allie adoptó una expresión inescrutable. No quería revelarle a Zoe lo ansiosa que estaba por demostrar lo que había aprendido.

Zoe se encogió de hombros.

- Estás muerta.

- Preparados -ordenó Raj.

Zoe desapareció del campo de visión de Allie.

- ¡Ya!

La noche anterior con Sylvain le valió a Allie para algo más que ver el avance rápido de Zoe. Afianzó los pies en el suelo. Cuando las manos de la otra la agarraron por el brazo, Allie la derribó con facilidad.

- ¡Ostras! -jadeó Zoe cuando Allie la ayudó a levantarse-. ¡Ha sido genial! ¿Quién te ha enseñado?

- Digamos que un profesor particular.

Allie no pudo contener una sonrisa triunfante.

- Cambio -dijo Raj.

Ahora Allie se preparó como Sylvain le había indicado: de pie, con las rodillas una pizca flexionadas, los brazos colgando a los lados. Pero alerta, como un muelle enroscado. Intentaba no hacerse la chula, pero la primera llave le había salido tan bien que se confió.

Sabía que podía hacerlo.

- ¡Ya!

Cogiendo a la chiquilla por el brazo, hizo los movimientos que Sylvain le había enseñado, pero Zoe permaneció firme sobre sus pies, agachada y contrarrestando los esfuerzos de Allie.

- Bien.

Raj estaba allí cerca, mirándolas.

- Bien hecho, Zoe. Allie, has ejecutado la llave a la perfección, pero Zoe está muy bien entrenada. ¿Qué habrías hecho a continuación en una situación real?

- Estrangularla -respondió esta sin vacilar.

- Correcto -parecía complacido, y Allie sonrió-. Has progresado mucho, Allie.

A lo largo de la media hora siguiente, practicaron llaves de defensa personal, hasta que Allie notó los músculos agarrotados.

Al final de la sesión, Zoe se la quedó mirando con expresión admirada.

- Vaya. A lo mejor al final resulta que no eres tan patética.

- Gracias... supongo -comprendiendo que debía devolverle el cumplido a Zoe, Allie añadió-: A ti se te da muy bien.

- Ya lo sé -Zoe parecía sorprendida de que Allie comentara algo tan evidente.

Allie seguía sonriendo cuando se dio media vuelta y vio a Carter de pie en el

umbral, mirándola con expresión sombría. Avanzó a su encuentro.

- Eh.

- Eh, tú -respondió él en tono frío.

Allie ladeó la cabeza.

- ¿Ha habido suerte ahí fuera?

Carter hizo un gesto negativo con los labios apretados.

A Allie le parecía una memez discutir con todo lo que estaba pasando. Le lanzó dardos con la mirada.

- Oh, Carter, por el amor de Dios, no te comportes como un crío -le cogió la mano y lo arrastró afuera-. Venga. Arreglemos esto.

Temía que el chico se negase, pero Carter la siguió al terraplén de detrás del colegio. Al fondo, oculto entre un seto de boj, había un viejo banco. Allie se sentó y tiró de la mano de Carter hasta que se dejó caer a su lado. La madera estaba fría y húmeda de la lluvia que había caído por la tarde.

- Ya vale -dijo Allie-. Háblame.

Carter entornó los ojos.

- ¿Y para qué? De todas formas no me escucharías.

- ¡Oye! -el chico prácticamente había escupido las palabras, y Allie retrocedió ante la violencia del rechazo-. Carter, maldita sea. Tú no eres así. Háblame.

- Lo siento. Ha sido... -apartándose de ella, el chico se pasó la mano por el pelo-. Es que a veces tengo la sensación de que no te tomas esto en serio.

- Eso no es justo -Allie hizo esfuerzos por no alterarse-. Yo no estaba jugueteando con Sylvain. Estaba aprendiendo a luchar. Y siento mucho que estuvieras preocupado por mí. Estaba disgustada y no pensaba con lógica. Pero no corrí peligro. O sea, al fin y al cabo estaba con Sylvain.

- ¿Y crees que eso me hace sentir mejor? -Carter prácticamente gritó las palabras, y Allie se encogió. Él bajó la voz-. Por Dios, Allie. Te vas por ahí con Sylvain después de lo que te hizo -la miró con expresión herida, la mandíbula tensa-. Se supone que estás conmigo.

Ella le puso una mano en el brazo.

- Solo me estaba entrenando con Sylvain. No es para tanto.

- Sabes que no me gusta que te veas con él, ¿verdad? -Allie asintió de mala gana-. ¿Entonces por qué lo haces?

Allie estaba desconcertada. Sylvain le inspiraba unos sentimientos tan confusos que no supo qué decir. Cualquier respuesta sonaría a excusa.

- Supongo que... porque es amigo mío, más o menos.

- Un amigo que estuvo a punto de violarte el verano pasado.

Aquellas palabras se le clavaron como cuchillos y Allie se encendió.

- Me refería más bien a un amigo que me salvó la vida -le espetó. Supo, por el gesto de dolor de Carter, que el comentario le había dolido, pero la rabia se había apoderado de ella y le dio igual-. Y sí, hizo algo terrible y desagradable, y en su día lo odié por ello. Pero se arrepiente y se ha esforzado en reparar su error una y otra vez. Y tú también te has dado cuenta, no digas que no. Maldita sea, Carter, estamos hablando de mi vida. Tengo derecho a escoger a mis amigos. Lo único que te pido es que confíes en mí.

Carter se levantó de golpe, crispado.

- Allie, no me estás escuchando. No quiero que te relaciones con él. Nada en absoluto.

Lo dijo con expresión digna y cansada, como si Allie estuviera obcecada.

Por un momento, Allie se limitó a mirarlo. ¿Qué sentido tenía discutir con él si se empeñaba en ignorar cuanto le decía?

- Vaya -replicó-. Lo odias a muerte, ¿verdad? Así que te niegas a aceptar que solo pretende ser mi amigo.

Carter le sostuvo la mirada.

- No. Y te lo diré claramente: no voy a tolerar que mi novia se vea con Sylvain. Nunca.

- Oh, vamos -ahora Allie estaba confusa además de enfadada-. Estás diciendo tonterías. No creerás que puedes decidir con quién me relaciono solo porque estamos saliendo, ¿verdad? Esa actitud es... anticuada. Yo escojo a mis amigos.

- No te estoy diciendo lo que tienes que hacer. Tú decides -la mirada de incredulidad de Allie no lo amilanó-. Pero si quieres seguir conmigo, tendrás que mantenerte alejada de Sylvain.

Al comprender lo que implicaban las palabras de Carter, a Allie se le encogió el corazón.

- ¿Quieres decir que si soy amiga de Sylvain cortarás conmigo?

Él no respondió, pero su expresión no dejaba lugar a dudas.

- Oh, Carter.

Atrapada, Allie dejó caer la cabeza sobre las rodillas.

Si me niego... ¿lo perderé?

Le costaba respirar, pensar siquiera. Sin embargo, Allie no tenía elección. Y lo sabía. Carter era la persona que más le importaba del mundo.

No puedo perder a Carter.

Alzó la vista. Sus ojos grises exhibían una expresión atormentada.

- Vale -dijo Allie con tristeza-. En ese caso, no me relacionaré con Sylvain.

Carter sonrió triunfante y la arrancó del banco para abrazarla con fuerza.

- Siento que nos peleemos -susurró. Allie notó el aliento cálido del chico contra su cabello-. No quiero portarme como un cerdo, pero no soporto verte con él.

Con la cabeza apoyada contra el pecho de Carter, Allie guardó silencio.

Once

A lo largo de la semana siguiente, Allie trabajó tanto que apenas tuvo tiempo de pensar en Gabe o en la bronca con Carter, aunque en su fuero interno la discusión aún la perturbaba. Evitar a Sylvain no le costó demasiado; estaba tan ocupada que no tenía tiempo para hacer nada que no fuera estudiar o dormir. Sin embargo, la idea de que uno de sus profesores, o de sus amigos, pudiera estar ayudando a Nathaniel la atormentaba.

¿Quién podía ser?

Cada vez que hablaba con Eloise, Allie pensaba: *Me niego a creer que sea ella. Es demasiado buena. Es imposible que sea tan buena actriz.*

Allie odiaba a Zelazny, desde luego, pero no le imaginaba colaborando en secreto con Nathaniel. Su dedicación a Cimmeria no tenía parangón. Isabelle, por supuesto, quedaba descartada. También estaba Jerry Cole, el profe de Ciencias. Un tipo simpático y excéntrico que sentía pasión por los átomos y adoraba a sus alumnos; imposible.

Podría ser Raj Patel, o Sylvain, Carter o...

Sus pensamientos siempre desembocaban en un punto muerto. No le cabía en la cabeza que ninguno de sus conocidos estuviera traicionando a Isabelle y a los alumnos de un modo tan horrible.

No obstante, alguien lo estaba haciendo.

Cuando no estaba corriendo por el parque del colegio, estudiando o aprendiendo técnicas de defensa personal, Allie se dedicaba a mejorar su relación con Zoe. Por desgracia, todos sus intentos fracasaban estrepitosamente. Cuanto más se esforzaba, más desconfiaba la chiquilla de las intenciones de Allie.

La falta de empatía de Zoe y el enfoque casi matemático con que abordaba el trabajo y los problemas no le granjeaba muchas simpatías. A Allie le había costado mucho aceptar que tras la fachada de robot y aquella inteligencia sobrecogedora había una niña de trece años.

Zoe odiaba la charla intrascendente. Los intentos de Allie por conversar con ella siempre llegaban a un punto en el que Zoe se la quedaba mirando con perpleja ferocidad, como si intentara discernir por qué la otra era tan irritante.

Un día, mientras Allie comentaba el trabajo que estaba haciendo para la clase de Ciencias, Zoe la interrumpió a mitad de una frase.

- Hablas demasiado -le dijo. Luego, acto seguido, se levantó y se alejó, dejando a Allie con la boca abierta.

Sin embargo, durante los entrenamientos, Zoe no era mala compañera. Cada vez que Allie dominaba un ejercicio con rapidez, Zoe intentaba hacerle un cumplido, casi siempre del estilo de: «Lo has pillado más deprisa que de costumbre. ¿Te encuentras bien?»

A pesar de todo, Zoe emanaba un aire de vulnerabilidad que impedía a Allie darse por vencida.

- Es como una especie de mascota -le dijo a Rachel.

Esta sonrió con suficiencia.

- Será mejor que no te oiga decir eso.

- Como un híbrido de cobra y gatito -prosiguió Allie, tan tranquila-. Mona y malvada al mismo tiempo.

- O un cachorro de pitón -sugirió Rachel-, pero si le cuentas que yo he dicho eso te llamaré mentirosa a la cara.

- No me atrevería -se estremeció la otra-. Me pegaría.

Pasado algún tiempo, Jerry Cole les asignó un ejercicio de técnicas de vigilancia, una tarde de octubre inusualmente cálida. A aquellas alturas, Allie había empezado a creer que jamás se granjearía las simpatías de Zoe. Mientras se disponían a acechar al sujeto que les habían asignado, Allie bromeó, en tono dramático: - La Night School de día... día... día...

Fingió su propio eco mientras Zoe la asesinaba con la mirada.

La tarea consistía en seguir a un alumno de la Night School llamado Philip durante tres horas sin ser descubiertas. Tenían que controlar cada uno de sus movimientos y anotarlos en un formulario.

Al descubrir en qué consistía el ejercicio, ambas lo habían encontrado divertido.

Resultó ser un rollo de campeonato.

Al principio, Philip pasó una hora en la biblioteca, estudiando a solas. Luego acudió al servicio de los chicos. Durante siglos.

Allie y Zoe estaban en el pasillo discutiendo si debían o no entrar a echar un vistazo cuando Philip salió tan de repente que estuvo a punto de chocar con ellas. Por suerte, parecía distraído y salió a toda prisa sin reparar en las chicas. Cuando lo siguieron, lo vieron unirse a un partido de fútbol con un grupo de amigos.

Mientras Philip jugaba, Zoe y Allie se escondieron en el bosque y lo espionaron entre los árboles.

- ¡Ha cogido la pelota! -anunció Zoe, que miraba a Philip por detrás de unas ramas-. Oh, no. Ha vuelto a fallar -volviéndose a mirar a Allie, se sentó de espaldas al juego-. Juega fatal.

Allie sostuvo una hoja de hierba por los extremos y sopló hasta arrancarle un pitido como de trompeta. Cuando se cansó de soplar, soltó la hoja, que cayó al suelo.

- Cielos, qué aburrimiento. ¿Por qué no puede hacer algo interesante? Como pelearse con alguien o... ¡cualquier cosa menos eso!

Al final, decidieron jugar a algo para matar el tiempo. Primero al «veo, veo» y luego, cuando se hartaron, a buscar animales en las nubes.

- Veo un minotauro -dijo Zoe mientras Allie y ella contemplaban tumbadas el azul del cielo.

- No es verdad -Allie, que no veía nada salvo masas sin forma, se incorporó para observar la nube que Zoe señalaba-. Ahí no hay nada.

- Es un minotauro -insistió Zoe-. Mira, esos son los cuernos y aquello de allá, el cuerpo, supermusculoso. Y tiene una especie de cola. Es un minotauro.

- Un minotauro -musitó Allie para sí-. Bueno, pues yo veo un pato.

- ¿De verdad? -Zoe miró la nube que señalaba Allie-. No parece un pato. A mí me recuerda a un conejo.

- Pues muy bien -suspiró la otra-. Será un pato-conejo. Un *patonejo*. O un *conato*.

Un pájaro bajó revoloteando de los árboles y se posó en el suelo. Torció la cabeza para mirarla antes de cambiar de idea y alzar el vuelo. Allie lo observó de reojo mientras buscaba una nube capaz de superar el minotauro de Zoe.

- Oh, no -susurró esta última para sí-. Solo una.

Allie seguía mirando las nubes.

- Sí, solo un conato, Zoe.

Sin embargo, Zoe ya no hablaba de conatos. Se puso en pie de un salto y escudriñó los árboles, presa del pánico. Allie entrecerró los ojos para mirarla a contraluz.

- Una, desgracia; no puede haber solo una. Tiene que haber dos. Una, desgracia, Allie -dijo Zoe en tono angustiado a la vez que se volvía a mirar a su compañera-. Ayúdame a encontrar otra.

- ¿A encontrar otra qué? -sorprendida, Allie se incorporó para seguir a Zoe, pero la chiquilla había echado a correr hacia el bosque. Cuando la encontró al cabo de un momento, Zoe estaba de pie en un claro, pasando la vista de árbol en árbol-. ¿Qué encuentre otra qué?

La más joven señaló hacia arriba, donde una urraca lustrosa y regordeta se agarraba a una rama, las plumas blancas y negras como un intempestivo esmoquin entre el verdor. El pájaro las miró un instante antes de desviar la atención a otro lado.

- No puede haber solo una -musitaba Zoe para sí-. No es posible.

Sin saber a qué venía todo aquello, Allie escudriñó los árboles circundantes buscando un pájaro; el que fuera.

- Allí -señaló entre los árboles un castaño lejano, en cuya copa se había posado un ave. Era imposible distinguir qué pájaro era desde tan lejos, pero Allie tenía la esperanza de que Zoe lo tomara por una urraca-. ¿No es una urraca?

Poco convencida, Zoe se puso de puntillas para escudriñarla. Luego lanzó

un gritito de felicidad y aplaudió.

- ¡Sí! ¡Dos, alegría!

Asustada, la primera urraca salió volando.

Sin decir nada más, Zoe regresó corriendo a la zona del bosque que acababan de abandonar y volvió a tumbarse de cara al cielo como si nada.

Al cabo de un instante, Allie se sentó a su lado, perpleja.

- Y bien -dijo con cautela-. ¿Urracas?

Frunciendo el ceño, Zoe observó las nubes.

- No puede haber solo una, Allie. Nunca.

- ¿Por la canción?

Zoe asintió.

Allie la recordaba vagamente. Su madre se la recitaba a veces cuando una sola urraca se cruzaba en su camino. *Una, desgracia. Dos, alegría. Si tres, una chica. Si cuatro, un chico...*

Sabía que existían supersticiones en relación a los pájaros, que algunas personas los consideraban de mal agüero, pero nunca había visto a nadie reaccionar como Zoe. Mientras meditaba todo aquello, Allie echó un vistazo a los jugadores de fútbol... pero el césped estaba vacío. Se habían ido.

- Mierda, Zoe, hemos perdido al maldito Philip.

Pese a todo, a Allie no le importó haber perdido al chico ni que les pusieran una mala nota, ni siquiera que Jerry las mirara con decepción. Porque, por raro que parezca, aquella tarde lo cambió todo.

Desde aquel día, Zoe aceptó a Allie sin reservas.

El veranillo apenas duró unos días y el sonido de la lluvia contra las ventanas acompañaba a Allie pocos después, mientras se dirigía al sótano en compañía de Carter, comentando lo sucedido la víspera. La noche anterior el tiempo había sido pésimo también y, como no podían salir a correr, les habían planteado un problema.

Había aparecido en la pizarra blanca, escrito con la bonita letra cuadrada de Eloise, y todos lo habían leído perplejos.

Un tren sin frenos, lleno de pasajeros, está a punto de descarrilar. Si cambias el tren

a otra vía, salvarás a todos los pasajeros pero, de hacerlo así, una persona inocente morirá. ¿Es justo sacrificar una vida para salvar la de otros muchos?

Como de costumbre, les habían explicado que el problema planteaba el tipo de dilema al que se tendrían que enfrentar algún día, y que no había una respuesta correcta y otra incorrecta. Debían tomar una decisión.

Allie no paraba de darle vueltas.

- Es horrible. O sea, ¿qué clase de pregunta es esa? -decía mientras caminaban bajo los temblorosos fluorescentes del pasillo del sótano. El aire olía a humedad y se le pegaba a la piel-. ¿Y cómo es posible que no nos digan lo que está bien? -agitó el puño hacia el techo-. ¡Quiero saber lo que está bien!

- Ya te acostumbrarás -la tranquilizó Carter-. Siempre nos plantean ese tipo de problemas.

- ¿Y qué pretenden enseñarnos con eso? -preguntó Allie-. ¿A ser malvados?

- Quizás.

Allie miró de reojo a Carter, que exhibía una expresión sombría. No dijo nada, pero se alegró de que él no siempre estuviera de acuerdo con la mentalidad de la Night School. Que fuera crítico y se preguntara, igual que ella: *¿Esto está bien? ¿O es una barbaridad?*

- Bueno, pues no lo conseguirán. Somos demasiado buenos para eso. Nunca lo lograrán -empujó la puerta de la Sala de Entrenamiento Uno-. Descubrirán que...

Al mirar al interior de la sala, perdió el hilo de sus pensamientos. El tatami azul había desaparecido. En cambio, vio una mesa al fondo, frente a un montón de sillas plegables dispuestas en hileras.

Al asomarse por encima del hombro de Allie, Carter murmuró: - ¿Pero qué diablos...?

Ambos intercambiaron una mirada de preocupación y se dirigieron juntos hacia dos sillas libres.

- ¿Qué pasa aquí? -susurró Allie, pero Carter negó con la cabeza. Tampoco lo sabía. Ella se estremeció inquieta, como si se hubiera levantado una brisa gélida. El ambiente de la sala recordaba al de una iglesia; todo el mundo aguardaba sentado en pose de sumisa reverencia. Allie tenía el presentimiento de que, si bien nadie tenía ni idea de lo que les esperaba, todos sabían que no era nada bueno.

Cuando se abrieron las puertas, diez minutos después, la tensión

chisporroteaba en el ambiente. Los jefes de la Night School entraron juntos como si se dirigieran a una batalla: Eloise, Isabelle, Zelazny, Jerry y Raj, todos vestidos de negro y avanzando a un paso idéntico. No miraron a los alumnos hasta haber ocupado sus asientos al fondo de la sala. Entonces, barrieron la habitación con los ojos, impertérritos.

Allie se retorció el borde de la camisa, con tanta fuerza que el dedo se le amorató.

Raj fue el primero en hablar.

- La tarea que os vamos a poner esta semana no será fácil, pero sí trascendental. Cada uno de vosotros tendréis una persona asignada, a la que deberéis entrevistar. La interrogaréis acerca de todos los aspectos de su vida y redactaréis un informe. En ese informe haréis constar si esa persona dice o no la verdad. A lo largo de la semana recibiréis instrucción personalizada sobre el arte de detectar mentiras. Hacia el final, esperamos que seáis capaces de identificar cualquier señal de engaño: muletillas, gestos peculiares, señales delatorias. Las utilizaréis para determinar el grado de verdad.

Se echó hacia atrás, y Eloise tomó la palabra.

- Los sujetos que os asignemos serán, en muchos casos, personas que ya conocéis. De hecho, personas que conocéis bien -un murmullo de desaliento se extendió por la sala-. Mediante este ejercicio aprenderéis a separar vuestras emociones de vuestro trabajo. Sin embargo, debéis saber que el sujeto asignado jamás verá el informe que escribáis. Este será completamente confidencial y debería, en consecuencia, reflejar la verdad sin ambages.

Apoyó las palmas en la mesa antes de seguir hablando, haciendo mucho hincapié en sus palabras.

- Mentir al entrevistador será motivo de expulsión de la Night School y de la Academia Cimmeria.

Cuando Zelazny se dispuso a hablar, Allie retrocedió en la silla, como si quisiera alejarse de todos ellos.

- La identidad del sujeto que os asignen debe permanecer en secreto. Solo vosotros y el sujeto escogido compartiréis la información. No le digáis a nadie a quién estáis investigando -los ojos fríos del profesor escudriñaron a los alumnos-. Aquel que se vaya de la lengua será castigado -tras agacharse para coger un maletín del suelo, sacó un montón de carpetas negras-. Cuando oigáis vuestro nombre, por favor acercaos a recoger el material. Anderson...

Cuando una chica alta y delgada avanzó hacia el fondo de la sala para

recoger su dossier, Allie y Carter intercambiaron una mirada rápida y desesperada.

El montón de carpetas menguaba. Lucas cogió su material, luego Jules.

A continuación, Zelazny gritó:

- ¡Glass!

Furiosa, Zoe se dirigió al fondo de la sala. Le arrebató a Zelazny el dossier de las manos.

- ¡Vaya asco! -murmuró al pasar junto a Allie, de vuelta a su asiento.

Por fin, Zelazny ladró:

- ¡Sheridan!

Inspirando para tranquilizarse, Allie se acercó al profesor. Adoptó una expresión indiferente, pero cerró los puños a los costados. Se obligó a sí misma a mirar a Zelazny a los ojos cuando cogió el dossier que le tendía. Debió de tardar menos de un minuto en caminar de su asiento a la mesa y volver a la silla. Se le antojó una eternidad.

El profesor llamó a Carter en último lugar. Cuando se levantó, el chico miró a Allie con impotencia.

- La información ya está en vuestro poder -la voz fría y clara de Isabelle resonó a espaldas de Carter mientras este volvía a su sitio-. Recordad que todo el proceso requiere la máxima discreción.

Entretanto, Jerry se había quitado las gafas y se las limpiaba con una gamuza. Cuando hubo terminado, dijo a modo de conclusión: - Debéis pasar un buen rato con el sujeto que se os ha asignado. Aprender a hacer las preguntas adecuadas. Y a extraer la verdad de una mentira. Es importante -volvió a colocarse las gafas y los observó a todos con expresión solemne-. Hay alguien entre nosotros que está trabajando para Nathaniel. Nos está mintiendo a todos. Tenéis la oportunidad de descubrir a esa persona. El proceso comenzará mañana. Esta semana no habrá entrenamiento de la Night School; queremos que os concentréis en el proyecto.

Cuando los alumnos, cabizbajos, abandonaron la habitación, Allie y Carter se reunieron con Lucas y Jules.

- ¿No os parece increíble? -Lucas parecía disgustado.

Negando con la cabeza, Jules miró a Carter.

- Esto no me gusta nada.

Allie se puso nerviosa al verla tan preocupada.

Jules nunca se preocupa por nada.

- Estamos perdidos. Alguien se va a sentir herido -bromeó Lucas con expresión lúgubre, tratando de relajar el ambiente-. Y apuesto a que seré yo.

Nadie se rio.

Más tarde, en su cuarto, Allie se sentó en la cama con el dossier cerrado ante sí, un agujero negro en mitad de una galaxia blanca.

Nadie se había quedado a charlar. Por consenso tácito, todos se separaron en lo alto de la escalera, cada cual hacia un lugar distinto.

Ahora Allie tenía que abrir el dossier para averiguar quién estaba a punto de ver violada su intimidad. Quién tendría que soportar que pusieran en duda su honestidad. Y quién la iba a odiar antes de que finalizase la semana.

Eloise había dicho que les asignarían sujetos a los que conocían bien.

Un horrible sexto sentido la previno de lo que iba a encontrar en el interior del dossier. Sin embargo, se quedó mirándolo un rato, como si sus manos se negaran a cooperar.

Por fin, cerrando los ojos, tendió la mano a ciegas hacia el dossier. Palpó la superficie fría con la punta de los dedos, luego los abruptos cantos. Levantó la tapa.

Rezando en silencio, abrió los ojos.

Las palabras aparecieron ante ella, escritas en bonita caligrafía negra sobre el fondo blanco de la página.

«Carter West».

Doce

Allie cogió la hoja y la fulminó con los ojos, como si la intensidad de su mirada pudiera cambiar el contenido. Por desgracia, por más que la contemplara el mensaje seguiría allí, burlándose de ella. Le dio la vuelta una y otra vez. Salvo por aquellas dos desdichadas palabras, estaba en blanco.

Ahora que conoces el nombre del sujeto que te ha sido asignado, debes informar a

esa persona de que vas a entrevistarla. Procura no hacerlo de forma amenazadora. Por ejemplo, empieza por invitarla a un té. O ve a comer con ella. En ese entorno tranquilo, comunícale que te corresponde interrogarla y que te gustaría mantener la primera entrevista lo antes posible.

Durante las entrevistas, toma notas detalladas. Además de entregar un documento con tus conclusiones, deberás presentar todas tus notas para que sean revisadas. No conserves ninguna copia.

Guarda este documento en un lugar seguro. No permitas que nadie vea su contenido. Si incumples esta regla, podrías ser expulsado de la Night School e incluso, en algunos casos, del colegio...

Un suave golpeteo en la ventana la interrumpió a media frase. Encaramado a la cornisa, Carter la miraba a través del cristal.

Allie se apresuró a cerrar el dossier. Por un momento, consideró la idea de decirle que se marchara.

Fingir que se encontraba mal o que estaba cansada. Cualquier cosa.

Al ver que Allie no se movía, Carter señaló la falleba de la ventana y la miró con cara de «cuando te venga bien».

De mala gana, ella se levantó de la cama y descorrió la falleba. Abrió la ventana hacia fuera y Carter, pasando sus largas piernas con dificultad, se encaramó al escritorio. Una corriente de aire frío se coló en la habitación. En el exterior, seguía lloviendo; el flequillo oscuro le caía lacio sobre la cara. Llevaba el jersey empapado y el frío le había enrojecido las mejillas.

Estaba guapísimo pero un poco enfadado.

- ¿Por qué has tardado tanto? Hace un frío que pela.

- Perdona -dijo Allie haciendo un gesto vago-. Estaba... ocupada.

Carter miró un instante el dossier de Allie, que seguía sobre la cama. Su mirada se ensombreció.

- Ya. Yo también he estado ocupado con eso.

- Es horrible -protestó Allie-. ¿Tenemos que hacerlo?

- Sí -repuso él-. Pero no es necesario que nos arruine la vida. Lo haremos y luego seguiremos con nuestras cosas. No se acaba el mundo por eso.

- Puedes pensar lo que quieras, pero lo cierto es que nos están pidiendo que invadamos la intimidad de otra persona. -Allie echaba chispas por los ojos-. Que

confesemos todos nuestros secretos. Que revelemos todas las cosas raras o desagradables que jamás hemos contado a nadie. Y, básicamente, que nos acusemos los unos a los otros de espionaje o engaño. ¿Cómo vamos a hacer todo eso y seguir... -recordó que Carter aún no sabía lo que le esperaba y concluyó con desmayo-... siendo amigos?

- Pues haciéndolo -respondió Carter-. Todo el mundo tiene que pasar por el tubo, de modo que estamos todos en la misma posición -la atrajo hacia sí-. No te preocupes, Allie. No será para tanto. ¿Quién te ha tocado?

En lugar de responder, ella se puso de puntillas y lo besó. Lo besó hasta que las manos de Carter bajaron a sus caderas para aproximarla hacia sí. Lo besó hasta que el aliento del chico se transformó en un jadeo. El pelo de Carter estaba húmedo al tacto, sus labios fríos, pero a ella le dio igual. El aliento cálido del chico le llenaba la boca y lo tenía tan cerca como podía desear.

Entonces, sin previo aviso, Carter se detuvo y la miró a los ojos como si acabara de atar cabos.

- Oh, Allie, mierda. Me vas a investigar a mí, ¿verdad?

Ella asintió.

Carter maldijo entre dientes.

- Serán cerdos.

- De modo que debéis estar atentos a las señales físicas... sudor, por ejemplo -explicó Eloise.

- Qué horror.

Mirándose los zapatos, Allie se hundió aún más en la silla. Se retorció el borde de la camisa entre los dedos. Luego lo soltó. Volvió a retorcerlo.

- Y también movimientos nerviosos -la bibliotecaria la miró con suspicacia-. Pero esas señales son muy obvias y, francamente, no creo que Carter sea tan torpe.

Allie se crispó.

- ¿Y eso qué significa?

Se acercaba el mediodía, y Eloise la había sacado de clase de Matemáticas para darle la primera lección de técnicas de interrogatorio y detección de mentiras. Al parecer, aquella era la especialidad de la bibliotecaria e Isabelle había insistido en que le dedicara a Allie algunas sesiones extraordinarias.

En circunstancias normales, Allie habría dado saltos de alegría ante la idea

de saltarse las mates, pero seguía demasiado enfadada por tener que entrevistar a Carter como para alegrarse.

- Significa -prosiguió Eloise en tono paciente-, que lleva mucho tiempo en la Night School. Seguramente domina muchas tácticas de engaño.

Allie se quedó tan helada al oír aquel comentario como si las palabras de Eloise estuvieran talladas en hielo.

Carter es la persona menos falsa que conozco. Él nunca...

- Muy bien. Vamos a intentar algo distinto.

Echándose hacia la pared profusamente decorada, la bibliotecaria se puso el cuaderno en el regazo y empezó a pasar páginas. Se encontraban en una de las cámaras de estudio de la biblioteca. Las paredes de todas aquellas salitas -cada una del tamaño de un pequeño despacho, apenas lo bastante espaciaosas para albergar un escritorio y dos sillas-exhibían murales del siglo XVII. Aquella en concreto era la que Allie había bautizado con el nombre de «Paz» porque las personas que aparecían en las pinturas estaban sonriendo y los querubines que revoloteaban por la zona del techo eran rollizos y alegres. La gente no se mataba como en las otras cámaras.

- Dime -siguió hablando Eloise-, ¿en qué signos te vas a fijar cuando entrevistes a Carter?

Allie se imaginó a Carter mirándola con expresión preocupada, los ojos entrecerrados como cuando estaba disgustado...

- En el sudor -suspiró-. Y en si se toca... -agitó la mano ante la cara-pues eso, la nariz o la boca.

- Bien. ¿Y sabes por qué la gente se tapa la boca cuando miente?

Allie lo sabía pero, apretando los labios con cabezonería, negó con la cabeza.

Eloise llevaba unas gafas alargadas, muy elegantes, que apenas le cubrían los ojos. La luz se reflejaba en sus lentes cuando habló.

- Algunos creen que se debe a un intento inconsciente por ocultar la mentira -pasó una página del cuaderno-. También deberías fijarte en su forma de mover los ojos.

- ¿En serio? -Allie frunció el ceño-. ¿Si aparta la vista y eso?

- En realidad, justo lo contrario -explicó Eloise-. Debes observar si establece demasiado contacto visual. Cuando las personas mienten, a menudo se esfuerzan en mirarte a los ojos, sin darse cuenta de que normalmente no se comportan así

-señaló a Allie-. Por ejemplo, justo ahora, cuando he dicho que deberías fijarte en los movimientos de sus ojos, has mirado al techo antes de hablar. ¿Por qué lo has hecho?

- ¿Lo he hecho? -Allie se revolvió en el asiento-. Yo no... ¿En serio?

Eloise asintió.

- Lo hacemos cuando buscamos la respuesta a una pregunta. Como si acudiéramos al cerebro en busca de la información que necesitamos -se echó hacia delante-. Si Carter no hace ese gesto cuando, supuestamente, está pensando, significará que ha preparado la respuesta de antemano.

Allie se miró las manos, que retorció nerviosa sobre el regazo.

- Genial -se lamentó.

- Mira -Eloise le tendió una hoja de papel con tres frases escritas-. Cuando entrevistes a Carter, tendrás que incluir estas preguntas. Deberán aparecer en tu informe final con las respuestas de Carter.

Allie cogió el papel y leyó la primera pregunta: «¿Alguna vez has hablado de mí con Nathaniel o con alguno de sus colaboradores?» Se le revolvió el estómago.

Cuando habló, lo hizo en un tono brusco y tenso.

- Eloise, tú sabes tan bien como yo que, sea quien sea el espía, no es Carter. Esto es una pérdida de tiempo. ¿Por qué no nos concentramos en encontrar al verdadero traidor? ¿Y si es Zelazny o Jerry? ¿Y si eres tú? ¿Quién te entrevista a ti?

La voz de Allie sonó estridente en la tranquila habitación, y Eloise no respondió de inmediato. En cambio, se acercó más a la muchacha. Se quitó las gafas, las dejó en el escritorio y se inclinó hacia delante. Llevaba la melena recogida con una pinza. No por primera vez, Allie reparó en su juventud. Echada hacia ella, con su piel tersa y sus limpios ojos castaños, habría podido pasar por otra alumna.

- Mira, Allie -dijo, ahora en un tono más amable-. Ya sé que lo estás pasando muy mal con todo esto. Y todos éramos conscientes de que sería así. Por eso te pedimos que lo hicieras.

Allie notó que la rabia le aceleraba el pulso.

- ¿Qué? ¿Todos estabais de acuerdo en arruinarme la vida?

- No -repuso Eloise-. Todos queremos que aprendas a protegerte... incluso de las personas que consideras tus amigos. No te olvides de Gabe. También era tu amigo. Confiaste en él, todos lo hicimos, pero nos engañó. Os hemos pedido a

todos que entrevistéis a la persona que mejor conocéis.

- ¿Pero por qué a Carter? -protestó Allie en tono angustiado-. No es mi amigo. Es mi novio. Eso es distinto.

Eloise tendió sus brazos y le apretó las manos para que las relajara.

- Porque la persona en la que más confías es la que más te puede lastimar.

Allie apartó las manos. Aquel comentario le parecía espantoso. Sin embargo, cuando abrió la boca para replicar, Eloise la interrumpió con un gesto.

- Mira, antes de que digas nada, ya lo sé. Ya sé que Carter es una buena persona. Lo conocemos muy bien y nos parece altamente improbable que nos esté ocultando algo. Por otra parte, es posible que algún día llegues a confiar en otra persona tanto como en él. Y tienes que aprender a juzgar a las personas que te importan con objetividad. Tienes que ser capaz de discernir qué esperas de alguien y quién es esa persona en realidad. Por mucho que la ames.

A la mención de la palabra «amor», Allie hizo un gesto de dolor.

- Qué tontería -golpeó con el pie la pata de la silla-. Nadie es capaz de hacer eso. Nadie puede interrogar a su novio y luego... bueno, montárselo con él después de clase. Nadie.

- La gente lo hace -fue la respuesta de Eloise-. Constantemente.

Aquella noche, después de cenar, Allie se sentó a solas en su cuarto, fingiendo leer los deberes de Literatura, pero las palabras parecían flotar en la página sin orden ni concierto, tan indescifrables como un código secreto cuya clave desconoces. Sus pensamientos estaban en otra parte. Las semillas de duda que Eloise había sembrado aquella mañana comenzaban a germinar en su mente.

¿Cómo me sentiría si tuviera la sensación de que Carter me está mintiendo?, se preguntó mientras pasaba una página. Y luego, para su horror: Él no sería capaz, ¿verdad?

Sigue avanzando y no morirás.

Allie corría por el bosque nevado repitiendo aquellas palabras mentalmente... una y otra vez.

Sigue avanzando.

Una luna azul bañaba la arboleda y se reflejaba en su pijama blanco.

No morirás.

Novcientos setenta y un pasos. Novcientos setenta y dos.

Tenía tanto frío que no sabía ni cómo lograba moverse. Avanzaba con los puños cerrados que, ateridos, cortaban el aire a ambos costados de su cuerpo. No oía nada salvo su propio resuello y el crujido de las zapatillas de estar por casa contra la nieve.

Mientras resbalaba por el camino del bosque, distinguía, al fuerte resplandor de la luna, los pinos y los helechos escarchados. El aliento se le transformaba en vapor cristalino al salir de la boca.

No sabía adónde ir. Y tenía tanto frío... Un sollozo pugnaba por salir de su garganta, pero lo contuvo.

Ahora no.

En aquel momento oyó un ruido; algo se movía por entre la vegetación helada, muy cerca. Un arbusto perdió su manto de nieve.

Se detuvo en seco y se acuclilló, lista para defenderse.

Mientras contenía el aliento y aguardaba el ataque, el sotobosque se abrió. Un zorro surgió de entre las plantas y se quedó mirándola.

El espeso pelaje brilló como carmín encendido entre la blanca nieve.

Contemplándola con sus audaces ojos de predador, olfateó el aire.

Las lágrimas inundaron los ojos de Allie. Se las enjugó con la mano.

- Qué hermoso eres -susurró tendiendo una mano morada de frío para acariciarlo.

El zorro levantó los belfos y le enseñó los dientes. Antes de que pudiera retirar la mano, el animal se agachó, listo para atacarla.

Acto seguido, con un gruñido, le saltó a la garganta.

Sin aliento, Allie se incorporó de un salto. Para cuando se hubo despertado del todo, estaba temblando, descalza en el suelo, agarrada a una esquina de la colcha. Con ojos desorbitados, golpeó la lamparilla del escritorio hasta que se encendió la luz. Entonces inspeccionó hasta el último rincón de la habitación.

Cuando se convenció de que estaba sola, cerró la ventana abierta y pasó la falleba. Luego volvió a meterse en la cama y se tapó hasta la barbilla como si la colcha fuera un escudo.

- Gracias, querido inconsciente -musitó-, por asegurarte de que no pueda volver a dormirme.

Se quedó despierta mucho rato. Cuando al fin se durmió, la luz seguía

encendida.

Trece

Después de la pesadilla, Allie solo consiguió dormir a ratos. Aún no había amanecido cuando se levantó. Abandonó su habitación antes de las siete y se sentó en el comedor, donde el personal de cocina todavía no había terminado de disponer las bandejas calientes y los termos de café. Con la mirada perdida ante sí, vio llegar a Rachel pocos minutos después. No habían coincidido mucho últimamente; Allie estaba muy ocupada con la Night School.

- Tienes un aspecto horrible -declaró Rachel mientras dejaba caer los libros sobre la mesa-. Cuéntame lo que te pasa mientras nos ponemos las botas.

Se acomodaron en el comedor casi desierto con sendas tazas de té caliente y un montón de huevos revueltos y tostadas que a Allie no le apetecían pero que devoró de todos modos. Por alguna razón, el mero hecho de tener a Rachel cerca la hacía sentir mejor. Era tanto lo que no podía contarle... cosas que ansiaba compartir con ella. Pese a todo, le sentó bien charlar con su amiga durante el desayuno.

Como en los viejos tiempos.

- Me muero de hambre -dijo Rachel-. La cena de ayer me pareció demasiado rara como para comerla. Deberían haberla, no sé, enmarcado. Habría colado como arte moderno. En fin, ¿qué haces levantada a estas horas?

- No podía dormir -bostezó Allie-. He tenido una pesadilla muy desagradable en la que huía de algo y luego un zorro me comía.

Tomó un sorbo de té ardiendo.

- ¿Un zorro te comía? -Rachel parecía impresionada-. ¿Había sangre? ¿Te ha dolido?

Recordando el horror que había sentido mientras temblaba a solas en el cuarto, Allie dijo: - Me he despertado cuando me iba a morder la cara.

- ¡Nam, comida -Rachel tomó un bocado de huevo revuelto. Al ver que Allie no se reía, ladeó la cabeza-. Los zorros no suelen atacar a las personas, ¿sabes? En realidad, jamás devoran seres humanos. No tengo ninguna duda al respecto. Los zorros no comen personas. La Allie del sueño debía de tener tan buena pinta que el

pobre no ha podido resistirse. Solo significa que le gustas.

Pese a lo deprimida que estaba, Allie sonrió.

- ¿El pobre? ¿Y si era un zorro hembra?

- Un sueño de zorras lesbianas. Vaya con la zorrита... Me pregunto qué opinaría Freud de eso -se burló Rachel.

- Ojalá hubiera sido un sueño erótico -refunfuñó Allie mirando el plato. Enseguida alzó la vista para mirar a Rachel-. Y hablando de sexo... Lucas y tú. ¿No tienes nada que contarme? ¿Hay algo entre vosotros? Porque a mí me parece que sí.

Rachel se sonrojó. Aunque parezca increíble.

Allie abrió los ojos de par en par.

- Hay algo... ¡Lo veo en tu cara! Cuéntamelo todo ahora mismo.

Rachel levantó los ojos con timidez.

- Bueno, pues Lucas y yo... estamos juntos. Ya es oficial.

- Oh, Dios mío -las palabras degeneraron en un gritito mientras Allie se levantaba de la silla y abrazaba a su amiga.

Muerta de risa, Rachel la empujó.

- Suéltame. Me estás aplastando la tostada.

- Oh, Rach, cuánto me alegro por ti. ¿Y desde cuándo?

- Desde el fin de semana pasado. ¿No te fijaste en que me esfumé después de la cena? -preguntó Rachel-. ¿Y no viste que el domingo no paraba de reírme como una boba? Fue lamentable. Espero que no te dieras cuenta.

Allie notó que le ardían las mejillas. No lo había advertido. Para nada.

El fin de semana anterior Allie había estado muy ocupada entrenándose con la Night School y viéndose con Carter y con Zoe. No había reparado en las risillas bobas de Rachel porque llevaba varios días sin coincidir con ella.

¿El fin de semana pasado? Hace siglos de eso. ¿Y no me lo había contado?

Le parecía impensable que su amiga no hubiera corrido al cuarto de Allie para sentarse en su cama y contárselo todo.

Escuchando a Rachel, que se derretía hablando de besos a la luz de la luna, Allie asentía y sonreía cuando tocaba, pero en realidad estaba pensando que la Night School las estaba separando.

Aunque el desayuno con Rachel se había alargado más de la cuenta, Allie llegó a clase de Historia con un buen rato de margen. Jo ya estaba allí y le hizo gestos desde la otra punta del aula, por lo demás vacía.

Con aquel pelo rubio cortado a lo chico, Jo parecía demacrada. O quizás, sencillamente, estaba demacrada. Mientras se sentaba, Allie observó a su amiga con suspicacia.

- ¡Venga! Deprisa, antes de que llegue alguien -susurró Jo-. ¿Quién te ha tocado?

- ¿Que quién me ha tocado? ¿A qué te refieres?

Jo parecía agitada, sobreexcitada. Los ojos le brillaban demasiado.

- Ya sabes.

- No... -la voz de Allie se apagó cuando comprendió, con un nudo en el estómago, a qué se refería Jo.

La miró fijamente.

- ¿Cómo sabes qué...?

- Oh, Allie -se rio Jo, traviesa-. Tengo contactos por todas partes. Lo sé todo. Cuenta. ¿A quién vas a entrevistar?

La risa de la muchacha sonaba demasiado estridente, la respuesta excesivamente frívola. Allie trató de ocultar la sospecha que se había alojado en su pecho como una esquirla de hielo.

- No puedo... -Allie estaba horrorizada-. Yo no... No te lo puedo decir, Jo. Ya lo sabes.

- ¿Qué? ¿En serio? -Jo parecía ofendida-. No se lo diré a nadie.

Con la palabra «expulsión» en mente, Allie negó con la cabeza, tajante.

- Jo, no puedo -insistió.

Y por más que fuera verdad, en su fuero interno sabía que no quería decírselo a Jo. No confiaba en ella. Si se lo decía y llegaba a oídos de Zelazny...

- Cuánto me alegro de ver que alumnos tan ansiosos por aprender llegan a clase antes de tiempo.

La voz gélida de Zelazny interrumpió los pensamientos de Allie.

Las dos chicas dieron un respingo a la vez que se volvían a mirarlo. El profesor estaba plantado junto a su escritorio en postura militar, los pies algo

separados, las manos rectas a los costados, la mirada alerta.

¿Cuánto tiempo lleva ahí?, se preguntó Allie.

Por suerte, Jo no era de las que se quedan sin palabras.

- Solo queríamos estudiar un poco antes de clase, señor Zelazny -esbozó una sonrisa encantadora-. Creímos que no le molestaría.

Por muy enfadada que estuviera con Jo en aquel momento, Allie no pudo sino admirar su mano izquierda.

- Dios me libre de privar a mis alumnas de un lugar de estudio -destilando sarcasmo, el profesor sacó unos libros de su maletín y procedió a arreglar el escritorio-. Por favor, sigan trabajando. No quiero interrumpirlas.

Escupía la última palabra de cada frase.

Jo y Allie intercambiaron otra mirada de circunstancias antes de bajar la vista hacia sus propios libros. Al cabo de un minuto, Jo se puso en pie.

- Voy a buscar algo de comer antes de que empiece la clase -declaró mientras corría hacia la puerta-. Enseguida vuelvo.

- Si llega tarde, considérese castigada -le gritó Zelazny. Luego añadió en un tono casi asustado-: ¡Y no traiga comida a mi clase!

Tras la salida de Jo, Allie se entretuvo leyendo el breve trabajo de Historia que debía entregar aquel día, pero era muy consciente de la presencia de Zelazny a menos de un metro de ella. El mero sonido de su respiración la crispaba. Se dio cuenta de que estaba leyendo la misma frase una y otra vez. Pese a todo, no alzó la vista.

Cuando el profesor le habló, Allie estuvo a punto de dar un respingo.

- ¿Tiene algo que preguntarme?

Despacio, Allie levantó los ojos del papel y descubrió que Zelazny la estaba mirando fijamente.

- ¿Pe... perdone?

- He dicho que si tiene algo que preguntarme.

Lo dijo en un tono casi amenazador. Allie sintió escalofríos.

¿Cuánto habrá oído de nuestra conversación?

Negó con vehemencia.

- No... señor.

- ¿Seguro?

Zelazny se inclinó hacia ella apoyando la punta de los dedos en el pupitre.

Allie palideció, pero no perdió la compostura. Se estaba enfadando, pero sabía que él solo pretendía ponerla nerviosa.

¿Por qué está tan cabreado? No puede haber oído nada, solo que me negaba a hablar de la Night School. ¿Por qué es tan gilipollas?

Allie respondió con frialdad, demostrando una seguridad que no sentía.

- En este momento no tengo nada que preguntarle, señor Zelazny. Gracias.

Devolvió los ojos al libro y fingió no darse cuenta de que el profesor resoplaba ni de que cerraba un cajón de golpe.

Justo cuando empezaba a considerar la idea de abandonar el aula, entró Sylvain.

- August -le dijo a Zelazny sin esperar a que el otro lo saludase-. Tengo una consulta de última hora sobre el trabajo...

Pareció advertir la presencia de Allie y la tensión que reinaba en el ambiente al mismo tiempo. Su voz se apagó.

Desesperada, Allie buscó la mirada del chico para pedirle ayuda. Se le aceleró el corazón cuando las miradas de ambos se encontraron.

Sylvain tenía los ojos del azul acuarela más alucinante que había visto en su vida.

- ¿Qué consulta es esa, Sylvain? -se impacientó Zelazny-. Estoy ocupado.

El comentario no consiguió arredrar al chico.

- El trabajo que tenemos que entregar mañana... ¿Me puede explicar exactamente qué tenemos que hacer? No acabo de entenderlo.

- Me parece que lo dejé muy claro -dijo Zelazny-. Lo tengo aquí mismo.

Mientras el profesor revolvió los papeles amontonados en el escritorio, Sylvain volvió a buscar la mirada de Allie. Y le guiñó un ojo.

Allie se pasó todo el día esperando a que la persona que debía interrogarla se diese a conocer. Cada vez que alguien pronunciaba su nombre o le tocaba el hombro, se disponía a oír una pregunta que seguramente no sabría cómo responder. Todo el mundo estaba preparándose para las entrevistas, pero nadie había contactado con ella.

Elaboró varias y muy diversas teorías de la conspiración para explicar aquel silencio. A lo mejor, sabiendo lo que sabía acerca de su familia, Isabelle había decidido mantenerla al margen. O puede que hubiera decidido entrevistarla ella misma.

En cualquier caso, no pensaba comentarlo con nadie que no fuera Isabelle. Y no tenía prisa en hacerlo.

Tras el incidente del aula, evitó a Jo. Toda la conversación había tenido un punto extraño. No le habló a nadie de ello porque no quería que la tomaran por una paranoica. Sin embargo, seguía sin entender por qué Jo la había colocado en aquella posición.

A la hora de la cena, se aseguró de sentarse entre Lucas y Carter. Ambos de la Night School. Ambos personas seguras.

Cuando Lucas propuso que jugaran al tenis nocturno, lo miró poco convencida.

- Voy muy retrasada con los deberes...

- Venga.

Al otro lado de la mesa, Jo intervino.

- Yo digo que sí. Hace siglos que no jugamos. ¿Quién se apunta?

Todo el mundo levantó la mano excepto Allie y Carter.

- Yo no puedo -Carter se encogió de hombros-. He quedado con Zelazny para hablar de un trabajo. No puedo escaparme -miró brevemente a Allie-. Pero tú sí puedes. Te va a encantar.

- Sí, venga Allie -intervino Rachel-. Juega con nosotros. Será divertido.

Era difícil negarse cuando todos parecían tan entusiasmados, así que poco más tarde Allie salió al parque en compañía de Rachel, aunque seguía sin estar muy convencida.

Mientras sacaban los accesorios del cobertizo, Allie se estremeció.

- Me estoy helando. ¿Por qué tenemos que jugar fuera?

- No seas aguafiestas -Jo le tendió a Lucas una raqueta y una caja de pelotas-. Tenemos que jugar fuera porque es alucinante.

Sintiéndose culpable, Allie se preguntó si Jo se había dado cuenta de que intentaba evitarla. Incluso en aquellos momentos, procuraba dejar un mínimo de tres personas entre las dos.

- Sí, Allie -Lucas le lanzó una pelota de tenis, pero ella andaba lenta de reflejos y la pelota le rebotó en el hombro antes de rodar de vuelta hacia el chico-. ¿No se supone que eres una tía dura? No me puedo creer que tengas tanto frío.

Allie resopló, y su irritación se condensó en forma de vapor. No obstante, no quería quedar como una mema.

- Yo no he dicho que sea mala idea.

Agitó la raqueta con torpeza.

Todos abuchearon aquella verdad a medias, y Rachel le pasó el brazo por los hombros.

- Hace frío. Pero así es aún más divertido -dijo-. Espera y verás -cuando se daba media vuelta para coger una red, pareció recordar algo-. Ah, una cosa. Se me había olvidado decirte que...

- Y bien, ¿vamos a jugar o nos vamos a quedar aquí como pasmarotes? -la voz cristalina de Katie Gilmore precedió su aparición sobre la hierba helada. Se había recogido los rizos rojos en una coleta alta y llevaba orejeras, como si fuera a esquiar.

Allie se volvió a mirar a Rachel con cara de sentirse traicionada.

- ¿Me tomas el pelo?

- Se ha autoinvitado.

Rachel se encogió como disculpándose y echó a correr cargada con su equipo. Allie se quedó allí plantada, sin dar crédito.

- Oh, Allie. ¿Tú también juegas? -Katie la miró con desdén mal disimulado-. ¿Y dónde has aprendido a jugar? ¿Juegan al tenis en Brixton?

- Vete a la mierda, Katie.

Allie se dio media vuelta para seguir a Rachel, pero Katie echó a correr tras ella.

- No hace falta que seas borde, aunque me parece que ser borde es tu especialidad.

La otra la asesinó con la mirada. La coleta de Katie rebotaba en su coronilla, tenía las mejillas sonrosadas del frío y parecía muy complacida.

Se lo está pasando en grande.

- ¿Por qué me sigues, Katie? ¿Por qué no estás comiendo sesos con tus amigos?

Los labios perfectos de Katie esbozaron una sonrisa.

- Oh, Allie. Eres adorable. Sabes, he oído el rumor, seguramente falso, de que te han admitido en la Night School. No es verdad, ¿a que no?

- Admiro tu optimismo -la respuesta de Allie fue tan gélida como la noche-. Pero si has pensado, siquiera por un momento, que voy a compartir esa información contigo...

- Es que -la interrumpió Katie-me sorprende que hayas aceptado. Pensaba que la detestabas después de todo lo que pasó el trimestre pasado.

Hablaba en un tono sereno -quizás genuinamente curioso-y Allie se volvió a mirarla sorprendida.

- Tengo mis razones -dijo despacio-. Sea lo que sea lo que he decidido, tanto si estoy dentro como si no, lo he hecho porque me ha parecido lo correcto.

La expresión de Katie hacía ver que sabía perfectamente que Allie había sido aceptada en la Night School. La pelirroja enarcó una ceja como dando a entender que no estaba de acuerdo en que hubiera hecho lo correcto, pero se abstuvo de comentar nada más. Allie miró a su alrededor; nadie les prestaba atención y se había despertado su curiosidad.

- ¿Y tú por qué nunca has querido entrar en... ya sabes dónde? Sabes muy bien que te admitirían.

- Porque ya soy lo bastante rica y no me gusta ensuciarme -Katie reanudó el paso con expresión enigmática-. Vamos a jugar al tenis.

La noche era clara y estrellada, aún más fría que la anterior. El viento soplaba cortante y el aire era tan frío que quemaba en la garganta al respirar. Allie se estremeció; su fina chaqueta no bastaba para una temperatura tan baja. Los demás iban mucho más abrigados. Los padres de Allie no se habían acordado de incluir guantes y bufanda en su maleta; quizás pensaron que el colegio se los proporcionaría.

Mientras se reunían en una explanada del jardín, en el lindero del bosque, Sylvain se acercó con una bufanda a rayas anudada al cuello.

- ¿Me puedo apuntar?

- Desde luego que no -bromeó Lucas a la vez que le lanzaba una raqueta. El otro la cogió al vuelo. La agarraba con soltura; Allie tuvo la sensación de que estaba muy acostumbrado a las raquetas de tenis.

De hecho, estaba segura de que todos sabían jugar. Parecían muy familiarizados con las reglas y los accesorios. Allie no pensaba admitirlo, pero

Katie tenía razón acerca de su inexperiencia en el juego; por lo que ella recordaba, solo había jugado alguna que otra vez en el gimnasio del colegio o en clase de Educación física, cuando llovía.

Mientras preparaban la red, se les unieron otros jugadores. Zoe apareció pertrechada con unas orejeras de felpa blancas y unos guantes a juego.

- El partido de tenis más frío del mundo. Yo también me apunto -dijo sin que la invitaran.

- Sé de alguien a quien también le encantaría jugar -anunció Sylvain-. Enseguida vuelvo.

Allie se quedó sola, mirando cómo Lucas y Rachel tendían la red entre dos postes y conectaban cables a enchufes exteriores en los que no había reparado. Cuando todo estuvo a punto, Lucas pulsó un interruptor.

Al otro lado de aquella pista improvisada, Zoe blandió la raqueta y la agitó en el aire.

- ¡Tenemos luz!

Con una mano en la boca, Allie giró sobre sí misma para contemplar el espectáculo. Todos los hilos de la red llevaban lucecillas de Navidad incorporadas. Parecía una telaraña impregnada de rocío a la luz del alba. Similares mallas de luz envolvían los árboles que rodeaban la pista e iluminaban las ramas con una fría luz blanca.

Cuando las raquetas se iluminaron a su alrededor, Allie dio la vuelta a la suya y descubrió un interruptor en el extremo del mango. Cada raqueta era de un color distinto. Zoe llevaba una de color verde; Jo, morada y Lucas, de color rojo.

Cuando Allie pulsó el botón de la base de su propia raqueta, esta se iluminó al instante con un resplandor azul.

Al otro lado de la pista, la raqueta roja golpeó una esfera anaranjada; la pelota luminosa surcó la oscuridad. Los jugadores del extremo opuesto resultaban prácticamente invisibles; las raquetas y la pelota parecían desplazarse en el aire sin que nadie las sostuviese.

Entusiasmada, Allie se rio a carcajadas.

- ¡Esto es de locos!

- Esto -dijo Jo, devolviendo el pelotazo de Lucas con la desenvoltura de alguien que ha recibido clases-es el tenis nocturno.

- Venga -Rachel le dio un codazo a Allie-. Hagamos un poco de

calentamiento.

- El tenis no se me da muy bien -reconoció Allie a regañadientes.

Rachel la empujó a la pista riendo.

- Da igual, Allie. No es una prueba para las Olimpiadas. Vas a jugar al tenis en plena oscuridad con un frío que pela.

Una pelota reluciente pasó disparada sobre sus cabezas y ambas se agacharon.

- ¡Perdón! -gritó Zoe, pero Allie solo alcanzó a ver una raqueta verde que se agitaba en señal de disculpa.

- ¿Lo ves? -animó Rachel a su amiga-. Todos jugamos fatal.

Por desgracia, Allie sabía que no era verdad.

Mientras practicaba el movimiento, Sylvain regresó y se quedó justo al borde de la pista iluminada.

- ¿Todo el mundo conoce a Nicole?

Allie forzó la vista pero no pudo ver a la persona que acompañaba a Sylvain.

- Claro -gritó Jo-. *Bonsoir*, Nicole.

Una risa cantarina surgió de la oscuridad, y luego una voz sensual respondió con acento francés: - *Bonsoir*, Jo. Tu derecha es increíble.

- Gracias -repuso Jo a la vez que golpeaba la pelota en dirección a Lucas, que la devolvió con facilidad.

Cuando Sylvain y Nicole penetraron en la zona iluminada por la red, los labios de Nicole esbozaron una sonrisa. Llevaba una bufanda de cachemira color crema y un abrigo de lana blanca que parecía muy caro. Sylvain le posó la mano en la espalda. Allie los miraba boquiabierta cuando la pelota la golpeó en la sien con tanta fuerza que la derribó.

Todo el mundo echó a correr hacia ella.

Lucas saltó la red.

- Allie, ¿te encuentras bien? Lo siento mucho. Pensaba que estabas preparada.

Rachel cogió la cabeza de Allie entre las manos mientras Zoe se arrodillaba junto a ellas preguntando: - ¿Qué día es hoy? ¿Quién es el primer ministro?

- Lo siento -dijo Allie-. Creo que ha sido más el susto que el daño. Aunque podría tener una conmoción cerebral.

Oyó un suspiro de alivio colectivo. Rachel sonrió y le apretó los dedos.

- No te quedes dormida -la apremió Zoe.

Todo el mundo se volvió a mirarla.

- Lo leí en un artículo -explicó-. Si sufres una conmoción cerebral, no puedes dormirte.

- Estoy despierta -bromeó Allie con debilidad mientras Rachel y Lucas la ayudaban a levantarse-, pero si me duermo jugando al tenis por favor llamad a una ambulancia.

- ¡Yupi! -exclamó Zoe mientras corría hacia el lado opuesto de la red-. ¡Allie está viva y podemos seguir jugando!

Rachel observó a su amiga con expresión preocupada.

- ¿De verdad te encuentras bien? -le preguntó.

Aunque seguía un poco mareada, Allie asintió.

- Todo lo bien que puedes estar cuando te acaban de machacar el cráneo.

- No tan bien como de costumbre -dijo Rachel.

- Cierto -asintió Allie-. Así que... creo que paso del primer partido.

- Alguien debería sentarse con Allie y asegurarse de que conoce el nombre del primer ministro -gritó Zoe desde el otro extremo de la pista de hierba.

- Pero ¿qué obsesión tienes con el primer ministro? -quiso saber Lucas.

- Es lo que se le pregunta a la gente que se ha dado un golpe en la cabeza -explicó Zoe-. Lo hacen en las películas. En realidad suelen ser películas americanas y les preguntan por el nombre del presidente. Supongo que en caso de lesión cerebral olvidas todo lo relacionado con la política. Pero estamos en Inglaterra, y aquí no hay presidente. Y no vas a preguntar quién es la reina, ¿verdad? Es... la reina.

- Sé quién es el primer ministro -aseguró Allie mientras se sentaba en la hierba helada-. Podéis estar tranquilos.

- ¿Sigue siendo el mismo? -la voz de Nicole surgió de la oscuridad, a la derecha de Allie, y esta dio un respingo-. ¿El de la cara rara?

- Sí -replicó Allie-. El mismo.

- Me cae bien -dijo Nicole-. Parece muy amable con los niños. Y eso es una prueba de bondad -mientras la chica francesa hablaba, Allie la miraba de reojo. Unas espesas pestañas rodeaban sus expresivos ojos marrones y poseía unas

facciones tan delicadas como las de un hada-. Yo también paso de esta partida -Nicole tenía un acento más delicado que el de Sylvain; parecía ceñir cada palabra antes de soltarla-. Me encargaré de que sigas despierta. Sylvain se sentará con nosotras cuando reaparezca. No sé adónde ha ido.

En aquel momento llegó el aludido con una botella de agua que le tendió a Allie antes de sentarse junto a Nicole en la fría hierba.

- ¿Cómo te encuentras? -el chico la miró preocupado.

Le empezaba a doler la cabeza, pero Allie sabía que si lo comentaba la obligarían a acudir a la enfermería.

- Bien, creo. Un poco atontada quizá. Lo normal después de un golpe en la cabeza -respondió.

Rachel se había quedado hablando con Jo y Lucas en la pista, pero ese momento se reunió con ellos.

- ¿Estás mejor?

- En serio -Allie levantó las manos-. Estoy perfectamente. Si no fuera porque me he dormido y he olvidado el nombre del primer ministro.

- Lo sabía. Voy a llamar a una ambulancia -repuso Rachel sin inmutarse mientras la primera pelota de la partida sobrevolaba la red, radiante como un meteoro.

Los movimientos de aquellas raquetas incorpóreas y luminosas, que golpeaban de lado a lado una pelota parecida a una estrella, eran hipnóticos. De vez en cuando la bola seguía su trayectoria sin que nadie la golpease y entonces los jugadores invisibles se reían o gemían. Sin embargo, por muy hermoso que fuera el espectáculo, hacía un frío horrible y Allie se estaba quedando helada.

Temblando, se ciñó la cazadora vaquera con fuerza.

- Qué frío hace.

- Deberías llevar guantes -Rachel miró la ropa de Allie con expresión crítica-. Y una bufanda. Y... un abrigo.

- Toma -Sylvain se desató la bufanda del cuello y se la tendió a Allie por delante de Nicole-. Ponte esto. A mí no me hace falta.

Cuando Nicole lo miró con una sonrisa de aprobación, Allie comprendió que debían de estar juntos. En plan... juntos, juntos. Parecían tan a gusto... Y, bien pensado, en el comedor se sentaban el uno al lado del otro casi todos los días, ¿no?

El dolor de cabeza de Allie empeoraba por momentos; le costaba pensar.

Consideró la idea de decir que no tenía tanto frío. O que no necesitaba la bufanda. Pero estaba temblando, de modo que la aceptó y la usó para abrigarse los hombros y el cuello.

Un efluvio característico la envolvió y le trajo a la mente la imagen fugaz de un beso que olía a café y especias.

Se mareó.

- Gracias -evitó los ojos de Sylvain-. Creo que mis padres olvidaron poner ropa de abrigo en mi equipaje.

- Tendrás que pegarte a mí -le dijo Nicole a Sylvain en tono mimoso-. Si no, te vas a congelar.

Él se desplazó para que la chica se sentara entre sus piernas, de espaldas contra su cuerpo. Sylvain metió las manos en el bolsillo del abrigo de ella.

- ¿Ves? -dijo Nicole-. Ahora compartiré el calor de mi cuerpo contigo.

Él contestó en francés y ella lanzó una carcajada parecida a un tintineo. Como el brindis de dos copas de champán.

Incluso con la bufanda puesta, a Allie le castañeteaban los dientes. Ni siquiera el helor de la noche podía justificar aquel frío intenso. Un temblor que venía de dentro.

Los pensamientos se arremolinaban en su cabeza. *¿Desde cuándo vuelven a salir? ¿Por qué yo no me había enterado? ¿Y por qué me importa siquiera? A lo mejor es verdad que he sufrido una lesión cerebral...*

La jaqueca se le estaba haciendo insoportable; le empezaron a zumbiar los oídos.

De repente, Allie decidió que ya había soportado suficiente frío, dolor y francesas calientes por un día, pero cuando se levantó, notó que el suelo oscilaba a sus pies. Al verla tambalearse, los otros alzaron la cabeza sorprendidos.

- Me siento un poco rara -dijo Allie haciendo esfuerzos por controlarse-. Creo que voy a entrar a tomar una taza de té y a sufrir una hemorragia cerebral.

Sylvain frunció el ceño con expresión preocupada.

- ¿Quieres que te acompañe?

Allie hizo un gesto negativo tan enérgico que estuvo a punto de perder el equilibrio. Creyó también que iba a vomitar.

- ¿Rachel? -se giró hacia el césped llamando a su amiga, pero esta ya estaba a su lado.

- Vamos, jovencita -Rachel cogió a Allie del brazo-. Me aseguraré de que no te duermas. Y vas a tener que hablarme del primer ministro.

La enfermera recibió a Allie como a una vieja amiga.

- ¿Qué demonios te ha pasado esta vez?

Por lo visto sus heridas del trimestre anterior habían sido memorables.

Después de enfocarle los ojos con una linterna, tomarle la tensión y la temperatura, la enfermera le dijo que solo necesitaba comer algo y tomar una buena taza de té, pero le recomendó que no se durmiera y le dio algo para el dolor de cabeza antes de enviarla a la sala común.

Algo más tarde, acurrucadas en un mullido sofá de piel de la sala envueltas en mantas, Allie y Rachel tomaban té caliente y comían galletas recién hechas.

- Deberías golpearte la cabeza más a menudo -le dijo Rachel-. Te miman.

- Las lesiones son geniales -asintió Allie.

Las pastillas le habían hecho efecto y el dolor de cabeza empezaba a ceder. Mientras entraba en calor se preguntó, ya más relajada, por qué le había impresionado tanto ver a Sylvain con Nicole. Era cierto que le había perdonado lo sucedido la noche del baile de verano y pensaba que el chico lo lamentaba de veras, pero no creía que volviera a confiar nunca en él en ese aspecto.

¿Entonces por qué me importa con quién sale?

No le hacía ninguna gracia albergar esos sentimientos.

Cuando Carter entró, pocos minutos después, ella se puso en pie como si se sintiera culpable y se tambaleó otra vez.

- Hala -dijo él, obligándola a sentarse otra vez-. Todavía estás mareada.

- Estoy bien -afirmó Allie con tanta seguridad como si fuera médico-. La enfermera ha dicho que no me pasa nada.

- En realidad ha dicho que deberías sentarte a descansar un rato. Y que no te duermas -la corrigió Rachel-. Zoe se va a poner como loca cuando se entere de que tenía razón -volviéndose a mirar a Carter, añadió-: Lo ha dicho por precaución. Pero deberíamos vigilarla durante un par de horas.

Carter acarició el pelo de Allie hacia atrás para examinar la marca roja que tenía en la sien.

- ¿Pero te encuentras bien?

- Sí. No hay lesiones cerebrales permanentes -repuso Allie, acurrucándose contra él.

- Siento no haber estado allí -le rozó la magulladura con los labios-para recoger los pedazos.

Allie se estremeció y alzó la vista para mirarlo a los ojos.

Rachel se puso en pie y se desperezó.

- No creo que mis conocimientos médicos sean necesarios ahora que tú estás aquí, Carter. ¿Te importa quedarte con ella?

Carter sonrió, arrugando los ojos. A Allie le encantaban aquellas arruguitas.

- Claro que no -respondió.

Cuando Rachel se marchó, Allie y Carter se acurrucaron en el sofá. Apoyada contra el hueco del brazo de su chico, Allie le contó lo sucedido.

- Lucas está hecho polvo -comentó Carter-. He hablado con él antes de venir. Cualquiera diría que te ha pegado un tiro. Pero, la verdad, si te hubiera lastimado me habría oído.

Con un dedo en la barbilla de Allie, Carter le echó la cabeza hacia atrás para que lo mirara a los ojos. Luego le acercó los labios.

- Vaya, veo que ya te encuentras mejor.

La voz brusca de la enfermera actuó como unas manos que se interpusieran entre ambos, a juzgar por la rapidez con que se separaron.

- Gracias -dijo Allie-. Sí.

Con expresión de guasa, la enfermera echó un vistazo al reloj.

- No olvides que tienes que mantenerte despierta un rato. Será mejor que te tomes otra taza de té -mientras la mujer se alejaba, Allie creyó oírla añadir-: Y que te des una ducha fría.

Riendo abiertamente, Carter se levantó.

- Te iré a buscar un té recién hecho.

- No necesito más té -protestó Allie-. Me sale por las orejas.

Pero él ya se dirigía hacia la puerta.

- A lo mejor a mí también me apetece una taza -dijo por encima del hombro.

Mientras esperaba, Allie cogió una revista que alguien había olvidado sobre una de las mesas. Estaba mirando a una actriz que lucía un vestido por valor de

dos mil libras cuando un ruido llamó su atención.

Apoyado en el marco de la puerta, Sylvain la miraba. Por una milésima de segundo, Allie vio algo en los ojos del chico que la pilló por sorpresa. Una especie de tristeza. Pero casi de inmediato la melancolía desapareció de su semblante para ser remplazada por la inexpresividad que lo caracterizaba.

- Tienes mejor aspecto -comentó él.

- Me encuentro muy bien -Allie se llevó la mano a la sien sin pensar-. Gracias.

- Bien -asintió Sylvain-. Nicole me ha pedido que viniera a verte.

Al tiempo que dejaba caer la revista sobre una mesa auxiliar, Allie fingió desperezarse y bostezó.

- Parece simpática -opinó al cabo de un segundo-. ¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

- Nos conocemos de toda la vida -contestó él tan campante-. Somos viejos amigos.

- Oh.

Allie hizo esfuerzos por no ceder al encanto de su acento. Buscó los ojos de Sylvain un instante antes de apartar la mirada otra vez. Le costaba un poco concentrarse estando él allí. La miraba como si pudiera leerle el pensamiento.

Se le ocurrió una distracción. Se irguió y rebuscó bajo la chaqueta, que estaba detrás del sofá.

- Tu bufanda. Gracias por prestármela.

Sylvain tomó la suave prenda de cachemira pero, en vez de alejarse, se sentó en una silla, enfrente de Allie.

- Quería hablar contigo de otra cosa. He estado tratando de verte a solas -jugueteeó con la bufanda mientras ella miraba los largos dedos del chico con sus uñas ovaladas, tan distintos de las fuertes manos de Carter-. Tengo algo que decirte. Lo he postergado demasiado tiempo porque creo que no te va a gustar.

Un estremecimiento recorrió a Allie. Entretanto, echaba algún que otro vistazo a la puerta que Carter cruzaría en cualquier momento. Cuando devolvió la mirada a Sylvain, este la observaba con curiosidad. Una vez más, la invadió el desasosiego.

- ¿Y qué es?

- Es solo que... eres tú.

Volviendo a mirar la puerta, Allie se echó hacia atrás.

- ¿Qué quieres decir? ¿Que yo soy qué?

Sylvain se acercó aún más y bajó la voz.

- La persona a la que debo interrogar. Para la Night School -hizo un gesto de impotencia con las manos-. Eres tú.

Catorce

- 1925 fue un año particularmente fértil para la literatura -apoyada en un pupitre vacío, Isabelle impartía su clase-. Aquel año se publicó *El gran Gatsby*, entre otras obras. Fitzgerald lo consideraba su mejor libro. Lo describió como «una recreación dilatada en el tiempo de un mundo sincero pero radiante». Sin embargo, yo lo considero una fábula de tipo moral. La historia de un buen hombre que se deja seducir por personas corruptas -se irguió y empezó a pasearse por el corro de pupitres-. Quiero que me digáis si el protagonista sigue siendo un buen hombre al final del libro. Y si de verdad era bueno al principio.

Allie, que a duras penas seguía la clase aquel día, rodeó con un círculo el título en su cuaderno y dibujó una estrella al lado. Mientras Isabelle seguía hablando, sus pensamientos volaron a lo sucedido el día anterior. Y a lo furioso que se había puesto Carter cuando se había enterado.

Cuando Carter volvió cargado con dos tazas de té caliente, tan despreocupado y jovial como siempre, Sylvain ya se había marchado.

Allie esperó a que se sentara para contárselo. En lo que respectaba a Carter, las reglas le importaban un comino. Estaba celosísimo de Sylvain. Si no se lo decía y acababa por enterarse, jamás la perdonaría.

Mientras le relataba lo que Sylvain le había dicho, Carter no gritó ni se enfadó. Fue aún peor. Se fue quedando pálido y callado, el tendón de su cuello cada vez más marcado.

Tras un largo silencio, dijo en tono grave:

- Hablaré con Zelazny.

- Lo malo es que... Sylvain dice... -Carter se crispó, pero Allie prosiguió:- Dice que ya les ha pedido a Jerry y a Zelazny que le asignen a otra persona. Se han negado. Por eso tardó tanto en...

- Genial -interrumpiéndola a mitad de frase, Carter hundió las manos en los bolsillos y bajó la vista. Su mirada era tan gélida que a Allie le extrañó no ver el suelo congelado.

- No es para tanto -lo animó-. Solo es una entrevista... una tarde. Después se habrá acabado.

Carter no se ablandó.

- Salta a la vista -dijo entre dientes-que están jugando con nosotros.

Isabelle golpeteaba con los dedos el pupitre de Allie. La joven dio un respingo. Sin interrumpir el tamborileo, le lanzó una mirada de advertencia antes de seguir andando. Allie se irguió en el asiento e intentó prestar atención. Sin embargo, un peso le oprimía el pecho, como si la ansiedad le impidiera respirar con normalidad.

Después de clase, Carter y ella iban a celebrar la entrevista.

Allie deseó que la clase durara para siempre. Por desgracia, ya había terminado.

Isabelle alzó la voz para hacerse oír por encima del ruido que hacían los alumnos al guardar sus cosas.

- Por favor, recoged los ejemplares en la biblioteca; Eloise ya los tiene. Y me gustaría que leyerais los tres primeros capítulos para mañana. Los comentaremos en clase. Podéis iros.

- Allie, voy a clase de kick-boxing. ¿Te vienes? -Zoe la miró esperanzada mientras cruzaban la puerta.

Dios mío, sí.

En aquel preciso instante, lo único que le apetecía hacer era patear algo.

- Ojalá pudiera, pero ya he quedado -Allie lo dijo en un tono tan compungido que Zoe la miró con expresión rara antes de dar media vuelta para marcharse.

- No pasa nada. Luego nos vemos.

Carter la esperaba al otro lado de la puerta, apoyado contra la pared, algo apartado del gentío que pululaba por el pasillo.

- Eh -dijo Allie, con el corazón en un puño.

- Eh, tú.

Los ojos oscuros de Carter le sostuvieron la mirada un instante, lo suficiente para que ella advirtiera la inquietud que reflejaban.

- Bueno... ¿Quedamos allí? -preguntó él mientras se unían a la marea de alumnos que cruzaba el portalón de madera para dirigirse al edificio principal.

- Me parece bien -repuso ella con una sonrisa insegura.

Atrayendo a Allie hacia sí, Carter la besó antes de encaminarse a las escaleras que conducían a los dormitorios de los chicos para dejar sus cosas.

Por la mañana, el dolor de cabeza de Allie había desaparecido casi por completo, aunque el cardenal de la sien le seguía causando molestias.

En su dormitorio, Allie se cambió la falda por unos pantalones. Después de mirarse al espejo para arreglarse el pelo, cogió la cazadora y se dispuso a salir, pero algo la detuvo. Echada sobre el respaldo de la silla había una bufanda de lana color azul oscuro. Allie tendió la mano para tocarla, indecisa; era de punto, suave como un abrazo.

¿De dónde ha salido?

Pasando los dedos por la bufanda, Allie concluyó que la enfermera debía de haberle contado a Isabelle lo sucedido la noche anterior. Era bastante frecuente que los alumnos encontraran en su cuarto las cosas que necesitaban. Igual que las zapatillas de estar por casa que habían aparecido la noche de su llegada a Cimmeria. Y las toallas y sábanas limpias que encontraba cada pocos días.

Tras vacilar un instante, se envolvió el cuello con la bufanda nueva y se miró en el espejo que había junto a la puerta. Estaba pálida -de los nervios, seguramente-y su piel parecía de porcelana en contraste con la lana oscura. El cabello, castaño y ondulado, le había crecido; no se lo había cortado desde la primavera y ahora le llegaba por debajo de los hombros. Se aplicó brillo de labios color frambuesa, se echó la cartera al hombro y salió.

Por más que temiese el momento, prefería hacerlo cuanto antes en lugar de aplazarlo; quería quitárselo de encima de una vez.

Por su parte, aún no había decidido qué le iba a revelar a Sylvain.

¿Debería hablarle de Lucinda? ¿Decirle quién soy en realidad? ¿Tengo elección? Si mentía, podían expulsarla. Pero si le decía la verdad a Sylvain, tendría que confiarle toda la historia de su vida. Incluidos secretos que solo Carter conocía. Y también algunos que jamás había confiado a nadie.

En la planta baja, avanzó por el vestíbulo entre la multitud de alumnos que se dirigían apresurados a la biblioteca o a la sala común para los quehaceres de la

tarde. En la zona de la entrada, donde los suelos de madera cedían paso a la piedra y grandes tapices decoraban los antiguos muros, el tráfico de estudiantes se aligeró.

Tirando del pomo de hierro, Allie abrió la pesada puerta principal. La recibió un soplo de aire frío, impregnado de la lluvia que había caído aquella mañana. Echó a andar por las losas húmedas mientras la puerta se cerraba a su espalda con un golpe pesado.

Cruzó el césped del parque chapoteando en el barro. A lo lejos, oía los gritos de un grupo de alumnos que jugaba al fútbol. Dos chicos que habían salido a correr la saludaron congestionados; los reconoció de la Night School. Aquello no se parecía en nada al tranquilo trimestre estival; ahora los jardines bullían de actividad hasta el toque de queda. Sin embargo, incluso en aquel horario de intensa actividad, el mundo se aquietó cuando se internó en el bosque. Caminando a solas por el sendero que tantas veces había recorrido (seco en su mayor parte gracias a las copas de los árboles), reparó en que los helechos del camino se estaban secando a causa del frío otoñal. La brisa agitaba apenas las ramas y los árboles se erguían silenciosos a su alrededor. Pasaban pocos minutos de las tres, pero el día ya empezaba a declinar; Allie apuró el paso y acabó corriendo por el sendero que conducía a la capilla. La Night School le exigía correr tan a menudo que apenas lo hacía ya por gusto. Incluso en aquel momento sus pasos le parecieron mecánicos, insatisfactorios.

Cuando llegó al viejo muro de piedra calcárea, lo siguió hasta la puerta arqueada que cedía el paso a un antiguo camposanto. A la mortecina luz de la tarde, las viejas tumbas parecían desamparadas entre la hierba seca y rala. Bajo los árboles desnudos, el cementerio había perdido el encanto que poseía en los soleados meses de verano; en aquel momento, se le antojó tétrico.

Se dirigió instintivamente hacia el anciano tejo bajo el cual Carter y ella solían reunirse en verano, pero no había nadie allí; tenía la corteza resbaladiza y oscura por la lluvia.

Enfiló hacia la capilla, cuyo viejo portalón era tan pesado que tuvo que tirar de él con ambas manos. Se abrió hacia fuera con un crujido siniestro.

En el interior, aún hacía más frío; olía a incienso y a madera bruñida. Las ventanas emplomadas teñían la luz del día de un tono lavanda. Como siempre, los intrincados frescos medievales atrajeron su atención. Representaban escenas de pecadores que sufrían en el infierno azuzados por demonios armados con tridentes, por dragones que salían disparados hacia arriba. Sobre la puerta, la vieja inscripción de siempre advertía *Exitus acata probat*, «El fin justifica los medios».

De pie en el altar, Carter encendía las velas de un candelabro de hierro más alto que él.

- Eh -dijo sin darse la vuelta.

- Eh, tú -respondió Allie, que cerró la puerta tras de sí presa de un estremecimiento. Con sus suelos y sus muros de piedra, hacía más frío en la capilla que en el exterior-. Pensaba que teníamos prohibido jugar con fuego.

- No hay corriente -la cerilla ardió hasta los dedos de Carter y él maldijo mientras la agitaba para apagarla. Se chupó los dedos para refrescarlos antes de encender otra-. Y pronto oscurecerá. Estoy intentando que tengamos algo de luz.

- Bien.

Allie se sentó en el primer banco.

Mirándola por encima del hombro, Carter esbozó su característica media sonrisa, tan sexy que le ponía la piel de gallina.

- Ya casi he terminado -se disculpó él.

- Cuando acabes, podríamos coger unos cuantos bancos y prenderles fuego -Allie se frotó los brazos-. Hace un frío que pela.

- Sí -repuso Carter-. Si no hay luz, no hay calefacción.

- Qué cutre -dijo ella.

Sin embargo, las velas encendidas (unas veinticinco en total) crearon una falsa sensación de calor. Carter se sentó junto a Allie y la atrajo hacia sí para besarla. Cuando ella respondió, notó que al chico se le aceleraba el corazón mientras le hundía los dedos en la espalda.

Podríamos pasar de todo, pensó Allie, y besarnos sin más.

En cambio se separó de Carter con un suspiro compungido.

- Será mejor que lo dejemos -dijo señalando un crucifijo-. Cristo nos está mirando.

Carter soltó una risilla, todavía congestionado, pero enseguida, al recordar la tarea que tenían entre manos, recuperó la seriedad.

- Bien -Allie sacó un cuaderno de la cartera y lo abrió por la página en la que había anotado las preguntas-. Acabemos cuanto antes. Luego podremos volver al mundo real.

Carter se alejó de ella para acomodarse de espaldas al reposabrazos del banco. Luego enarcó las cejas con expresión expectante.

- Dispara -dijo.

- Nombre completo -empezó Allie volviendo a suspirar-. Fecha de nacimiento. Nombre de tus padres. Nombre de tus abuelos.

- Carter Jonathan West -respondió él con una actitud desenfadada que ella captó de inmediato-. Veinticuatro de septiembre...

Allie ahogó un grito.

- Espera un momento -lo interrumpió alzando la vista hacia él-. ¿Tu cumpleaños fue el mes pasado? No me dijiste nada.

Carter se encogió de hombros como si el dato no tuviera importancia.

- Odio los cumpleaños. Nunca los celebro.

- ¿Cómo es posible que no celebres tu cumpleaños, Carter? Es horrible -Allie se sentía herida hasta extremos indescriptibles. Se lo había ocultado. Había sido el cumpleaños de Carter y él no le había dicho nada. Tenía diecisiete años-. No me dijiste nada. No te hice un regalo ni un pastel...

Carter intentó tranquilizarla, como si ella estuviera exagerando.

- Lo siento. Es que... no lo celebro. Llevo sin celebrarlo, bueno, desde que mis padres...

Allie negó con la cabeza, apretando los labios, y bajó la vista hacia su lista de preguntas.

Empezaban mal.

- ¿Nombre de tus padres? -preguntó sin mirarlo.

- Madre, Sharon Georgina West. Padre...

A Carter se le quebró la voz. Cuando Allie levantó la vista, advirtió que él miraba al infinito.

Carter carraspeó.

- Padre, Arthur Jonathan West.

Allie no podía enfadarse con él.

- Tu segundo nombre es el mismo que el suyo -comentó-. Es bonito. Como si aún compartierais algo.

Carter asintió.

Al cabo de un momento, Allie prosiguió.

- ¿Nombres de tus abuelos?

Completaron la lista de nombres y fechas, ciudades donde había nacido cada cual y oficios desempeñados hacía tanto tiempo que a Allie apenas se le antojaban reales.

- ¿Nadie de tu familia asistió a este colegio? ¿Hasta que llegaste tú, quiero decir? -le preguntó al final de la primera serie.

Carter negó con la cabeza.

Había llegado el momento de formular la pregunta que Allie más temía. Eloise y ella habían discutido sobre si realmente debía plantearla, y la bibliotecaria había insistido.

- Si lo entrevistas, se lo tienes que preguntar -había dicho Eloise-. Y debes olvidar la relación que os une, por mal que te sepa. Escribe la respuesta y pasa a la siguiente pregunta.

- Pero es que él nunca me ha contado qué pasó -protestó Allie entonces, cada vez más agitada-. Ni siquiera habla de ello. Me parece una crueldad obligarlo a contármelo.

Eloise, por desgracia, se había mostrado inflexible. Ahora, Allie debía pronunciar las palabras.

- Ya sé... -empezó a decir, pero le falló la voz. Inspiró para tranquilizarse y volvió a intentarlo-. Necesito que me cuentes qué les pasó a tus padres y cómo llegaste aquí.

Carter levantó sus ojos negros con expresión de advertencia.

- Ya lo sé -se apresuró a decir Allie-. Y odio preguntarte esto. Pero si no lo hago, nos obligarán a repetir la entrevista hasta que me contestes. Lo siento mucho, Carter. ¿Por qué no me lo cuentas por encima? No te pediré detalles.

Carter permaneció inmóvil tanto rato que Allie se preguntó si acabaría por levantarse y marcharse. Las emociones que se debatían en su interior asomaban a su rostro.

Por fin, como si se rindiera a lo inevitable, Carter se pasó los dedos por el pelo. Cuando habló, lo hizo con voz grave, mirando a un rincón oscuro de la capilla.

- Mi padre trabajaba en una fábrica de coches, pero perdió el trabajo antes de que yo naciera. La fábrica cerró. No pudo conseguir otro empleo. No había... no había muchas fábricas por la zona. Vio un anuncio, creo, en el periódico. Isabelle me lo contó una vez pero no me acuerdo bien... Mis padres vivían cerca de aquí, creo. Antes.

A Allie le costaba un poco seguir aquel relato tan confuso pero no dijo nada. Siguió sentada, sin moverse, casi sin respirar. No tomó notas; sabía que se acordaría de todo.

- El caso es que -prosiguió Carter-en algún momento el colegio lo contrató como empleado de mantenimiento, para que se hiciera cargo de la caldera y del sistema eléctrico; de todo lo que se pudiera reparar con un destornillador o una llave inglesa. Este lugar debió de parecerle un regalo de los dioses, ¿sabes? -la miró un instante y luego devolvió la vista al infinito-. Mi madre trabajaba en la cocina, cocinando y limpiando. Les proporcionaron un alojamiento en el parque, sin alquiler; podían ahorrar. Supongo que, aunque el trabajo no fuera, digamos, apasionante, les pareció la solución perfecta.

»Cuando mi madre se quedó embarazada se emocionaron mucho. No tenían hijos y creo que pensaban que había algún problema de fertilidad. Me imagino que estarían contentísimos. Cuando yo nací, mi madre se tomó unos días libres pero luego volvió al trabajo -se interrumpió para pensar-. Es difícil de explicar pero, como vivían dentro del recinto, me criaban entre todos. Nadie más tenía hijos pequeños. Los profesores y los demás empleados se turnaban para cuidarme. Yo era algo así como la novedad.

Sin levantar las manos del regazo, Allie lo miró.

- ¿Y vivías en aquella casita? -preguntó-. ¿La que vimos aquella noche en el bosque... la de las rosas en el jardín?

Carter pareció sorprendido, como si hubiera olvidado que una noche se habían topado con la casita del jardín exuberante. Asintió.

- Bob Elliston vive allí ahora.

- Me pareció un sitio precioso donde crecer -comentó ella.

Él se encogió de hombros, como si el comentario le trajera sin cuidado, pero Allie leyó lo contrario en sus ojos.

- ¿Crees que tus padres fueron felices allí? -siguió preguntando.

Carter esbozó una sonrisa nostálgica.

- Creo que sí. Recuerdo que éramos felices. A mi padre se le daba muy bien su trabajo; podía arreglar cualquier cosa, ¿sabes? Era un genio con los aparatos. Todo el mundo confiaba en él, e Isabelle dice que mi padre se enorgullecía de ello. De saberse necesitado. Y mi madre...

Carter se frotó los ojos.

Allie se sentía fatal. Quería cogerle la mano, abrazarlo... hacer algo que no

fuera quedarse allí sentada. Sin embargo, él parecía tenso y distante. Allie sabía que Carter no deseaba consuelo en aquel momento. De modo que no se movió.

Cuando él tomó la palabra otra vez, lo hizo en tono firme.

- Mi madre, por lo que cuentan, era algo así como la madre de todos. Les preparaba bocadillos a los alumnos si tenían hambre después de clase. Hacía galletas para las reuniones de los profesores. Se preocupaba por todo el mundo -de nuevo, Carter guardó un largo silencio-. Sí -dijo por fin-, creo que eran felices.

Las lágrimas inundaban los ojos de Allie. Le picaba la nariz y se la frotó con fuerza.

No quiero hacer esto.

- Carter -dijo con voz queda-, ¿qué pasó?

El silencio que cayó entre ambos se le antojó un muro palpable. Allie se sentía capaz de tocar la fría superficie. Carter apretaba los dientes, se retorció las manos en el regazo.

- En fin -continuó él como si no hubiera oído a Allie-, un día mi padre tuvo que ir a recoger unas piezas a Portsmouth -hablaba en un tono sorprendentemente sereno-. Lo hacía a menudo. Aquella vez, sin embargo, mi madre quiso acompañarlo. Era verano y hacía un día precioso. Pensó que podríamos pasar el día en la playa. Preparó un picnic, me sentaron en el asiento trasero del coche y nos pusimos en camino. Pero...

Cuando Carter volvió a interrumpirse, Allie contuvo el aliento.

- Un camión perdió el control en la autopista -dijo él con los ojos fijos en algún punto invisible, muy lejano-. Dijeron que el conductor se había dormido. Cruzó la mediana y chocó con nosotros -dobló los dedos hasta cerrar los puños-. Todo el mundo dijo que no debieron de sentir nada. Sucedió muy deprisa.

Una lágrima surcó la mejilla de Allie.

- ¿Y tú? -preguntó mientras se la enjugaba-. ¿Te hiciste daño?

- Contusiones y algún que otro arañazo -Carter parecía casi enfadado-. Nada grave.

- Es increíble -Allie se permitió experimentar un instante de alegría ante la idea de que Carter hubiera sobrevivido-. ¿Y qué pasó entonces? O sea... eras un niño pequeño.

- Bob Elliston y mis padres eran muy amigos. Le habían pedido que fuera mi padrino. Bob fue a buscarme al hospital. Ni mi madre ni mi padre tenían familiares

cercanos así que todo se arregló muy deprisa. Yo no me acuerdo -Carter se encogió de hombros-. Supongo que nadie más me reclamó. Él se trasladó a la casita conmigo hasta que fui lo bastante mayor para alojarme en los dormitorios de los chicos.

La miró a los ojos.

- Y aquí estoy.

Luchando contra el impulso de abrazarlo con fuerza para arrancarle el dolor, Allie carraspeó.

- Todo eso es... tremendo, Carter -dijo-. No me puedo creer que no me lo hayas contado antes.

Él enarcó una ceja con ironía.

- Ya, bueno, no voy contándolo por ahí -tendió la mano-. Hola, soy Carter. Mis padres murieron en un terrible accidente cuando era pequeño pero lo he superado increíblemente bien dadas las...

- Basta ya, Carter -lo interrumpió Allie con brusquedad-. Eso no es justo. Y no es verdad. Soy tu novia, no... cualquiera. Y puedes sincerarte conmigo.

- Ya lo sé -Carter parecía arrepentido-. Perdona, Al. Es que no sé cómo... ya sabes... contar estas cosas. Es muy duro. Me siento mejor cuando me lo guardo para mí. Así que no hablo de ello.

Sin pararse a pensar, Allie se inclinó hacia él para abrazarlo.

- Gracias por contármelo -le susurró-. Sé que es duro. Y lo siento muchísimo.

Los brazos de Carter eran barras de hierro contra sus costillas. Detrás de la espalda, Allie notó sus puños cerrados.

Se quedaron abrazados durante unos instantes.

Cuando se separaron, Carter se frotó los ojos antes de incorporarse.

- Bien -tenía la voz ronca, pero se las arregló para esbozar una media sonrisa-. De momento, esto es genial.

- Faltan muy pocas preguntas -lo animó ella mientras pasaba páginas del cuaderno-. ¿Simpatizas o has simpatizado alguna vez con Nathaniel? ¿Quieres destruir el colegio? ¿Estás conspirando contra Isabelle?

- No. No. No -dijo Carter estirando las piernas al mismo tiempo-. ¿Algo más?

- Creo que no -Allie miró su lista y tomó algunas notas. En aquel momento

reparó en una pregunta que había olvidado formular-. Ah, una más. ¿Alguna vez le has contado a Nathaniel algo sobre mí?

Súbitamente inmóvil, Carter ladeó la cabeza.

- Qué pregunta más rara.

- Ya. Eloise me pidió que te la hiciera. No sé por qué.

Como estaba ocupada tomando notas, Allie no reparó en el gesto de prevención de Carter, pero cuando él contestó, algo en su tono de voz le llamó la atención.

- No, que yo sepa -fue la respuesta.

Allie alzó la vista para mirarlo, con el boli suspendido en el aire.

- ¿Qué?

- He dicho: «No, que yo sepa» -repitió él-. No he hablado de ti a nadie del grupo de Nathaniel, que yo sepa.

Ella escudriñó el rostro del chico, confundida.

- No te entiendo. ¿Qué significa «que yo sepa»? ¿Cómo es posible que les hayas hablado de mí sin darte cuenta?

- Bueno, hablé con Gabe, ¿no? -Carter se revolvió en el asiento, incómodo-. Y ahora él es uno de ellos.

El pulso de Allie se aceleró. Hizo esfuerzos por adoptar un tono tranquilo.

- ¿Qué le contaste de mí a Gabe?

Carter se encogió de hombros.

- Ya sabes... Cosas.

- Cosas -una pequeña semilla de sospecha brotó en el corazón de Allie-. ¿Qué clase de cosas?

El chico volvió a hacer un gesto de indiferencia.

- Pues ya sabes... cosas de chicos. Venga, Allie. Era mi amigo. Hablábamos de cosas.

Irguiéndose en el asiento, Allie le clavó una mirada de incredulidad.

- No, Carter, no lo sé. ¿Qué le contaste a Gabe de mí?

- No sé -con expresión enfurruñada, él se cruzó de brazos-. Me hacía muchas preguntas sobre ti. En aquel entonces, no les di importancia. Le contestaba y ya está.

- ¿Y no me lo habías mencionado? -Allie levantó la voz. Luego se interrumpió para coger aire antes de continuar-. ¿Se lo dijiste a Isabelle?

- No -bajo presión, Carter estaba cada vez más a la defensiva-. Ni siquiera había pensado en ello hasta ahora. Allie, ¿te importaría no tratarme como a un sospechoso de asesinato?

- Vale -repuso ella en tono tranquilo-. Perdona. ¿Recuerdas algo de lo que te preguntó?

Carter suspiró con fuerza, se levantó y cruzó el recinto hasta un antiguo fresco que exhibía un tejo alto hasta el techo. Sus intrincadas raíces formaban la frase: «Árbol de la vida». Era una de las pinturas favoritas de Allie de todas las que había en aquella capilla de novecientos años de antigüedad, pero en aquel momento apenas si la miró.

- Me preguntó -repuso él tras un largo silencio-por tu familia. En qué parte de Londres vivías. Quiénes eran tus amigos. Esas cosas.

Carter se volvió a mirarla.

- ¿Y qué le dijiste? -quiso saber Allie.

- Lo que sabía -reconoció él-, que no era gran cosa. En el sur de Londres. Que habías ido a un colegio cutre y que lo detestabas. Que tenías un amigo llamado Mark y otro llamado Harry. Que te llevabas mal con tus padres.

Allie hacía grandes esfuerzos por no sentirse traicionada. Pero por lo que parecía Carter le había contado a Gabe todo lo que sabía acerca de su vida previa a Cimmeria.

No sé cómo gestionar esto.

Recordó lo que le había dicho Eloise respecto a comportarse como si estuviera haciendo una entrevista.

- Piensa como una periodista -le había aconsejado durante su sesión particular en la cámara de la biblioteca-. ¿Qué preguntaría un periodista si estuviera en tu lugar? Pon distancia emocional y descubrirás que es muy fácil diferenciar las cosas importantes de las que no lo son.

De modo que Allie trató de discurrir las preguntas que formularía si no fuera la novia de Carter.

- ¿Alguna de las preguntas que te hizo te sorprendió especialmente? ¿Algo te extrañó?

Carter se dirigió al altar, de espaldas a Allie. Tenía las manos hundidas en

los bolsillos. Cuando habló, lo hizo en voz tan queda que ella no estuvo segura de haberle oído.

- Preguntó por tu hermano.

- ¿Qué? -Allie notó una descarga en la punta de los dedos-. ¿Has dicho que te preguntó por Christopher?

Sin volver la cabeza, Carter asintió.

- Y lo que me extrañó fue... -se giró a mirarla, y ella vio preocupación en sus ojos-... ¿cómo sabía que tenías un hermano, para empezar? Tú nunca hablabas de él. Y aunque supiese de su existencia, ¿a él qué le importaba? Me hizo muchas preguntas sobre él.

De repente, Allie sintió frío. Tragó saliva con fuerza.

- A lo mejor se lo dijo Jo -sugirió esperanzada, ciñéndose la bufanda al cuello-. Le hablé de Christopher, y era la novia de Gabe en aquel entonces. ¿Qué te preguntó, concretamente?

Carter caminó hacia ella. Sus pisadas resonaron en la capilla vacía. El sol debía de haberse ocultado ya porque el resplandor de las vidrieras había desaparecido. De repente, la estancia parecía tétrica; las sombras de las llamas bailoteaban nerviosas en las paredes blancas.

- Si estabais muy unidos. Si hablabas de volver a verlo -se quedó plantado ante ella, con la preocupación grabada en sus ojos oscuros-. Una vez me preguntó si alguna vez habías mencionado la posibilidad de buscarlo. Y adónde irías si decidieras hacerlo.

Allie se rodeó el cuerpo con los brazos.

- Es espeluznante -declaró con voz grave-. No me gusta nada.

- No -dijo él, y la luz de las llamas se reflejó en sus ojos-. A mí tampoco.

Quince

Durante el resto de la noche, Allie se sumió en la vida normal de Cimmeria. Sin embargo, los pensamientos se arremolinaban en su cabeza como un torbellino. Todo parecía enmarañado y horrible. Carter y Gabe, el espía del colegio, Nathaniel. Tenía que resolver el enigma. ¿Por qué Gabe le había hecho a Carter

todas aquellas preguntas? ¿Qué pretendía averiguar?

La única persona que lo comprendería -la única que sabría qué hacer-era Rachel, y no podía contárselo. De hecho, no se lo podía contar a nadie.

Salvo...

Podía hablar con Isabelle, pero ¿qué pasaría si lo hacía? ¿Se metería Carter en un lío? No soportaba la idea de que Isabelle desconfiase de él por su culpa; la directora era lo más parecido a una madre que tenía Carter.

Los pensamientos la atormentaban. No podía concentrarse en el estudio. No podía concentrarse en nada.

Después de cenar, mientras los otros alumnos se encerraban a estudiar en la biblioteca o se refugiaban de la lluvia en la sala común, Allie recorría y volvía a recorrer el pasillo que conducía al despacho de Isabelle. El suelo de roble ahogaba sus pasos mientras caminaba de la sala común al despacho de la directora y luego de vuelta a la sala, una y otra vez.

Lo que me ha revelado Carter no es para tanto. Sabemos que Gabe apoya a Nathaniel y sabemos que Nathaniel la tiene tomada conmigo. No veo por qué ha de ser tan importante.

Allie se dio media vuelta y echó a andar en dirección contraria.

Pero, ¿y si lo es? Isabelle dijo que le interesaba conocer cualquier información que les ayudase a averiguar cuándo se unió Gabe a Nathaniel y por qué.

Vuelta atrás.

- Vas a excavar un surco en el suelo.

Plantado al pie de la escalinata principal, Sylvain la observaba. Allie se preguntó cuánto tiempo llevaría allí; no se acordaba de cuándo había alzado la vista por última vez.

Incluso vestido de uniforme, Sylvain se las arreglaba para parecer sofisticado. Se arremangó el jersey azul, que parecía hecho a medida.

Allie aún farfullaba buscando una respuesta cuando Sylvain añadió: - Y entonces los obreros tendrán que volver con todo su equipo para reconstruirlo, y todo el mundo te echará la culpa.

Allie arqueó las cejas.

- Ese pesimismo... ¿es típico de los franceses?

- No es pesimismo -repuso él-sino pragmatismo. Es una palabra francesa, ¿sabes? *Pragmatisme.*

- ¿Y pesimismo no es una palabra francesa también?

- Sí -Sylvain se encogió de hombros con elocuencia-. Pero es que las grandes palabras siempre son francesas.

Allie sonrió de mala gana.

El chico ladeó la cabeza con curiosidad.

- Y dime, Allie. ¿Por qué vas de un lado a otro como una prisionera? ¿Acaso te enfrentas a un gran dilema?

La expresión de Sylvain reflejaba un interés tan genuino que Allie tuvo que reprimir el impulso de contárselo todo.

Vuelvo a confiar en él. ¿Desde cuándo?

A lo largo de todo el trimestre Sylvain no había demostrado nada salvo consideración y amabilidad. Y bien sabía el cielo que Allie necesitaba ayuda.

- Pues sí -se frotó la punta de un zapato con el otro-. No sé qué hacer. Y haga lo que haga, una persona que me importa podría malinterpretarme. Podría sentirse herido... o herida -añadió a toda prisa-. Así que trato de decidir cuál de los dos equívocos es preferible.

- Ah -el chico se apoyó contra la pared-. Me temo que te enfrentas al peor dilema que existe. Uno de esos para los que no hay una respuesta correcta. Solo dos incorrectas.

- ¡Exacto! ¿Cómo te decides, en esos casos?

- Tendrás que confiar en tu intuición.

- ¿Mi intuición? -gruñó Allie-. Menuda inútil.

Él la miró con expresión pensativa.

- Me parece, Allie, que tomas las decisiones correctas más a menudo de lo que crees.

Allie se dispuso a hacer un chiste, pero advirtió que Sylvain hablaba en serio y la broma murió en sus labios. Se quedó quieta unos instantes, mirando a través de él.

- Tengo que ir a hablar con Isabelle.

Dicho eso, se dio media vuelta para marcharse, decidida a hablar con la directora lo antes posible. Y entonces, igual de precipitadamente, se giró hacia Sylvain. Él no se había movido. La observaba con una sonrisa tan afectuosa que Allie se aturdió.

- Lo siento -dijo ruborizada-. No debería marcharme sin despedirme. Es de mala educación. Y... Lo de mañana sigue en pie, ¿no?

- Sí -la risa asomaba a los ojos de Sylvain-. Te haré la entrevista después de la cena.

- Genial.

Con paso ligero, Allie se deslizó bajo la escalera para acceder al despacho de Isabelle. Llamó brevemente y giró el pomo sin esperar invitación; la puerta se abrió al instante. La salita estaba vacía. Sin embargo, la directora debía de haber salido hacía poco porque la luz estaba encendida y el cuarto olía a té Earl Grey.

Mientras esperaba, la mirada de Allie vagó del tapiz de la doncella y el caballero a los armaritos que contenían los documentos de los alumnos. Aunque intentó no pensar en ello, su mente se empeñó en recordar la noche que habían allanado el despacho en busca de información.

Al recordarlo, se retorció el borde del jersey con ademán nervioso.

- Ah, hola, Allie -Isabelle entró a paso vivo, con un chal azul claro en el cuello. El jersey blanco tipo polo y la falda de un tono ahumado hacían juego con los serios zapatos de suela de goma. Tras dejar un dossier sobre el escritorio, alzó la vista con una sonrisa inquisitiva en el rostro.

- ¿Todo va bien?

- Quería preguntarte una cosa -dijo Allie-. Algo que me tiene preocupada.

Isabelle cerró la puerta y, con un gesto, la invitó a sentarse en una de las butacas de piel. Allie se acomodó en una y la directora se sentó en la otra.

- Y bien -quiso saber Isabelle-, ¿qué es eso que te inquieta tanto? ¿Requiere un té?

Allie negó con la cabeza y procedió a relatar rápidamente lo que Carter le había contado acerca de Gabe. Mientras hablaba, observó cómo la expresión alegre de Isabelle se esfumaba.

- ¿Por qué Carter nunca nos ha dicho nada? -preguntó la directora cuando su alumna terminó-. ¿Te lo ha explicado?

Allie pensó que la directora parecía herida.

- No lo sé. Dice que no se le ocurrió -a toda prisa, añadió-. Porque... en aquel entonces tenía demasiadas cosas en las que pensar. Los acontecimientos se precipitaron. Y una vez que supimos que Gabe trabajaba con Nathaniel, no creyó que importara.

- No entiendo qué le llevó a pensar algo así -repuso Isabelle con sequedad-. No tiene sentido.

Allie tampoco lo comprendía, pero no podía decirlo. Tenía el estómago revuelto de la preocupación. Empezó a disculparlo otra vez, pero la directora la interrumpió.

- Por favor, no te preocupes, Allie. Te he entendido perfectamente. Solo estaba pensando en voz alta. Hablaré con Carter yo misma para averiguar si puede decirnos algo más.

Allie tenía la boca seca.

- No te enfades con él. Me siento rara contándote todo esto. Pero yo no... O sea, he pensado que debías saberlo porque se trata de información sobre Gabe -se echó hacia delante-. Ya sabes que Carter no trabaja para Nathaniel, ¿verdad? Quiero decir que no es a él a quien buscáis.

Isabelle le sostuvo la mirada.

- Ni por un instante he pensado que Carter fuera capaz de pasarle información a Nathaniel a sabiendas.

¿A sabiendas?

Mientras intentaba discernir lo que la directora había querido decir, Allie sucumbió al pánico.

¿Qué he hecho?

- Gracias por contármelo -se despidió Isabelle acompañándola a la puerta-. Has hecho lo correcto.

Sin embargo, de camino a las escaleras que conducían a su habitación, a Allie le costaba creerlo. Se sentía totalmente perdida, agobiada por una inquietud densa y pesada cuando una mano la cogió por el brazo. Dando un gritito, apartó el brazo. Entonces oyó la risa grave que tan bien conocía.

- Perdona, ¿te he asustado?

Carter subía tras ella, con su sonrisa torcida en los labios.

Oh, mierda.

- No -repuso ella-. Es que me has pillado por sorpresa.

- Llevo toda la noche buscándote -dijo Carter a la vez que le entrelazaba los dedos. Ella se preguntó si notaría que le sudaban las manos-. ¿Dónde has estado?

Allie meditó muy bien la respuesta.

- Ah, he estado estudiando y luego he ido a dar una vuelta, he estado charlando con Isabelle, ya sabes...

- ¿Ah, sí? -el semblante de Carter no se alteró-. ¿Y de qué habéis hablado?

Los sonidos de alrededor -alumnos conversando, ruido de pasos, risas-se perdieron a lo lejos. Allie se sintió incapaz decírselo. No habría podido soportar la expresión de su rostro: el dolor de saberse traicionado.

- De nada -dijo, y la sangre se le heló en las venas-. Voy algo retrasada en mates y esperaba que me consiguiese algo de tiempo.

Carter hizo chasquear la lengua y levantó un dedo, como para amonestarla.

- ¿Se ha retrasado, señorita Sheridan? Apuesto a que a Isabelle no le ha hecho ninguna gracia.

- No -Allie lanzó una carcajada falsa-. Me ha dicho que me ponga al día. Deprisa. Sin ayuda.

- Un buen consejo, jovencita.

Carter se había parado en un peldaño inferior y Allie tuvo que bajar la mirada para buscar sus ojos. El sentimiento de culpa la consumía.

Acabo de mentir a Carter por primera vez.

Llevada por un impulso, le soltó la mano y le pasó los dedos por el cabello oscuro y suave; al instante, Carter le rodeó la cintura para atraerla hacia sí. Allie se inclinó para besarlo.

- ¡Hora de irse a la cama!

La voz de Zelazny se abrió paso entre sus emociones confusas.

- Capullo -susurró Carter contra los labios de Allie.

Se produjo un revuelo inmediato. Una marea de ruidosos alumnos tomó la escalera de camino a los dormitorios, pero Carter no la soltó. Recorría la espalda de Allie con las manos una y otra vez, provocándole descargas en el sistema nervioso.

- Ojalá pudiéramos ir a alguna parte. Y estar solos -la atrajo hacia sí para hablarle al oído-. Si no estás cansada, ¿te parece bien que pase por tu habitación más tarde?

Allie tragó saliva. Acababa de traicionarlo. ¿Podría fingir que no había pasado nada mientras se enrollaba con él?

- La gente lo hace -había dicho Eloise-. Constantemente.

Pero Allie no podía hacerlo.

- De verdad, Carter -protestó-. Voy muy retrasada en mates. Tengo que ponerme al día o estoy perdida.

Mentira número dos. Que él se tragó como si nada.

Porque confía en mí.

Mientras subía corriendo a los dormitorios de las chicas, le pesaba tanto el corazón que apenas si podía cargar con él. Le costaba poner un pie delante del otro.

Le había mentido a Carter. Jamás hubiera imaginado que fuera capaz. ¿Cómo era posible que las cosas se hubieran complicado hasta tal punto?

En la seguridad relativa de su cuarto, cerró la puerta y se apoyó contra la hoja. Al ver su propio reflejo en el espejo de cuerpo entero, frunció el ceño.

¿Qué has hecho?

Tenía que decirle la verdad, desde luego. La averiguaría de todos modos en cuanto Isabelle hablara con él. Y cuando comprendiese que le había mentido...

Se estremeció con una repentina sensación de frío y cruzó la habitación para cerrar la ventana, que golpeteaba el marco a causa del viento. El escritorio estaba mojado de lluvia.

Dos cosas sucedieron al mismo tiempo: recordó que ella no había abierto la ventana aquel día y vio un sobre encima de la mesa.

Estaba confeccionado con papel grueso y pesado, del que se usa para las invitaciones. Y llevaba escrito su nombre en el reverso. Con la caligrafía de Christopher.

Dieciséis

Allie se apartó del escritorio tan deprisa que se hizo un lío con los pies y estuvo a punto de caer. Buscando el apoyo de la pared, recuperó el equilibrio. Entretanto, no dejaba de mirar el sobre, como si aquel trozo de papel pudiera echar a andar para perseguirla por el cuarto.

Ha estado aquí, pensó entre horrorizada y emocionada. *Christopher ha estado aquí.*

El corazón le latía con tanta fuerza que no oía sus propios pensamientos, y

se obligó a sí misma a tranquilizarse mientras trataba de decidir qué hacer. ¿Debía acudir a Isabelle? ¿Buscar a Carter o a Rachel?

¿O simplemente abrir el sobre y mirar qué contiene?

Caminando con cuidado, se acercó al escritorio y tendió la mano hacia el sobre como si fuera una pantera enjaulada. Temblando, lo cogió.

El papel de color crema carecía de marcas aparte de la palabra «Allie» escrita en una caligrafía que llevaba más de un año sin ver. Acarició su propio nombre como si el contacto pudiera darle alguna pista de lo que le había sucedido a su hermano. De por qué se había escapado. De por qué la había dejado.

Deslizando el dedo hasta la solapa del sobre, lo abrió. En el interior había una sola hoja de grueso papel color marfil, doblado con cuidado. Se lo llevó a la nariz, preguntándose si conservaría el olor de Christopher. El aroma de su hogar antes de que su hermano se marchara.

No olía a nada.

Al desplegarlo, Allie volvió a ver su propio nombre escrito en el encabezamiento con la letra característica de Christopher, algo inclinada a la izquierda.

Querida Allie,

No me puedo creer que por fin esté hablando contigo después de todo este tiempo. ¡Te he echado tanto de menos! Estar lejos de ti ha sido lo más duro de todo lo que me ha pasado.

Cuando te vi aquella noche del verano pasado, supe que debía recuperar el contacto. Has cambiado tanto que casi no te reconocí. Ya eres toda una mujer.

Estoy muy orgulloso de ti.

Sé que no entiendes por qué apoyo a Nathaniel, pero no me he vuelto loco ni me he unido a una secta ni nada de lo que mamá o Isabelle puedan haberte dicho. Sencillamente, he descubierto la verdad acerca de nuestra familia. Y he tomado una decisión.

Quiero que tengas la misma oportunidad que tuve yo de elegir cuando me enteré de quiénes somos en realidad. Los **Meldrum**.

Así pues, ¿te reunirás conmigo para que podamos hablar? Estaré junto al arroyo, en las inmediaciones de la capilla, el viernes a medianoche.

Sé que debes de estar enfadada conmigo y entenderé que no quieras acudir.

Pero estaré allí. Ven, por favor. Me muero de ganas de verte.

Christopher

Más tesa que un palo, Allie miró por la ventana hacia la oscura noche otoñal.

Christopher ha estado aquí. Justo donde yo estoy ahora. Lágrimas cálidas inundaron sus ojos. Si tantas ganas tenía de verme, ¿por qué no ha esperado a que volviera? ¿Por qué ha dejado una nota y se ha marchado como un fugitivo?

Haciendo un esfuerzo, volvió a leer la carta. Aquella vez advirtió que su hermano había repasado el apellido de su abuela varias veces para que la palabra saltase a la vista. Lo había escrito con tanta fuerza que casi había traspasado el papel.

De pie con la carta en la mano, una idea resonaba en su cabeza: *¿Qué voy a hacer ahora?*

Aquella noche, Allie no durmió. Leyó la carta una y otra vez hasta que ya no tuvo que volver a leerla; se la sabía de memoria.

Hacia las tres de la madrugada, convencida de que no contenía ningún mensaje secreto y de que no había pasado nada por alto, se tendió en la cama, se tapó los ojos con las manos y contó las respiraciones.

Tenía pocas opciones.

Si le hablaba a alguien de la carta, la obligarían a decírselo a Isabelle aunque solo fuera por protegerla. A partir de aquel momento, el asunto ya no dependería de Allie.

No me dejarán verlo y puede que le hagan algo. Arrestarlo. U otra cosa. Algo peor.

No obstante, la otra alternativa era mentir a todas las personas que la querían.

Solo de pensarlo se le revolvía el estómago.

Se había sentido tan mal cuando le había mentido a Carter... *¿Cómo voy a hacerlo una y otra vez?*

Siguió dándole vueltas a lo mismo hasta que en algún momento, justo antes del alba, debió de dormirse, porque la alarma del reloj la despertó poco antes de las siete.

A lo largo de aquel día, Allie fue de acá para allá envuelta en una nube de

cansancio y horror; apenas si prestó atención en clase. Cuando Rachel le comentó que estaba ojerosa, Allie volvió a mentir.

- Me parece que estoy incubando un catarro.

Cada vez le resultaba más fácil, pero cuando Rachel hizo chasquear la lengua como una gallina clueca e insistió en traerle un té con miel, Allie se sintió como un monstruo.

Se pasó todo el día -cada minuto y cada segundo-preguntándose qué iba a hacer.

A la hora de la cena, jugueteó con la comida del plato sin llegar a tocarla, evitando mientras tanto la aguda mirada de Rachel. Poco después tenía que reunirse con Sylvain para la entrevista, y todo le parecía tan complicado que no sabía qué decir ni qué hacer.

Estaba demasiado agotada como para inventar alguna mentira elaborada. Por otra parte, si le decía la verdad...

De repente, sintió ganas de vomitar y apartó el plato.

¿Qué voy a hacer?

Poco después de las ocho, Allie aguardaba al pie de las escaleras con los brazos cruzados para ayudarse a seguir en pie. Tenía la cabeza tan embotada... La falta de sueño y el estrés le estaban pasando factura. Nada le parecía real.

- Perdona el retraso -conforme se apresuraba hacia ella casi sin aliento, Sylvain esbozó una sonrisa encantadora-. He tenido una reunión de última hora con Jerry. No se acababa nunca. Pensaba que tendría que quedarme allí el resto de mi vida -pasándose los dedos por el cabello ondulado, Sylvain señaló la zona de aulas con un gesto-. Ya tengo pensado adónde podríamos ir, si te parece bien.

El chico empezó a subir las escaleras de dos en dos; Allie lo siguió sin pronunciar palabra. Reinaba el silencio en el pasillo del segundo piso mientras avanzaban entre las sombras (*dieciséis pasos*) por delante de las aulas vacías. Sus pasos resonaban huecos.

- Aquí.

Abriendo una puerta del final del pasillo, Sylvain pulsó un interruptor y los fluorescentes se encendieron con un parpadeo. La sala era pequeña (*diez pupitres dispuestos por parejas y cuatro ventanas*). Sylvain colocó dos pupitres cara a cara y luego, tras indicarle a Allie que ocupara uno, se sentó en el otro. Lanzó un pequeño gemido cuando tendió sus largas piernas hacia el pasillo.

- Ha sido un día muy largo -dijo mientras rebuscaba en su cartera-. Jerry la ha tomado conmigo. Últimamente está de un humor terrible.

A Allie le costaba imaginar a Jerry, el amable profesor de Ciencias, tomándola con nadie. Con ella siempre había demostrado mucha paciencia.

Sylvain dejó un cuaderno en el centro de su pupitre y sacó un elegante bolígrafo de plata.

- Mira -empezó diciendo, con el ceño fruncido-. Quiero volver a expresarte lo mucho que lamento que me hayan escogido para esto -se interrumpió y la miró a la cara por primera vez-. ¿Te encuentras bien? Tienes muy mal aspecto.

- Estoy bien -repuso Allie, pero lo dijo casi en susurros. Carraspeó y volvió a intentarlo-. Es que... creo que estoy incubando algo.

- Antes que nada, quería decirte que puedes confiar en mí.

Allie se ruborizó y miró a otra parte.

Inhala dos veces, exhala una vez...

- Quiero decir que... -Sylvain observaba a la chica con atención y ella tuvo la sensación de que buscaba calibrar su reacción-. Sé que es posible que nunca vuelvas a confiar en mí y no te culpo por ello. Pero puedes estar segura de que no le contaré a nadie lo que me digas hoy. Me limitaré a escribirlo y a entregarlo. ¿Vale?

Allie hizo un esfuerzo por mirarlo a los ojos. Le ardían las mejillas por todo aquello que había quedado sin decir; lo mucho que se había enfadado ella tras el baile de verano, lo confusos que habían sido sus sentimientos hacia él desde entonces, cómo se sentía cuando estaba con él, entre segura y amenazada.

- Vale -respondió Allie con firmeza-. Esto no ha sido idea tuya, como tampoco mía. Y me parece bien. De verdad que sí. Prefiero que seas tú que... bueno, mucha gente. Así que acabemos cuanto antes.

Me alegro de que seas tú, pensó, y enseguida se preguntó de dónde había salido aquel pensamiento.

- Bien -con una sonrisa de alivio, Sylvain abrió el cuaderno-. Vamos a ello.

El chico empezó por plantearle las mismas preguntas que Allie le había formulado a Carter. Cuando le preguntó los nombres de sus abuelos, ella le soltó rápidamente el nombre de los paternos, ya fallecidos. Luego guardó silencio un momento.

Sylvain alzó la vista con expresión inquisitiva.

- ¿Y tus abuelos maternos?

- Me... me temo que no conozco el nombre de mi abuelo por parte de madre -reconoció al fin-. Nadie me lo ha dicho.

Confuso, Sylvain arrugó el entrecejo, pero no dijo nada y escribió algo en su cuaderno.

- ¿Y tu abuela materna?

La lluvia repiqueteó en la ventana con un ritmo entrecortado. Se diría que alguien estaba lanzando guijarros contra el cristal.

- Mi abuela se llama Lucinda Meldrum -declaró Allie por fin con tranquilidad.

Sylvain, que ya había empezado a escribir, dejó de hacerlo para levantar la vista.

- ¿Tu abuela se llama igual que la ex ministra de Finanzas?

- Lucinda Meldrum, la antigua ministra de Finanzas, es mi abuela.

Soltando el boli, el chico la miró confundido.

- Allie, ¿esto es una broma o qué? Porque no entiendo...

- No es ninguna broma, Sylvain -ahora que por fin podía hablar de ello, se sentía liberada. Otra persona compartía su secreto. Cuantas más personas estaban al corriente, más real le parecía-. Es verdad. Soy la nieta de Lucinda Meldrum -señaló el cuaderno-. Escríbelo.

- No lo entiendo -Sylvain seguía sin coger el boli-. Si eso que dices es verdad, ¿por qué nadie lo sabe? Pensaba que eras de primera generación, no que estabas aquí por derecho de sucesión.

- Sí, ya sé que todo el mundo se ha preguntado siempre qué hacía una pringada como Allie Sheridan en la superalucinante Cimmeria, la academia de los multimillonarios. Pues muy bien, Sylvain, ahora ya lo sabes -él se disponía a hablar, pero Allie levantó una mano-. En serio. Escribe su nombre. Y hazme la siguiente pregunta.

Se hizo un largo silencio. Por fin, Sylvain recuperó el bolígrafo y escribió tres palabras: «Abuela, Lucinda Meldrum».

Por lo visto, el incidente lo había dejado fuera de juego y consultó sus notas con ademán distraído.

- Eh... Vale, la siguiente pregunta es... ¿Qué personas de tu familia han asistido a Cimmeria? -Sylvain levantó la vista para mirarla con expresión burlona-.

Pero no estoy seguro de que haga falta preguntar...

- Mi madre asistió a Cimmeria -las frías palabras de Allie lo interrumpieron-. Y mi abuela.

Mientras Sylvain tomaba notas, Allie reparó en que se estaba acostumbrando a pronunciar la palabra «abuela». Ya no se sentía tan rara. Sin embargo, se dio cuenta de que la articulaba en un tono solemne, como quien dice «la reina». El mero hecho de hablar de Lucinda te otorgaba poder.

Aún estaba experimentando la emoción del descubrimiento cuando Sylvain prosiguió el interrogatorio.

- ¿Y qué te trajo a Cimmeria? Creía que te habían enviado al colegio como castigo.

Su sensación de poder se extinguió con un chisporroteo.

Un poco hundida en la silla, Allie narró la historia de la desaparición de su hermano y todo lo sucedido después. Cómo sus padres habían perdido el interés en ella. Su arresto por allanar el colegio y hacer pintadas en las paredes. Las dos detenciones por vandalismo y hurtos menores que habían seguido a la primera. El modo en que Mark y Harry habían ocupado el lugar de su hermano en su corazón; aunque en vez de ayudarla con los deberes le habían enseñado el exquisito arte de la rebeldía.

Mientras Allie hablaba, Sylvain tomaba notas con su caligrafía pulcra y precisa, mirándola de vez en cuando con expresión perpleja pero sin interrumpirla. Habría querido suavizar algunas partes para no dar tan mala imagen, como había hecho cuando les había narrado la historia a Jo o a Rachel, pero descubrió que no podía. Se lo contó todo. Y cuanto más hablaba, mejor se sentía, como si se estuviera quitando un peso de encima. Con cada palabra, el puño que le oprimía el corazón parecía perder fuerza.

Cuando Allie hubo terminado, Sylvain la miró con manifiesta curiosidad. El bolígrafo de plata brillaba en sus largos dedos.

- Esa Allie que describes no se parece en nada a la que tengo delante de mí. No reconozco a esa chica.

- Ya, bueno -Allie se encogió de hombros-. A veces, cuando tu vida se hace añicos, tú te haces añicos con ella. ¿Nunca te ha pasado?

- No... Así no. Es que... -Sylvain se interrumpió, como si buscara las palabras adecuadas-. Admiro tu fuerza, Allie. No sé qué habría hecho yo en tu puesto, pero no creo que hubiera afrontado tan bien como tú una situación como esa.

- En mi lugar -lo corrigió Allie sin pensar-. Si hubieras estado en mi lugar.

Aún no había terminado de hablar cuando la inundó una oleada de súbita emoción. No supo por qué -quizás sencillamente por haber escarbado en toda aquella historia otra vez- pero las palabras de Sylvain le llegaron al corazón.

- Por cierto, ¿has vuelto a saber algo de tu hermano? -cuando las palabras del chico se abrieron paso hasta su conciencia, Allie alzó la vista para mirarlo a los ojos-. Ya sabes -aclaró él-, ¿después del incendio?

Con ademán meditabundo, ella se metió la mano en el bolsillo de la falda y palpó el grueso papel de la carta de Christopher. Intentó decir algo, pero las palabras no acudieron a sus labios.

Inhalar tres veces, exhalar dos...

- ¿Allie? -con el ceño fruncido, Sylvain ladeó la cabeza-. ¿Qué pasa? ¿Has sabido algo de él?

- No -respondió ella con voz ronca-. Ni una vez. No hasta... esta misma noche.

Diecisiete

- Tienes que decírselo a Isabelle y a Raj.

Sylvain le devolvió la carta a Allie, que la dobló con cuidado y se la guardó en el bolsillo.

- No.

- Allie...

La advertencia solo sirvió para aumentar la determinación de Allie.

- ¿Qué pasará si se lo digo a Isabelle? -preguntó.

- Se ocupará de que los hombres de Raj lo intercepten -repuso Sylvain.

- ¿Y qué harán con él?

Él se encogió de hombros. No lo sabía. Quizás ni siquiera le importaba.

- Ni se te ocurra decírselo a Isabelle. No permitiré que secuestren a mi hermano y lo utilicen como una especie de rehén en su absurda guerra -el pánico creciente impedía a Allie respirar con normalidad-. Acudiré sola, Sylvain, lo juro

por Dios. Lo avisaré. Me escaparé con él -amenazó desesperada-. Nadie va a secuestrarlo.

- ¡Allie, no! -la intensidad de la reacción de Allie sorprendió a Sylvain, que rompió a hablar con precipitación-. No lo hagas. Podrían hacerte daño.

- Christopher no me haría daño.

Los ojos de Sylvain se ensombrecieron.

- Christopher estuvo a punto de quemar este colegio con setenta y cinco personas dentro. Tú incluida.

- Ni se te ocurra... -de repente, a Allie le ardían los pulmones, como si no les llegara el oxígeno. Le costaba hablar y la habitación oscilaba horriblemente... decirlo.

Vio confusión y alarma en los ojos de Sylvain.

- ¿Allie? ¿Te encuentras bien?

Las paredes se acercaban y se alejaban; Allie empezó a resollar. Un sudor frío le cubrió la piel. Le faltaba el aire.

Me está volviendo a pasar.

- No puedo...

Se pasó un minuto interminable haciendo esfuerzos por respirar. El corazón le latía con tanta intensidad que apenas si oía lo que le decía Sylvain. Allie se puso en pie y salió corriendo de la sala. Sin mirar atrás, bajó a toda prisa la escalera trasera (*treinta y siete escalones*) y se internó en el aguacero.

Luego echó a correr.

El aire gélido le abofeteó el rostro cuando atravesó la oscuridad como alma que lleva el diablo. La lluvia le azotaba el rostro mientras intentaba mantener a raya el ataque de pánico que amenazaba apoderarse de ella.

El frío y el movimiento le devolvieron por fin la capacidad de respirar y notó que el ahogo cedía en su pecho. Pero no se detuvo. El cabello le caía sobre la cara. La lluvia la cegaba. El barro le salpicaba los tobillos y las rodillas.

Casi había alcanzado el lindero del bosque cuando unas manos la cogieron por los hombros para detenerla.

Allie se dio media vuelta, manoteaba, dispuesta a luchar. Se felicitó cuando su puño impactó contra la piel de Sylvain. Consiguió zafarse un momento, cuando los dedos de él resbalaron contra su piel mojada, pero antes de que diera tres pasos unos brazos fuertes como el hierro la sujetaron. Al darse cuenta de que no podría

seguir corriendo, un sollozo le sacudió el cuerpo.

- ¡Suéltame! -gritó Allie a voz en cuello.

- Allie. ¡Deja de luchar! -Sylvain jadeaba del esfuerzo-. ¿Pero qué demonios te pasa?

- Voy a ir a esperar a Christopher -lloró ella sin ton ni son-. Si se lo vas a decir a Isabelle, tengo que avisarlo.

Farfullando algo en francés (Allie no lo entendió, pero supuso que maldecía), Sylvain la estrechó con tanta fuerza que notó su aliento contra la oreja.

- No se lo diré, ¿vale? -prometió él-. No le diré nada a Isabelle. Ahora, por favor, para.

Allie dejó de luchar. Instantes después, Sylvain la soltó. Apartándose el pelo mojado de los ojos, ella buscó en la expresión del chico alguna señal de engaño.

- Prométemelo -dijo alzando la voz para hacerse oír por encima de la lluvia-. Jura que no se lo dirás a nadie.

- Tienes mi palabra -Sylvain le sostuvo la mirada-. Ahora, por favor -le tendió la mano-. Vuelve adentro.

Allie le creyó.

Súbitamente agotada, dejó que Sylvain la guiara; notaba el tacto frío y mojado de su mano. En silencio, regresaron al edificio. La adrenalina que había mantenido a raya el frío abandonó su organismo tan deprisa como lo había invadido y Allie tembló violentamente. Mirando a Sylvain de reojo, vio que él también tiritaba. Apretaba los dientes mientras la conducía a una pequeña puerta del ala este.

Cuando Sylvain la abrió, Allie opuso resistencia.

- ¿Adónde vamos?

- Si usamos las entradas principales con esta pinta, la gente hará preguntas que prefieres no responder -dijo-. Esta es otra entrada.

La puerta desembocaba en un tramo de escaleras que descendía a una zona del sótano que Allie desconocía. Parecía en desuso; viejas sillas se amontonaban de cualquier manera contra la pared. En los nichos de los muros, luces parpadeantes proyectaban sombras inquietas a sus espaldas. Hacia la mitad del corredor, Sylvain abrió otra puerta y pulsó un interruptor que iluminó una escalera de caracol. A Allie le castañeteaban tanto los dientes que por fuerza Sylvain tenía que oír el ruido.

- Es una vieja escalera de servicio -explicó él-. Están por todas partes. La noche del incendio usamos otra.

Remontaron varias vueltas hasta llegar a otro pasillo, por fin caldeado. Sylvain la condujo ante dos puertas cerradas y escogió una en concreto. Entraron en un dormitorio amplio y aseado.

Allie comprendió de inmediato dónde estaban. Le dio un vuelco el corazón.

No puede ser su dormitorio; Carter me mataría. Esto no está bien. Tengo que salir de aquí.

Sin embargo, cuando Sylvain le tendió una toalla cálida y esponjosa, en vez de tirarla al suelo y salir corriendo, Allie procedió a secarse mirándolo todo con curiosidad. El cuarto de Sylvain era muy parecido al resto de las habitaciones, salvo por un maravilloso cuadro en un marco dorado muy ornamentado que decoraba la pared. Representaba a unos ángeles transportando a un hombre inconsciente.

Siguiendo la mirada de Allie, Sylvain se encogió de hombros.

- Un regalo -se disculpó.

El chico abrió un cajón, sacó un montón de camisetas y jerséis y los dejó caer sobre la cama.

- Toma. Quítate la ropa mojada y ponte esta. Te quedará grande pero al menos está seca.

Entre la mata de pelo enredado que le tapaba la cara, Allie lo asesinó con la mirada.

- ¿Te crees que me voy a quitar la ropa delante de ti? Lo tienes claro.

Un amago de risa brilló en los ojos de Sylvain.

- No seas cría. Me volveré de espaldas si lo prefieres, pero si no te quitas esa ropa mojada no vas a entrar en calor. Además, darás la nota de vuelta a tu habitación.

Sin aguardar respuesta, Sylvain se giró hacia la puerta.

Por un instante, Allie no se movió.

Luego se quitó la camisa mojada, que cayó al suelo con un chapoteo. Habría querido dejarse el sujetador, pero también estaba empapado.

- Ni se te ocurra darte la vuelta -advirtió a Sylvain con los dientes apretados.

La risilla de él la sorprendió.

- Date prisa o lo haré -la amenazó-. Yo también quiero cambiarme.

Allie dejó caer el chorreante sujetador encima de la camisa y se puso una camiseta de Sylvain. La cubría hasta las caderas. Luego escogió un jersey y un pantalón de pijama con la cintura ajustable.

- Ya está.

- Gracias a Dios -exclamó él-. Me estoy helando -cuando se dio media vuelta, recorrió a Allie con la mirada-. Mi ropa te queda mejor que a mí -comentó.

Allie se ruborizó, pero él ya estaba rebuscando entre las camisetas y los jerséis sobrantes.

- Ahora voy a cambiarme yo -anunció Sylvain en tono desenfadado- pero no te pediré que te des la vuelta. Soy francés, así que no tengo tanto sentido del pudor como vosotros.

- Me daré la vuelta... -dijo Allie, pero Sylvain se quitó la camiseta mojada sin darle tiempo a terminar la frase.

Ya no hacía falta.

¿Verdad?

Allie contempló aquel cuerpo fibroso, la piel color café, ahora erizada como si contuviera un mensaje en Braille. Tiritando, Sylvain se secó a toda prisa antes de ponerse una camiseta idéntica a la que le había prestado a Allie. Luego, sin titubear, se quitó los pantalones mojados y los dejó caer en el montón de ropa húmeda.

Date la vuelta, Allie, se dijo ella. Pero no se movió.

Sylvain tenía las piernas largas y musculosas de un atleta, observó Allie mientras él se enfundaba unos pantalones secos sobre los bóxer azul oscuro.

- Eres muy guapo -se oyó decir Allie como si estuviera a miles de kilómetros de distancia.

Ay, Dios mío. Me he vuelto completamente loca.

Sorprendido, él alzó la vista hacia ella.

- Gracias -se limitó a decir-. Tú eres preciosa.

- Soy un desastre.

Allie se sentó en la cama de Sylvain, preguntándose sin mucho interés qué podía decir a continuación. Cuando levantó los ojos, descubrió que Sylvain le tendía una toalla. Lo miró sin comprender.

- Para que te seques el pelo -explicó él.

Sin embargo, el estrés le había pasado factura y Allie sostuvo la toalla sin hacer nada, pensando en Christopher, Carter, Gabe...

Y... ¡Basta ya! Por favor, Dios mío, haz que mi cerebro se calle.

Al ver que Allie no se movía, Sylvain se sentó a su lado en la cama y empezó a secarle el pelo con suavidad.

- He leído en alguna parte -comentó- que cuando hace frío pierdes casi todo el calor por la cabeza. Así pues, si tienes el pelo mojado no entras en calor, aunque el resto de tu cuerpo esté caliente. Es muy raro, ¿no crees?

Sylvain tenía las manos frías. Cuando rozaron el cuello de Allie, ella se estremeció.

- ¿Qué te ha pasado, Allie? -le preguntó-. ¿Por qué has echado a correr así?

Allie cerró los ojos.

- Es que sufro ataques de pánico. Me quedo sin respiración -hizo un gesto impreciso-. Es una especie de claustrofobia. Pero... -volvió a abrir los ojos-... no digas nada.

Las manos de Sylvain se detuvieron a mitad de un movimiento.

- ¿Nada de qué? ¿De tus ataques de pánico? Claro que no.

- No, Sylvain -replicó Allie con una vehemencia que los sobresaltó a ambos-. Por favor, no le cuentes a Isabelle que Christopher me ha escrito.

Dejando caer la toalla, Sylvain se desplazó para mirarla a los ojos.

- Te lo he prometido. Y no lo haré. Pero tú tienes que prometerme que no irás a ver a Christopher a solas.

- Tengo que verle -Allie sostuvo su mirada-. Tengo que saber qué pasó. Él es el único que me lo puede explicar. Sylvain, es mi hermano.

El chico levantó las manos.

- Pues lleva a Carter. Y a Lucas. Y a Jules.

Allie negó con la cabeza.

- Si se lo cuento a Carter, correrá a chivarse a Isabelle. No querrá ni escucharme -al pronunciar esas palabras, Allie comprendió por qué no le había hablado a Carter de la carta. No se fiaba de él. Y Carter no confiaba en ella.

- Porque tratará de protegerte -repuso Sylvain-. Cualquiera haría lo mismo.

- Yo puedo protegerme sola -objetó Allie.

La respuesta fue fría e instantánea.

- No, de Nathaniel no. Ni de Gabe.

- Tengo que ir, Sylvain -se acercó a él para mirarlo a los ojos-. Tengo que hacerlo.

Se contemplaron mutuamente; los ojos azules de Sylvain reflejaban la luz de la lámpara.

- ¿Qué me estás pidiendo, Allie? -le preguntó con voz grave.

- ¿Me acompañarás?

Allie contuvo el aliento.

Sylvain la observó un rato en silencio. Luego suspiró.

- Opino que todo esto es muy mala idea -se resignó-. Pero no dejaré que vayas sola.

Dieciocho

Solo tenía que sobrevivir hasta la noche.

Por la mañana, Allie explicó su desaparición de la víspera diciendo que se había encontrado mal. Nadie sospechó de ella. Rachel la atiborró a tisanas mientras que Carter le tocó la frente para comprobar si tenía fiebre y le preguntó si había ido a ver a la enfermera.

Se pasó el día diciendo una mentira detrás de otra. Y le resultó fácil.

Tengo un don natural, pensó con amargura mientras se dirigía al comedor para cenar. *Debo de llevarlo en la sangre.*

Allie echó un vistazo al reloj. Faltaban cinco minutos para las siete.

Dentro de cinco horas, volvería a hablar con Christopher por primera vez desde hacía dos años. Dentro de cinco horas, descubriría la verdad.

Tenía el pulso acelerado y tuvo que inspirar hondo para tranquilizarse antes de entrar en el concurrido comedor. Allie se sentó en su sitio de costumbre, junto a Carter, y sonrió al grupo que ya se había reunido en torno a la mesa de siempre.

Rachel, sentada al lado de Lucas, vocalizó *¿Estás bien?* desde su sitio. Allie

asintió y sonrió para demostrar que no le pasaba nada. Carter le rodeó los hombros con el brazo y le besó la sien.

El sentimiento de culpa acibillaba a Allie punzante como una aguja y sonrió de oreja a oreja para ahuyentarlo.

Me dispongo a hacer algo que no te gustará, Carter, pensó mientras lo veía charlar con Lucas. Y espero que me perdones. Pero mucho me temo que no será así.

Últimamente Zoe también se sentaba con ellos. Ahora conversaba muy seria con Jo acerca de un complejo problema de química que estaba estudiando con su tutor. Jo parecía perpleja, pero asentía con educación.

Allí cerca, Sylvain compartía mesa con Nicole y un grupo de alumnos de intercambio. Parecía pendiente de la conversación pero alzó la vista al sentirse observado. Cuando encontró la mirada de Allie, ella reparó en la fuerte complicidad que se había creado entre ambos a raíz del secreto que compartían.

- Muy bien -Jo interrumpió de repente las divagaciones de Allie. Golpeaba el vaso con la cuchara para conseguir la atención de sus compañeros, que la miraban y reían-. Ha llegado el momento.

- ¿El momento? -preguntó Rachel despistada.

- Uf -musitó Lucas-. Creo que ya sé lo que va a decir.

- ¿Qué momento? -preguntó Zoe, ladeando la cabeza.

- El momento de empezar a hablar del baile.

Estalló un coro de protestas.

- Lo sabía -dijo Lucas. Apoyó la cabeza en el respaldo de la silla.

- Aún falta un mes, Jo -protestó Carter-. Y no tenemos que hacer nada. Solo vestimos para la ocasión.

- No digas tonterías, Carter -objetó Jo agitando la mano-. Hay mucho que hacer.

- ¿No es como el baile de verano? -preguntó Allie.

- No, es completamente distinto -repuso Zoe antes de que Jo pudiera contestar-. Todo el mundo participa en el baile de invierno.

- Tiene razón -dijo Jo-. Los ex alumnos están invitados, y suele asistir toda la junta directiva. Y he oído un cotilleo la mar de jugoso en relación con el baile de este año.

- Oh, Dios mío -murmuró Carter antes de tomar un sorbo de agua.

- Suéltalo ya -dijo Lucas-. Hasta que no lo cuentes, no pararás.

- Venga, Jo -Rachel se echó hacia delante con impaciencia-. Difunde el rumor.

- Por lo que parece -Jo se acercó a la mesa y bajó la voz-varios políticos internacionales asistirán al baile de este año. Hablo de presidentes. Primeros ministros. Ministros de Finanzas.

Allie se quedó helada al oír la última frase.

Carraspeó.

- ¿Alguien en particular?

- Ya lo creo -Jo parecía encantada-. Henry Abingdon, Joseph Swinton y Lucinda Meldrum.

Carter y Rachel, que estaban al corriente de la relación de Allie con Lucinda, evitaron volverse a mirarla. Allie, perpleja, contemplaba a Jo de hito en hito.

¿Lucinda va a venir? ¿Al baile?

La abuela a la que nunca había conocido -que jamás se había acercado a Londres a saludarla-iba a visitar Cimmeria. Ambas estarían juntas en la misma habitación.

Los demás charlaban entre sí, emocionados.

- ¡El presidente Abingdon! -Zoe parecía extasiada-. Siempre he querido que fuera mi segundo padre.

Por debajo de la mesa, Carter tomó la mano de Allie y se la apretó con suavidad. Cuando nadie prestaba atención, se acercó a ella y le susurró al oído: - ¿Tú sabías que iba a venir?

Allie negó con la cabeza.

Antes de que Carter pudiera continuar, las puertas del fondo se abrieron y el personal de cocina entró en el comedor portando rebosantes bandejas. Los alumnos aplaudieron como de costumbre pero Allie ni siquiera pudo fingir una sonrisa.

Las cosas se complicaban por momentos.

En cuanto acabaron de cenar, Carter desapareció. Cuando apareció en la sala común, veinte minutos después, estaba pálido. Sentada en un sofá, Allie fingía leer *El gran Gatsby* mientras alguien aporreaba un piano. Las notas sonaban como cristales rotos que le perforasen el cerebro.

- Allie -Carter apretaba los dientes-. ¿Podemos hablar un momento?

Ella alzó la vista mostrando el ceño fruncido. Carter le había hablado en tono brusco. Al mirarlo, advirtió que estaba enfadado. El miedo le oprimió el pecho.

¿Se habrá enterado de lo de Christopher?

Lo siguió al pasillo. Carter echó a andar muy tenso, con pasos rápidos y crispados, hasta la puerta del salón de actos. Este estaba a oscuras pero no encendió la luz. El tenue resplandor que se filtraba por las ventanas se reflejaba en sus ojos.

- ¿Le has contado a Isabelle lo que te dije de Gabe?

El corazón de Allie dejó de latir. Tragando saliva, asintió.

- No quería, Carter, pero tenía que hacerlo -dio un paso hacia él, asustada-. No pretendía meterte en líos, pero pensé que a Raj y a ella les sería útil la información.

Era una excusa patética y Allie lo sabía.

- Maldita sea, Allie -Carter se alejó unos cuantos pasos y luego se encaró con ella-. ¿Por qué no me has avisado, como mínimo? He quedado como un... no sé. ¿Mentiroso? ¿Asesino?

Perpleja, Allie negó con movimientos desesperados.

- No, Carter. Isabelle jamás pensaría mal de ti. Solo le sorprendió que no le hubieras dicho nada. Ya saben que tú no...

- ¿Lo saben? -Carter se cruzó de brazos-. Gracias a ti, me parece que ya no están seguros de nada.

Allie hundió los hombros. Su jaqueca empeoraba por momentos. Había metido la pata una vez más. ¿Por qué no hacía nada a derechas?

- Lo siento mucho, Carter. Era lo último que pretendía. Es que no sabía qué hacer -observó el rostro del chico, tratando de adivinar la gravedad del asunto por su expresión-. ¿Qué te van a hacer?

- Nada -murmuró él-. O sea, en realidad no. Isabelle estaba enfadada. Y me ha dicho que la había decepcionado. Que esperaba más de mí. Lo habitual. Pero tienes razón. No creo que sospeche de mí ni nada parecido.

La tensión cedió en el pecho de Allie; Carter no se había metido en un lío.

- Lo siento, Carter. Todo ha sido culpa mía. He actuado mal. Ya sé que parece una bobada, pero solo quería ayudar.

Y confié en mi instinto, lo cual siempre es una idiotez.

- Maldita sea, Allie -Carter parecía más tranquilo. Se acercó a ella-. Lleva cuidado, ¿vale? Puedes hacer mucho daño aunque sea con buena intención.

Allie asintió compungida.

- Pero me crees, ¿no? ¿Crees que no pretendía causarte problemas?

- Pues claro que te creo -la pregunta lo desconcertó y abrazó a Allie con brusquedad-. Tú nunca me mentirías.

Después de aquel incidente, a Allie le dolía tanto la cabeza que le costaba pensar y decidió escapar a su cuarto. Cuando cerró la puerta a su espalda, echó un vistazo al reloj.

Las ocho y media. Le convenía descansar un poco o aquella noche no serviría para nada. Puso el despertador a las once y media y se tendió en la cama.

En cuanto cerró los ojos, los acontecimientos de la víspera desfilaron ante sus ojos como una película. Se había quedado horas en la habitación de Sylvain, tramando con él la aventura del viernes. Le extrañaba lo cómoda que se había sentido acurrucada en la cama y vestida con su pijama mientras Sylvain le dibujaba la ruta que debía seguir para reunirse con Christopher. Más y más relajada cuanto más rato pasaba en su compañía.

No sabía en qué momento se había quedado dormida. Recordaba haber estado despierta, observando el mapa del bosque que Sylvain esbozaba y oyéndolo hablar de rutas y caminos, y un minuto después se encontraba de vuelta en el comedor, mirando a Gabe, que la espiaba al otro lado de la ventana.

Sylvain, Carter y ella eran las únicas personas que ocupaban la sala. Señalando a Gabe, Allie se había vuelto hacia Carter para cogerlo del brazo.

- ¡Allí! ¡Está allí!

Pero Carter no lo veía y, con una expresión preocupada, había negado con la cabeza.

- ¿De qué hablas, Allie? Allí no hay nadie.

Al devolver la vista a la ventana, Allie había descubierto que Gabe ya no estaba. Había entrado en el comedor. Y se dirigía hacia ellos.

Con el corazón desbocado, Allie se había girado de golpe hacia Sylvain y le había clavado las uñas en el brazo también.

- ¿No ves a Gabe? Está allí.

- Claro que lo veo, Allie -había dicho Sylvain tranquilamente-. Está sentado a tu lado.

Allie chilló y no supo a quién había despertado su grito, si a ella misma o a Sylvain, que la sacudía por los hombros.

- Despierta, Allie.

- ¿Sylvain? -los ojos de la muchacha recorrieron la habitación con frenesí-. ¿Dónde estoy...? -en aquel momento lo recordó, y su ritmo cardiaco descendió-. Me he dormido.

La luz del techo estaba apagada, pero la lamparilla de noche aún proyectaba un suave halo de luz. En algún momento de la noche Sylvain había guardado los papeles y la había tapado con una manta.

- Estabas hablando en sueños -el cansancio y la preocupación espesaban su acento-. ¿Soñabas con Gabe?

A la mención de aquel nombre, Allie se estremeció.

- Estaba en mi sueño. Nadie lo veía, salvo tú y yo. Iba a matarnos.

Sylvain, que estaba tendido junto a Allie, apoyado en un codo, le apartó la melena de la cara.

- Solo ha sido una pesadilla. Estás a salvo.

La joven notó el tacto de aquellos dedos suaves en la piel. Le pesaban los párpados.

No debería estar aquí.

Sylvain no intentó convencerla de que se quedara. Por el contrario, la acompañó escaleras abajo, la guio por pasillos desiertos que Allie desconocía y la llevó a otra escalera de servicio que conducía a los dormitorios de las chicas. Los fríos suelos de madera lanzaban crujidos conspiratorios al contacto de sus pies descalzos. A Allie le horrorizaba la idea de que los descubrieran pero él estaba tan campante.

- Nadie pasa nunca por aquí salvo algún estudiante de camino a otra habitación -le había asegurado Sylvain, y Allie se preguntó cuántos cuartos femeninos habría visitado.

Se detuvieron ante la puerta de los dormitorios de las chicas, y Allie alzó los ojos para mirarlo. Cuando Sylvain se acercó, notó en la mejilla su cálido aliento.

- ¿Estás segura de que quieres hacerlo? -susurró él.

Incapaz de pronunciar palabra, Allie asintió.

- Muy bien pues. Hasta esta noche.

A las once y media, la alarma arrancó a Allie de un sueño inquieto. Se despejó al instante; el corazón le latía agitado.

Ha llegado el momento.

Con movimientos rápidos, se puso las prendas cálidas que había preparado un rato antes, se protegió el cuello con una bufanda y se enfundó un abrigo azul.

Cuando abrió la puerta de su cuarto a las doce menos diez, la recibieron la oscuridad y el silencio. Sin hacer ruido, se dirigió por el pasillo hacia la angosta escalera que habían utilizado el día del incendio.

Ya tenía la mano en el pomo cuando oyó un ruido a su espalda. Se quedó petrificada.

- ¿Allie? -Jules encendió una linterna que la cegó un instante-. ¿Qué estás haciendo?

Allie buscó una excusa a toda prisa, alguna explicación. Una mentira. Pero tenía la mente en blanco.

¿Cómo demonios iba a explicar su presencia allí, a aquellas horas de la noche, con una mano en la puerta de la escalera?

- Jules, por favor, no se lo digas a nadie -suplicó-, pero tengo que irme.

La prefecta entornó los ojos.

- Allie, no hablarás en serio. Ya conoces el Reglamento. No puedes salir del dormitorio después de las once sin un permiso especial. ¿Adónde vas?

- He quedado con una persona -mientras pronunciaba las palabras, Allie comprendió que la excusa sonaba fatal, y se apresuró a añadir-. No es lo que piensas; se trata de algo importante.

Jules dio un paso hacia ella y Allie se maravilló de que incluso a medianoche su media melena rubia siguiera suave como la seda.

- ¿Vas a ver a Carter? -susurró la prefecta-. ¿Has quedado con él?

Allie negó con la cabeza, sin pronunciar palabra.

Jules frunció el ceño con recelo.

- ¿Y entonces con quién?

- Con Sylvain -cuchicheó Allie. Tras pronunciar el nombre se sonrojó, como

si se dirigiera a una cita clandestina.

Perpleja, Jules bajó la linterna.

- No lo entiendo. ¿Por qué vas a ver a Sylvain en plena noche? -abrió unos ojos como platos-. ¿No estaréis...?

- ¡No! -recordando lo sucedido la noche anterior, Allie negó con vehemencia-. No, él... me está ayudando en una cosa. Oye, Jules, ya sé que tienes que informar de esto, y me parece bien, pero por favor espera a mañana. Cumpliré mi castigo. Te prometo que no vamos a hacer nada raro ni peligroso. Sylvain solo me está ayudando -miró a Jules a los ojos, implorando su comprensión-. Por favor, Jules.

La linterna de la prefecta se apagó con un chasquido.

- Espero que valga la pena, Allie. No diré nada hasta mañana. Eso es todo. Y os agradecería que, más adelante, me contéis de qué va todo esto.

Allie suspiró aliviada.

- Gracias, Jules, te debo una.

- Sí, ya lo creo que sí -gruñó la prefecta-. Me conformo con que no te metas en líos esta noche, ¿vale?

Le había resultado tan fácil ocultar la verdad que Allie ni siquiera se sintió culpable. Si todo se desarrollaba según el plan, Jules jamás se enteraría de nada. Ni nadie. Nadie se metería en líos. Todo saldría bien.

Allie bajó a toda prisa los angostos peldaños y salió varios pisos más abajo, en la cripta. Utilizando la pequeña linterna de bolsillo que Sylvain le había proporcionado, recorrió la vieja cámara. A solas en la oscuridad el lugar se le antojó mucho más espeluznante que cuando había bajado con un montón de chicas y la luz encendida. Rápidamente, buscó la pequeña escalera que conducía al exterior.

A lo largo de todo el camino, tuvo que luchar contra el miedo que amenazaba con detener los latidos de su corazón.

Tras localizar la puerta achatada y girar el pomo con dedos temblorosos, salió tambaleándose al frío de la noche. El peso que le oprimía el pecho desapareció y respiró aliviada.

Lo más difícil ya está hecho, se tranquilizó. Pero sabía que no era verdad.

Sylvain y ella habían planeado cada uno de los pasos, pero ambos eran conscientes de que los guardias de seguridad de Raj patrullarían los terrenos toda

la noche. Y no había forma humana de prever dónde estarían. Sylvain opinaba que Christopher había escogido aquella noche y aquella hora en particular por alguna razón en concreto.

- Creo que sabe que los hombres de Raj no andarán por ahí, o como mínimo que no nos verán -le había dicho Sylvain frunciendo el ceño-. En cierto modo, eso es lo que más me preocupa.

Pese a todo, no podían afirmarlo con seguridad, y Allie se agachó para recorrer la oscuridad en dirección a los bosques. Con la linterna en el bolsillo, se dejó guiar por su instinto.

Siguió la senda que Sylvain le había indicado; por la parte este del parque, a lo largo de la verja. Aquel sendero no se utilizaba tanto como el otro camino que conducía a la capilla y Allie se veía obligada a andar despacio para no tropezar con las piedras y las ramas que sembraban la tierra.

La lluvia había cesado por fin. La noche era clara y fría; una hermosa luna creciente brillaba en el cielo estrellado. Por desgracia, los rayos de luna no traspasaban la enramada del bosque y el camino estaba enlodado. Allie maldijo en silencio cuando pisó un charco. Una brisa helada soplaba entre los árboles y las aves nocturnas gemían allá en lo alto. Un zorro chilló a lo lejos.

Los ruidos habituales. Aun así, el miedo resbaló por la nuca de Allie. Tenía la extraña sensación de que la estaban vigilando.

Apretó el paso con la esperanza de dejar atrás el mal presentimiento. Sylvain estaba allí, en alguna parte; no tenía ninguna duda. A lo mejor era esa la presencia que notaba.

Habían acordado salir del edificio por separado; él sería el primero en partir y la vigilaría desde algún escondrijo. Le había dicho que, en cuanto llegara al bosque, «estaré contigo todo el tiempo. No podrás verme, pero estaré allí. Confía en mí».

Confío en ti, Sylvain, pensó Allie. Y luego, paradójicamente: Por favor, no me falles.

Al doblar un recodo, tuvo que trepar por un tronco que le impedía el paso. Tenía el corazón a punto de estallar; mientras salvaba aquel obstáculo, era vulnerable. El miedo la llevó a descuidarse y rompió unas ramas al saltar.

Una vez al otro lado, vio la iglesia a lo lejos. Allie abandonó el camino que conducía a la capilla y se internó entre los árboles, moviéndose con cuidado. Helechos secos semejantes a plumas le acariciaban los dedos susurrando a su paso. Oyó una corriente de agua.

Tal como Sylvain le había prometido, una senda conducía al arroyo desde la parte trasera de la iglesia y luego proseguía a lo largo de la orilla. Cuando Allie se acercó a la margen del riachuelo, el bosque se aclaró y vio la tierra mojada a la luz de la luna. Isabelle se encontraba justo en aquel lugar cuando se había reunido con Nathaniel el verano pasado.

Se quedó allí plantada, sola, escudriñando con los ojos la oscuridad en busca de alguna señal de la presencia de su hermano, pero en el bosque reinaba la quietud. La corriente había crecido tanto que su caudal se había triplicado respecto a la última vez que Allie había estado allí. Las fuertes lluvias habían llenado el riachuelo hasta casi desbordarlo; se había convertido en un pequeño río cuyas aguas corrían con fuerza a sus pies.

El improvisado puente de pedruscos que salvaba el arroyo algo más abajo estaba casi sumergido. Mirando el torrente, Allie pensó que sería divertido cruzar aquel puente un día de verano, cuando hace tanto calor que en secreto ansías caer al agua.

- Allie.

De pie en la otra orilla, Christopher la miraba con sus grandes ojos grises, idénticos a los de su hermana.

- Oh -al verlo, Allie sintió un dolor real, físico. Se tapó la boca con la mano e intentó contener las lágrimas.

Su hermano parecía mucho mayor. Se había cortado al rape el alborotado cabello rubio y estaba más alto, pensó Allie. Cuando vivía en casa, siempre llevaba camisetas y vaqueros. En aquel momento, lucía traje y corbata; la espalda que ceñía la americana oscura era la de un hombre hecho y derecho.

Christopher sonrió y Allie volvió a ver al chico de dieciséis años que la ayudaba con los deberes y la iba a buscar al colegio.

- Sabía que no me fallarías.

- Christopher, te he echado tanto de menos... -entre las lágrimas, Allie le devolvió la sonrisa-. Tenía que asegurarme de que estabas bien. Llevas el pelo... muy corto.

No se podía creer que, después de tanto tiempo, no se le ocurriera nada mejor que decirle a su hermano. Le ardieron las mejillas.

Pero él no pareció advertirlo.

- Te has convertido en una preciosa jovencita -dijo Christopher-. No me extraña que todos los chicos estén enamorados de ti. Y me han dicho por ahí que

sacas unas notas fantásticas. Estoy muy orgulloso de ti, gatita.

Mientras lo escuchaba, Allie se preguntaba cómo sabría Christopher todas aquellas cosas, pero al oír el apodo que su hermano utilizaba en el pasado todas las preguntas se esfumaron.

- Oh, Chris, te echo de menos -dijo tendiendo hacia él sus manos vacías-. ¿Por qué tuviste que marcharte?

La sonrisa de Christopher se desvaneció.

- Hoy por hoy ya lo sabes, ¿no es cierto?

Ella negó con la cabeza.

- No tengo ni idea. O sea, sé que Lucinda Meldrum es nuestra abuela y que mamá asistió a este colegio y nos lo ocultó pero eso...

- Entonces ya sabes que nos ha mentado toda la vida -el Christopher que Allie conocía desapareció y un hombre furioso ocupó su lugar-. Y que Isabelle y ella conspiraron para mantenernos en la inopia acerca de nuestra propia familia. Y que ahora nuestra abuela... -escupió aquella última palabra con desprecio-... nos ha desheredado. Sabes todo eso, ¿no?

- Christopher, espera un momento. Espera, espera, espera -Allie intentó contener aquel caudal de vitriolo-. Yo no... ¿Cómo que Lucinda nos ha desheredado?

- Se niega a reconocernos como parte de la familia, Allie -aclaró él-. ¿Cómo es posible que no lo sepas? Es por culpa de Isabelle. Mira, Allie -dio un paso hacia el borde del agua; la luz de la luna otorgaba a su rostro una palidez fantasmal-, Isabelle tiene un plan. Eso era lo que quería decirte. Se ha ganado el favor de Lucinda para poder ocupar el lugar de nuestra madre. Ahora, lo último que quiere Isabelle es que aparezcan dos nietos -parientes de sangre-y le arrebaten su posición de heredera. Por eso quiere que sigas en Cimmeria, donde puede controlarte a su antojo.

La rabia retorció sus facciones. Allie lo miraba conteniendo la respiración. Parecía un demente, pensó con el corazón en un puño.

- Pues muy bien, no pienso ser cómplice de sus planes -prosiguió Christopher-. Nathaniel también tiene un plan, Allie. Un plan brillante. Le va a arrebatar el poder a Isabelle. A borrarla del mapa. Planea deshacerse de las personas que han gobernado la organización durante los últimos veinte años y luego... -apretó los puños-. Luego las cosas cambiarán mucho por aquí.

Horrorizada, Allie se alegró de repente de que los separara una corriente de

agua.

- ¿Estás seguro de que has escogido bien a la persona en la que depositar tu confianza, Christopher? -Allie adoptó un tono cauto pero firme-. Quiero decir, ¿por qué confiar en él y no en Isabelle? Me cuesta mucho creer que Isabelle esté tan sedienta de poder como para...

- Vamos, Allie, no digas tonterías -la interrumpió él-. Mira a tu alrededor. ¿Dónde estás? Compartes clase con futuros reyes, primeros ministros, banqueros... Todas esas personas gobernarán el mundo algún día e Isabelle es su testaferro. ¿En serio crees que no está sedienta de poder? -alzó la voz con incredulidad-. Y un cuerno. Ansía el poder. Más que nadie.

Allie, que no pensaba dejarse convencer, negó con la cabeza.

- Tú no la conoces, Chris. Ella no es así. Se preocupa por mí... por nuestra familia.

- ¿Ah, sí? ¿Eso crees? -el tono de Christopher ya no era acalorado sino frío como el hielo-. Pues pregúntate ¿por qué mintió sobre la muerte de Ruth? ¿Y qué pasó con su cuerpo? Si tú murieras, ¿qué haría con el tuyo?

Allie se quedó sin aliento, como si su hermano acabara de darle un puñetazo. Lo único que no se explicaba -lo único que no entendía acerca de Isabelle- era su actitud respecto a lo que le había sucedido a Ruth. Gabe la había asesinado durante el baile de verano. E Isabelle lo había ocultado. Había mentido a conciencia diciéndole a todo el mundo que Ruth se había suicidado. Y los padres de la chica o bien se lo habían tragado, o bien le habían seguido la corriente. La gente creería siempre que Ruth se suicidó y Allie no podía aceptarlo. No era justo.

¿Pero cómo lo sabe Christopher?

De repente, la tristeza se abatió sobre Allie como una ola. ¿Acaso estaba condenada a perder todo aquello que le importaba? ¿Al final iba a resultar que no podía confiar en nadie?

- ¿Y por qué debería creerte? -prácticamente gritó las palabras-. Tú me abandonaste. ¿No es eso una traición? Y luego te presentas aquí, apoyando a un cerdo que va por ahí matando gente y... ¿luego qué? ¿Se supone que me tengo que ir contigo? ¿Se supone que debo confiar en ti?

El hermano de Allie mudó de expresión y tendió las manos hacia ella como para apaciguarla.

- Ya sé que estás enfadada conmigo. Lamento mucho lo que te hice. Pero no confíes en Isabelle, Al, es una mentirosa. Te está arrebatando tu legítima herencia y ni siquiera te das cuenta. Te está robando a tu propia familia. En realidad, no le

importas. Pero a mí sí.

Allie se cruzó de brazos. Notaba el corazón frío y prieto en su pecho, como un cubo de hielo. El cuerpo le pedía a gritos que se marchara corriendo, pero no podía hacerlo. Tenía que saberlo todo.

- ¿Y qué quieres que haga exactamente, Christopher? -aunque la ira y la tristeza le arrebataban el aliento, consiguió hablar en tono firme-. ¿Dejar Cimmeria y marcharme contigo?

- Aún no -se diría que la pregunta lo complacía, como si pensase que estaban haciendo progresos-. Pero sí -Christopher miró por encima del hombro. Cuando se volvió hacia ella otra vez, tenía una expresión casi de arrepentimiento-. Mira, Al, no tengo mucho tiempo esta noche, pero deberíamos volver a vernos. Quiero contarte mis planes.

Christopher sonrió. A Allie, aquel gesto le recordó tanto al chico que había conocido en otro tiempo que se le saltaron las lágrimas. El hermano mayor junto al cual se sentía a salvo. El que siempre cuidaba de ella.

- Al final, acabarás por entender todo lo que te he dicho. Nathaniel es un buen tipo -Allie debió de poner cara de incredulidad, porque Christopher añadió rápidamente-: Ya sé que se ha visto forzado a hacer algunas cosas que... Él también lo lamenta. Pero estamos en guerra, Allie. Y tiene razón respecto a la organización.

- ¿A qué te refieres? -dijo ella en tono desganado-. Háblame de eso al menos. ¿Qué se propone?

- Oh, Al -los ojos de Christopher brillaron de la emoción-. Lo va a cambiar todo. Arreglará todo lo que va mal en el mundo por culpa de las personas que están al mando. El poder cambiará de manos. Ya sabes lo que es Cimmeria, ¿no? O sea, sabes para qué os preparan. Si él dirige la organización, lo conseguirá. Podría cambiarlo todo.

Allie no entendía de qué hablaba su hermano. *¿Cambiarlo todo? ¿Arreglarlo todo?*

Sin embargo, Christopher volvía a mirar por encima del hombro y ella tuvo la sensación de que alguien le hablaba en tono quedo. Cuando volvió la cabeza hacia Allie otra vez, parecía triste.

- Dios, cuánto te he echado de menos, gatita -desde el otro lado de la corriente, miró el rostro de su hermana como si quisiera memorizarlo-. En ocasiones creí que jamás volvería a verte, pero aquí estamos.

- Sí -Allie hacía esfuerzos por no echarse a llorar; le temblaba el labio

inferior-. Aquí estamos.

- Eh -dijo él con súbita alegría-. ¿Recuerdas aquella vez que te enseñé a ir en bici pero olvidé mostrarte cómo usar los frenos?

- Pasé por delante de casa a toda velocidad y me estrellé contra el carrito del cartero -Allie sonrió al recordarlo-. Las cartas volaron por todas partes.

- El cartero se puso furioso -se rio Christopher-. Fue a buscar a mamá y papá y...

Fue como si la mención de sus padres lo devolviera a la realidad. Su sonrisa se esfumó y retrocedió un paso.

- Ahora tengo que irme, Al. Sigue el mismo camino que has tomado al venir y no te cruzarás con los guardias de Patel.

¿Por qué está tan seguro?

Christopher levantó una mano.

- Adiós, Allie. Y no te preocupes. No te perderemos de vista. Dentro hay uno de los nuestros.

- ¿Quién? -gritó Allie.

Su hermano ya había desaparecido entre los árboles.

Mientras desandaba el pedregoso sendero que conducía a la iglesia (*treinta y tres pasos*), se concentró en el camino. Luego, al abrirse paso entre las ramas, su cerebro empezó a analizar lo que acababa de pasar.

Ya sabes lo que es Cimmeria, ¿no? O sea, sabes para qué os preparan. Al pronunciar aquellas palabras, los ojos de Christopher fulguraban de la emoción. Tenía que hablar de aquello con alguien. ¿Pero con quién? Nadie sabía que estaba allí. No podía contárselo a Rachel o a Carter; no sin que la historia llegara a oídos de Isabelle.

Y Sylvain se metería en un lío.

Casi había alcanzado el camino principal. Estaba rodeando una larga rama que le bloqueaba el paso cuando una figura salió corriendo del bosque y la golpeó con tanta fuerza que la derribó. Antes de que pudiera recuperarse, la rodeó con los brazos y la arrastró al bosque.

Sucedió tan deprisa que Allie no tuvo tiempo de reaccionar, ni siquiera de gritar. No pudo inmovilizar al otro cogiéndolo por el cuello ni hacerle una llave de defensa personal. Hacía un momento estaba recorriendo el sendero tranquilamente

y al siguiente, se hallaba en poder de un desconocido.

Diecinueve

Alguien arrastraba a Allie entre los árboles; un brazo musculoso le rodeaba el pecho, una mano de hierro le aferraba con brutalidad la parte superior del brazo y el pelo. Los pies de Allie resbalaban apenas por el suelo; no podía mover los brazos ni cogerse a nada. Como su captor la sostenía por detrás, no podía verlo pero notaba el cuerpo compacto contra la espalda, olía su sudor, oía su respiración entrecortada.

El pánico le impedía concentrarse.

Venga, Allie. ¡Piensa! ¿Qué le habría sugerido el señor Patel?

Por desgracia, el miedo le impedía razonar. Su propia respiración se había convertido en un jadeo. Cuando se debatió, las manos que la sujetaban la oprimieron con tanta fuerza que temió que le rompieran una costilla.

Tu cuerpo es un arma, decía siempre el señor Patel. Utilízala.

¿Pero cómo, si no podía moverse? Sus brazos eran inútiles, sus piernas...

Allie contuvo el aliento al darse cuenta: tenía las piernas libres. Y el punto más vulnerable de su captor estaba justo detrás de sus propios muslos.

Seguramente había recibido ayuda cerca de allí. Tenía que actuar rápidamente.

Mientras rezaba en silencio, se dio impulso con las piernas y, acurrucándose contra el cuerpo del otro, lo obligó a desplazarse. El agresor gruñó sorprendido pero antes de que pudiera reaccionar, Allie se dejó caer hacia atrás apuntando con el pie a la entepierna.

El otro gritó y la soltó al mismo tiempo; Allie cayó y rodó por la maleza, junto al sendero. Se puso en pie a toda prisa para echar a correr, pero unos dedos fuertes la cogieron por el tobillo y volvieron a tirarla al suelo.

Con el pie libre, pateó la mano con fuerza, pero el otro la aferró y no consiguió liberarse. Al notar que la presión aumentaba y que no podría escapar, gritó.

En aquel momento, oyó un fuerte chasquido. Luego un golpe procedente de

la oscuridad.

Las manos la soltaron.

Sin esperar al desenlace, Allie se puso en pie para echar a correr. En ese mismo instante asomó la luna por detrás de una nube y lo vio todo.

Gabe y Sylvain estaban en el camino, cara a cara. Gabe llevaba una herida en la cabeza y la sangre le caía por la cara. Sylvain, armado con un grueso bastón, rodeaba a Gabe como una pantera.

Todo el mundo señalaba siempre las grandes cualidades de Gabe para la lucha. Se le consideraba el mejor de la Night School.

Yo tengo la culpa. Si a Sylvain le pasa algo...

Entonces, con un movimiento tan rápido que Allie apenas lo captó, Gabe se agachó, saltó y, torciendo rápidamente el palo que Sylvain llevaba en la mano, se lo arrebató.

Ahora era Gabe el que iba armado.

Por una milésima de segundo, la mirada de Sylvain buscó los ojos de Allie.

- Corre, Allie.

Ella negó con la cabeza.

- No te voy a dejar solo.

Los ojos de él destellaron furiosos.

- Corre. Ahora.

- Sí -Gabe no se volvió a mirarla; hablaba en tono sarcástico-. Corre, Allie. Esto no te va a gustar. Iré a buscarte dentro de un momento. Y me las pagarás por haberme dado una patada en las pelotas.

Allie vio horrorizada cómo Gabe blandía el bastón contra la cabeza de Sylvain. Este consiguió esquivar el golpe, pero la rama le alcanzó el hombro. El grito de dolor traspasó a Allie como un puñal, pero Sylvain ya estaba de pie y se defendía dando un codazo brutal a la barriga de Gabe.

Con un sollozo anudado en la garganta, Allie se dio media vuelta y echó a correr por los bosques. Oyó la voz de Gabe a su espalda, tan segura como siempre.

- Se ha ido. Puedes estar tranquilo. No me creo que te hayas liado con la chica de Carter, Sylvain. Eso no es propio de ti. Por lo general te gustan nuevas e inmaculadas.

Se oyó una especie de palmada contra una superficie. Allie buscaba algo e

intentó no prestar atención a los ruidos. Al ver el bastón de Sylvain había recordado la clase sobre armas improvisadas. En su momento le pareció una chorrada, pero entonces nadie se proponía matar a Sylvain. De repente, era cuestión de vida o muerte.

Musitando para sí, inspeccionó la maleza con la linterna. Justo cuando encontró lo que estaba buscando oyó a Sylvain gritar de terror; un sonido atormentado que la dejó temblando.

Allie apagó la linterna.

Esperó a que sus ojos se adaptaran a la oscuridad. Luego, con movimientos furtivos, desanduvo el camino. Los sonidos de la lucha aumentaban de intensidad a medida que Allie se acercaba. Fuera lo que fuese lo que acababa de pasar, Sylvain seguía en pie.

Se dirigió hacia un roble joven que ofrecía un buen escondrijo junto al camino. Ellos estaban demasiado enfrascados en la pelea como para verla. Casi había llegado al sitio cuando resbaló con una piedra. Como si hubiera sentido la presencia de Allie, Sylvain volvió la cabeza y Gabe aprovechó aquel mínimo descuido para rodearle el cuello con un brazo con la intención de estrangularlo.

Horrorizada, Allie los observaba desde su escondite. Conocía bien aquella llave. Puesto que Gabe superaba a su contrincante en altura y peso, Sylvain jamás conseguiría escapar. Zoe y ella la habían practicado muchas veces; Zoe nunca conseguía liberarse.

El señor Patel se limitaba a decir: «Aseguraos de que nunca os coloquen en esa posición».

- Un error de principiante, Sylvain -susurró Gabe. Con el brazo, le presionaba la tráquea para impedir el paso del aire. La cara de Sylvain, que aferraba el brazo de Gabe con debilidad, se amorataba por momentos. Apenas le quedaban unos segundos de consciencia.

En pocos minutos habría muerto.

Durante una milésima de segundo, la idea de que Sylvain podía morir allí mismo paralizó a Allie. Pero tenía que moverse. Ahora.

Esto no es real, Allie, se dijo. Solo son prácticas de la Night School. Nada de todo esto es real. Límitate a seguir las indicaciones. Raj Patel te está mirando.

Gabe, que estaba distraído burlándose de Sylvain, no reparó en ella. Quizás ni siquiera había oído el ruido que había despistado a su contrincante.

Allie sujetaba con fuerza el palo afilado que había encontrado en el bosque y

se disponía a atacar. Cuando salió por detrás del árbol un segundo después, lo blandió como si fuera un cuchillo y se lo clavó a Gabe en el hombro con todas sus fuerzas.

No esperaba hacerle daño. Un rasguño como mucho. Pensaba que Gabe se la quitaría de encima. O que el palo se rompería.

Sin embargo, había escogido muy bien tanto el arma como la zona del cuerpo a atacar y se quedó de una pieza al notar que el palo perforaba el hueso y la carne con un ruido repugnante.

Gabe gritó y se llevó la mano al palo para arrancárselo del hombro. Allie aprovechó el momento para liberar a Sylvain. Estaba herido y le costaba respirar, pero seguía con vida.

- Zorra -jadeó Gabe-. Me has apuñalado -intentó extraer el palo pero lanzó un grito y lo soltó-. Maldita...

- Zorra, ya lo sé -le espetó Allie-. Ya lo has dicho.

La adrenalina le corría como alcohol por las venas. Quería golpear a Gabe una y otra vez pero Sylvain ya tiraba de ella. Decía algo que Allie no comprendía; su voz sonaba muy lejana.

- ¿Qué pasa? -preguntó acercándose para oírle mejor.

Fue entonces cuando Allie advirtió hasta qué punto Sylvain estaba malherido. Se le encogió el corazón. Sangraba por tantos sitios distintos que los médicos no sabrían por dónde empezar. Acto seguido, comprendió lo que el chico intentaba decirle.

- Corre.

Cojeando y resollando, Sylvain la arrastró tras de sí. Juntos se internaron en la oscuridad.

Sylvain le hacía daño de tanto como le apretaba la mano pero a Allie no le importó; no quería soltarlo. El chico conocía bien aquellos bosques; sabía exactamente dónde estaban en cada momento y solo se detenía para enjugarse la sangre que le resbalaba a los ojos.

Las ramas de las plantas zumbaban a su lado, las ramillas se le prendían al pelo y a la ropa, pero Allie se dejaba llevar. No tenía miedo. Cuanto más corrían, mejor se sentía. Notaba la fuerza de sus propios músculos, la potencia de su paso; era poderosa. La embargó el extraño deseo de echarse a reír.

Cuando cruzaron todo el lindero y llegaron por fin a la gran extensión de césped del jardín, lanzó una profunda carcajada.

Lo habían conseguido.

Por desgracia, un grupo de sombras salió justo en aquel momento de entre los árboles y los interceptó.

La pareja redujo el paso y Allie miró perpleja a su alrededor. Sylvain se pegó a ella con ademán protector. A medida que las sombras se acercaron, pudieron distinguir sus rasgos: eran los guardias de seguridad de Raj.

Allie y Sylvain estaban rodeados.

- ¿Qué has hecho qué? -Raj la miraba con incredulidad-. ¿Tienes idea del peligro que has corrido?

Estaban todos en el vestíbulo del colegio; en una esquina, uno de los hombres de Raj inspeccionaba las heridas de Sylvain. Otros se apiñaban alrededor de Allie, presenciando la discusión.

- Sí -dijo Allie con frialdad-. Lo sé.

La ira del señor Patel no se aplacó; fruncía la boca con rabia.

- Es el acto más irresponsable que ha cometido un alumno jamás. Podrías haber muerto. Sylvain podía haber muerto.

- Pero estamos vivos -Allie irguió la espalda con una vaga sensación de orgullo-. Y quiero que sepan, aquí y ahora, que yo soy la única responsable de todo. He obligado a Sylvain a que me acompañara. Él ha intentado detenerme.

- Sylvain -la voz de Isabelle resonó en el umbral, desde donde los miraba como un ángel de venganza, con su bata blanca y el pelo suelto sobre los hombros-responderá por sus propios actos. Raj, Allie, a mi despacho, ahora -señaló con un gesto al médico que atendía a Sylvain-. Llévelo a la enfermería.

- Estoy bien -Sylvain se incorporó con esfuerzo evidente-. Os acompaño.

- A la enfermería -la rabia restalló en la voz de Isabelle.

Pero el chico no pensaba ceder.

- Voy a acompañar a Allie -hablaba con voz pastosa, como si tuviera hielo en la boca-, Isabelle.

Su forma de pronunciar el nombre de la directora sonó como una amenaza. O un recordatorio. Extrañada, Allie pasaba la vista de uno a otro.

Isabelle cerró los ojos e inspiró para tranquilizarse.

- No me haría ninguna gracia que sufieras una hemorragia en mi despacho. ¿Me harás ese favor? -con un chasquido de dedos, le indicó al médico-: Deme una

toalla. Ahora acompañadme los tres.

Recorrieron el pasillo detrás de la directora, Sylvain cojeando junto a Allie, Raj Patel en último lugar.

Por si intentamos huir, pensó Allie.

En el despacho, Isabelle les tendió sendas botellas de agua. Allie vertió un poco en la toalla y limpió con cuidado las heridas de Sylvain. Casi todas parecían superficiales, pero se le estaba hinchando la cara de un modo alarmante; Allie se preguntó si Gabe le habría roto la mandíbula.

Entretanto, Sylvain seguía sentado con actitud estoica. Como si el dolor no le importase. De repente, alzó la vista y su mirada se posó en la de Allie. Cuando ella reparó en el verdadero significado de lo que acababa de suceder, detuvo la mano en el aire. Esa noche, Sylvain había estado a punto de dar la vida por ella. Otra vez.

Lo miró a los ojos, como si pudiera encontrar en ellos la respuesta a su pregunta.

¿Por qué? ¿Por qué has arriesgado la vida por mí?

- Sylvain, irás a ver al médico en cuanto salgas de esta habitación o juro por Dios que te meteré en el próximo avión con destino a Francia -la voz irritada de Isabelle devolvió a Allie a la realidad. Giró la cabeza hacia el señor Patel-. ¿Y ahora qué hacemos?

- El cambio de la guardia se ha producido a media noche; dos miembros del turno siguiente han recibido mensajes desde mi móvil que los informaban de que no hacía falta que vinieran -hablaba en tono enérgico y profesional-. Se han atenido al protocolo; se han puesto en contacto conmigo a través de nuestra red alternativa. Hemos triplicado la vigilancia y estamos seguros de que la gente de Nathaniel no se ha acercado al edificio.

- ¿Has podido averiguar cuántos de sus hombres han entrado en el recinto?

- Sabemos de tres.

Tres. Había otro. Allie no quería ni pensar lo que habría sido de Sylvain si aquella tercera persona le hubiera impedido apuñalar a Gabe.

- ¿Dónde están ahora?

El señor Patel carraspeó.

- Mi equipo cree que han abandonado los terrenos del colegio, pero yo no estoy tan seguro. Mis guardias rodean el edificio y hay cuatro patrullando en el interior.

- Así que no sabemos dónde están -concluyó Isabelle en tono terminante-. Allie -cuando la directora se volvió a mirarla, Allie la vio pálida y demacrada-. Cuéntame qué ha pasado.

Allie comenzó a hablar y lo hacía con rapidez. Le narró todo lo relacionado con la carta, la reunión, lo que Christopher le había dicho sobre Nathaniel y eso de que había alguien trabajando «desde dentro». Se lo contó todo salvo lo relacionado con la propia Isabelle. No se sentía con fuerzas en aquel momento.

Mientras Allie hablaba, el rostro de Isabelle se transformó. Se le encendieron las mejillas y sus ojos dorados centellearon de rabia. Raj Patel y ella intercambiaron una mirada de circunstancias.

- Estoy tan enfadada con vosotros dos ahora mismo... -se pasó la mano por la frente como para aclararse las ideas-. Más adelante hablaremos de la tranquilidad con que os habéis saltado el Reglamento. Y de cómo nos habéis puesto en peligro a todos alegremente, sobre todo tú, Sylvain -lo fulminó con la mirada-. Tú más que nadie deberías haber sabido lo que hacías. Voy a aplazar esta conversación porque en estos momentos sería capaz de expulsaros a los dos. ¡Maldita sea! -dio una fuerte palmada al escritorio-. Habéis arriesgado vuestra seguridad y la de la escuela -dijo Isabelle-. Y deberías ser más listos que todo eso.

Se quedó mirando un momento el tapiz del caballero y la doncella que cubría toda una pared a espaldas de Allie. Cuando la chica fue a hablar, Isabelle levantó la mano en ademán de advertencia.

- Ni una palabra -le espetó.

Todos permanecieron sentados en silencio durante lo que se les antojó una eternidad. Solo se oía el crujido de alguna vieja viga que se dilataba y el sonido de sus respiraciones.

- Muy bien -la voz de Isabelle había vuelto a la normalidad-. Allie, has quebrantado todas y cada una de las normas básicas del colegio y has traicionado mi confianza. Estás pendiente de un hilo, que lo sepas. Sylvain...

La directora lo miró con tanta furia que Allie temió lo peor.

- Tendrás que redactar un informe para que los demás sepan lo que has descubierto. Convocaré una reunión en el lugar de costumbre a primera hora de la mañana; suponiendo que estés en condiciones de asistir -lo miró a los ojos para añadir-. Tendrás suerte si Jerry Cole no te expulsa directamente de la Night School. Pero eso ya lo sabías.

- ¿Qué? No podéis expulsar a Sylvain -protestó Allie echándose hacia delante-. Yo le obligué...

- Eso no es excusa para que alguien con tanta experiencia como Sylvain haga algo tan temerario como lo de esta noche -el tono de voz de Isabelle no expresaba simpatía, solo resignación-. Ha puesto en peligro su vida y la tuya. Conoce el Reglamento mejor que nadie. Sabía a qué castigo se iba a enfrentar si lo quebrantaba.

Estupefacta, Allie volvió la cabeza hacia Sylvain, pero él miraba fijamente a Isabelle con los ojos hinchados.

¿Me ha acompañado a sabiendas de que podía perderlo todo? El sentimiento de culpa y la confusión rivalizaban en la mente de Allie.

- Será mejor que tú no asistas a esa reunión, Allie -siguió diciendo Isabelle-. Habrá que convencer a Zelazny para que no te expulse. Será más difícil si estás presente. Te mandaré llamar más tarde.

- Quiero seguir implicada -dijo Allie, irguiéndose en su asiento-. En lo que vaya a pasar, sea lo que sea. Quiero ayudar.

- Me parece que no te debes preocupar por eso -respondió Isabelle en tono gélido-. Hoy por hoy estás metida hasta las cejas, te guste o no.

Veinte

- ¿Te encuentras bien? Deberías ir a ver a la enfermera.

En el pasillo que conducía a la oficina de Isabelle, Allie observaba la maltrecha cara de Sylvain con preocupación. El chico había dejado de sangrar, pero tenía un ojo a la funerala y la mandíbula tan magullada que apenas podía abrir la boca.

- Lo haré -Sylvain le guiñó el ojo bueno.

- ¿Qué tal tienes el...? -Allie se señaló el cuello.

Él se encogió de hombros con debilidad e hizo un gesto de dolor.

- Bien, supongo.

Hablar le suponía a Sylvain un esfuerzo. Plantada a su lado en incómodo silencio, a Allie se le ocurrieron mil cosas que hubiera querido decirle, pero no sabía cómo hacerlo. O quizás sencillamente temía que sus palabras revelasen sus verdaderos sentimientos.

¿Pero qué sentía?

Gracias por haberte jugado la vida por mí. Gracias por haberlo arriesgado todo por mí. Gracias por estar siempre ahí. ¿Qué vamos a hacer ahora?

En cambio, dijo:

- ¿Quieres que te acompañe? ¿Necesitas ayuda?

- Prefiero ir... -dijo él con dificultad-solo.

- Vale.

- Bueno -se despidió ella tras otro silencio-. Adiós.

Mientras Sylvain se alejaba en dirección a la enfermería, Allie apretó los puños con tanta fuerza que se grabó las uñas en las palmas de las manos. ¿De verdad, después de todo lo que había pasado aquella noche, iba a dejar que Sylvain se fuera como si nada? Había estado a punto de morir por ella, y ella había estado a punto de matar por él.

¿Qué me está pasando?

- ¡Sylvain!

Allie lo llamó en tono agudo. Dolorido, él se giró para mirarla.

- Gracias.

Frustrada por su propia incapacidad para expresarse, para saber siquiera lo que quería decir, Allie levantó las manos con ademán de impotencia.

Durante una milésima de segundo, Sylvain le sostuvo la mirada. Luego los labios hinchados del chico se curvaron en una sonrisa.

- A mandar.

El ruido de pasos y voces que llegaba del pasillo despertó a Allie al día siguiente. Por un momento no supo dónde estaba; se incorporó en la cama, aterrada.

Se encontraba en su habitación.

La víspera, después de quedarse mirando cómo Sylvain se encaminaba a la enfermería, Allie se había arrastrado hasta su propio cuarto y se había dejado caer en la cama tras entretenerse lo justo para quitarse la ropa sucia y ponerse una camiseta. Estaba segura de que no se dormiría, pero el cansancio la venció tan deprisa que ni siquiera soñó con Christopher.

Christopher.

La brillante luz del sol inundaba ahora la habitación. Allie se apartó la

enmarañada melena de los ojos para echar un vistazo al reloj.

Las nueve.

Se levantó a toda prisa, cogió una toalla y corrió hacia el baño sin hacer caso de las chicas de uniforme que la miraban con curiosidad cuando se cruzaban con ella.

Se dio una ducha rápida, se puso un uniforme limpio y bajó volando las escaleras. El dolor de cabeza empezaba a molestarla. Tenía que saber qué había pasado mientras dormía. ¿Habían expulsado a Sylvain? ¿Habían encontrado a Christopher o a Gabe?

Y Carter... Le dio un vuelco el corazón cuando pensó en Carter.

Tenía que dar con él antes de que se enterase de lo sucedido la noche anterior. Fuera como fuese se iba a poner furioso cuando descubriese que Allie había salido en plena noche en compañía de Sylvain.

Notó una sensación de náusea y se apretó el estómago. ¿Cuándo había comido por última vez? Ayer no. ¿Anteayer quizás?

Para empezar, Allie pasó por el despacho de Isabelle, pero estaba vacío y con las luces apagadas. Había gente en la sala común, pero ninguno de sus conocidos.

Se dirigía a la biblioteca cuando divisó a Jules, que caminaba hacia ella.

- Eh, Jules, ¿sabes dónde está Car...? -empezó a decir, pero su voz se fue apagando cuando advirtió que la prefecta la fulminaba con la mirada.

- Allie, ¿en qué demonios estabas pensando?

- Yo... -intentó excusarse, pero Jules la interrumpió.

- Isabelle acaba de echarme una bronca terrible. Dice que ayer por la noche te escapaste y que viste a tu hermano y a Gabe -cuchicheó la prefecta furiosa, mirando a su alrededor para asegurarse de que no había nadie escuchando-. Han convocado a todos los alumnos mayores de la Night School a una reunión de estrategia para decidir qué hacer. Francamente, no entiendo cómo no te han expulsado.

Allie se sintió tan insultada que se puso roja de rabia.

¿Cómo que vi a Gabe? Intenté matar a Gabe.

- ¿Cómo has podido, después de todo lo que pasó el trimestre pasado? -prosiguió Jules, echando chispas-. ¿Cómo se te ha ocurrido invitar a la gente de Nathaniel?

Allie no mordió el anzuelo. Quería averiguar unas cuantas cosas, y enfadarse no la ayudaría.

- Ya sé que estás enfadada, Jules, pero antes que nada, ¿han expulsado a Sylvain? -preguntó a bocajarro.

- Todavía no -respondió Jules con malicia.

Allie pasó por alto la ironía.

- ¿Está bien? ¿Lo has visto?

- Está hecho un asco, pero vivo -replicó Jules-. No gracias a ti y a tu hermano, desde luego.

Allie cerró los ojos y se permitió experimentar un instante de alivio. Luego irguió la espalda y se encaró con la prefecta.

- Lamento que hayas tenido problemas por mi culpa. Jamás habría puesto a Cimmeria en peligro a conciencia. Yo no invité a Christopher; acudió él por su cuenta. Y sí, quise ver a mi hermano. Tenía que saber... -se quedó sin aliento y se interrumpió-. Sencillamente tenía que verlo.

Jules no se dejó conmovido.

- A veces parece como si tu presencia aquí fuera un peligro para todos, Allie. Todo iba bien hasta que llegaste tú. Y quizá sea injusto por mi parte decir esto, pero en ocasiones casi deseo... -Allie hizo un gesto de dolor y Jules se calló, mordiéndose el labio-. Lo siento. No debería...

- No. No te disculpes -dijo Allie con la barbilla alta-. Me lo merezco. ¿Sabes?, estoy tratando de... -pero su voz se apagó. ¿Para qué intentarlo? Dijera lo que dijese, Jules no cambiaría de opinión-. Yo... lo lamento.

Mientras se disculpaba, Allie ya había empezado a alejarse. Tenía la sensación de que las cosas no podían ir peor.

Puesto que Sylvain se encontraba bien y no lo habían expulsado, Allie debía ocuparse de algo antes de ir a hablar con Isabelle para afrontar el castigo que le hubiera reservado. Tenía que encontrar a Carter.

Mientras recorría el pasillo entre la marea de alumnos que circulaba de acá para allá con la calma característica del sábado por la mañana, Allie aflojó el paso. Si Jules ya estaba al corriente de lo sucedido, seguramente Carter lo sabría también. Ya se habría enterado de que Allie le había ocultado el asunto de la carta de Christopher y que, en cambio, había compartido el secreto con su peor enemigo. Ya sabría que le había mentado.

Jamás me perdonará, pensó Allie. ¿Y por qué tendría que hacerlo? Soy una mentirosa. Como todos los miembros de mi familia...

Allie estaba tan sumida en sus pensamientos, increpándose a sí misma, que Jo prácticamente paso delante de ella sin que Allie la viera.

- Hola, Jo, ¿has visto a...? -la voz de Allie se apagó en cuanto vio de cerca a su amiga. Jo estaba congestionada y llorosa, el pelo rubio enmarañado, los botones del uniforme torcidos-. ¿Estás...? Jo, ¿qué pasa?

- ¿Es verdad? -los ojos enrojecidos de Jo la miraron fijamente-. Eso que se dice por ahí... ¿es verdad?

- Yo no... -a Allie se le secó la boca. La migraña se hizo más fuerte e insistente-. ¿Qué dice todo el mundo?

- ¿Viste a Gabe ayer por la noche? ¿Aquí? -Jo elevó la voz y la gente que pasaba por allí se paró a mirarlas.

Allie cogió a su amiga de la mano e intentó llevarla hacia la cocina, pero Jo se resistió, apartó la mano y le abofeteó la muñeca con fuerza. Con la piel enrojecida, Allie apartó la mano antes de que Jo volviera a golpearla.

- Jo, tranquilízate -miró a su amiga con expresión preocupada y escogió las palabras con cuidado-. Sí, ayer por la noche vi a Gabe. Me estaba acechando en el bosque.

- ¿Qué...? -Jo miró a Allie fijamente, como si le costara concentrarse-. ¿Y qué hacía él allí? ¿Por qué le viste?

Allie, que no sabía hasta qué punto había trascendido lo sucedido la noche anterior, bajó la voz.

- Christopher vino a verme -el recuerdo de Gabe arrastrándola por el bosque de mala manera le revolvió las tripas-. Gabe estaba con él.

- ¿Y por qué no me lo dijiste?

El tono acusador la cogió por sorpresa. Miró a Jo extrañada.

- ¿Decirte qué?

- Fuiste a ver a Gabe y no me lo dijiste.

- Dios mío, Jo -Allie se esforzó en no perder la paciencia. Saltaba a la vista que Jo no estaba en sus cabales y enfadarse con ella no serviría de nada. Su amiga no sabía lo que había pasado, pero todo lo relacionado con Gabe la ponía frenética-. Fui a ver a Christopher y solo a Christopher. Quería que me explicara unas cuantas cosas. No sabía que Gabe estaría allí. Nadie lo invitó. Y no

deberíamos hablar de esto.

Durante unos instantes, Jo le sostuvo la mirada.

- Tú no hablarías con Gabe sin decírmelo, ¿verdad?

- No, Jo -respondió Allie con tristeza-. No lo haría. Pero tienes que dejar de pensar en Gabe. No te conviene. No le conviene a nadie.

- Ya lo sé -replicó Jo-, pero... ¿No te das cuenta? No tuve ocasión de preguntarle por qué hizo lo que hizo.

Allie pensó en la necesidad que ella misma había sentido de preguntarle a Christopher por qué había abandonado a su familia y por primera vez comprendió el apego irracional que vinculaba a Jo con Gabe.

- Te prometo -tomó la mano de su amiga, que no la golpeó esta vez- que si alguna vez Gabe se pone en contacto conmigo, te lo diré.

Poco después, Allie levantaba una mano temblorosa para llamar a la puerta de Isabelle. Su dolor de cabeza había empeorado y se sentía como si un batería de jazz estuviera tocando en el interior de su cráneo. Pese a todo, tenía asuntos que resolver.

- Adelante.

Cuando Allie entró en el despacho, la directora no dio muestras de alegría. Isabelle se había subido las gafas a la frente y sostenía un montón de papeles.

- Te dije que te mandaría llamar cuando estuviera lista para hablar contigo.

- Perdona, Isabelle -Allie apoyó la cabeza en el marco, como si el gesto pudiera paliar el dolor-. Llevo todo el día pidiendo perdón. Es que tengo la sensación de que debo hacer algo. Yo he tenido la culpa de todo y quiero, no sé, reparar mi error.

Isabelle señaló una silla.

- Siéntate -cuando Allie obedeció, la directora la escudriñó con la mirada-. ¿Has comido algo hoy?

Allie negó con la cabeza.

Isabelle entornó los ojos.

- ¿Ayer?

Demasiado aturdida y fatigada para responder, Allie mostró las manos vacías.

- Eso me parecía -dijo Isabelle-. Tienes un aspecto horrible. Quédate aquí.

Después de conectar el hervidor de agua, la directora se marchó.

Sentada en el despacho vacío, muy quieta, Allie se quedó mirando el infinito. El agua de la tetera empezó a burbujear. Mientras el aparato escupía una nube de vapor, ella repasaba su lista mental de posibilidades, moviendo los labios apenas, inmersa en profunda concentración.

Una súbita corriente de aire le alborotó el cabello cuando la puerta se abrió. Isabelle le tendió un plato con un sándwich de queso antes de darse la vuelta para preparar dos tazas de té. Allie mordisqueó el borde; aunque tenía hambre, se sentía incapaz de comer.

La directora le tendió una taza de té y luego se sentó en la butaca de al lado.

Se quedaron un rato en un silencio que en otras circunstancias habría sido amistoso. En esta ocasión, sin embargo, se respiraba la tensión en el ambiente.

- Me temo -dijo por fin la directora-que August Zelazny ha solicitado que se convoque un tribunal para considerar tu expulsión. La vista se celebrará mañana.

La noticia no cogió a Allie por sorpresa, pero le dolió de todos modos. Era muy posible que, después de haber llegado hasta allí, Cimmeria acabase por expulsarla igual que sus otras escuelas.

- Vale -asintió impertérrita-. Supongo que me lo merezco.

- Me gustaría decir que no, pero sí, te lo mereces -replicó Isabelle en tono irritado, pero cuando Allie se miró las manos con tristeza, añadió-: Cómete el sándwich.

Obediente, la alumna tomó un bocado, evitando los ojos de la directora.

- Hay algo más -prosiguió Isabelle con un suspiro-y tampoco te va a gustar.

Allie tragó saliva.

- ¿De qué se trata?

La directora se frotó los ojos.

- Necesitamos que vuelvas a hablar con Christopher. Cuando se ponga en contacto contigo, le propondrás una fecha y un lugar de encuentro.

- Y entonces... ¿qué? ¿Lo capturaréis? -Allie dejó el plato sobre la mesa con brusquedad-. Tiene contactos, Isabelle. Lo sabe todo de mí. Mis notas. Con quién salgo... -se echó hacia delante-. Si está enterado de todas esas cosas, averiguará tus planes. Y los utilizará contra nosotros.

- Idearemos dos planes distintos -Isabelle pronunció aquellas palabras en voz tan baja que a Allie le costó oírlas-. Comunicaremos uno al personal y a los

alumnos mayores de la Night School. Solo tú, Sylvain y unas cuantas personas de plena confianza estaréis al corriente del segundo.

Allie se tapó la boca con los dedos de una mano.

- ¿Sabes quién es, Isabelle? ¿Tú sabes quién trabaja para Nathaniel?

Isabelle hizo un gesto negativo con la cabeza. Se diría que envejecía por momentos; estaba demacrada.

- Ojalá lo supiera.

- Es alguien de la cúpula, ¿verdad? -dijo Allie-. Alguien muy próximo a ti.

- Y a ti -añadió Isabelle.

Se miraron mutuamente unos instantes y Allie leyó la magnitud del desastre en los ojos preocupados de la directora. En el rincón, la tetera crujió al enfriarse.

En aquel momento, Allie decidió que le daba igual lo que opinara Christopher. Confiaba en Isabelle. La apoyaría y lucharía a su lado dijera lo que dijese su hermano.

- Lamento no haberte contado lo de Christopher.

La directora la observó con frialdad.

- No podía, Isabelle -Allie se dio cuenta de que estaba implorando, pero necesitaba que la mujer la entendiera-. Sé cómo habrías actuado. Habrías acudido a su encuentro para capturarlo, y él habría sabido que yo lo había traicionado. No podía hacerlo sin haber hablado antes con él. Necesitaba escuchar sus explicaciones.

- ¿Y ahora? -le preguntó Isabelle con vehemencia.

- Ahora... -Allie recuperó la taza y la sostuvo con tanta fuerza que temió que se hiciera añicos en sus manos-. Ahora sé que he perdido a mi hermano. No reconozco a la persona que lo ha remplazado. Ha cambiado. No quiero tener nada que ver con él.

Isabelle se inclinó hacia ella.

- Te aprecio mucho, Allie, pero necesito que tengas fe en mí. Conozco muy bien los métodos de Nathaniel -Allie tenía a la directora tan cerca que distinguía las motas de sus ojos color miel-. Y me temo que si no aprendes a confiar en mí, vas a salir malparada.

Después de la reunión con Isabelle e incapaz de encontrar a Carter por ninguna parte, Allie huyó a su habitación. Exhausta, se durmió, y no volvió a despertar

hasta poco antes de la hora de cenar.

A punto de dar las siete, cuando bajaba las escaleras para dirigirse al comedor, vio a Sylvain unos pasos por delante de ella. Por una milésima de segundo, se le aceleró el corazón y se dispuso a correr a su encuentro. Entonces advirtió que no estaba solo; llevaba a Nicole del brazo. La melena de la morenita oscilaba con cada paso mientras echaba ojeadas inquietas a su acompañante.

Sylvain se quedó atrás. Al girar la cabeza para ver por qué el chico se retrasaba, Nicole vio a Allie. Inclinandose hacia Sylvain, le susurró algo. Él se volvió a mirar a su vez y Allie notó una descarga eléctrica.

Solo Sylvain había estado presente la noche anterior. Era el único que la entendía.

No le gustaba pensar así, pero no podía evitarlo.

Sylvain le dijo algo a Nicole y ambos se detuvieron a esperarla.

Fingiendo una sonrisa desenfadada, Allie los saludó de lejos como si se alegrase de encontrarlos juntos al mismo tiempo que apuraba el paso para reunirse con ellos.

- Te he buscado por todas partes, Sylvain. ¿Qué tal, Nicole? -Allie se alegró de advertir que su voz sonaba más o menos normal-. ¿Te encuentras mejor?

Por más alegría que fingiese, no podía dejar de mirar las heridas de Sylvain, de evaluarlas en silencio. Tenía la cara hecha un mapa y aún llevaba el ojo a la funerala, pero su mandíbula tenía mejor aspecto; ya no parecía inflamada.

- Sobreviviré -repuso él-, pero no estoy en mi mejor momento.

La mano de Nicole bajó por el brazo de Sylvain hasta los dedos.

- Por su aspecto, se diría que se ha caído en moto sin casco, pero él dice que se peleó y que tú lo ayudaste.

Allie trató de imaginárselo vestido con vaqueros y camiseta, subido a una motaza. No le costó demasiado.

Sylvain seguía observándola.

- ¿Te sientas con nosotros?

Ella titubeó. Si aquellos dos estaban saliendo, no le apetecía nada hacer de carabina. Nicole intercedió.

- Sí -dijo antes de echar andar-. Por favor, hazlo.

Mientras se dirigían al comedor, Allie aguardó a que Nicole mirara a otra

parte para acercarse a Sylvain.

- ¿Ya has hablado con Jerry y con Zelazny?

El chico asintió pero desvió la vista.

Allie frunció el ceño, desconcertada por su reacción.

- ¿Todo va bien?

Al ver que él no respondía y que seguía evitando sus ojos, Allie comprendió que no.

Antes de que pudiera decir nada más, Nicole se volvió a mirarlos con expresión suspicaz.

Allie se apartó de Sylvain a toda prisa.

Carter no bajó a cenar. Aquella ausencia prolongada estaba poniendo frenética a Allie. Allá donde estuviera, Carter ya sabía lo que había pasado. Y no se lo había tomado bien. Tras una cena incómoda, durante la cual no hablaron de nada importante, Allie se escabulló a la primera ocasión decidida a dar con él.

Una rápida inspección le reveló que Carter no estaba en la biblioteca ni en la sala común. Se estaba planteando colarse en los dormitorios de los chicos cuando de repente comprendió dónde debía buscarlo.

Cogió aire para tranquilizarse, abrió la puerta del salón de actos y entró. La hoja se cerró tras ella. Escudriñó la penumbra con los ojos; suspendidas en el aire, las motas de polvo desafiaban la gravedad. Luego inspeccionó la zona de la enorme chimenea, capaz de albergar a Allie de pie en el hogar; solo vio mesas vacías y unas cuantas sillas.

Ya se disponía a marcharse cuando oyó un rumor.

- ¿Carter?

No obtuvo respuesta. Sin embargo, el rumor se repitió, como si alguien arrastrara una silla. Procedía de la esquina más retirada del salón.

Abriéndose paso entre los viejos muebles, Allie enfiló hacia el fondo de la estancia. Había recorrido media sala cuando advirtió que algo se movía a su izquierda.

- ¿Por qué no me lo dijiste?

Carter estaba de pie entre las sombras, con una mano apoyada en el respaldo de una silla.

- Carter -las palabras murieron en la garganta de Allie-. Yo...

Se había preparado un discurso, pero en cuanto tuvo delante a Carter comprendió que no podía darle excusas.

- Sabía que se lo contarías a Isabelle -explicó por fin-, por mucho que yo te suplicara que no lo hicieras. Y necesitaba hablar con Christopher. No podía dejar que secuestraran a mi hermano.

- Así que se lo dijiste a Sylvain.

Carter aferraba la silla con tanta fuerza que Allie distinguía el bulto de sus nudillos con toda claridad.

Parecía tan triste, tan enfadado... Los hombros de Allie se hundieron bajo el peso de la culpa.

- Tuve que decírselo, por la entrevista -cuando Carter la miró con desconfianza, ella se puso a la defensiva-. Me preguntó si sabía algo de Christopher y resultó que sí. No podía mentir. De modo que se lo conté. Le dije que planeaba reunirme con él. No quiso que acudiera sola.

- ¿Y por qué no se lo dijiste a alguien más? ¿A Rachel, por ejemplo? -Carter hablaba en tono bajo y firme pero Allie advirtió que hacía esfuerzos por controlar sus emociones-. ¿Acaso no confías en ella?

- Ella no se entrena ni nada -repuso Allie con indiferencia. Tenía la sensación de que ya había perdido la discusión-. No podía exponerla al peligro -dio un paso hacia él-. Carter, fue horrible tener que ocultártelo. Eras la única persona a la que se lo hubiera querido contar. Pero...

- No confiaste en mí.

Con un movimiento tan raudo que pilló a Allie sin tiempo de reaccionar, Carter cogió la silla y la lanzó al otro lado de la estancia. Se estrelló contra el suelo en medio de un estrépito que resonó en todo el salón.

- Carter -musitó ella mirándolo de hito en hito.

- Dime la verdad, Allie -con las manos cerradas a los costados, Carter respiraba con dificultad-. Mírame a los ojos y dime que entre Sylvain y tú solo hay amistad. Dime que no te atrae.

Allie abrió la boca para decir: *No digas tonterías. Solo me importas tú.*

Pero no pudo. Ya había mentido bastante. Y Sylvain le inspiraba unos sentimientos tan confusos que ni ella misma los entendía.

Allie jamás había imaginado que los ojos de Carter pudieran oscurecerse

tanto.

Cruzando el espacio que los separaba en tres zancadas, Carter la cogió por los brazos y la atrajo hacia sí. Se pegó tanto a ella que Allie notó los latidos de su corazón a través de la camisa. No podía ver nada más que sus oscuros ojos.

- Habría hecho -dijo él entre dientes-cualquier cosa por ti.

Allie lo miró estupefacta. Aquel no era Carter. Él nunca se comportaba así. Levantó la mano para rozarle la sien con los dedos. Carter se apartó.

- Lamento mucho haberte hecho daño -susurró Allie. Le temblaba el labio inferior-. Yo solo... esperaba que comprendieras lo mucho que necesitaba ver a Christopher. Y tú eres tan importante para mí...

Carter no aguardó a que Allie terminara la frase. La empujó a un lado de mala manera y se separó de ella.

- Y pensaba que serías capaz de confiar en mí. Pero no lo eres. Y empiezo a pensar... -Allie descubrió horrorizada que Carter tenía lágrimas en los ojos-. Empiezo a pensar que nunca lo harás.

El chico abandonó el salón sin mirar atrás.

Veintiuno

A la mañana siguiente, Allie se sentía aletargada.

Insensible al dolor, indiferente al peligro. Ajena a cualquier cosa que el mundo le tuviera reservada.

Cuando Isabelle la mandó llamar para comunicarle que el tribunal decidiría aquella misma noche qué castigo le aplicaban, se limitó a asentir.

Lo que faltaba.

- Diles la verdad -le aconsejó Isabelle-. Igual que me la explicaste a mí.

- ¿Me expulsarán? -preguntó Allie.

La respuesta le importaba solo a medias, pero la sencilla contestación de Isabelle le dolió.

- No lo sé.

Tras eso, Allie se retiró al silencio forzoso de la biblioteca donde buscó un

rincón escondido y trató de concentrarse en los deberes. No podía recurrir a nadie. Ni siquiera le podía contar a Rachel por qué Carter y ella se habían peleado; por lo menos, no sin meterse en más líos.

Además, ¿de qué le serviría? Sabía lo que iba a pensar todo el mundo. Dirían: «¿Y por qué no se lo dijiste a Carter en vez de a Sylvain?».

Bien pensado, la pregunta era lógica. ¿Por qué? Una y otra vez las palabras de Carter resonaban en su mente: «Mírame a los ojos y dime que entre Sylvain y tú solo hay amistad».

Mientras hojeaba el libro de Historia, no dejaba de ver la imagen de Carter. La intensidad de su reacción la había asustado. Por primera vez, Allie lo creía capaz de cortar con ella a causa de Sylvain.

Se le saltaron las lágrimas y se las enjugó con el dorso de la mano.

¿De qué me sirve llorar?, pensó con amargura. Así no voy a arreglar nada.

- Oye, ¿estás bien? -Jo se sentó en la silla de al lado y miró a Allie preocupada. Parecía más entera que el día anterior; no tenía la cara congestionada.

Pese a todo, a Allie no le apetecía hablar con ella en aquel momento, de manera que mintió.

- Estoy bien.

Con ademán nervioso, la rubita se peinó con los dedos.

- Mira, quería disculparme por lo de ayer. Se me va la olla cada vez que tengo noticias de Gabe.

- No hace falta que te disculpes -dijo Allie. Dejó el boli en la mesa con un suspiro-. He sido yo la que ha creado todos los problemas.

- Tú hiciste lo que tenías que hacer -la sorprendió Jo-. No creo que nadie hubiera hecho otra cosa. Pero he oído decir que han convocado un estúpido tribunal para examinar tu caso. Estoy furiosa. Ya le he dicho a Isabelle que me parece una chorrada, pero ella no piensa hacer nada -propinó un puntapié a una pata de la mesa-. Como de costumbre.

Allie la miró con curiosidad.

- ¿Y tú cómo te has enterado de eso?

Jo desdeñó la pregunta con la mano.

- ¿Qué más da? Pero te digo una cosa: le he dicho a Isabelle que si te expulsan yo me marcharé también, ¿vale? Solo quería que lo supieras.

- Jo... -Allie no sabía qué decir. Estaba horrorizada y complacida por un igual-. No puedes hacer eso.

- Puedo y lo haré -le aseguró Jo-. De todos modos, quiero marcharme. Esto no es lo mismo desde el verano pasado. A lo mejor me matriculo en ese internado suizo de Lisa. Puede que conozca a un príncipe superguapo y que vivamos felices para siempre. Da igual -no aguardó a oír la respuesta de Allie-. Solo quería que lo supieras. Sobre todo después de lo que le han hecho a Sylvain.

A Allie se le secó la boca.

- ¿A qué te refieres? ¿Qué le han hecho a Sylvain?

- ¿No te has enterado? -Jo parpadeó sorprendida-. El tribunal encargado de evaluar su caso se celebró ayer. Está en periodo de prueba y le han prohibido participar en las actividades de la Night School.

Allie suspiró aliviada. No lo habían expulsado.

El día transcurrió a paso de tortuga. El tribunal de Allie estaba convocado a las nueve. Ella solo deseaba que todo hubiera terminado, fuera cual fuese el veredicto.

Justo antes de las nueve, descendió por el frío tramo de escaleras que conducía al sótano, a solas. No tenía ni idea de lo que iba a pasar, pero se dijo que ya no importaba. Pese a todo, el pasillo le pareció más largo y oscuro que de costumbre. Jamás en su vida se había sentido tan sola.

Cuando vio a Sylvain esperándola, se asustó y acudió corriendo a su lado.

- ¿Qué haces aquí? ¿Ha pasado algo?

Las heridas del chico parecían un mapa en bajorrelieve. Tenía el ojo casi cerrado y el corte del labio no le había cicatrizado. Pese a todo, Sylvain intentó sonreír.

- Solo quería desearte suerte.

Allie se emocionó tanto que por un instante no pudo hablar; se mordió el labio.

- Me he enterado del castigo que te han aplicado. Lo siento.

- Pues no deberías -Sylvain le sostuvo la mirada-. Yo no lo siento.

- Pero yo tuve la culpa, Sylvain -protestó Allie-. Y ahora tú te has metido en un lío.

- Mereció la pena -respondió él. Cuando ella se disponía a objetar de nuevo, Sylvain le levantó la barbilla con la mano para mirarla a los ojos-. Allie. Mereció la

pena.

Allie se había esforzado mucho en que nada de todo aquello la afectase, pero en aquel momento se le escapó una lágrima delatora. Sylvain se la enjugó con delicadeza.

- *Courage* -le dijo en francés-. No dejes que te vean llorar.

Se acercó a la puerta y posó la mano en el pomo, esperando a que ella se recompusiera. Allie inspiró para serenarse y luego asintió.

Sylvain abrió la puerta.

En el interior, habían dispuesto cuatro sillas detrás de una mesa, igual que cuando les anunciaron el proyecto de las entrevistas. Sin embargo, en esta ocasión solo había una silla de cara al tribunal. Por una milésima de segundo, Allie fantaseó con la idea de salir corriendo de la sala. Del colegio.

Entró.

Hacía frío y el aire olía levemente a cemento y a sudor rancio. Zelazny, Jerry Cole, Eloise e Isabelle la miraban desde el otro lado de la mesa.

- Por favor, Allie, siéntate.

Eloise observó con expresión amable cómo la alumna se sentaba envarada en la silla plegable. Allie notó el metal frío contra los muslos. Los otros miembros del tribunal la miraron impávidos.

- Te hemos convocado porque saliste sin permiso de la escuela después del toque de queda para reunirte con un miembro del equipo de Nathaniel, lo que consideramos una grave infracción del Reglamento -Isabelle tenía las manos cruzadas sobre la mesa. El pelo recogido y las gafas alargadas acentuaban los ángulos de su rostro-. Sylvain Cassel, que ya ha verificado al tribunal lo antedicho, te acompañó. ¿Niegas alguna de las acusaciones?

Allie le sostuvo la mirada.

- No.

- Allie, ahora tienes la oportunidad de exponer tu defensa para evitar que te expulsen de la Night School y de Cimmeria, que es la pena máxima a la que te puede condenar este tribunal -expuso Eloise con dulzura-. Háblanos de las circunstancias atenuantes; de las razones que te llevaron a hacer lo que hiciste. Por favor, empieza por relatarnos lo que pasó aquella noche. ¿Por qué te saltaste las reglas?

Allie procedió a explicar lo sucedido. Al principio, la voz le temblaba

ligeramente, pero poco a poco se fue serenando y prosiguió el relato con seguridad y confianza. Cuando llegó a la parte en que Gabe se la llevaba a rastras y contó cómo se había liberado, una media sonrisa asomó a los labios de Isabelle, aunque se apresuró a disimularla. Sin embargo, Allie omitió una vez más todo lo que Christopher había dicho sobre la directora.

Cuando hubo terminado, se limitó a decir:

- Asumo la plena responsabilidad de todo lo sucedido aquella noche. Sylvain no tuvo la culpa de nada. Ni siquiera habría estado allí si yo no lo hubiera amenazado y me hubiera negado a seguir su consejo. Él solo intentaba protegerme.

Zelazny habló de inmediato.

- ¿Y por qué no siguió su consejo?

Sin mudar de expresión, Allie volvió los ojos hacia el profesor.

- Porque sabía que secuestrarían a mi hermano para llegar a Nathaniel y quería evitarlo.

- ¿Lo sabía? -preguntó Zelazny en tono sarcástico-. ¿Y cómo podía saber de antemano lo que íbamos a hacer? ¿Acaso lee usted nuestras mentes?

- Muy bien. Entonces diga que me equivoqué.

Allie desafió a Zelazny con la mirada, pero él obvió el comentario con un gesto de desdén.

- No es a mí a quien se está juzgando -dijo-, y será mejor que lo tenga presente.

- Aquí no se está juzgando a nadie -intervino Jerry Cole para apaciguar los ánimos. Su pelo, encrespado y moreno, estaba más revuelto que de costumbre, y las gafas descansaban sobre la mesa mientras él se frotaba el puente de la nariz-. Allie, ¿tu única intención era proteger a tu hermano?

Ella asintió con vehemencia.

- ¿No pretendías ayudar a Nathaniel?

- No -Allie lo miró confusa-. ¿Por qué iba a querer yo ayudar a Nathaniel?

- Por lo que nos has dicho -explicó Jerry-, tu hermano esgrimió razones muy convincentes para que te unieras al bando de Nathaniel. ¿No te convenció?

- Creo... -Allie tenía un nudo en el estómago. Tragó saliva-. Creo que mi hermano ha perdido la cabeza. No estoy de acuerdo con nada de lo que dijo. Sin embargo, tenía que verlo. Tenía que averiguar qué le había pasado. Tenía que saber que estaba vivo.

- Todos estaréis de acuerdo en que se trata de un deseo totalmente comprensible -intercedió Eloise-. A los hermanos los une un vínculo especial. Cualquiera habría hecho lo mismo.

- Sin embargo, yo te pregunto por ese vínculo precisamente -insistió Jerry. Eloise le lanzó una mirada rara pero él no dio muestras de advertirla-. Te sientes tan unida a él que eres capaz de saltarte el Reglamento y arriesgarlo todo por verlo. ¿Volverías a romper las normas por él? ¿Volverías a poner a tu hermano por delante del colegio?

Allie no se lo había planteado y por un segundo se quedó mirando a Jerry con curiosidad, imaginando que Christopher le pedía ayuda, que le suplicaba que renunciase a todo por él.

- No -respondió con tristeza-. Ya no.

Con lágrimas en los ojos, recordó las palabras de Sylvain: «No dejes que te vean llorar.»

Inspiró profundamente. Luego concluyó con voz firme.

- Porque no confío en él.

Veintidós

Tras interrogarla durante algunos minutos más, Isabelle dio la sesión por finalizada.

- Creo que tenemos toda la información que necesitamos para tomar una decisión -dijo la directora-. Allie, espera fuera, por favor. Te llamaremos cuando hayamos terminado.

Allie se dirigió a la salida con paso cansino. En el pasillo desierto reinaba un silencio ominoso. Se dejó caer contra la pared y se dispuso a esperar.

Al cabo de diez minutos, se sentó en el suelo y reclinó la cabeza contra las rodillas, contando entretanto las respiraciones. Transcurrida media hora, se aburría también del recuento. De vez en cuando oía voces que se alzaban en la sala pero no distinguía las palabras.

Allie estaba medio dormida cuando la puerta se abrió por fin y Eloise le indicó por gestos que entrara.

- Ya estamos listos.

La alumna se puso en pie y la siguió a la Sala de Entrenamiento Uno.

Esta vez se quedó delante de la mesa como un condenado a muerte que espera su sentencia. Intentó inspirar hondo para tranquilizarse, pero sus pulmones se negaban a cooperar y su respiración mudó en un resuello asustado. Allie se cogió al respaldo de la silla plegable con tanta fuerza que temió que se le doblara en las manos.

- Lo que hiciste estuvo mal, Allie -empezó a decir Isabelle. Mientras la directora hablaba, Jerry se limpiaba las gafas evitando los ojos de la alumna. Eloise, en cambio, la animó con la mirada-. Violaste el Reglamento al que están sometidos todos los alumnos de Cimmeria. Lo que es peor, pusiste tu propia vida y la de Sylvain en peligro, por no mencionar las de los hombres de Raj Patel. Todo ello merece un castigo. Sin embargo, comprendemos que a los hermanos los une un vínculo muy fuerte y ninguno de nosotros -echó un vistazo a Zelazny, que miraba enfadado a otra parte-puede afirmar que no habría sentido la necesidad de ayudar a un miembro de la familia en circunstancias similares. Por todo ello, no te expulsaremos -Zelazny dejó caer el boli en la mesa, disgustado, y la directora dio un respingo. Enseguida continuó-: En cambio, estarás a prueba durante tres meses.

Allie los miró a todos y parpadeó.

- ¿Y eso qué significa?

- Significa -aclaró Isabelle-que siempre y cuando no vuelvas a meterte en ningún otro lío, siempre y cuando no vuelvas a saltarte el Reglamento, dentro de tres meses borraremos el incidente de tu expediente. Sin embargo, si vuelves a violar alguna otra regla, por pequeña que sea, serás expulsada de inmediato. ¿Comprendes lo que implica esta decisión?

Allie asintió.

- Te agradecemos tu sinceridad -Isabelle se inclinó hacia delante para sostener la mirada de Allie-. Esperamos que lo sucedido haya servido para que entiendas que si alguien relacionado con Nathaniel vuelve a contactar contigo, debes acudir a nosotros. Y confiar en que te ayudaremos.

A lo largo de la semana siguiente, Carter evitó a Allie por completo. Ella hubiera querido hablar con él, explicarse, pedirle disculpas y arreglar las cosas. Pero sabía que las cosas no tenían arreglo. Aquella vez no. De modo que, muy a su pesar, lo dejó en paz.

La ausencia de Carter abrió un vacío en su vida. Cada noche, a la hora de

cenar, añoraba el calor de su brazo tendido sobre el respaldo de la silla. Cuando se sentaba en la sala común o en la biblioteca, lo buscaba con los ojos sin darse ni cuenta.

La Night School les había concedido otra semana libre para que finalizaran los informes de las entrevistas, así que, como mínimo, no tenía que entrenarse con él; no estaba obligada a presenciar cómo se reía y se comportaba como si nada hubiera pasado en compañía de Jules y Lucas.

Por desgracia, todo aquello tenía un precio: escribir la historia de Carter se le antojó una tortura exquisita ahora que el chico ya no formaba parte de su vida. Para cuando hubo terminado, descubrió que el Carter que había descrito era la viva imagen del típico adolescente que está solo en el mundo pero lucha con todas sus fuerzas por salir adelante.

Se le rompió el corazón.

Creo que Carter West es la persona más digna de confianza que he conocido en toda mi vida. Y todo lo que me ha dicho, hasta la última palabra, es verdad...

El sábado a medianoche, Allie escribía la conclusión de su informe. Las lágrimas le surcaban el rostro. Dejó caer el boli, subió las piernas a la cama y se abrazó las rodillas, balanceándose con suavidad.

Cuando oyó que a Rachel se le caía algo en la habitación de al lado, se derrumbó. Añoraba tanto a su amiga... Necesitaba su consejo. Sin pararse a pensar lo que hacía, abrió la puerta de su propio cuarto y salió al pasillo. Con la mejilla apoyada contra la madera fresca, cerró los ojos y llamó dos veces a la puerta de Rachel.

Sonó un rumor de papeles.

- Entra -dijo Rachel en su tono más autoritario.

- Rach, no sé qué hacer...

Allie se precipitó en la habitación a media frase, agitando un pañuelo de papel y con pinta, estaba segura, de chalada. Pese a todo, Rachel se limitó a despejar la cama y a dar unas palmadas en la colcha.

- Cuenta.

- No te lo puedo contar todo -hipó Allie mientras hacía una bola con el pañuelo húmedo.

- Pues cuéntame el resto.

Rachel le tendió un pañuelo limpio. Sus ojos almendrados observaban a

Allie como buscando pistas de lo que la angustiaba.

- Carter y yo...

- Habéis cortado.

Allie se quedó de una pieza.

- Todo el mundo habla de ello -le explicó Rachel-. Quería preguntártelo pero... -mostró las manos vacías y Allie comprendió lo que significaba el gesto: «Como ya casi no hablamos...».

Aquel pensamiento le provocó un nuevo ataque de llanto. Rachel le dio palmaditas en el hombro hasta que Allie pudo seguir hablando.

- Está muy enfadado -dijo al fin-. Y he hecho cosas imperdonables.

- ¿Relacionadas con Sylvain?

Allie sabía que Rachel intentaba no enjuiciarla, pero de todos modos distinguió un amago de reproche en su voz.

- La gente dice que Sylvain y tú... que cuando le pegaron... estabais en el bosque... ya sabes, juntos. En resumidas cuentas, dicen que tenías un rollo con Sylvain a espaldas de Carter.

Imaginando la expresión de Carter al oír aquel cotilleo, Allie se sintió como si le clavarán un cuchillo invisible. Sabía que había corrido la voz de lo sucedido; la carnicería que Sylvain llevaba en la cara bastaba para alimentar los rumores, pero no imaginaba que las cosas hubieran llegado tan lejos.

Pobre Carter. Pobre de mí.

- No fue nada de eso, Rachel -apenas podía respirar, de tanto como deseaba convencer a su amiga-. Sylvain y yo no estamos... no estábamos... Me estaba ayudando... en una cosa.

Las dificultades que experimentaba para explicar lo que Sylvain y ella hacían en realidad propiciaban que la historia sonara falsa. Tenía que contarle a su amiga toda la verdad.

¿Le puedo hablar de Christopher? Los sucesos no guardaban relación con la Night School, de modo que no estaría quebrando las reglas. *¿Verdad?*

En cuanto hubo tomado la decisión, sintió tal alivio que las palabras le salieron a borbotones. Allie contó en cuatro frases lo sucedido. La nota de Christopher. La obsesión de Carter por protegerla. La decisión de acudir a Sylvain.

- Oh, Allie -exclamó Rachel cuando su amiga llegó a esa parte del relato.

- Ya lo sé -Allie retorció el pañuelo entre los dedos-. Puede que fuera un error. Puede que no. Pero Sylvain estuvo a punto de dar la vida por mí. Y luego Carter me dejó.

Al pronunciar aquella frase estuvo a punto de echarse a llorar otra vez, pero por lo visto no le quedaban lágrimas que derramar aquel día y sus ojos siguieron secos y enrojecidos.

Durante un instante largo como una eternidad, Rachel la observó. Allie sabía que Sylvain no le caía bien desde que se había propasado con ella en el baile de verano. Sabía que no confiaba en él.

Pero eso es porque no lo conoce.

- ¿Qué hay entre Sylvain y tú, Allie? -preguntó Rachel por fin-. ¿Te gusta? O sea, a nadie le extrañaría. Habéis compartido muchas cosas; te salvó de morir en el incendio y ahora -agitó la mano-todo esto. Debe de haberse creado una relación especial entre vosotros. Una especie de vínculo. Y cuesta mucho resistirse a eso. Cualquiera podría confundirlo con el amor.

- No -repuso Allie al instante, aunque se le aceleró el corazón. No estaba segura de ser sincera-. No. No me gusta. Además... Dios mío. No sé -subió los pies a la cama y, abrazándose las rodillas, reconoció-: Supongo que me atrae. Pero eso no tiene nada que ver con los problemas que tengo con Carter. Creo... -se interrumpió para meditar lo que sentía en realidad-. Rach, añoro muchísimo a Carter pero al mismo tiempo me siento aliviada. Cuando está cerca, no puedo respirar.

- ¿Por qué? ¿Porque te sobreprotege? ¿Te agobia?

Allie asintió compungida.

- Le quiero, de verdad que sí. Pero siempre me dice lo que tengo que hacer. Y me lo discute todo. Creo que en el fondo no se fía de mí y me hace dudar de mí misma. Y sé por qué lo hace... Lo he estado pensando y creo que lo sé. No tiene a nadie. No tiene padres ni hermanos, ni tíos o abuelos. Está solo. Yo soy cuanto tiene y se aferra a mí. Quiere protegerme. Pero cuando lo hace, no puedo respirar.

- ¿Tan mal estabas con él?

- No sé. Sí... No... -Allie hizo un ademán de impotencia con las manos-. Dicho así, suena peor de lo que es. También compartíamos muchas cosas buenas. Pero por mucho que añore a Carter, y lo añoro, me siento liberada.

Rachel silbó entre dientes.

- Entonces no debes volver con él, Allie. Si te sientes así, por más que te

cueste seguir con tu vida, tienes que hacerlo.

- Pero, ¿cómo? -las lágrimas volvieron tan súbitamente como habían cesado-. No paro de pensar en él. Me paso el día en plan: «Carter y yo estuvimos aquí», «Carter y yo nos reímos de tal cosa». Parezco idiota -se enjugó las lágrimas con un gesto de rabia-, pero no puedo parar. Es como si mi mente estuviera obsesionada con él.

- Eso te pasa porque cortar es un horror, Allie -le explicó Rachel con dulzura-. Por eso a la gente no le gusta hacerlo. Requiere tiempo. Y creo que debes distraerte. Te pasas el día trabajando. Haz cosas que nunca hacías con Carter. Frecuenta más a Jo, aunque esté como un cencerro. O a mí. O a Zoe. Evita a Carter... y a Sylvain -añadió a toda prisa-. Lo último que necesitas es liarte con otro. Tienes que averiguar quién eres hoy por hoy. Solo así sabrás lo que quieres. A lo mejor quieres a Sylvain, no lo sé. Pero es posible que tu corazón solo esté buscando un sustituto. Y los sustitutos nunca superan al original. Así que empieza a remar tranquilamente por el río Allie.

Riendo y llorando a la vez, Allie dijo:

- No me puedo creer que acabes de decir eso.

- Yo tampoco -Rachel sonrió-. La sesión de terapia ha acabado. Ya te enviaré la factura.

Allie intentó seguir el consejo de Rachel. Procuraba pasar más rato en la sala común, jugando al ajedrez con Jo o, más bien, perdiendo al ajedrez con Jo. Se apuntó a clases de kick-boxing con Zoe, que adoraba dar patadas. Se sentaba con Rachel y Lucas a la hora de la cena y hablaba de clases que en el fondo le daban igual.

Hizo esfuerzos por no buscar a Carter con la mirada cada vez que entraba en una habitación. Por no mirar en su dirección durante las clases que compartían. Por no alzar la vista hasta que él hubiera abandonado el aula.

El hecho de que Carter hubiera empezado a sentarse con Jules y sus amigos en el comedor la ayudó. Sin embargo, todo el mundo andaba con pies de plomo cuando ambos andaban cerca y aunque la gente intentaba no tomar partido, las lealtades empezaron a dividirse.

- Odio que el mundo se divida en «el equipo de Carter» y «el equipo de Allie» -le dijo Allie a Jo una noche después de cenar, mientras perdía al ajedrez en la abarrotada sala común-, pero eso es exactamente lo que está pasando.

Se habían sentado en el suelo, a ambos lados de una mesa baja de ajedrez,

ocultas en un rincón de la sala. Un alumno tocaba al piano un tema rock a ritmo de jazz. Algunos chicos y chicas bailaban delante de una estantería. Las rodeaba una auténtica cacofonía y Allie descubrió que le gustaba aquella sensación de anarquía.

- Siempre pasa lo mismo -afirmó Jo en plan sabelotodo-. Jaque. Tienes que aprender a usar la torre. La dejas ahí muerta de asco. Pero he visto casos peores. Cuando Lucas y yo cortamos... Oh, Dios mío. Menudo lío se armó. Estábamos muy enfadados y esto parecía... qué sé yo... Palestina -Jo exageraba tanto que Allie sonrió. Llevaba una semana sin derrumbarse; era agradable volver a ver a la Jo de siempre-. Todo el mundo tomó partido y la gente dejó de hablarse entre sí. Un horror. Pero vosotros... -siguiendo la recomendación de su amiga, Allie movió la torre. Jo puso los ojos en blanco-. Jaque mate. Dios, Allie, eres malísima. Vosotros no parecéis tan enfadados. En general os limitáis a ignoraros, lo cual facilita las cosas. A vuestros amigos, me refiero. Supongo que para ti es una mierda.

Allie la ayudó a guardar las fichas.

- ¿Has hablado con Carter? -quiso saber.

- ¡Claro! Hablo con él cada día. Eso es lo más cutre de las rupturas; los únicos que no se hablan son los que han cortado.

Allie nunca se había parado a pensarlo. Se quedó inmóvil, con el rey en una mano.

- ¿Cómo está?

Jo la miró con expresión compasiva.

- Triste. Solo. Pero bien. Es como tú; tira adelante. Lucas lo está ayudando. Quiere cargarse a Sylvain, pero Jerry Cole los mantiene separados -mientras acababa de guardar las piezas, se le iluminó el semblante-. Eh, ¿irás a la fiesta de la semana que viene? ¿En el castillo en ruinas?

A Allie no podía apetecerle menos, pero hizo esfuerzos por mostrar interés.

- ¿Qué fiesta? No sabía nada.

- Se celebra cada año. Será el próximo viernes. Yo no me la pienso perder. Es muy divertido y se pasa bastante miedo. Encenderemos una hoguera. Asaremos nubes de azúcar. Beberemos vino, contaremos historias de terror...

- ¿Y es...? -Allie se mordió la lengua. Había estado a punto de preguntar: «¿Es seguro?» Se refería a si estarían a salvo de Nathaniel, de Christopher. Si a Raj Patel le parecía bien. Pero no podía hablar de eso con Jo-. ¿Es legal? -preguntó en cambio-. Ya sabes. ¿Isabelle lo aprueba?

- Solo van los alumnos de los últimos cursos -se escabulló Jo-. Entre los que

te cuentas. Irá todo el mundo. Deberías venir.

- Lo pensaré -dijo Allie, aunque no quería pensar en ello.

Cada pocos días se reunía con Isabelle. En cada ocasión Allie le preguntaba por Nathaniel y todas las veces la directora le respondía que no tenían noticias de él ni del espía del colegio. Allie le comentaba a su vez que no había sabido nada de Christopher, aunque cada noche, cuando entraba en su cuarto, sus ojos estudiaban el escritorio vacío en busca de un grueso sobre color marfil con su nombre escrito en una caligrafía algo inclinada a la izquierda. Nunca estaba allí.

Entretanto, observaba el Reglamento estrictamente. A las once de la noche ya estaba en su habitación. Nunca llegaba tarde a clase, ni a las comidas. Y cuando se reanudaron las sesiones de la Night School, seguía con atención tanto los entrenamientos como las lecciones de estrategia, siempre con la espalda recta y los ojos fijos en Raj Patel. Borraba de su mente a Carter, a Sylvain, todo aquello que no le sirviera para conservar la vida en la oscuridad del bosque. Canalizó la confusión y la tristeza aprendiendo a luchar con las manos y con los pies. La táctica le dio buen resultado.

Era lo que quería Isabelle y, poco a poco, Allie advirtió que la directora estaba empezando a perdonarla.

Una tarde, cuando bajaba por la escalinata principal para reunirse con Isabelle, vio la inconfundible coleta pelirroja de Katie Gilmore rebotando hacia ella. Como de costumbre, Allie se desplazó para esquivarla pero aquella vez, para su sorpresa, Katie se interpuso en su camino.

- Hola, Allie -Katie esbozó una amplia sonrisa que dejó al descubierto una dentadura blanca y regular.

Dios mío, pensó Allie, hasta su pintalabios es perfecto. ¿Cómo se las arregla?

- ¿Qué tal, Katie?

Intentó ahuyentar de su voz el tono de desconfianza.

- El viernes, unos cuantos vamos a subir a la torre a encender una hoguera -dijo Katie-. Es una tradición entre los alumnos mayores. Deberías venir.

- A ver si lo he entendido bien -Allie la miró con incredulidad-. ¿Me estás invitando a una fiesta? -hizo una pausa dramática-. Katie, ¿has olvidado tomarte las pastillas?

- Venga, Allie, no seas tonta -la sonrisa de Katie era de una dulzura inquietante-. Será una gran fiesta. Sé que Carter y tú tenéis problemas y quería

asegurarme de que no te quedases llorando por los rincones. ¿Vendrás?

Al oír mencionar a Carter, Allie se crispó. Algo en la manera de pronunciar el nombre le había puesto los pelos de punta. Lo había dicho con segundas, como si tramase algo.

Recuerda que estás a prueba, se dijo Allie, y consiguió encogerse de hombros con indiferencia.

- A lo mejor. Tengo que estudiar.

- Genial -Katie parecía complacida-. Nos han dado permiso especial para quedarnos hasta después del toque de queda. Ven. Será divertido.

Mientras la veía alejarse, la sospecha se apoderó de Allie.

¿Qué estás tramando, arpía pelirroja?

Veintitrés

Aquella tarde, cuando Allie entró en el despacho de Isabelle y le hizo la pregunta de rigor con un gesto de las cejas, la directora, como de costumbre, la miró por encima de las gafas y negó con la cabeza. Allie se dejó caer en la butaca de delante del escritorio con un suspiro.

- Katie Gilmore quiere que vaya a la fiesta del castillo el viernes por la noche. Supongo que eso significa que no debería ir.

Isabelle se quitó las gafas y las depositó sobre el montón de papeles que tenía delante.

- No creo -dijo- que debas planificar tu vida social en función de lo que Katie Gilmore quiere o no quiere que hagas.

- Dice que es legal -siguió diciendo Allie-. ¿Lo es? O sea, ¿pueden asistir las personas que están a prueba?

Isabelle hizo un gesto vago con la mano.

- Es «legal», como tú dices, en tanto en cuanto nadie será castigado por asistir. Es una tradición. Confiamos en que los alumnos serán capaces de reunirse allí arriba sin prender fuego al bosque. Los profesores no vigilan. A los alumnos se les concede una hora de más tras el toque de queda. Si todo el mundo se comporta, el año siguiente se repite. La fiesta se viene celebrando desde siempre; ya se hacía

cuando yo estudiaba aquí.

Allie intentó imaginarse a una Isabelle de dieciséis años charlando con su propia madre a esa misma edad, pero no lo consiguió.

- ¿Pero será... -se encogió de hombros-, ya sabes, seguro? -aún se le hacía raro hablar de seguridad y pronunció la frase casi en susurros-. O sea, ¿Raj Patel estará allí?

La directora esbozó una sonrisa melancólica.

- El mero hecho de que formules esa pregunta da cuenta de tus progresos y de tu falta de progresos al mismo tiempo. Pero la respuesta es sí. Los guardias de Raj Patel andarán cerca. Habrá vigilancia extra esa noche. Será muy seguro.

- Da igual -musitó Allie, en plena contradicción-. Seguramente no iré. Paso de fiestas y hogueras de mierda -Isabelle la miró sobresaltada-. Disculpa el lenguaje.

- Te voy a decir algo que tal vez te sorprenda, Allie -mirándola a los ojos, Isabelle se acercó a ella-. Quiero que vayas a esa fiesta.

- Dios -Allie se hundió en la silla-. ¿Tú también?

Isabelle prosiguió como si no hubiera oído a su alumna.

- Las últimas semanas han sido estresantes para todos, pero muy especialmente para ti. Y después de los problemas que has tenido con Carter... -rodeó el escritorio y se plantó delante de Allie-. Creo que lo has gestionado todo de maravilla. Tu trabajo es ejemplar. Sin embargo, me preocupa lo que esté pasando aquí -le golpeteó con el dedo índice la zona del corazón-. Y me gustaría que te divirtieras un poco. Prométeme que irás.

Allie se apartó y miró a otro lado.

- Isabelle...

En verdad no tenía ninguna gana de asistir.

Sin embargo, la directora no pensaba ceder.

- Prométeme, como condición para superar tu periodo de prueba, que irás e intentarás divertirte.

- Vale -aceptó Allie de muy mala gana-. Iré. Pero no te prometo que me divierta.

- Bien -Isabelle regresó al asiento del escritorio-. Eso sí, mantente alejada de Katie Gilmore. No os convenís mutuamente. Y no tienes permiso para pelearte.

Allie la fulminó con la mirada.

- Genial.

Cuando Allie entró en la sala común al cabo de unos minutos, encontró a Zoe acurrucada en un sofá leyendo *La señora Dalloway* con expresión perpleja.

- No lo pillo -dijo. Dejó el libro sobre una mesa-. En este libro, todo el mundo miente sin parar. Menuda chorrada. Nadie habla con claridad. ¿Y por qué están todos tan deprimidos?

- ¿Por la guerra? -sugirió Allie, sentándose al mismo tiempo en la otra punta del sofá de piel.

- Nosotros estamos en guerra -objetó Zoe-, pero no somos desgraciados.

- Es verdad -Allie lo meditó un instante-. No sé... Puede que... estén a dieta.

La idea aplacó a Zoe.

- Vitaminas -asintió con conocimiento de causa.

- ¿De qué habláis?

Rachel llevaba una pila de libros tan alta que le llegaba a la nariz. El montón se tambaleó cuando lo depositó con cuidado sobre una mesa cercana.

- De vitaminas -explicó Zoe.

- Claro.

Rachel ordenó los volúmenes mediante un complicado sistema, como si barajase un grueso mazo de cartas. Allie y Zoe intercambiaron una mirada perpleja.

- ¿Té? -sugirió Allie esperanzada-. ¿Y algo de comer?

Rachel, que sostenía un polvoriento libro encuadernado en piel, alzó la vista.

- Desde luego.

Faltaban varias horas para la cena y las cocinas estaban vacías. Varias barras de masa de pan reposaban cubiertas con paños sobre un mostrador, como cadáveres diminutos. La habitación olía a levadura caliente.

Había dos grandes neveras; los alumnos tenían permiso para coger leche y tentempiés de una de ellas, pero no podían tocar la segunda.

- A ver... -Rachel abrió la nevera de los estudiantes y escudriñó el interior-. Oooh, bocadillos. ¡Bravo!

Sacó una bandeja envuelta en plástico de cocina que contenía bocadillos de pan de molde cortado en diagonal. Se estaban sirviendo té cuando Jo apareció en la cocina.

- Las mentes geniales... -dijo mientras cogía una taza.

- Oye, y hablando de esa maldita fiesta... -suspiró Allie.

- A mí no me miréis -casi asustada, Rachel retrocedió-. Yo no pienso ir. Voy retrasada en todo.

Jo levantó la mano.

- Yo sí pienso ir.

- Yo quiero ir -dijo Zoe masticando un trozo de queso. Allie la miró con expresión dubitativa.

- ¿Puedes? Es para los alumnos de los últimos cursos.

Zoe la asesinó con la mirada.

- Puede que sea pequeña, pero voy al mismo curso que tú.

- Es verdad -intercedió Jo-. Zoe puede venir -se volvió a mirar a Allie-. Oye, ¿por qué no vamos todas juntas?

- Yo no quiero ir -enfurruñada, Allie se apoyó contra el mostrador-. Isabelle me obliga.

- No será tan malo -la animó Jo-. Yo puedo ser tu pareja.

- Nada de besos -dijo Allie.

- ¿Te podré coger la mano? -propuso la otra en tono esperanzado.

- Trato hecho.

- ¿Me he abrigado bastante?

Jo estaba en el vestíbulo, junto a la puerta trasera, envuelta en un chal de color rosa, unas gruesas botas blancas, un anorak acolchado y unas mallas térmicas. Faltaba poco para las nueve y todas estaban a punto para la fiesta, pero, más que para remontar una colina inglesa, Jo se había vestido como para esquiar en los Alpes.

- Creo que sobrevivirás -se burló Allie mientras se abrochaba el abrigo. Se había puesto dos pares de leotardos bajo la falda del uniforme y las botas Doc Martens de caña alta.

Jo se fijó en el calzado de Allie y comentó:

- ¿Están aisladas? Se te pueden enfriar los pies.

- Da igual -Allie se anudó la bufanda-. Donaré mis dedos a la ciencia.

- ¡Eh, esperad!

Allie se volvió a mirar y vio que Zoe corría por el vestíbulo abrochándose el abrigo. Un gorro con borla de color azul eléctrico le cubría la cabeza.

- Vamos -dijo Allie-. Nos cogeremos de la mano durante todo el camino y luego nos daremos el lote.

- Dijiste que nada de besos -le recordó Jo mientras abría la puerta.

- Quería decir sin lengua.

Una noche oscura y estrellada las envolvió en cuanto salieron; la luna, casi llena, brillaba con tanta fuerza que no les hizo falta encender la linterna hasta que llegaron al bosque que se extendía por la falda de la colina.

En fila de a una, recorrieron un sendero poco transitado que serpenteaba montaña arriba desde el huerto vallado.

A la luz de la luna, Allie veía su propio aliento suspendido en el aire. No tenía ganas de asistir a la fiesta pero debía admitir que era agradable olvidarse por un rato de los deberes y de la Night School.

- Nunca he estado allí arriba -comentó señalando al frente-. ¿Es guay?

- Se supone que el castillo está encantado -dijo Zoe.

- Se supone que todo por aquí está encantado -resopló Jo.

- Ya, pero se supone que el castillo está encantado de verdad -el tono de voz de Zoe daba a entender que la posibilidad de que hubiera fantasmas en la torre se le antojaba divertida y absurda al mismo tiempo-. Cuentan que perteneció a un noble católico. Enrique VIII lo sometió a brutales torturas y luego lo ejecutó.

- ¿Y se aparece en la torre? -preguntó Allie.

- No. Su mujer se puso furiosa cuando Enrique VIII lo cortó en pedazos y decidió apoyar a los rebeldes. Dicen que los escondía por aquí; puede que incluso en el viejo caserón que antaño se erguía donde ahora está el colegio -aflojaron el paso, pendientes de las palabras de Zoe-. Parece ser que los soldados del rey la prendieron a ella también, pero la mujer no se rindió. Sus seguidores y ella presentaron batalla a lo largo de varios días. Al final, los soldados los mataron a todos excepto a la mujer. Luchó con uñas y dientes. Dicen que se cargó a cinco hombres como mínimo. El enemigo, por desgracia, era muy numeroso. La acorralaron en su dormitorio, en lo alto de la torre -señaló la cima de la colina,

donde la siniestra silueta de las viejas ruinas las acechaba como un buitre-. Después de clavarle la espada, la despellejaron muy lentamente, mientras aún estaba con vida -susurró la última frase-. Dejaron los ojos para el final.

- Ahórrate los detalles escabrosos -murmuró Jo.

- Desde entonces, el castillo ha estado deshabitado. Cuentan que en las noches de luna su fantasma camina por lo alto de la torre oteando la zona en busca de soldados. La imagen produce escalofríos porque ya no hay torre que valga -Zoe había bajado tanto la voz que ahora hablaba en susurros-. Debe de flotar en el aire.

- Hola.

La voz de Lucas surgió de la nada y todas gritaron a la vez.

- Por Dios -la luz de su linterna las cegó-. ¿Qué demonios os pasa?

- Zoe nos estaba contando una historia de terror -le explicó Jo a la defensiva.

- Ah -Lucas sonrió a Zoe-. ¿Les estabas hablando de la dama flotante?

Esta sonrió a su vez.

- Ya lo creo.

Entrechocaron las palmas.

- Brutal. Me encanta esa historia. Pone los pelos de punta.

- Se la han tragado de principio a fin -dijo Zoe satisfecha.

- ¿Dónde está todo el mundo?

Enfocando los alrededores con la linterna, Allie vio árboles y poco más.

- Aún no hemos llegado -aclaró Jo.

Allie oyó unas carcajadas lejanas que bajaban transportadas por la brisa.

- ¿Ya han encendido la hoguera? -preguntó Jo cuando echaron a andar de nuevo.

- La estaban prendiendo cuando he bajado -Lucas parecía incómodo-. He venido a buscar a Rachel. ¿La habéis visto?

- No viene -respondió Allie desconcertada-. ¿No te lo ha dicho?

- Sí -el chico hundió las manos en los bolsillos y dio una patada a un guijarro, que rodó por la pendiente-. Pensaba que a lo mejor había cambiado de idea.

- Siéntate con nosotras -lo invitó Zoe-. Nos besaremos con lengua.

Él la miró de hito en hito.

- ¿Perdona?

- Sin lengua, Zoe -la corrigió Jo en tono remilgado.

- Bueno -añadió Allie mientras remontaban la cuesta-, la lengua es optativa.

La pendiente menguó cuando se acercaron a la cima y Allie distinguió la vieja torre. El olor dulzón de la hoguera impregnaba el aire y alcanzó a oír voces y gritos.

La tensión que la historia de Zoe había creado cedió un poco cuando se acercaron al castillo por el pedregoso sendero.

Lucas las guio a una especie de escalera natural hecha de piedras caídas que trepaba por el muro. La parte más alta medía casi un metro de ancho y se quedaron un momento en fila, mirando al otro lado, donde ardía una enorme hoguera. Los estudiantes hablaban y reían alrededor, como en un aquelarre.

Cuando se acercaron al fuego, Katie acudió a recibir a Allie.

- Eh, has venido -llevaba un anorak de esquí y un gorro blanco de cachemira-. Bienvenida. Hay bebidas y nubes, claro -su sonrisa la desarmó-. Ven, por aquí.

Mientras Katie regresaba a la hoguera, Allie se quedó un poco atrás para susurrarle a Jo.

- Katie ha perdido un tornillo. Pónselo.

- ¿En qué momento ha dejado de odiarte? -Jo parecía tan perpleja como Allie-. ¿Y por qué no he sido informada?

- Esa chica me cae mal -dijo Zoe, que justo entonces divisó a un conocido y echó a correr.

Mientras se aproximaban al fuego, Allie buscó a Carter con los ojos por pura fuerza de costumbre, pero no lo vio. Echando un vistazo al grupo, posó la mirada en Sylvain. Aparte de unos cuantos rasguños, su cara había vuelto a la normalidad. El cardenal que tenía en el cuello tardaría más en desaparecer. Estaba sentado junto a Nicole, que con su abrigo negro y sus orejeras destilaba tanto *glamour* como siempre. Al verlos juntos, se le encogió el corazón; hacían una pareja ideal. Allie, en cambio, no hacía pareja con nadie, ni buena ni mala. Cuando Nicole la vio desde el otro lado de las llamas, agitó una botella de champán en su dirección y sonrió.

Allie levantó la mano con inseguridad.

Jo la empujó hacia delante, donde el fuego era más cálido. Se sentaron en una piedra alargada que en otro tiempo había pertenecido a los cimientos del castillo. Zoe se les unió y las tres se quedaron mirando cómo un alumno acercaba un palo al fuego. Cuando la nube del extremo se tostó, el aire empezó a oler a caramelo. Allie inspiró profundamente, inhalando aquel aroma a acampadas e infancia.

- Yo quiero -dijo en tono lastimero.

- Lucas -ordenó Jo.

El chico se giró hacia ella con una ceja enarcada.

- Esa cosa blanda y pringosa, por favor.

Lucas cogió una rama en forma de vara del montón que tenía a los pies. Alguien les pasó una bolsa de nubes.

Las botellas de vino y de champán circularon también. Algunos de los presentes tenían vasos de plástico; otros bebían directamente de la botella. Cuando le tendieron una a Jo, Allie contuvo el aliento, pero descubrió aliviada que Jo la rechazaba con un gesto.

- Me he vuelto una santa -le dijo a la persona que se la ofrecía-. ¿No te habías enterado? Santa Jo Abstemia y Mártir.

Allie rehusó el vino también. Después de lo sucedido durante el baile de verano, no le apetecía nada descontrolarse.

Jo clavó otra nube en el extremo del palo.

- Me encantan pero solo puedo comer tres -dijo contenta-. Si como más, vomito.

Un estudiante añadió madera al fuego, que chisporroteó alegremente, sumiendo en oscuridad los bosques circundantes. El calor se enroscaba en torno a ellos como hilillos de lana. Echándose hacia atrás, Allie miró las ruinas de la torre que se cernían en lo alto, con sus almenas semejantes a dientes mellados y sus aspilleras parecidas a ojos.

- Me pregunto si hay algo de verdad -murmuró, pensando en voz alta.

Jo la interrogó con la mirada. Allie distinguía apenas el azul de sus ojos a la luz del fuego.

- En la historia de la dama asesinada, quiero decir -aclaró-. Me pregunto si pasó realmente.

Jo sostuvo la nube justo por encima de las llamas.

- Mi hermano dice que vio el fantasma cuando estudiaba aquí.

Allie se echó hacia atrás con expresión escéptica.

- Solo intentaba asustarte.

Incómoda, Jo se encogió de hombros.

- Puede ser. Pero no lo creo. Tom no se asusta de nada. Y fuera lo que fuese lo que vio aquella noche, te aseguro que se asustó.

Los alumnos de alrededor empezaron a interesarse en la conversación.

- ¿Qué vio exactamente?

Lucas estaba sentado junto a Jo, con una botella de champán en la mano.

- Dice que subió con unos cuantos amigos a encender una hoguera, igual que nosotros, solo que se metieron en la torre. A media noche, oyeron unas pisadas en lo alto. Asegura que el suelo de madera crujía con cada paso. Solo que... allí no hay suelo. Solo espacio vacío.

Se había hecho un silencio en el grupo. Allie tragó saliva.

- Así que decidieron salir por piernas, ¿sabéis? -prosiguió Jo-. Echaron a correr. Pero justo antes de descender por la ladera se volvieron a mirar y la vieron.

- ¿Qué vieron? -preguntó alguien.

- A una mujer vestida con una túnica gris que los estaba mirando -señaló un lugar por encima de la torre-. Justo allí.

Todos los presentes soplaron el aire a la vez, como si exhalaran un suspiro colectivo. Alguien soltó una risilla nerviosa.

- Seguro que se lo imaginó -dijo Katie, que se estaba sirviendo champán en un vaso de plástico.

- Es posible pero... ¡Mierda! -la nube de Jo estaba ardiendo y ella la sopló con fuerza. Por desgracia, para cuando consiguió apagar el fuego el dulce había quedado reducido a carbón. Lo tiró a la hoguera-. Nunca ha vuelto a acampar aquí.

Lucas echó un trago antes de pasarle la botella a un amigo.

- He estado aquí montones de veces y nunca he visto...

En aquel momento, un tronco restalló con la fuerza de un disparo y todos dieron un respingo. Varias chicas gritaron antes de estallar en risas.

- No me gustan las historias de fantasmas -protestó Nicole-. A los muertos les molesta que se hable de ellos. Es peligroso. Hay que dejarlos en paz.

- ¿Crees en los fantasmas? -preguntó Lucas.

- ¡Pues claro! -respondió la joven como si la pregunta se le antojase absurda-. Soy de París. La ciudad está llena de espíritus. Es de necios afirmar que algo no existe solo porque no lo entiendes. Yo no entiendo cómo funciona la tele pero admito su existencia.

Un murmullo recorrió el grupo cuando los presentes consideraron la lógica de su afirmación.

- Esta conversación es deprimente -dijo Katie-. Juguemos a algo.

La propuesta provocó un estallido de risas burlonas.

- ¿Y a qué jugamos? -preguntó alguien-. ¿A serpientes y escaleras?

- ¿Qué os parece «verdad o reto»? -propuso ella sin perder comba-. Hace siglos que no juego.

- Ese juego es muy arriesgado -Nicole se inclinó hacia Sylvain.

Allie advirtió que el chico rodeaba la cintura de la francesa con naturalidad. Pero luego, al mirarle el rostro, se dio cuenta de que Sylvain la estaba observando a su vez. Algo peligroso palpitó en su interior.

Cuando devolvió la atención a la conversación, Katie se había puesto al mando. Se había subido a una piedra para que todo el mundo pudiera oírla. Tenía el pelo del mismo color que las llamas que la enmarcaban.

- Muy bien, estas son las reglas: pregunta el que acaba de responder. Después de oír la pregunta, se puede elegir verdad o reto -la gente protestó, pero ella alzó la voz para hacerse oír por encima del escándalo-. Así es más seguro. Ya sé que es trampa pero... Empiezo yo -dijo-. Alex. ¿Alguna vez te han hecho una mamada?

- Puaj -Zoe frunció la nariz.

Mirándola, Allie recordó que solo tenía trece años y se preguntó si debería marcharse con ella antes de que la cosa se desmadrara. Ella también se sentía incómoda. Aquel no era el juego de «verdad o reto» que recordaba. Por otra parte, Zoe parecía sentir más curiosidad que otra cosa y no quería abochornarla.

Un chico alto y rubio que Allie conocía de vista se puso en pie con una botella de vino en la mano.

- Verdad -dijo. Se hizo un silencio-. Sí.

Todos silbaron con incredulidad y alguien le tiró un puñado de nubes, que él esquivó.

- Una vez -insistió-. Lo juro por Dios -esbozó una sonrisa lasciva-. No puedo daros detalles porque soy un caballero.

- Lo dudo mucho. Te toca preguntar -ordenó Katie a la vez que le cogía la botella.

- Pru -dijo él.

- ¡Presente! -una chica rubia se levantó entre risas.

- ¿Es verdad que perdiste la virginidad en un yate?

La pregunta fue recibida con carcajadas y exclamaciones mientras Pru, tambaleándose una pizca, sopesaba sus opciones.

- Reto -decidió al fin. Sus amigos aullaron de risa.

Alex meditó un momento el desafío.

- Quítate la parte de arriba y quédate en la torre a solas durante tres minutos.

Pru lo miró perpleja.

- No quiero ir a la torre.

- Es verdad o reto, Pru -señaló Katie muy seria-. Ya conoces las reglas.

Con un suspiro, Pru se desabrochó el anorak y se quitó un jersey de lana. Debajo llevaba una camiseta ajustada de color rosa. Sin demostrar la menor timidez, se la retiró también. Cuando exhibió un sujetador blanco de encaje, los chicos aplaudieron.

- Por el amor de Dios -musitó Jo-. ¿Es que no sientes ningún respeto por ti misma?

- El sujetador también -insistió Alex, aunque no hacía falta, porque Pru ya se lo estaba desabrochando.

- ¡A la torre! ¡A la torre! -coreó el grupo.

Mientras la chica de los pechos al aire desaparecía saludando y riendo en las profundidades de las ruinas, Allie decidió marcharse y llevarse a Zoe con ella en cuanto encontrara el momento. No le gustaban ese tipo de fiestas.

- Alguien debería acompañarla para asegurarse de que no corre peligro -apuntó Alex-. Me ofrezco voluntario.

- No seas caradura -lo reprendió Katie por encima de los abucheos-. Esto no es una película porno. La estoy cronometrando.

Mientras todos hablaban, reían y se pasaban las botellas, Allie se acercó a

Zoe.

- Si quieres marcharte, solo tienes que decirlo -le sugirió con una mirada elocuente.

- Lo encuentro fascinante, desde un punto de vista antropológico -repuso Zoe-. Yo nunca he hecho nada así que, si se da el caso, escogeré verdad.

- Tiempo -gritó Katie-. ¿Pru? Ya puedes volver a vestirme.

Transcurrieron unos instantes y todos guardaron silencio, como si temiesen que la chica no volviese. Sin embargo, apareció saltando junto a la torre y regresó corriendo a su asiento, tiritando. Ya no sonreía.

- Mierda, hace un frío que pela allí arriba. Debería haber escogido verdad.

- Te toca, Pru -señaló Katie.

- Lucas -Pru se abrochó el abrigo y se puso el gorro-. ¿Alguna vez lo has hecho en el edificio del colegio?

Allie notó que Jo se encogía a su lado y la observó con curiosidad; su amiga bajó la vista al suelo.

- Verdad -dijo Lucas sin sonreír-. Sí.

Los chicos que lo rodeaban aplaudieron con sorna. Lucas no miró a Jo.

- Me toca -Lucas cogió la botella que alguien le tendía y dio un buen trago-. Katie.

Los presentes aplaudieron entusiasmados mientras la pelirroja se ponía en pie con expresión desafiante.

- Verdad o reto -empezó a decir Lucas-. ¿Alguna vez lo has hecho en el parque del colegio? En el cenador, por ejemplo, después del toque de queda.

- Verdad -escogió Katie con una mano en la cadera-. Ya lo creo que sí.

El grupo al completo se echó a reír.

- Me toca -dijo la pelirroja volviendo la vista hacia el fuego. A la luz de las llamas, su rostro no parecía de este mundo-. Allie.

La aludida se sobresaltó tanto que dio un respingo. Jo le apretó la mano con ademán compasivo.

Al conocer el nombre de la elegida todos prorrumpieron en exclamaciones y risas.

Despacio, Allie se levantó y volvió la cabeza hacia Katie. Con el estómago encogido, miró su cara iluminada por el fuego.

No debería haber venido. Lo sabía.

Esperaba que le preguntaran por algo de tipo sexual, mamadas y cosas que nunca había hecho. Sin embargo, Katie escogió un tema totalmente distinto.

- ¿Eres la nieta de Lucinda Meldrum?

Fue como si el tiempo se detuviera.

Un murmullo de sorpresa se elevó entre los presentes. Allie era consciente del fuego que chisporroteaba a su espalda. Jo le soltó la mano.

Atónita, Allie miró a Katie con incredulidad. La pelirroja exhibía una expresión triunfal; ya conocía la respuesta. Por fin, Allie recuperó la capacidad del habla.

- Reto.

Los susurros se arremolinaron a su alrededor. Deseó que Jo no hubiera retirado la mano.

- Besa a Sylvain -las palabras de Katie cayeron sobre Allie como carámbanos-. Apasionadamente.

Veinticuatro

- ¡No! -horrorizada, Allie retrocedió un paso-. Eso no es... Está con Nicole.

Se sintió asqueada. Como si acabara de aterrizar en un *reality* televisivo de esos que te obligan a hacer cosas humillantes.

- No pasa nada -intervino Nicole alegremente-. A mí no me importa.

Katie no apartaba los ojos de Allie.

- Tienes que hacerlo. Si no, todo el mundo sabrá que eres una cobarde y una mentirosa.

El comentario provocó una exclamación general. Cuando Allie volvió la cabeza hacia Sylvain, lo vio mirar a Katie con manifiesto desdén.

Allie no sabía qué hacer. Pasara lo que pasase, tendría que cargar con ello durante el resto de su vida en Cimmeria. Todo el mundo parecía contener el aliento; aguardaban su decisión.

Tenía las piernas agarrotadas y tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para

salvar el espacio que la separaba de Sylvain y Nicole. Los alumnos se retiraron para cederle el paso, como si fuera un miembro de la realeza. O una apestada.

Delante de Nicole, mostró las manos vacías con ademán de impotencia.

- No quiero... -dijo antes de interrumpirse y volver a empezar-. Es tu novio. Esto no está bien.

Nicole se inclinó hacia delante y acercó los labios al oído de Allie para susurrar: - Sylvain no es mi novio.

Parecía un poco achispada. Cuando se separó de Allie, le dirigió una mirada cargada de significado. Luego dijo en voz alta, para que todo el mundo la oyera: - Yo sé lo que hacer.

Volvió a acercarse a Allie. Esta, desconcertada, pensó que Nicole le iba a susurrar algo más, pero lo que hizo fue cogerla por la bufanda y atraerla hacia sí para besarla en los labios. Allie se quedó petrificada. Los labios de Nicole eran suaves y sabían a champán. Olía a jazmín y a rosas. Besarse con una chica no le pareció desagradable, solo... raro. Sobre todo cuando la melena de Nicole se deslizó hacia delante y le rozó la mejilla como un ala.

Al cabo de un instante, Nicole se apartó y miró a los presentes encogiéndose de hombros con elegancia.

- Ahora ya puedes besar a Sylvain, porque yo te he besado.

Mientras se sentaba, sonaron silbidos y aplausos de aprobación, pero Allie se percató de la confusión que ocultaba el griterío. Sabía que todo el mundo se estaba preguntando por qué Katie había mencionado a Lucinda Meldrum.

Apenas podía respirar cuando se volvió a mirar a Sylvain. El chico tenía la espalda tensa, los puños apretados a los costados. Saltaba a la vista que estaba enfadado.

- Este juego es una chorrada, Allie -protestó-. No tenemos que hacerlo. Katie -levantó la voz-solo quiere meter cizaña, como de costumbre.

Según lo miraba a los ojos, de color zafiro en la oscuridad, Allie pensó que le iba a estallar el corazón de dolor y anhelo. Katie era única para idear torturas que pusieran a los demás entre la espada y la pared. Sin duda, sabía que Sylvain y ella se sentían mutuamente atraídos. El cotilleo habría llegado a sus oídos. También sabía lo mal que se sentiría Carter si lo averiguaba, pero le daba igual.

Confusa a más no poder, Allie estaba a punto de echarse a llorar. Dio un paso hacia Sylvain y le susurró en voz tan queda que nadie más pudo oírla: - No puedo... Carter...

A la mención de Carter, el chico retrocedió como si lo hubiera abofeteado. Allie notó que se quedaba sin aliento. El corazón le latía con desenfreno, fruto de la rabia, el bochorno y la pérdida al mismo tiempo.

Tengo que salir de aquí.

Si no lo hacía, acabaría por besar a Sylvain, golpear a Katie o sufrir un ataque de pánico. Y no podía permitirse ninguna de las tres cosas.

Se dio media vuelta y caminó decidida hacia Zoe, que la observaba boquiabierta. A su lado, Jo miraba el fuego fijamente, evitando los ojos de Allie.

- Venga, Zoe -dijo Allie con voz ronca-. Nos vamos. Ni tú ni yo pintamos nada aquí.

La chiquilla tardó un instante en procesar lo que le decía su amiga. Luego se puso en pie y corrió detrás de Allie, que ya había echado a andar.

Mientras se internaban en la oscuridad, la voz de Katie resonó a lo lejos, rebotando en las piedras del castillo.

- Deberías haber escogido verdad.

- Pensaba que lo de besarnos con lengua era broma -Zoe correteó para mantener el paso de Allie mientras se alejaban del castillo por la pendiente.

Avanzaban tan deprisa que los haces de sus linternas oscilaban enloquecidos, iluminando tanto las piedras del camino como las ramas de los árboles o el cielo nocturno.

- Yo también -repuso Allie apretando los dientes mientras recuperaba el equilibrio tras un resbalón. Inspiró hondo para tranquilizarse y aflojó el paso. Después, caminaron un rato en silencio. Solo el ruido de sus pisadas rompía la quietud del bosque.

- ¿Allie? -preguntó Zoe con voz queda.

- ¿Sí? -dijo Allie, aunque sabía perfectamente lo que le iba a preguntar su compañera.

- ¿De verdad tu abuela es Lucinda Meldrum?

Zoe la miraba casi con reverencia.

Un búho ululó en el bosque cercano. Allie se detuvo.

- ¿Has oído eso?

- Un búho -asintió Zoe-. Está muy cerca.

- Me encanta el sonido que hacen los búhos -Allie bajó la voz mientras

observaba las ramas que se cernían sobre ellas-. Como si lo supieran todo -se hizo un silencio cuando esperaron a que el canto se repitiese. El búho volvió a ulular-. Sí -dijo entonces, con la mirada aún puesta en los árboles.

- ¿En serio?

Zoe la miraba perpleja.

- Sí, Lucinda Meldrum es mi abuela.

Allie echó a andar otra vez. Al cabo de un segundo, Zoe la siguió.

- Pero ¿cómo...? -Zoe saltó una raíz que asomaba en el sendero-. ¿Cómo es posible que nadie supiese que eras su nieta? Todo el mundo sabe de qué familia procede cada cual.

Habían alcanzado la falda de la colina y ahora recorrían el jardín vallado.

- No me apetece hablar de eso -repuso Allie en tono hosco.

Zoe pareció conformarse y cambió de tema.

- Has besado a una chica.

Su voz reflejaba admiración.

- Oh, Dios -Allie recordó el susurro de Nicole: «Sylvain no es mi novio»-. Sí, lo he hecho.

- Te vas a hacer famosa -declaró Zoe.

El edificio del colegio apareció ante ellas.

Rachel estaba medio dormida cuando respondió a la suave llamada de Allie a su puerta. Llevaba un pijama blanco que le sobraba por todas partes y sus rizos, por lo general sedosos, se le enmarañaban sobre los hombros.

- ¿Allie? -tenía cara de sueño-. ¿Qué pasa?

- Allie ha besado a una chica -dijo Zoe.

- ¿Qué? -Rachel las miró de hito en hito.

- Se va a hacer famosa.

Zoe parecía complacida.

La mirada de Rachel se desplazó hacia Allie para interrogarla con la mirada.

- ¿Te acuerdas de esa fiesta a la que no has querido venir? -le preguntó Allie-. Pues has hecho bien.

Rachel aún sostenía la puerta.

- Adentro. Las dos.

Debía de haberse dormido leyendo; había varios libros amontonados en su cama, junto a la almohada. Los retiró mientras Zoe se sentaba en el suelo con las piernas cruzadas y los ojos tan abiertos como si estuviera viendo una película de suspense. Allie se acomodó a horcajadas en la silla del escritorio, con la barbilla apoyada en el respaldo. Rachel, por su parte, volvió a la cama y se tapó con las mantas los pies descalzos.

- Empezad por el principio.

Allie empleó un discurso rápido para contarle lo sucedido aquella noche. Cuando llegó a la parte en que Katie le preguntaba por Lucinda, Rachel silbó entre dientes.

- ¿Cómo se habrá enterado? -murmuró, sobre todo para sí-. A mí no me ha llegado ningún rumor.

- Bueno, todo el mundo sabe que eres amiga mía. A lo mejor evitan hablarte de mí.

Rachel desdeñó la idea con un gesto.

- Sí, pero yo siempre tengo los oídos bien abiertos.

- De todos los alumnos que asisten al colegio por derecho de herencia, ahora eres la más importante -declaró Zoe como si tal cosa-. Más importante que Sylvain.

Allie miró a Rachel.

- No hay forma humana de evitar que se entere todo el colegio, ¿verdad?

Una vana esperanza impregnaba su voz, pero la expresión de Rachel habló por sí sola.

- Lo siento, nena, pero estás vendida -Rachel estiró las piernas por debajo de las mantas-. Ahora cuéntame el resto. ¿Pru volvió a enseñar las tetas? Qué predecible...

A la mañana siguiente, Allie entró en el comedor con la cabeza alta y los ojos fijos al frente. Eligió una mesa situada en un rincón apartado, se sacó un libro del bolso y fingió enfrascarse en el estudio mientras masticaba los cereales. Se sentía observada. Oía susurros. No sabía en qué medida su impresión correspondía a la realidad, pero daba igual; la sensación era la misma.

Cuando alguien arrastró una silla unos minutos después al otro lado de la mesa, se quedó inmóvil, con la cuchara a medio camino de la boca.

- Allie -de mala gana, alzó la vista y se encontró con los ojos azules de Jo, que la miraban sombríos-. Deberíamos hablar.

Mierda.

Dejando la cuchara en la mesa, Allie cogió la taza como si fuera un escudo.

- Claro -procuró no hablar en tono agresivo-. ¿Qué pasa?

- ¿Por qué no me dijiste quién eres?

Allie agachó la cabeza hasta apoyar la barbilla en el pecho. *Ya empezamos.*

- Es verdad, ¿no? -le preguntó en tono herido.

Allie asintió. El sobresalto de Jo fue casi audible.

- Qué fuerte. Y nunca me lo dijiste. ¿Por qué, Allie? Pensaba que era una de tus mejores amigas.

- No lo sabía -repuso Allie, consciente de que la verdad era increíble, de que sonaba a mentira-. Hasta que fui a casa por vacaciones. Y entonces prometí guardar el secreto.

- Pero se lo contaste a otros -la acusó Jo-. A Rachel se lo dijiste, ¿no? Y a Carter.

- Solo a aquellos que debían saberlo. Se lo conté a muy pocas personas.

- A muy pocas personas -repitió Jo-, pero no a mí.

- Jo, por favor -suplicó Allie-. No es nada personal. No quería que nadie lo supiera hasta que...

Pero su amiga no la dejó explicarse.

- Me alegro de que no sea nada personal -echó la silla hacia atrás y se levantó, muy tiesa-. Eso me hace sentir mucho mejor.

Mientras Jo se alejaba, Allie enterró la cabeza en las manos.

Durante todo el día, pensó desolada. Durante todo el día voy a tener que enfrentarme a esto.

Hacía solo unas semanas, habría acudido a Carter en busca de consuelo. Habrían buscado un lugar donde estar solos y él se habría ocupado de que no la importunasen. Pero aquellos días habían quedado atrás.

Tendría que cuidarse sola.

Su paso por el vestíbulo principal provocó un revuelo de susurros, ojeadas disimuladas y miradas fijas.

Al final, se refugió en la biblioteca, donde las gruesas alfombras orientales absorbían los murmullos. Eloise, en su escritorio, estudiaba un documento con un boli en la mano.

- Me gustaría utilizar una cámara de estudio, por favor -Allie intentó adoptar un tono desenfadado, como si pidiera algo así todos los días.

- En teoría, son para los alumnos de último curso... -empezó a decir la bibliotecaria, pero al ver la desesperación que emanaba de Allie cambió de idea-. Y para las buenas alumnas como tú que colaboraron en la limpieza de la biblioteca después del incendio.

Abrió un cajón y sacó un llavín prendido a una anilla plateada.

- La tercera está libre. Puedes quedarte el tiempo que quieras.

- Gracias -Allie distinguió el alivio que rezumaba su propia voz. Eloise debió de advertirlo también, porque la miró preocupada.

- ¿Va todo bien?

- No -respondió Allie a la vez que se daba la vuelta-. La verdad es que no.

Conseguir la llave resultó ser la parte más fácil de todo el proceso. Las puertas de las cámaras eran casi invisibles. Estaban tan bien acopladas al revestimiento tallado de la pared que apenas se veían las juntas. Fue palpando los cuadros, las bellotas y las rosas hasta que dio con una hendidura que por fuerza tenía que ser la jamba de la puerta. Desde ese punto, fue resiguiendo la pared despacio, buscando hendiduras parecidas, hasta dar con la que le pareció la tercera.

A continuación tenía que encontrar la cerradura.

Para cuando dio con ella, oculta en el centro de una flor, estaba enfadada y frustrada. Enfadada consigo misma. Enfadada con Carter y con Sylvain. Furiosa con Katie. Y bastante rabiosa con el estúpido panel.

La puerta se abrió con un chasquido casi inaudible. Cuando Allie pulsó el interruptor de la luz, la habitación cobró vida; los vibrantes colores del mural que cubría las paredes formaban un violento arcoíris muy acorde con su estado de ánimo.

El mural retrataba a un grupo de individuos que, armados con espadas y lanzas, luchaban a ambos lados de un arroyo que fluía por un campo verdeante. Entre las oscuras nubes del cielo, querubines de aspecto amenazador blandían arcos y flechas. Se diría que todos gritaban enfadados.

Allie dejó caer la bolsa al suelo y se puso a andar de un lado a otro,

pasándose las manos por el pelo.

- ¿Qué voy a hacer? -murmuraba para sí-. ¿Cómo voy a solucionar esto?

Se dejó caer en la silla que acompañaba al escritorio y apoyó la cabeza en los brazos. Todo se había ido a pique. ¿Cómo se había enterado Katie de lo de Lucinda? No creía que nadie se lo hubiese dicho. Isabelle no, desde luego. Ni Rachel, ni Carter. Y ellos eran los únicos que lo sabían.

Un golpe en la puerta interrumpió aquellos pensamientos desesperados. Debía de ser Eloise; seguramente algún estudiante de último curso necesitaba la salita. Casi antes de abrir la puerta empezó a protestar: - Eloise, solo llevo aquí unos minutos y...

Cuando vio a Carter al otro lado, se quedó muda. No lo había tenido tan cerca desde la noche que habían roto. Por alguna razón, estar con él era lo que más deseaba y lo último que necesitaba al mismo tiempo. Durante una milésima de segundo, se preguntó si por algún milagro del cielo Carter la había perdonado y las cosas volvían a ser como eran. Cuando vio la expresión hastiada de sus ojos oscuros, su sueño se desvaneció.

Mientras lo miraba, paralizada, Carter señaló con un gesto la habitación.

- ¿Puedo entrar o quieres que nos quedemos aquí plantados?

El tono de impaciencia la sobresaltó y Allie se hizo a un lado a toda prisa.

- Perdona. Entra.

Carter pasó junto a ella mirando a su alrededor. Reparó en la bolsa que Allie había tirado al entrar, cuyo contenido, libros y papeles, se esparcía ahora por el suelo. Mirando el terrible mural que los envolvía, Carter murmuró: - Muy apropiado.

Luego se sentó en la silla que descansaba delante del escritorio.

El flequillo liso le caía sobre las cejas y se lo echó hacia atrás con un gesto distraído que a ella siempre le había encantado. Por un momento, Allie pensó que el corazón se le haría trizas en el pecho, como el cristal que se estrella contra la piedra. Sin embargo, seguía latiendo.

Plantada de espaldas a la puerta, inspiró presa de un estremecimiento. Carter la miró parpadeando.

- He pensado que debíamos hablar.

La voz del chico, tranquila pero distante, heló el corazón de Allie, que se dirigía muy envarada hacia la segunda silla.

- ¿Cómo... cómo estás?

Era una pregunta estúpida, pero Allie quería saberlo realmente.

- Estoy genial, Allie, gracias -Carter sonrió con sarcasmo-. Mi novia se va a corretear por el bosque con otros chicos y no confía en mí lo bastante como para decirme la verdad. Pero, aparte de eso, todo va bien. Me han puesto un excelente en el trabajo de Historia.

- Carter, yo...

- No he venido a pedirte explicaciones -la interrumpió. Calló un momento-. O quizás sí... no sé.

Por un instante, el semblante de Carter reflejó un dolor tan intenso como el de ella misma. Incapaz de soportarlo, Allie se miró las manos y advirtió que temblaban una pizca. Las escondió bajo los muslos.

- Te he visto entrar aquí y he pensado que debía hablar contigo.

Allie seguía con la mirada gacha, y Carter alzó la voz, solo un poco.

- Mírame, Allie.

De mala gana, ella levantó los ojos. La tristeza había abandonado el semblante de Carter para ser remplazada por una gélida indiferencia.

- Me he enterado de lo que pasó en la fiesta de ayer por la noche.

A Allie se le revolvió el estómago.

- Yo... Pero si...

- No hablo de que te enrollaras con Nicole ni de que protagonizaras una escenita con Sylvain, aunque podemos comentarlo si quieres -replicó Carter con frialdad-. Me refiero a lo que dijo Katie de Lucinda. Quería que supieses que nunca le he hablado a nadie de Lucinda, y nunca lo haré.

Ella lo miró fijamente.

- Ni se me había pasado por la cabeza.

La intensidad de la reacción de Allie cogió al chico por sorpresa. Permaneció unos instantes en silencio, clavándole la mirada, pero al final se limitó a decir: - Bien.

Luego hizo ademán de levantarse.

- Bueno, supongo que eso es todo.

- Carter, espera.

Sin pensar lo que hacía, Allie se inclinó hacia la mesa y tendió las manos para obligarlo a sentarse. Carter se apartó y ella, con las mejillas ardiendo, retiró la mano.

- ¿Podemos hablar un momento?

- No estoy seguro de que sea buena idea -dijo él, pero se quedó en el sitio.

- Sé que no he sido del todo justa contigo y lo siento muchísimo, pero tú tampoco has tenido mucha fe en mí. Somos muy buenos amigos pero... -Allie sostuvo la mirada del chico-. He estado pensando mucho en todo esto y creo que no hemos sido la pareja ideal. A ti no te gusta que tome mis propias decisiones y yo no confío en ti lo suficiente como para contarte las cosas. Y sé que eso nos ha causado problemas.

- No solo eso -le espetó Carter-. Te olvidas de Sylvain.

Allie sintió un vacío en el pecho.

- Sí -se echó hacia atrás en la silla y repitió con voz apagada-. Me olvido de Sylvain.

- Tú nunca te has dado cuenta, pero llevas escrito en la cara lo que sientes por él. Cuando él aparece te quedas... helada. Tu expresión se transforma por completo -se rio con amargura.

- Carter -dijo Allie-. Sylvain me salvó la vida. Y si... le tengo cariño es por eso. No porque me guste o lo que quiera que imagines.

- ¿Sabes qué es lo más triste? -Carter exhibía una expresión atormentada-. Que todo el mundo se ha dado cuenta de que te gusta menos tú.

El chico se levantó de repente y se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo con la mano en el pomo. Pronunció las últimas palabras de espaldas a ella.

- Tendrás que perdonarme si no me divierte ver cómo se desarrolla esta pequeña historia de amor.

Cuando Carter hubo salido, Allie hundió la cabeza entre las manos. Solo quería llorar, pero las lágrimas no acudían a sus ojos.

Cuando Allie se cruzó con Katie aquella tarde, ya estaba lista para pelearse con ella. Al ver la característica melena roja a lo lejos en un pasillo no muy concurrido, echó a correr para alcanzarla y la cogió por la manga.

- ¿Cómo lo averiguaste? -preguntó Allie antes de que Katie se hubiera vuelto siquiera a mirarla.

- Si crees que te lo voy a decir, lo tienes claro.

Katie se zafó de Allie y retrocedió un paso.

Llevaba los labios pintados de un tono marrón albaricoque a juego con su tono de piel. A Allie le enfureció descubrir que la belleza de Katie la hacía sentir insegura una vez más.

- La verdad es que nos mentiste a todos -prosiguió Katie-. Ahora la gente sabe que eres una mentirosa y tendrás que afrontar las consecuencias de tus actos. No me culpes a mí por ello.

Allie se estremeció de rabia.

- ¿Ah, sí? ¿Desde cuándo guardar silencio acerca de un asunto familiar privado es mentir? Además, ¿qué os importa, a ti o a quien sea?

Al principio, los demás alumnos pasaban de largo pero luego, presintiendo que se avecinaba una pelea en toda regla, se pararon a mirar. Pronto se reunió un pequeño gentío en torno a las dos chicas.

Katie la miró aburrida.

- Te preguntamos varias veces si estabas aquí por derecho de sucesión y dijiste que no. Querida, nadie tiene más derecho a estar aquí que la nieta de Lucinda Meldrum y me cuesta mucho creer que no lo supieras. De modo que la cuestión es: ¿por qué mentiste?

Al ver que Allie titubeaba, Katie esbozó una sonrisa triunfal.

- Dínoslo, Allie -señaló con un gesto a los espectadores-. No se lo contaremos a nadie. ¿Por qué mantuviste en secreto tus vínculos familiares?

- Porque no es el maldito asunto de nadie -le espetó Allie, con las mejillas ardiendo.

Katie puso los ojos en blanco.

- Menuda respuesta. Además, ahora todo el mundo está al corriente.

- Gracias a ti.

- Sí -Katie sonrió-. De nada.

Mirándola a los ojos, Allie supo que aquella discusión era inútil. Katie jamás revelaría su fuente; se estaba divirtiendo demasiado.

Derrotada, se dio media vuelta, pero las palabras de despedida de Katie volaron hasta ella como cuchillos.

- ¿Por qué no vas corriendo a contarle tus penas a Sylvain? Ay, no -se tapó la

boca-. ¿Debería haber dicho a Carter? No. Perdona, ¿con cuál de los dos sales esta semana?

Cuando una furiosa Allie se dio media vuelta con los puños apretados, los ojos verdes de Katie se abrieron de par en par.

- ¡Oh, no! ¿Vas a pegarme? -se rio en tono condescendiente-. ¡Madura de una vez, Allie! ¡Eres patética!

- ¿Allie es patética? -la voz sedosa de Nicole las pilló a ambas por sorpresa. Allie se giró a toda prisa y vio a la francesa, que de pie a su lado taladraba a Katie con la mirada-. Me parece que te confundes, Katie, acerca de quién es patética.

Alguien se rio por lo bajo. Aturdida, Katie echó un vistazo a los espectadores antes de recuperar la sangre fría.

- Ah, Nicole, la que faltaba. Ya sé que te besuqueaste con ella pero, ¿de qué va todo esto? ¿No te habrás enamorado de Allie?

Nicole torció la cabeza a un lado y la melena oscura se le deslizó hacia el hombro. Miró a Katie como quien mira a una babosa.

- Me parece que lo que te molesta no es a quién besé yo o a quién besó a Allie sino a quién te gustaría besar a ti. Y quién no quiere besarte.

Un desagradable rubor subió por el cuello de Katie hasta teñir su rostro. La pelirroja las miró boquiabierta. Toda su hiriente retórica se había esfumado.

Allie también había perdido la capacidad del habla y volvió la cabeza hacia Nicole con los ojos como platos. La morenita sonrió tan tranquila, como si acabaran de comentar el tiempo.

- Vamos, Allie -dijo alejándose-. Hay personas más interesantes con las que hablar.

- Esto... gracias, Nicole -respondió Allie en plan cutre mientras avanzaba a trompicones detrás de la otra. Nicole caminaba a paso rápido y ligero; pese a lo menuda que era, se movía muy deprisa. Pronto dejaron a Katie atrás-. Estaba a punto de darle un puñetazo.

- Oh, Allie -la morenita esbozó una sonrisa angelical-. Ha sido un placer. Desprecio a Katie Gilmore.

Se abrieron paso entre los alumnos con decisión, aunque Allie no tenía ni idea de adónde iban.

- Oye -dijo-, respecto a lo de anoche...

- Fue divertido, ¿verdad? La gente alucinó -se rio Nicole-. Pero los ingleses

alucinan con cualquier cosa.

- Eso que dijiste... -Allie la miró de reojo-... sobre Sylvain. ¿No sois novios?

Nicole se detuvo y volvió la cabeza hacia ella con una sonrisa en los labios.

- Sylvain y yo somos amigos desde los seis años. Nuestros padres veranean juntos. Jugábamos en la playa de pequeños y fuimos juntos al colegio. Y cuando nos hicimos mayores... -hizo un gesto vago-... tuvimos algunas experiencias. Pero no salió bien. Se me hacía raro besarle, ¿sabes? -frunció la nariz-. Era como besar a un hermano. Así que ahora somos amigos íntimos -no había nostalgia en sus ojos oscuros-. Creí que te gustaría saberlo.

Los estudiantes reían y charlaban en el concurrido vestíbulo pero Allie ya no los oía.

- ¿Crees que... debería...? -su voz se apagó.

¿Pero qué estoy preguntando?

No obstante, Nicole respondió al instante aquella pregunta incompleta.

- Creo que a veces le damos demasiadas vueltas a las cosas. En ocasiones basta con escuchar a tu corazón. Confiar en tus instintos -señaló una puerta-. Ahora tengo que ir a un seminario de Ciencias. ¿Quieres venir?

Allie negó con la cabeza.

- No, gracias -repuso en tono ausente-. Y gracias otra vez por...

Nicole se encogió de hombros empujando la puerta al mismo tiempo.

- Le he dicho lo mismo a Sylvain.

- Han sido los padres de Katie -Isabelle vertió agua hirviendo en dos tazas mientras Allie se dejaba caer, enfurruñada, en la butaca de las visitas. Un vapor con aroma a bergamota impregnaba el despacho-. Ayer habló con ellos por teléfono, es de suponer que del baile de invierno. Debieron de informarla entonces.

- ¿Y ellos cómo se han enterado?

Allie aceptó la taza de té con leche que le tendía Isabelle y la sostuvo distraída mientras la directora se sentaba a su lado.

- Bueno, eso es más peliagudo -respondió Isabelle en un tono inquietante-. Verás, toda la junta directiva lo sabe, Allie. Lucinda ha decidido no seguir manteniéndolo en secreto.

- ¿Qué? -Allie dio un respingo y se tiró un poco de té por la pierna.

Maldiciendo entre dientes, lo secó con la mano-. ¿Por qué?

- Tras el último ataque, Lucinda juzgó conveniente informar a la junta de lo que se propone Nathaniel. De todo lo que se propone -como Allie se la quedó mirando sin comprender, Isabelle suspiró-. En el seno de la organización están pasando muchas cosas que desconoces, Allie. Nathaniel aspira a mucho más que todo esto -hizo un gesto que abarcaba todo el despacho-. A mucho más que Cimmeria. A mucho más de lo que puedes imaginar siquiera. Nosotros solo somos un grano de arena. Minúsculo pero crucial.

Allie contuvo el aliento. Se había propuesto averiguar cuál era el meollo de todo aquel asunto, pero tenía que jugar bien sus cartas.

- No lo entiendo. ¿De qué le sirve a Lucinda revelar que soy su nieta?

- No lo ha hecho solo por ella. También lo ha hecho por ti -los ojos color miel de la directora sostuvieron la mirada de Allie-. Para protegerte.

- Pues vaya forma de protegerme -la alumna frunció el ceño-. Más bien me ha metido en un lío. Ahora todo el mundo me considera una mentirosa y un bicho raro.

- Pero las personas implicadas saben lo importante que eres para ella.

¿Soy importante para ella?

La idea se le antojaba extraña. Llevaba mucho tiempo pensando que no le importaba a nadie. Y le costaba aceptar que una mujer a la que ni siquiera conocía se preocupase por ella.

- Sigo sin entender.

- Allie -la joven nunca había visto a Isabelle tan seria-. Hay un espía aquí dentro, trabajando para Nathaniel. Por lo que sabemos, puede que esa persona se proponga asesinarte. O a mí. Lucinda ha hecho todo lo posible por evitar que alguien nos ataque desde el exterior. Pero ¿cómo protegernos de los que están dentro? ¿Ocultos a plena luz del día? Necesitamos toda la ayuda posible.

A Allie se le puso la piel de gallina.

- Así pues -prosiguió la directora-, Lucinda ha decidido probar algo distinto. Revelar a los miembros de la organización lo que está pasando. Con la esperanza de que esa atención adicional disuada a Nathaniel y a quienquiera que trabaje para él.

El plan no sonaba muy prometedor. Allie se cruzó de brazos.

- ¿Crees que servirá de algo?

Isabelle bajó la vista.

- No lo sé. Verás, Lucinda se encuentra en una posición delicada ahora mismo, todos lo estamos. Nathaniel está intentando poner de su parte a la cúpula de la organización para forzar a Lucinda a hacer ciertos cambios. A modificar el Reglamento en un sentido que podría... -se interrumpió-. Bueno, que podría arruinarlo todo. Y Lucinda quiere demostrar a esas personas que Nathaniel no es digno de confianza. Que recurre a métodos irracionales. Que es cruel y peligroso -suspiró-. Conozco bien a Nathaniel y sé que nada lo detendrá. Por desgracia, algunos miembros de la junta no se dan cuenta. Él les dice lo que quieren oír.

- Sabes muchas cosas de Nathaniel -dijo Allie-. ¿Lo conoces personalmente? ¿O lo conociste en algún momento? ¿Quién es, Isabelle?

La directora se quedó pensando un momento antes de contestar: - Conocí muy bien a Nathaniel en otra época -hablaba despacio, como si escogiera las palabras con cuidado-. Verás, Nathaniel es mi hermanastro.

Allie se quedó de una pieza.

- ¿Qué?

- Por eso -continuó Isabelle-entendiendo perfectamente lo que te pasa con Christopher. Porque yo viví algo parecido.

Allie se sintió traicionada. ¿Por qué Isabelle nunca se lo había mencionado? No obstante, trató de concentrarse en la conversación.

- ¿Alguna vez Nathaniel y tú estuvisteis... unidos?

- Una vez, hace mucho tiempo. Pero Nathaniel siempre deseaba aquello que no podía tener y me culpaba a mí cuando no lo conseguía.

Allie se la quedó mirando sin entender.

De mala gana, Isabelle se explicó:

- Cuando mi padre murió, me lo dejó todo a mí. El dinero, las casas, las empresas. Todo. Pensó que Nathaniel era demasiado inestable como para confiar en él -la directora jugueteó con sus gafas-. Dejó dicho en el testamento que debía entregarle a Nathaniel una sustanciosa cantidad anual; no le falta de nada. Sin embargo, eso le dio igual. Solo tuvo en cuenta la humillación. El rechazo. Nathaniel nunca me lo perdonó. Es así de sencillo. Y ahora quiere más.

- Isabelle -dijo Allie con voz queda-. ¿Qué quiere Nathaniel exactamente?

La directora se quedó pensando un buen rato. Cuando habló, lo hizo en tono de resignación.

- Todo.

Veinticinco

Si Allie se paraba a pensarlo, su vida en la Academia Cimmeria podía dividirse en etapas bien definidas: antes del baile de verano y después. Antes de Carter. Y después. Y, por fin, antes de «verdad o reto» y después.

Antes de «verdad o reto» no era nadie. Una intrusa.

¿Y después? Se había convertido en una estrella.

Cuando entraba en una habitación, la gente se volvía a mirar. Cuando hablaba, todo el mundo la escuchaba atentamente. Personas con las que no había cruzado ni dos palabras la trataban con una delicadeza extrema.

Solo aquellos que la conocían bien seguían comportándose como siempre.

- Esto es ridículo -dijo Rachel un día, después de que un alumno de los primeros cursos, deslumbrado por la fama de Allie, insistiera en traerle una taza de té y una galleta a la sala común solo porque la había oído comentar que tenía hambre-. Se te va a subir a la cabeza.

- O al culo, más bien -la corrigió Allie dando un mordisco a la galleta.

- Oh, Allie, ¿te puedo llevar los libros? ¿Te apetece algo? ¿Me dejas que te ponga el pintalabios? -Rachel esbozó una sonrisa afectada-. El cabello debe de pesarte mucho. Deja que te lo lleve.

- No seas celosa -Allie le ofreció la mitad de la galleta, que Rachel aceptó a regañadientes-. No te pega. Además, no durará mucho, ¿verdad?

- Espero que no, maldita sea -replicó Rachel con la boca llena-. Aunque esta galleta está deliciosa. A lo mejor nos puede traer más.

- Eh, qué rápido te corrompes -dijo Allie-. «Se volvió una tirana de la noche a la mañana: se vendió por una galleta.»

- Dos -la corrigió Rachel-. Harían falta dos galletas para corromperme.

Por desgracia, solo Rachel y Zoe eran capaces de hacerla reír aquellos días. Jo seguía enfadada con ella. El resto de su vida era tensión y miedo. Y tristeza.

Allie seguía sin saber nada de Christopher, a pesar de su promesa de volver a ponerse en contacto con ella. Y aún no les había contado a Rachel y a Zoe lo que

estaba pasando realmente. A Rachel no podía decirle nada y Zoe era solo una niña. Con el paso de los días, sin embargo, aquel silencio le pesaba más y más, aunque solo fuera porque no tenía nadie con quien hablar del tema.

Lo que era peor: no podía llorar. Llevaba sin hacerlo desde el día que había visto a Carter en la biblioteca. Era como si se hubiera quedado sin lágrimas justo cuando más las necesitaba.

- No es normal que no pueda llorar -le dijo a Rachel-. A lo mejor estoy enferma. Podría ser alguna patología.

- Síndrome de Sjögren.

Sin dar muestras de sorpresa por el súbito cambio de tema, Rachel, que esperaba llegar a ser médico algún día, lo dijo sin alzar la vista del libro de Química avanzada.

Allie la miró de hito en hito.

- ¿Disculpa?

- Es una enfermedad que te impide fabricar lágrimas -Rachel la miró como una profesional-. Pero no es tu caso.

- ¿Cómo lo sabes?

- Es insoportable -pasó una página del libro y escribió algo en el cuaderno-. Prácticamente intentarías arrancarte los ojos cada mañana.

- Qué horror -Allie devolvió la atención a sus propios libros-. Me alegro de no padecerlo. ¿Te imaginas el aspecto que tendría con un vestido de fiesta y sin ojos?

Rachel enarcó las cejas.

- Parecerías una extraterrestre. En realidad, una extraterrestre obsesionada. Estás obsesionada con el baile, Allie. Busca ayuda.

Antes de que llegara el chico de la galleta, habían estado hablando del baile de invierno. O, más bien, Allie había hablado de ello. Era verdad. Estaba obsesionada. Solo faltaban dos semanas. Aparte de la cuestión del linaje de Allie, en los pasillos, el comedor y las aulas todas las charlas giraban en torno a lo mismo. La gente hablaba del baile, el baile y nada más que el baile. Qué se pondrían. Con quién irían. Allie, en cambio, solo pensaba que...

Lucinda estará allí.

La mera idea de conocer a su abuela -de hacerle las preguntas que la atormentaban desde hacía meses-le aceleraba el pulso. Haría cuanto fuese

necesario por acercarse a ella. Incluso ponerse un vestido pijo y dar vueltas en una maldita pista de baile al ritmo de un cuarteto de cuerda.

Sin embargo, el recuerdo del baile de verano seguía fresco en su memoria. Y estando Lucinda, Isabelle y Allie en la misma habitación, ¿no intentaría Nathaniel cometer cualquier fechoría?

Lucinda estará allí, volvió a pensar. Y pasará algo malo.

Aquella noche, en la Sala de Entrenamiento Uno, Allie hacía estiramientos. A su lado, Zoe saltaba de puntillas.

- Espero que salgamos a correr -su voz vibraba con el movimiento-. Me apetece.

- A mí también -dijo Allie acercando la cabeza a las rodillas.

En aquel momento, la voz brusca de Zelazny se alzó por encima del griterío.

- Esta noche empezaremos con una carrera de seis kilómetros.

- ¡Bien! -susurró Zoe, y echó a correr hacia la puerta.

Allie se dispuso a seguirla pero Zelazny la llamó. Al darse la vuelta, vio que el profesor le pedía por señas que se acercase.

Zoe la esperó en la puerta.

- ¿Podemos hablar un momento? -dijo Zelazny con voz tranquila y conciliadora-. Zoe, puede marcharse. Allie se reunirá con usted enseguida.

Mientras salía, Zoe enarcó las cejas; Allie se encogió de hombros con impotencia.

Zelazny esperó a que todos los alumnos hubieran salido. Mientras los dos aguardaban en incómodo silencio, Allie vio gotas de sudor en la frente del profesor, que se estiraba el cuello de la camiseta, como si le apretase.

Allie se cruzó de brazos y miró al suelo.

- Llevo una semana queriendo hablar con usted, Allie -Zelazny carraspeó-. Solo para despejar la atmósfera entre nosotros.

Ella lo miró con desconfianza.

- Hemos experimentado algunas dificultades a lo largo de los meses que lleva con nosotros y... Bueno, tengo la sensación de que no he sido del todo justo con usted -el profesor tosió-. De modo que quería... disculparme en caso de que alguna vez le haya parecido demasiado estricto. Y decirle que espero que colabore

conmigo en construir una buena relación profesor-alumna. Posee usted muchas cualidades y creo que no siempre he sido claro al respecto.

Si Zelazny le hubiera dicho a Allie que acababa de ver un marciano verde comiendo chocolate en la sala común, ella no se habría sorprendido menos.

Él la miraba expectante, con una expresión de pura humildad. Esperaba que Allie dijera algo.

- Ya... Claro, Ze... señor Zelazny -respondió-. Me encantaría. Y gracias, creo -mirando al profesor como si mordiera, la alumna dio un paso hacia la puerta-. Debería...

- Claro -la disculpó él. Allie creyó ver un destello de resentimiento en los ojillos azules del hombre, pero su voz no delataba nada salvo benevolencia-. Únase a sus compañeros. Si necesita algo más de tiempo, tómese. No hay prisa.

Allie abandonó la sala tan deprisa que estuvo a punto de chocar con Zoe, quien aguardaba al otro lado con la oreja pegada a la puerta.

Mientras se internaban corriendo en la fría oscuridad, Zoe dijo: - Menudo papelón ha hecho.

A Allie, todo aquel asunto le provocaba escalofríos.

- Se ha... arrastrado.

Zoe dejó de correr y empezó a botar en el sitio con expresión maliciosa; la noche era clara y a la luz de la luna parecía un duende maníaco.

- Ha sido alucinante. Cree que te vas a chivar a tu abuela -luego, pensándolo mejor, añadió-: Teniendo en cuenta cómo te ha tratado, debe de estar aterrorizado.

- Necesito una ducha -Allie apretó el paso-. Ahora mismo.

Por desgracia, no hubo tiempo para borrar el recuerdo de aquel encuentro. En cambio, tras la carrera, Raj Patel los obligó a practicar una serie de llaves de artes marciales particularmente violentas. A Allie no le importó; por arduas que fueran, gracias al entrenamiento había podido escapar de Gabe.

Cuando se paró a descansar, vio que Sylvain y su pareja practicaban una complicada maniobra de escape. El compañero de Sylvain se abalanzaba sobre él con un gran salto pero, una y otra vez, Sylvain rechazaba el ataque y lo arrojaba a la tarima sin el menor esfuerzo. Después, lo ayudaba a levantarse con una sonrisa azorada.

Como si se sintiera observado, el chico volvió los ojos hacia ella. Allie se quedó un momento petrificada. Sylvain la miró con curiosidad, como

preguntándose qué estaría pensando. Ruborizada, ella bajó los ojos y se agachó para apretarse el cordón.

- Atentos, por favor -todos se volvieron a mirar a Zelazny, que se dirigía al centro de la sala-. Raj Patel quiere decir unas palabras sobre lo que sucederá a lo largo de las próximas semanas.

El señor Patel caminó hacia Zelazny con paso decidido y luego se dio la vuelta para abarcarlos a todos con la mirada.

- Como ya sabéis, mi empresa lleva todo el trimestre ocupándose de la seguridad de Cimmeria. Puede que sepáis también que dentro de dos semanas se celebrará una cumbre del G8 en las afueras de Londres, y nos han pedido que nos encarguemos de la seguridad. Al mismo tiempo, altos dignatarios internacionales acudirán al colegio con motivo del baile de invierno. De modo que vamos a tener que multiplicar nuestros recursos.

Posó los ojos en los de Allie apenas un instante y ella sintió un escalofrío.

Algo va mal.

- Voy a contratar a más personal durante esos días pero necesitare vuestra ayuda. La Night School volverá a patrullar con regularidad. Lleváis meses entrenándoos para ello y estáis preparados. Trabajaréis bajo la supervisión de mis propios hombres, que se quedarán aquí mientras los demás estamos fuera. Son expertos en seguridad, muy preparados y altamente cualificados, y no me cabe duda de que aprenderéis mucho de ellos.

Unos dedos gélidos retorcían el pecho de Allie. Toda aquella palabrería sobre lo seguros que estarían y lo preparados que los consideraba se le antojaba hueca.

Lucinda estará aquí. Raj se va. Y va a pasar algo malo.

Veintiséis

Mientras abandonaban la Sala de Entrenamiento Uno, Allie no oía ni una palabra del parloteo que se desplegaba en torno a ella. En cuanto el señor Patel había finalizado su pequeño discurso, un murmullo excitado había estallado entre los alumnos.

- Por fin -sonrió Zoe-. Esto va en serio.

Al otro lado de la habitación, Jules palmeaba la espalda de Carter y Lucas entrechocaba palmas con su pareja de entrenamiento. Igual que Zoe, les emocionaba la idea de participar en los acontecimientos. Allie, en cambio, se sentía como si el suelo se hubiera desplomado a sus pies. Le daba igual lo que el señor Patel hubiera dicho en realidad, ella solo había oído: *Estarás sola cuando llegue Nathaniel.*

Aturdida, avanzó hacia la escalera, impulsada por la corriente de alumnos. Al llegar a la planta baja, se detuvo y miró a lo lejos, sumida en una marea de inquietud. Cuando una mano le tocó el brazo, alzó la vista sorprendida. Los ojos azules de Sylvain le devolvieron la mirada.

El chico se limitó a decir:

- Vamos a ver a Isabelle.

Pasaba de la medianoche y la directora ya se había acostado, así que Allie esperó en el pasillo mientras Sylvain iba a buscarla; como prefecto, se le permitía entrar en el ala de los profesores. El resto de alumnos lo tenía prohibido.

Cuando Sylvain regresó con la directora pocos minutos después, Isabelle llevaba unas mallas y una chaqueta larga, la melena recogida con una pinza.

- Muy bien, vosotros dos. ¿A qué viene todo esto?

Sylvain miró a Allie y esta tomó la palabra para contarle la información que les había dado el señor Patel.

- Ya lo sé, Allie -la interrumpió Isabelle en tono cansado y algo brusco-. No le dejaría marchar si no me pareciera seguro. Dejará aquí a algunos de sus mejores hombres, personas muy preparadas, y nos enviará a otros colaboradores suyos también.

- Pero... -la reacción de la directora pilló a Allie por sorpresa. Esperaba, como mínimo, alguna muestra de compasión; una pizca de inquietud por su parte-. ¿Y qué pasa con el baile? ¿Y con Lucinda?

- Creo que Allie tiene razón -intercedió Sylvain-. No es el mejor momento para marcharse.

- Mirad, los dos -dijo Isabelle en su tono más paciente-. Por muy importantes que seamos, no lo somos tanto como el primer ministro. No le puedo pedir a Raj que se quede cuando le han encomendado una misión tan trascendente como esa. Pero os prometo que no faltará seguridad en su ausencia. Habrá más vigilancia. Está todo pensado. Sus hombres estarán por todas partes; dentro y fuera. Son personas muy cualificadas. Si creyera que el hecho de que Raj no esté aquí para supervisarlos todo nos hace más vulnerables, no habría accedido a que se marchara.

Pero estoy convencida de que no es así. Estaremos a salvo -miró directamente a Allie-. Estarás a salvo.

Isabelle pretendía tranquilizarlos y Allie asintió en respuesta. Por desgracia, todos sus instintos le gritaban que su miedo estaba justificado.

Tras la charla con la directora, Allie y Sylvain regresaron al vestíbulo, ahora silencioso. Sus deportivas rechinaban contra el suelo pulido. Sonó un portazo a lo lejos.

Habían apagado la calefacción; el aire era frío y pesado... como si augurara una desgracia.

- Sylvain...

- Allie...

Ambos habían hablado al mismo tiempo.

Plantados al pie de la escalinata principal, se rieron incómodos. Sus voces resonaron en la quietud.

- Tú primero.

Allie temblaba y se envolvió el cuerpo con los brazos.

- Creo que Isabelle tiene razón -dijo Sylvain. Sin embargo, algo en su expresión desmentía sus palabras-. Todo irá bien.

- Claro -respondió ella, aunque no lo creía-. Seguro que sí.

- Podemos hablar con Raj o con Zelazny, si aún estás preocupada -siguió diciendo el chico, pero Allie negó con la cabeza.

- No, no pasa nada. Isabelle se ha explicado muy bien.

Con la cabeza gacha, Allie pensó en todas las cosas que habría querido decirle a Sylvain. Explicarle lo de «verdad o reto». Cuán dividida se sentía. Cuánto detestaba la idea de hacerle daño a Carter y sin embargo...

Sin pretenderlo, levantó los ojos para mirarlo.

Y sin embargo.

Permanecieron unos instantes mirándose en silencio; el momento pareció congelarse en el tiempo.

Allie estaba reuniendo fuerzas para hablar cuando oyeron pasos. Volviendo la cabeza, vio que Jerry Cole se dirigía hacia ellos.

- ¿Qué hacéis aún levantados? -les preguntó en tono brusco-. Ya conocéis el

Reglamento. Allie, ¿acaso no tienes ya bastantes problemas?

Al instante, la aludida dio un paso hacia las escaleras. Jerry solía ser el más relajado de los profesores y su reacción la había pillado desprevenida.

Perplejo, Sylvain frunció el ceño pero enseguida se recompuso.

- Lo siento, Jerry. Ya nos íbamos.

La réplica del profesor los sorprendió a los dos.

- Pues ya estáis tardando.

Jerry se quedó plantado al pie de las escaleras, observando su ascenso.

- ¿A qué viene eso? -susurró Allie sin mirar a Sylvain.

Él respondió en un tono igual de quedo.

- No estoy seguro.

Al llegar al rellano, se volvieron a mirar; Jerry no se había movido.

Cuando se separaron para dirigirse a sus dormitorios respectivos, Sylvain atrajo la mirada de Allie y levantó una ceja; ella se encogió de hombros apenas.

Se despidieron con sendas sonrisas mínimas.

Entre tantas emociones, Allie seguía preocupada por Jo. Dos semanas después del día de «verdad o reto» seguía guardando las distancias con Allie. La ausencia de su amiga aumentaba aún más su sensación de soledad. Estaba decidida a hacer las paces; no solo por ella sino también por Jo.

Por más que la idea del baile aterrorizara a Allie, suponía que para Jo debía de ser aún peor.

Decidió hacer algo al respecto. Al día siguiente, después de cenar, encontró a Jo en la biblioteca, donde estudiaba a solas en una mesa. Su cabello rubio parecía un halo dorado, iluminado desde atrás por la lámpara de mesa.

- Eh -le susurró Allie a un chico que estaba estudiando-. ¿Me dejas un trozo de papel?

Emocionado ante la deferencia, el otro le tendió una hoja.

- Y un boli -Allie hizo un gesto de impaciencia.

Sin pensárselo dos veces, el chico le tendió el bolígrafo que estaba usando y aguardó a que Allie escribiera una nota a toda prisa.

J

Ven a hablar conmigo fuera. POR FAVOR. Te echo de menos.

Lo siento.

A.

- Gracias -le dijo Allie a su fan a la vez que le devolvía el boli-. Hazme un favor. Llévale esta nota a esa chica.

Cuando ella señaló a Jo, el chico se incorporó tan deprisa que estuvo a punto de volcar la silla.

- Relájate -Allie enarcó una ceja-. No hace falta que te hagas daño.

Luego salió corriendo de la habitación y aguardó en el pasillo mordiéndose el pulgar.

Cuando Jo seguía sin aparecer diez minutos después, a Allie se le encogió el corazón.

No vendrá. Nunca me perdonará.

Agachó la cabeza y apoyó un pie contra la pared.

- Mala postura -el tono incisivo de Jo, tan característico de su amiga, hizo sonreír a Allie. Había hablado como la Jo de siempre. La Jo cuerda.

- Has venido.

Cruzándose de brazos, Jo frunció el ceño, pero por primera vez desde hacía semanas Allie creyó distinguir un brillo de guasa en sus ojos.

- Quería presenciar cómo te humillas ante mí.

- Yo he tenido la culpa de todo -dijo Allie-. Soy una idiota. Deberías haber pasado de mí y haberte hecho amiga de la malvada de Katie. Ella te merece más que yo.

Jo hizo esfuerzos por no perder la seriedad.

- Un principio excelente. Por favor, continúa.

- Debería habértelo contado a ti antes que a nadie. Fue una tontería por mi parte no hacerlo, y te prometo -Allie levantó la mano derecha como si prestara juramento en un tribunal-que nunca jamás volveré a ocultarte ningún secreto importante.

Jo sonrió.

- Bien dicho.

- Por favor, por favor, por favor, ¿podrás perdonarme?

- Claro que sí -repuso Jo-. No soy un monstruo.

- Gracias -Allie se abalanzó hacia ella para abrazarla-. No lo habría soportado mucho más tiempo.

- Es duro vivir sin mí -asintió Jo-. Yo también te echaba de menos. Pero nada de secretos, ¿vale? Cuéntamelo todo. No soy de las que, ya sabes, se emborrachan de vodka en el tejado y lo largan todo.

- Todo olvidado -asintió Allie.

La lista de las patrullas estaba expuesta en la pared de la Sala de Entrenamiento Uno. Vigilarían por turnos, supervisados por los guardias de seguridad que Raj había contratado. Cuando no estuvieran patrullando, se entrenarían sin descanso. Las clases eran intensivas pero muy prácticas: cómo escapar, cómo dar la voz de alarma, cuándo permanecer juntos y cuándo separarse, cómo luchar con alguien armado con un cuchillo... o con una pistola.

Allie tuvo que mostrar a los demás cómo se las había ingeniado para apuñalar a Gabe con un palo. Una noche, todos los alumnos de la Night School se dispersaron por el bosque en busca de palos que se pudieran usar como arma, parecidos al que ella había descrito.

A pesar de todo, la intranquilidad de Allie no había menguado y cada noche se aplicaba a fondo; sabía mejor que nadie lo importante que era aquel entrenamiento.

Su primera noche de servicio, Allie y Zoe estaban tan nerviosas que llegaron con mucho tiempo de margen. Las habían convocado a las nueve y en las perchas de los vestuarios les esperaba ya su equipo de patrullaje. Hacía un frío terrible en el exterior, de modo que llevarían mallas y cazadoras térmicas, así como camisetas largas de seda para incrementar el calor. Gorros y guantes negros. Deportivas también oscuras.

Mientras se enfundaban aquel extraño atuendo ante un espejo de cuerpo

entero, Allie observó cómo se había transformado su cuerpo a raíz de todo aquel ejercicio. Los músculos de hombros y brazos se le habían definido, el vientre se le había endurecido. Como corría habitualmente, siempre había tenido las piernas delgadas y fibrosas, pero últimamente la parte superior de su cuerpo se había fortalecido tanto como la inferior.

Ni siquiera parezco yo.

Diez minutos antes de que empezara el turno de las chicas, oyeron una discusión al otro lado del pasillo. Allie se acercó a la puerta para poder distinguir lo que decían.

Una de las voces pertenecía a Jerry Cole. La otra, a Carter.

Canturreando para sí en uno de los cubículos, Zoe no se dio cuenta de que Allie salía.

En el estrecho pasillo del sótano, esta última alcanzaba a oír la acalorada discusión con toda claridad.

- No están preparadas -Carter parecía enfadado-. Es inaceptable. No me puedo creer que Isabelle lo permita. No podéis dejar que salgan solas.

- Zoe ya lleva dos años en la Night School -replicó Jerry-. Está tan preparada como tú.

- Pero es muy menuda -Carter hablaba como si el profesor de Ciencias estuviera obcecado-. Mírala. Ni siquiera me llega a la barbilla. Y Allie solo lleva unos meses entrenando. Ningún otro Neo va a patrullar. No creo que deban salir solas. Debería acompañarlas alguien con más experiencia.

Apoyada contra la puerta del vestuario, la vista de Allie se perdió en las baldosas del suelo mientras seguía escuchando. Advirtió que Jerry intentaba tranquilizar al chico.

- Carter, estoy seguro de que no les pasará nada -insistió el profesor-. Les asignaremos siempre el primer turno y tendrán que pasar informe a cada hora en punto. Las vigilarémos de cerca.

La puerta de la sala se abrió tan de repente que Allie no tuvo tiempo de reaccionar. Plantado en el umbral de espaldas a ella, Carter seguía discutiendo con Jerry. No la había visto.

- Lo siento, pero me parece muy peligroso. Si una de las dos resultara herida...

Mientras proseguía con su discurso, Allie palpó la puerta que tenía detrás. Cuando dio con el pomo al fin, volvió a entrar en el vestuario, justo antes de que

Carter se dio la vuelta.

Al otro lado de la puerta, Allie cerró los ojos un momento para recuperar el aliento. Zoe la miraba con curiosidad desde la otra punta del vestuario, toda vestida de negro.

- ¿Te pasa algo?

- No.

La chiquilla se encogió de hombros y se volvió hacia el espejo.

Mientras finalizaba los preparativos, Allie meditaba la conversación que acababa de oír. Carter no había insinuado qué era lo que le preocupaba tanto. Últimamente se comportaba como si la odiase. El hecho de que intentase protegerla la confundía aún más.

Calándose un gorro, se quedó mirando sus graves ojos grises en el espejo mientras discutía consigo misma. Porque por otra parte... ¿acaso no acababa de presenciar un ejemplo más de la agobiante manía de Carter de sobreprotegerla? *No están preparadas... No podéis dejar que salgan solas.*

Su mirada se ensombreció. *No cree en mí. Jamás ha creído en mí.*

Pocos minutos después, Zoe y ella se encontraban ante el edificio del colegio, oteando la oscuridad de la noche.

- ¿Estás lista, compañera? -preguntó Allie.

- Ya lo creo que sí -respondió Zoe con ardor.

Espero que tengas razón, pensó Allie, pero se limitó a responder: - Vamos allá.

Siguieron la ruta que los guardias de seguridad les habían asignado. Sus pasos crujían en el suelo escarchado y su aliento se condensaba en nubes de vapor mientras corrían por la negrura del bosque, donde no llegaba la luz de la luna. Las envolvía el silencio; ni una pizca de brisa agitaba las copas de los árboles. Solo se oían sus pasos ahogados. Como les habían enseñado en el entrenamiento, corrían sin hacer ruido.

En primer lugar comprobaron la verja, que fueron siguiendo hasta la entrada principal mientras comprobaban que nadie hubiera intentado salvarla, por arriba o por debajo. Afortunadamente, todo estaba en orden. La verja parecía sólida e impenetrable. Tampoco vieron señales de intrusos en la puerta.

Desde allí, corrieron por el bosque hacia el arroyo. El pulso de Allie se aceleraba a medida que se acercaban al lugar donde se había reunido con Christopher, pero el riachuelo discurría inocente y desierto. No había huellas en el

barro; nadie había visitado la zona últimamente.

La puerta del cementerio chirrió lúgubre cuando la cruzaron de camino a la capilla, que estaba cerrada y atrancada. Ninguna sombra traviesa las asustó. Ninguna luz parpadeó en el interior.

A cada hora en punto, debían reunirse con uno de los guardias de seguridad de Raj junto a la puerta lateral del edificio para dar el parte, y en cada ocasión comunicaban que todo estaba en orden.

Cuando corrían a informar por última vez, algo se movió a un lado del camino.

- ¿Lo has visto? -susurró Allie, señalando el lugar donde se había producido el movimiento.

Se detuvieron en seco.

Al principio, la maleza permaneció inmóvil. Luego las ramas secas empezaron a torcerse, como si algo se arrastrara entre las plantas.

- ¿Qué es? -preguntó Zoe con voz tan queda que Allie apenas lo oyó. Esta última negó con la cabeza.

Cuando volvieron a advertir el movimiento, Allie indicó a su compañera por gestos que se acercara por la izquierda. Ella dio un rodeo para aproximarse por la derecha.

Agazapadas, avanzaron lo más silenciosamente posible, pero la maleza que bordeaba el camino estaba seca y crujía con cada paso. Allie tuvo la sensación de que hacían un ruido ensordecedor.

El intruso debió de oírlo también, porque el movimiento cesó.

Allie y Zoe se detuvieron un instante mientras forzaban la vista para poder ver lo que ocultaba la oscuridad. De repente, como surgido de la nada, sonó un extraño bufido, casi un ronquido, que les dio un susto de muerte. Zoe abrió los ojos de par en par. Cuando el sonido se repitió, sonrió aliviada.

- Oh, Dios mío -dijo-. Ya sé lo que es.

Se incorporó con toda tranquilidad, avanzó hacia los helechos secos y los empujó a un lado. Allie corrió a seguirla y llegó justo a tiempo para ver cómo un animalillo cubierto de púas se hacía una bola y se tapaba los ojos.

- ¡Oh! Un erizo -dijo en tono dulce-. Nunca había visto uno al natural. Es precioso.

- Puedes tocarlo -le sugirió Zoe-. No te morderá.

Acercando la mano, Allie pasó un dedo por las púas del animalillo. Al notar el contacto, el erizo se estremeció y se acurrucó aún más.

- Tiene miedo -susurró Allie-. Deberíamos dejarlo en paz.

- Perdona, señor erizo -Zoe soltó los helechos-. No queríamos asustarlo.

Cuando se alejaron de puntillas, el animalillo resopló tranquilo.

Y así transcurrió la noche.

Fuera lo que fuese aquello que Carter tanto temía, sus miedos resultaron infundados. El erizo fue lo más terrorífico que les deparó la vigilancia.

La situación se repitió a lo largo de las noches siguientes: ni rastro de Nathaniel o de Christopher.

Nada en absoluto.

A medida que se aproximaba el día del baile, el humor general mejoraba por momentos. Casi todos los estudiantes habían terminado ya los exámenes trimestrales, los trabajos habían sido entregados y el ritmo frenético que había reinado hasta el último minuto de los plazos de entrega mudó en un ambiente relajado. Los ánimos subieron aún más cuando, al entrar en el aula de Inglés, los alumnos, perplejos, descubrieron la presencia de un televisor en un rincón.

Cuando siguió a sus compañeros al interior del aula, Allie descubrió boquiabierto lo que todo el mundo estaba mirando. Como en Cimmeria estaba prohibida la tecnología, la presencia de un televisor, aunque fuera de los antiguos, los llenaba de emoción, incluso de asombro.

Isabelle contemplaba radiante la reacción de sus alumnos.

- ¿Qué os parece si vemos una película para celebrar el final del trimestre? -preguntó. Se echó a reír cuando su propuesta fue recibida con un aplauso encendido-. Es la versión cinematográfica de un libro que hemos leído últimamente, *La edad de la inocencia*, así que no os emocionéis demasiado. No es la MTV.

Zoe daba botes de alegría en la silla y Allie lanzó una carcajada al ver su reacción. Luego, como siempre, echó una ojeada a Carter, que se había sentado en la otra punta del aula. Charlaba con un compañero y Allie habría jurado que hacía esfuerzos por sonreír sin conseguirlo.

Hundiéndose en el asiento, Allie bajó los ojos al cuaderno. Toda su emoción se había esfumado de un plumazo. Cada vez que miraba a Carter, se sentía fatal.

Cuando Isabelle apagó las luces y conectó el televisor, los alumnos guardaron silencio al instante, como hechizados por el brillo de la pantalla.

- Cuánto lo echaba de menos -susurró alguien.

Aunque la película era lenta y la historia complicada, aquellos espectadores sedientos de tecnología se enfrascaron de inmediato en el relato de un joven que se casa con la mujer equivocada. Y si bien Allie seguía obsesionada con sus miedos e inquietudes, al cabo de unos minutos se dejó llevar por el argumento y empezó a desear que Newland Archer huyese con Ellen.

Cuando Ellen le pregunta: «¿Cómo vamos a ser felices a espaldas de las personas que confían en nosotros?», Allie, sin darse cuenta, se tapó la boca con los dedos.

Sintiéndose observada, alzó la vista. Sylvain la contemplaba desde la otra punta del aula, con el destello de la pantalla reflejado en sus ojos azules. Se miraron durante unos instantes. Toda clase de emociones confusas se apoderaron de Allie, distintas a cualquier cosa que hubiera sentido anteriormente. Se sentía atraída por él, enfadada con él, ansiosa de él... todo al mismo tiempo. Tuvo la sensación de que sus miradas hablaban por ellos. De que expresaban cosas que ninguno de los dos se atrevía a decir en voz alta.

Al final, no pudo soportar la tensión y se obligó a sí misma a devolver la vista a la pantalla. Solo entonces reparó en que apretaba los puños con tanta fuerza que se había marcado las uñas en la palma de las manos como medias lunas blancas.

Veintisiete

El día del baile amaneció despejado y frío. Las previsiones anunciaban nieve para aquel día, y nadie sabía qué era más emocionante, si el baile con su desfile de multimillonarios y líderes políticos o la batalla de bolas de nieve que sin duda se declarararía después de la tormenta.

Aquel día no hubo clase y muchos alumnos pasaron el día haciendo el equipaje; la mayoría partiría al día siguiente a celebrar la Navidad en casa. Allie no tenía prisa. Rachel y ella se quedarían en el colegio hasta Nochebuena y después pasarían unos días en la mansión de Rachel antes de volver a Cimmeria. Los padres de Allie, al igual que Isabelle, no consideraban conveniente que Allie

acudiera a Londres en Navidad. No después de lo sucedido en agosto.

En el vestíbulo de la primera planta se erguía un enorme abeto. Había otro en la sala común, más pequeño, decorado con luces rojas y doradas y tan cargado de bolas que apenas se le veían las ramas. El edificio entero olía a pino y a canela. Los estudiantes tocaban villancicos al piano de la sala común pero Allie, que no estaba de humor para celebraciones, hacía lo posible por ignorar las inminentes vacaciones. Ni bolas ni estrellas recortadas adornaban su habitación.

Su principal objetivo, por el momento, era conocer a Lucinda; hacerle las preguntas que llevaba tanto tiempo queriendo formular.

Su otro objetivo era permanecer con vida.

Seguía pensando que Nathaniel intentaría atacar aquella noche y no acababa de creerse que estuvieran preparados.

Por desgracia, nada impediría que el baile se celebrase. Y cuando Allie llamó a la puerta de Jo por la tarde, cargada con su vestido, se esforzó en adoptar una expresión alegre. Si Jo se daba cuenta de que estaba preocupada, se preocuparía también. Y eso nunca auguraba nada bueno.

A diferencia de Allie, Jo participaba del espíritu navideño con un entusiasmo que rozada el fanatismo. Un árbol de Navidad confeccionado con luces LED decoraba en su escritorio, una ristra de lucecillas iluminaba la estantería y una cinta dorada envolvía su silla, rematada en un enorme lazo. Recostado en una almohada de la cama, un Papá Noel de peluche vigilaba la habitación con desconfianza.

- Creo que deberíamos hacer algo especial para el baile -dijo Jo.

- ¿Qué has pensado?

Allie colgó el vestido de la percha de detrás de la puerta y se dejó caer en la cama junto a Papá Noel.

Jo sacó dos cajitas del armario y se las mostró.

- Puesto que ninguna de las dos tiene pareja, lo que en mi caso es un hecho sin precedentes, deberíamos estar despampanantes -opinó-. Demostrarles a todos lo que se pierden.

Le lanzó una caja a su amiga.

Mientras examinaba el envase, una gran sonrisa asomó al semblante de Allie.

- Eres un genio.

- Ya lo sé -Jo cogió dos toallas-. Me encantaba el color de tu pelo cuando llegaste. De ahí he sacado la inspiración. Venga. Tú y yo. Al baño. Ahora.

Sin hacer caso de las miradas de curiosidad que les lanzaban las otras chicas, se metieron juntas en una ducha, riendo.

Con toda naturalidad, Jo se quitó la camiseta y se envolvió los hombros con una toalla. Allie hizo lo mismo.

Luego, la rubita se puso unos guantes de goma y agitó el frasco de plástico.

- Será mejor que yo te lo ponga primero y luego me lo pones tú a mí. Es difícil hacerlo sola.

Allie se echó hacia atrás mientras Jo le vertía pasta morada en el pelo y se la untaba con las manos enguantadas. Se estremeció complacida.

- Me encanta que me toquen el pelo.

- Ya lo sé. Es como un *cabezagismo*.

- ¿De dónde los has sacado?

Sin dejar de masajear la cabeza de Allie, Jo respondió: - La novia de mi hermano me los ha enviado. La llamé la semana pasada.

El producto desprendía un olor tan fuerte que a Allie le lagrimeaban los ojos.

- ¿Lo planeaste hace tiempo?

- Se me ocurrió cuando hicimos las paces -Jo embadurnó las puntas de la melena de Allie, que borbollaban entre sus dedos-. Como una visión.

Una hora y dos toallas inservibles más tarde, habían terminado. De vuelta en el cuarto de Jo, admiraron el resultado.

La melena de Allie lucía un rojo intenso, casi metálico, y colgaba en mechones húmedos por debajo de los hombros. Jo se había teñido de fucsia sus bucles cortos.

Exhibiendo sus graciosos hoyuelos, esta última sacudió sus rizos mojados.

- Parezco un duende.

Una ola de melancolía inundó a Allie mientras se miraba al espejo.

- Parezco mi antiguo yo.

Como si adivinara los pensamientos de su amiga, Jo buscó los ojos de Allie en el espejo.

- Tu viejo yo es tan hermoso como el nuevo.

Alguien llamó a la puerta.

- No queremos comprar nada, gracias -dijo Jo mientras la abría.

Zoe y Rachel aguardaban al otro lado, cargadas con sus vestidos respectivos.

A insistencia de Allie, habían quedado para arreglarse todas juntas. Se había sentido tan alejada de ellas que quería, aunque solo fuera por esa noche, tener cerca a sus amigas. Donde pudiera controlarlas.

Zoe miraba boquiabierto el cabello rosa de Jo.

- Oh, Dios mío, estás genial.

La tela que llevaba al brazo crujió cuando se puso a saltar de la emoción.

- Entrad -Jo se hizo a un lado-. Y preparaos para la transformación.

Los ojos de Rachel se posaron un instante en la cabeza de Allie.

- Deja mi pelo en paz -protestó Allie.

- Cantón -fue el único comentario de Rachel.

Allie se encogió de hombros.

- Nos ha dado por ahí.

- ¿Puedo teñirme de lila? -Zoe tiró el vestido sobre la cama.

- Por desgracia, tu tierno cabello tendrá que conformarse con su tono natural. Hemos gastado todo el tinte -se disculpó Jo-. Pero puedes pegarte a nosotras e impregnarte de nuestra belleza multicolor. Y te maquillaré si quieres.

Añadió la última frase a toda prisa al ver que Zoe se entristecía.

La chiquilla las miró esperanzada.

- ¿Me pintarás como una mona?

- Tanto como desee tu corazón -sosteniendo un tubo de pintalabios dorado contra la luz, Jo sonrió.

Primero, convirtió el cabello lacio de Allie en una melena de rizos rojos y lustrosos. A continuación, recogió el pelo de Zoe con unas cintas y se lo cepilló hasta que brilló como un cristal oscuro. Luego le repasó los ojos con lápiz azul y añadió una capa generosa de máscara de pestañas. Mientras le aplicaba brillo de labios color fresa, Rachel miró a la más joven con expresión dubitativa.

- Parece una prostituta enana.

- Me gusta -Zoe puso morritos frente al espejo-. Parezco mayor. Más

madura.

- Solo es el baile de Cimmeria. No pasa nada -Jo le indicó a Rachel que se sentara delante de ella-. No va a venir Gary Glitter.

- ¿Quién es Gary Glitter? -quiso saber Zoe.

Las demás ignoraron la pregunta.

Cuando Jo empezó a peinar la melena rizada y oscura de Rachel, esta la miró con desconfianza.

- No suelo hacerme nada en el pelo.

- Yo tampoco te haré gran cosa -Jo agitó un rizador-. Algún toque aquí y allá.

Rachel se encogió de hombros.

- Eso es lo que me asusta.

Ya había oscurecido; una masa de nubes ocultaba las estrellas y se respiraba el ambiente silencioso y denso que precede a las nevadas. A lo largo de la última hora, Bentleys y limusinas desfilaban sin cesar por el camino de grava. Ahora, los coches aparcados ocupaban la entrada hasta donde alcanzaba la vista.

Cuando acabó de peinar la abundante melena de Rachel, Jo echó un vistazo al reloj del escritorio, adornado con oropel dorado.

- Ha llegado la hora, señoritas.

Tras los últimos retoques, se abrocharon los vestidos las unas a las otras y se plantaron ante el espejo de cuerpo entero para comprobar el resultado.

- Parecemos ángeles -dijo Zoe conteniendo el aliento. No podía separar la vista de sus amigas.

- Hadas, más bien -el pelo rosa de Jo destellaba a la luz de la lámpara y su minivestido de terciopelo negro dejaba a la vista unas piernas estilizadas-. O estrellas de cine.

Zoe llevaba un vestido de tafetán verde oscuro, con el cuello alto y la falda circular. Los ojos, muy maquillados, otorgaban al conjunto un delicioso aire punk. Rachel había escogido un vestido rojo mate que le dejaba un brazo y un hombro al descubierto. El toque de la diadema dorada le daba el aspecto de una princesa exótica.

Sin embargo, todas miraban a Allie.

- Allie, cariño -dijo Jo-, estás fantástica.

- Alucinante -asintió Zoe.

- A pesar del pelo -reconoció Rachel.

El vestido *vintage* de Allie era de seda, de un tono azul oscuro, con falda de vuelo que caía desde la marcada cintura hasta la rodilla. Las mangas ceñidas le llegaban justo por debajo del codo y el pelo rojo henna, que destacaba la palidez de su piel, ofrecía el perfecto contraste a la seda del vestido. Allie adoraba aquella prenda desde que la vio por primera vez en su armario, durante el trimestre de verano. Era uno de los regalos de Isabelle, tan misteriosos como acertados.

Allie se sonrojó.

- Bueno, pues dejad que os diga a una cosa: ¿quién necesita a los chicos? Por mí, podemos besuquearnos entre nosotras.

- Otra vez no -murmuró Zoe mientras se dirigía hacia la puerta.

- En serio, Allie -le dijo Rachel-. Al final se va a convertir en una costumbre.

- Estoy segura de que si fuera lesbiana me costaría menos encontrar pareja -Allie las siguió al exterior-. El problema son los chicos.

- No sé -intervino Jo en tono malicioso-. A veces los chicos son la solución.

- No sé de qué estáis hablando -dijo Zoe.

- Yo tampoco -se sumó Rachel.

Cuando llegaron a lo alto de la escalinata principal, todas se reían. Abajo, el gran vestíbulo forrado de roble lucía suntuoso con cintas de terciopelo y ramos de flores rojas y doradas. La prohibición de encender velas sin duda había sido levantada porque las había por todas partes, ardiendo en candelabros, sobre las mesas y en las repisas de las ventanas.

La música clásica procedente del salón de actos inundaba el pasillo entre una cacofonía de voces. El vestíbulo estaba atestado, de adultos principalmente, cuyos lustrosos peinados destellaban a la luz. Todos los hombres iban de esmoquin mientras que las mujeres lucían trajes de diseño a juego con minúsculos bolsos.

- No recuerdo haber invitado a toda esa gente -bromeó Jo mientras bajaban por la escalera, codo con codo.

- Oh, Dios mío. ¿Ese es el presidente Abingdon? -Zoe se adelantó y se abrió paso entre la gente hasta perderse en la multitud.

- Nuestra pequeña -suspiró Jo.

- Se ha hecho mayor -dijo Allie-. Como mínimo de cara. Jo...

- Ya lo sé -se rio Jo-. Es que ella me lo ha pedido.

Al ver a Lucas, muy elegante de esmoquin, Rachel se dirigió hacia él. Allie vio cómo el rostro del chico se iluminaba al verla. Lucas se inclinó hacia delante y le besó la punta de los dedos.

Allie se alegraba muchísimo de verlos tan felices. Pero la dicha de sus amigos le recordaba su propia pérdida.

El salón de actos estaba aún más concurrido. Alrededor de la pista de baile, las mesas se sucedían en espiral cubiertas con manteles rojos. Centros de hiedra oscura decoraban todas las mesas. El ambiente era cálido, impregnado de olor a cera, lirios de invernadero y perfumes caros. En una esquina, una orquesta tocaba un vals. Vestidos de esmoquin blanco, unos camareros muy ajetreados ofrecían copas de champán y vino caliente de Navidad.

Allie divisó a Isabelle junto a la pista de baile. Su vaporoso vestido, ceñido por la cintura, era de color negro con un brocado dorado. Se había recogido el pelo en un moño holgado y reía contenta rodeada de admiradores.

Mirando a su alrededor, Allie buscó con la mirada a una mujer de pelo blanco.

- Caray -comentó Jo, que se había puesto de puntillas para buscar sitio-. Esto está a tope.

- Hay mucha más gente que en el baile de verano -respondió Allie en tono distraído, aunque Jo no lo advirtió.

- Siempre es así. Asiste la junta al completo y todos los padres influyentes... Me parece que allí hay dos sitios.

Jo señaló al otro extremo de la habitación, y las dos chicas intentaron abrirse paso.

Lucinda Meldrum destacaría entre cualquier multitud, incluso en una tan nutrida como aquella. Allie sabía que si su abuela estuviera allí, la vería. Y puesto que no era así, se tranquilizó.

No debe de haber llegado todavía.

No obstante, cada vez que se preguntaba cómo la abordaría, no atinaba a pensar qué le diría. «Hola, abuela, ¿cómo es posible que no nos conozcamos?» No, no le parecía un buen comienzo.

- ¿Por qué no han venido tus padres? -Allie alzó la voz para hacerse oír por encima del estrépito. Estaban sentadas de espaldas a la pared, en una mesa con buenas vistas al salón-. ¿No son ricos e importantes?

- Mucho -repuso Jo sin el menor atisbo de timidez-, pero están ocupados y

no les gusta mucho venir por aquí. Mi padre siempre me dice: «El año que viene, cariño, el año que viene» -fingió un tono desganado-. Y mi madre está muy ocupada con Olivier, su querido de turno.

- Puaj.

Un camarero se acercó a la mesa de las chicas. Allie y Jo pidieron un refresco *light*.

- Exacto -Jo se cruzó de piernas, dejando a la vista la suela roja de sus zapatos de tacón alto-. Eh, mira, los padres de Sylvain están aquí.

Con un gesto de la cabeza, señaló a una elegante pareja que charlaba con Isabelle junto a la pista de baile. Inclined hacia delante, Allie los observó con ávida curiosidad. El hombre tenía la piel blanca y un cabello rubio ceniza surcado de canas. Lucía con elegancia un esmoquin a medida. La mujer, de tez más cetrina, llevaba suelta la melena oscura, que le caía en rizos y ondas por la espalda. El vestido, de seda en un tono bronce, se le ceñía a las estrechas caderas y un collar de diamantes le adornaba la garganta.

Cerca de allí, Katie Gilmore acompañaba a una pareja mayor que debían de ser sus padres. Estaba despampanante con un vestido verde oscuro que destacaba su piel lechosa. Con una pizca de amargura, Allie se preguntó si sería una coincidencia que estuviera tan cerca de la familia de Sylvain.

En aquel momento, para alegría de Allie, Sylvain pasó junto a Katie sin verla y se acercó a su propio padre. Allie hubiera querido no sentir nada, pero se le aceleró el corazón. El impecable esmoquin de Sylvain resaltaba los fuertes músculos de su espalda. El padre se volvió a saludarlo y, a pesar de la distancia que los separaba, Allie pudo distinguir el azul brillante de sus ojos.

- Los ha heredado de él -musitó.

- ¿Eh?

Jo, que tenía la mirada puesta en otra parte, siguió la vista de Allie.

- Su padre -explicó Allie distraída-. Sylvain tiene sus mismos ojos.

El camarero volvió con una bandeja de bebidas. Jo se quedó pensativa hasta que las hubo dejado y luego esperó a que el hombre no pudiera oírlas. Entonces se inclinó hacia delante y golpeteó la mesa con una uña color plata.

- Venga, confiesa, Allie. ¿Qué hay entre Sylvain y tú? He visto cómo lo miras. Y cómo te mira él. La verdad, hasta un ciego se daría cuenta de que pasa algo entre vosotros.

Sonrojándose, Allie apartó la vista de la familia de Sylvain.

- No, qué va... ¿Qué?

- Vamos, Allie -los ojos color aciano de Jo observaron a su amiga con suspicacia-. Soy yo. Te lo veo en la cara. Te gusta.

Presa del pánico, Allie se sintió incapaz de pensar. Se había esforzado tanto en que no le gustase Sylvain... Tanto... Y había fracasado.

- No puede gustarme, Jo.

Allie imploró con la mirada.

Jo parecía desconcertada.

- ¿Por qué no? Es puro sexo con patas. Y tú le gustas.

- Es que, Carter... -farfulló Allie, mientras buscaba una explicación que no sonase absurda-. Odia a Sylvain y no hemos... No quiero hacerle daño.

Posando una mano en el brazo de Allie, Jo señaló a lo lejos; su pulsera de diamantes atrapó la luz y la descompuso en un millón de chispas brillantes. Allie siguió la línea del esbelto brazo de su amiga hasta... Carter y Jules. Él parecía muy alto de esmoquin y ella llevaba un vestido negro, ceñido, que le sentaba a la perfección. Se estaban besando.

- ¿Qué?

Mientras los miraba de hito en hito, Allie hizo esfuerzos por cerrar la boca.

- Ya ves -Jo se inclinó hacia delante para mirarla a los ojos-. Nunca dejes que tu ex novio decida con quién sales. ¿Vale?

- ¿Cuánto tiempo llevan...?

- ¿Qué más da?

Tanto preocuparme por si le hacía daño a Carter y él... ¿qué hace? ¿Lo supera y olvida mencionarlo? ¿Me hace sentir culpable mientras se lo monta con Jules?

La rabia le ardía en el pecho cuando volvió a mirar a la pista. Los había visto bailando un lento pero la orquesta tocaba ahora una melodía distinta -una canción oriental que Allie recordaba del baile de verano-y Carter se retiraba con Jules. Se estaban riendo.

Allie aún estaba observando a la pareja cuando un chico se acercó a Jo y le hizo una reverencia.

- Señorita Arringford, ¿me concede este baile?

Tenía acento español y maneras de caballero; Allie se preguntó por qué nunca lo había visto.

- Hola, Guillermo -las pestañas de Jo aletearon-. Me encantaría. Pero deja que lo consulte con mi pareja -volvió la cabeza hacia Allie-. ¿Te importa, cariño?

Guillermo era alto y desgarbado, con una mata rebelde de rizos castaños. Parecía un príncipe español. A Jo le brillaban los ojos.

¿Cómo iba a negarse Allie?

- Divertíos, chicos.

Sonrió mientras los veía alejarse.

Guillermo era tan alto que tenía que agacharse para oír a Jo. Su amiga estaba ruborizada. Hacían una pareja preciosa.

Allie observaba a los invitados reír y bailar, y una abrumadora sensación de soledad amenazó con devorarla. Solo quería echarse a llorar, pero no pretendía organizar un numerito.

Iré a buscar a Lucinda.

Se abrió paso entre la multitud. Retazos de misteriosas y anodinas conversaciones de adultos flotaban en torno a ella como restos llevados por las olas del sonido.

- Ahora tiene un fondo de cobertura, por supuesto...

- ¡Cinco pachuchos! ¡En St Andrews!

- Le dije que ese vestido era inaceptable pero no quiso escucharme. Nunca me escucha...

- Estamos pensando en vender la casa de Saint-Tropez, la verdad...

Cuando alguien le apoyó la mano en el brazo, dio un respingo. Alzó la vista y vio a Sylvain, que le sonreía.

- Allie. A mis padres les gustaría conocerte.

Al reparar en el pelo rojo de su amiga, enarcó las cejas. Ella se encogió de hombros como disculpándose y él la condujo al lugar donde los padres de Sylvain aguardaban.

- *Madame y monsieur Cassel, les presento a mademoiselle Allie Sheridan* -dijo Sylvain.

La pareja le estrechó la mano al mismo tiempo que la observaba con evidente curiosidad.

- Eh... Hola... *Bonsoir.*

Jamás en toda su vida se había sentido Allie menos sofisticada. Los padres

de Sylvain le dedicaron comentarios educados y ella respondió en un francés de colegiala. El padre de Sylvain pasó al inglés con delicadeza.

- ¿Y qué se siente -preguntó- al haber crecido en el seno de la familia de Lucinda Meldrum?

- Papá, eso es personal -protestó Sylvain con expresión horrorizada.

Allie, sin embargo, ya se estaba acostumbrando a ese tipo de preguntas y decidió responder.

- Es raro -confesó, acercándose a ellos como para hacerles una confidencia-. No estamos muy unidas -la respuesta pareció intrigarles, así que añadió-: Está muy ocupada. Siempre viajando de un lado a otro.

Sylvain agachó la cabeza para ocultar la sonrisa. Sus padres parecían fascinados.

- Claro -dijo el señor Cassel-. Nosotros no vemos a Sylvain tanto como querríamos porque también estamos muy ocupados. Lo entendemos perfectamente.

La madre de Sylvain pasó el brazo por los hombros de su hijo con afecto.

- Siempre le estamos diciendo que tiene que venir a vernos más a menudo -tenía la voz ronca, el acento tan suave como la seda que la envolvía-. Pero él comenta: «No mamá, tengo trabajo» -esbozó una sonrisa resignada-. Es como su padre.

La mujer llevaba un perfume embriagador... poseía la elegancia natural de una modelo. Allie estaba deslumbrada.

- Bueno, nos hacen trabajar duro.

Alzó la vista y descubrió que Sylvain la miraba con cariño. Una sonrisa bailó en los labios del chico y Allie notó mariposas en el estómago. Se le olvidó lo que estaba diciendo.

- Debes venir a visitarnos -la señora Cassel rompió el silencio con delicadeza-. Nos encantaría tenerte en casa -volvió la cabeza hacia Sylvain-. ¿Por qué no la invitas a Antibes este verano, cariño? Henri y Hélène la adorarían. Es adorable.

¿Adorable? Allie miró a Sylvain con desesperación.

- Son mis tíos -el chico se disculpó con la mirada-. Y, por favor, considérate invitada.

- Muchas gracias -dijo Allie con su tono de voz más educado-. Son ustedes

muy amables. Me encantaría ver su casa.

- Allie debe reunirse con sus amigos ahora -la rescató Sylvain-. No podemos quedarnos aquí toda la noche.

- ¡Oh, pero es tan encantadora! -corearon sus padres.

Allie se apresuró a despedirse. Le dolían las mejillas de tanto sonreír con educación.

La fiesta había invadido también el comedor, que exhibía las mismas mesas y velas que el salón de actos. No vio a Lucinda por allí, pero un delicioso aroma la distrajo. Siguiendo su olfato, Allie llegó a una mesa de bufé donde se agenció un pastelillo de cangrejo.

Mientras se lo metía en la boca, se dio la vuelta y estuvo a punto de chocar con Carter.

- Lo sien... -empezó a decir él. Justo entonces, la vio. Allie reparó en su expresión de sorpresa-. Allie.

Tensa, ella aguardó a que Carter expresara la fría rabia que parecía acompañarlo últimamente a todas partes, como una nube de hielo. Él, en cambio, se quedó petrificado. Recorrió el cuerpo de Allie con los ojos, observó el peinado, el vestido, los tacones altos que Jo le había prestado.

Por encima de todo, Allie se arrepintió de haberse comido aquel pastel de cangrejo, que intentaba tragar sin resultado; se le había secado la boca. Se dio la vuelta rápidamente a coger un vaso de agua de una mesa cercana y dio un trago. Si no lo hacía, vomitaría en su precioso vestido.

Cuando se giró otra vez hacia Carter, el chico se había ido.

Aturdida, se quedó mirando aquel lugar vacío. Si al menos supiese cómo sentirse. Las señales confusas que él le enviaba se le antojaban una tortura.

Ya no me importas. Sí que me importas. Te quiero. Te odio...

A lo mejor Jo tenía razón. No debía dejar que Carter decidiera con quién salía.

Tras devolver el vaso a la mesa, se abrió paso entre la multitud. Debía de haber cientos de personas. Ocupaban el pasillo principal, la escalinata e incluso el vestíbulo. Las conversaciones y las risas resonaban en los techos altos y reverberaban en la cabeza de Allie. A pesar de la temperatura exterior, el ambiente estaba cargado, como si los invitados estuvieran consumiendo todo el oxígeno.

Así que cuando Allie llegó a la puerta principal, le pareció lo más natural del

mundo girar el pomo y salir a la noche oscura.

Veintiocho

Después del calor sofocante del interior, Allie agradeció que el aire gélido de la noche le refrescara el sudor de la cara. Se estremeció y agitó la cabeza para que se le enfriara también el cuello bajo la pesada mata de pelo.

Una interminable fila de coches ocupaba el camino de entrada. Reunidos en la zona del ala este, los chóferes esperaban leyendo periódicos y fumando cigarrillos. No dieron muestras de reparar en ella cuando, avanzando con dificultad sobre sus tacones altos por la tierra desigual, caminó hacia el final del edificio. Camuflada en la oscuridad, enfiló por el sendero sin luz hacia el jardín vallado. El aire transportaba hasta ella el olor tostado de los cigarrillos y las carcajadas ahogadas de los fumadores que se habían reunido junto a la puerta trasera, pero Allie estaba ya cerca del cenador y los árboles la ocultaban.

Se detuvo ante la pequeña estructura de mármol blanco con el tejado abovedado. La construcción solo albergaba la estatua de una mujer que danzaba eternamente envuelta en chales diáfanos. La estatua sonreía una pizca, como si disfrutara bailando al frío de la noche, con un pie descalzo alzado hasta el final de los tiempos.

Recordando la noche que Sylvain había ido a buscarla y le había enseñado a luchar, Allie tocó la lisa superficie de la piedra fría.

- No llevas abrigo, ¿lo sabías?

Por alguna razón, no le sorprendió oír su voz aunque no había escuchado sus pasos. Allie cerró los ojos un instante, indecisa. Luego se dio media vuelta.

Sylvain estaba de pie a poca distancia de ella, junto a las escaleras que conducían a la estatua. Cuando sus miradas se encontraron, Allie volvió a estremecerse. Señaló el esmoquin del chico con un gesto impreciso.

- Tú tampoco.

- Sí, pero el esmoquin incluye chaqueta, así que voy más abrigado que tú.

Sylvain se quitó la prenda negra forrada de seda y se la tendió a su amiga. La impecable camisa blanca parecía resplandecer en la oscuridad.

- Pero ahora tú tendrás frío -objetó Allie, sin coger la chaqueta.

Sylvain sonrió.

- Sobreviviré.

Tras un instante de duda, la aceptó. Tal como había imaginado, la prenda conservaba el calor corporal del chico y desprendía el aroma de su colonia.

- Te has cambiado el color del pelo -la mirada de Sylvain se deslizó por los rizos de Allie hasta sus hombros-. Te queda bien.

- Gracias -ella se tocó el cabello con ademán nervioso-. No ha sido idea mía. A veces Jo es muy... convincente.

- Eso me han dicho. Perdona por lo de mis padres -se disculpó Sylvain-. Tenían muchas ganas de conocerte.

Allie se encogió de hombros como si se hiciera cargo.

- Tu madre es guapísima.

- Se lo diré. Se pone muy contenta cuando elogian su belleza -repuso en tono burlón.

Al parecer, habían agotado los tópicos; un silencio incómodo los envolvió. Allie apoyó el peso en una de las exquisitas sandalias y hundió la punta del otro pie en la tierra. Sin dejar de mirarla, Sylvain se apoyó contra una columna de piedra.

- ¿Qué haces aquí fuera con este frío, Allie? -preguntó el chico con voz queda.

Ya lo sabes. De no ser así, no estarías aquí.

- No sé... Supongo que necesitaba un poco de aire fresco. -lo desafió con la mirada-. ¿Y tú qué haces aquí?

Sylvain tensó la espalda. Luego dijo en voz baja: - Te he seguido.

Allie se quedó sin aliento.

- ¿Por qué?

Formuló la pregunta en un susurro.

- Le coeur a ses raisons que la raison ne connaît point.

Sylvain pronunció la frase muy deprisa y Allie negó con la cabeza.

- No lo he entendido -aquella enigmática frase la había puesto muy nerviosa-. ¿Qué significa?

Sin embargo, cuando los ojos de Sylvain se posaron en los suyos, Allie leyó

en ellos la respuesta.

- Significa que quiero estar contigo. Que no puedo dejar de pensar en ti -aporreó la columna con violencia contenida-. He intentado todo lo que se me ha ocurrido, pero sigues en mi pensamiento.

Dos inhalaciones, una exhalación.

- Yo... Yo también pienso en ti -Allie apenas oía su propia voz, ahogada por el estruendo de su corazón-, pero...

Sin poder evitarlo, el pensamiento de ella retrocedió al baile de verano. Por el destello de los ojos de Sylvain, comprendió que él sabía perfectamente lo que estaba pensando.

- Sé que me porté mal. Cometí una estupidez. Las personas cambian, Allie -el chico hablaba en tono apasionado, casi desesperado-. Aprenden. De no ser así, ¿qué sentido tendría todo esto? -señaló con el brazo el edificio del colegio, que apenas alcanzaban a ver entre los árboles-. ¿Qué sentido tendría la vida? Tú has cambiado en el tiempo que llevas aquí; lo he visto. Bien, pues yo también he cambiado. Y lamento lo que hice aquella noche. Si hubiera algún modo de deshacerlo...

De repente, a Allie dejó de importarle el baile del verano o cualquier otra cosa. Había pasado demasiado tiempo preocupada por los sentimientos de Carter, por lo que Carter quería. ¿No había llegado la hora de empezar a pensar en lo que ella quería?

Da igual, pensó, la horrible verdad es que Carter está con Jules ahora. Ya no me quiere.

Así pues, ¿por qué no podía estar ella con Sylvain? Por más que se esforzase, Carter siempre pensaría que ella tenía a otro en la cabeza. Había llegado el momento de averiguar si de verdad quería estar con Sylvain.

Al menos, él se preocupaba por ella. La quería.

- Puedes deshacerlo -dijo Allie de repente.

Sylvain se la quedó mirando con manifiesta sorpresa. Temiendo cambiar de idea, Allie recorrió la distancia que los separaba. La chaqueta se le cayó de los hombros para yacer olvidada en la tierra helada.

- Podemos deshacerlo.

Allie leyó inseguridad en los ojos del chico, como si no pudiera creer lo que estaba sucediendo.

Ella tendió la mano y le repasó el contorno de los labios con la punta de los dedos. Sylvain cerró los ojos. Luego Allie le pasó las manos por detrás del cuello y lo atrajo hacia sí.

Al principio, se distrajo pensando que Sylvain besaba de un modo muy distinto a Carter; sus labios eran más suaves, también más seguros. Se le antojó raro. Incorrecto.

Sin embargo, no pensaba echarse atrás. En vez de retroceder, se pegó aún más a él. Aquel beso que había comenzado vacilante cobró impulso cuando Sylvain comprendió que Allie iba en serio. Deslizó las manos por la seda del vestido para tomarla por la cintura. Al ver que ella no retrocedía, la atrajo hacia sí con fuerza. Cuando Allie abrió los labios, Sylvain gimió suavemente. La tensión abandonó el cuerpo de Allie, que se dejó envolver por los brazos tensos de él. Estaban tan juntos que notaba en su propio pecho los latidos del corazón de Sylvain.

Allie vertió en aquel beso toda la soledad de las cinco semanas pasadas. El dolor de la ruptura con Carter. Su propio sentimiento de culpa. Las largas noches sin nadie con quien hablar. El deseo que le inspiraba aquel cuerpo prohibido.

Como si se diera cuenta, Sylvain la tomó por la nuca para besarla con más pasión. Jadeando contra los labios del chico, Allie enredó los dedos en las suaves ondas de su pelo.

El cuerpo de Sylvain irradiaba calor, como si tuviera fiebre; Allie ya no sentía el frío. Ya no estaba sola.

No había lógica, ni planes. Quizás fuera una mala idea. Le daba igual.

Los labios de Sylvain se desplazaron por la piel del rostro hasta llegar a la oreja y de ahí al cuello. Casi sin resuello, Allie echó la cabeza hacia atrás. En aquel momento, un cosquilleo suave y delicado, como plumas de hielo en la cara, la distrajo.

Abriendo los ojos, vio los cristales blancos revoloteando en la oscuridad y lanzó un pequeño grito.

- ¡Está nevando!

Sin separarse, ambos alzaron la vista hacia aquel infinito de nieve que se precipitaba desde el cielo nocturno. El mundo enmudeció a su alrededor.

- Es una señal -dijo Sylvain.

Unos cuantos copos traviosos se habían posado en las pestañas del chico y sus dientes blancos destellaron cuando sonrió.

- ¿Una señal de qué?

Allie se preguntó si ella también parecía tan contenta.

- De que esto está bien.

Mientras se dirigían entre la nieve hacia la puerta principal -Allie caminando con cuidado sobre los estúpidas sandalias de Jo-, le contó a Sylvain su plan de conocer a Lucinda.

- ¿Y qué le vas a preguntar?

El brazo de Sylvain le rodeaba la cintura con firmeza, su cuerpo desprendía calor.

- Ese es el problema -dijo Allie mientras abrían la puerta-. Que no lo sé.

- Es tu abuela; lo entenderá.

Una vez dentro, Allie agradeció el calor que hacía solo un rato le había parecido tan claustrofóbico. La fiesta no había decaído y la cacofonía los inundó como una ola.

- Voy a subir a... -la joven se señaló la cara.

Mientras retiraba la nieve del pelo de Allie, Sylvain sonrió y le rozó la cara con los labios. Lo hizo con tanta delicadeza que Allie se estremeció.

- Luego ven a buscarme.

- ¿Dónde estarás?

- En el salón -Sylvain la soltó con un suspiro compungido-. Con mis padres.

Abriéndose paso entre la multitud, Allie remontó la escalinata principal mientras se preguntaba si más tarde podrían pasar un rato a solas, cuando los padres de él se hubiesen ido. Se refugiarían en algún lugar más cálido. Y continuarían donde lo habían dejado.

Me limpiaré la máscara de pestañas y luego...

No pudo concluir el pensamiento.

Isabelle charlaba con alguien en lo alto de las escaleras. Aun a distancia, Allie distinguió el tono crispado de la directora. Luego llegó a sus oídos una voz poderosa con un deje familiar. Alzó la vista y vio a Isabelle... junto a Lucinda.

Petrificada en el sitio, Allie se mareó de miedo y emoción. Las mujeres hablaban en voz demasiado baja como para distinguir todas las palabras, pero advirtió que estaban enfadadas. Aún no había decidido qué hacer cuando oyó los

pasos de Isabelle, que se alejaban furiosos.

Conteniendo el aliento, Allie se detuvo a escuchar. No oía nada. ¿Sería posible que Lucinda estuviera sola?

Despacio al principio y luego cada vez más deprisa, remontó los peldaños. Cuando llegó al descansillo se le encogió el corazón. Estaba vacío. Lucinda debía de haberse marchado en silencio.

Hundida, Allie se disponía a dar media vuelta cuando oyó un ruido que la hizo volverse a mirar. Fue entonces cuando vio a Lucinda en el nicho de una ventana mirador, medio oculta por una pesada cortina.

Allie cerró los ojos para reunir valor y se acercó a ella.

- Está nevando.

Su propia voz le sonó rara y carraspeó.

- No debería sorprendernos -respondió Lucinda sin volver la cabeza-. Lo habían anunciado.

- Tenía... ganas de conocerte.

Allie hacía esfuerzos por que no le temblara la voz.

- Y yo tenía ganas de conocerte a ti -Lucinda se volvió a mirarla-. Allie Sheridan. La nieta a la que perdí hace mucho tiempo.

Veintinueve

- Acércate más para que pueda verte -dijo Lucinda.

Tras un momento de vacilación, Allie obedeció.

- Eres muy guapa -los ojos grises de Lucinda, casi idénticos a los de Allie, la examinaron de la cabeza a los pies-. Salvo por el pelo. ¿Qué te has hecho?

- Es temporal -aclaró Allie con desmayo-. Se irá. Dentro de unas... semanas.

- Gracias a Dios -Lucinda exhibía un porte regio; se diría que llevaba una corona invisible en la cabeza-. ¿No llevarás tatuajes?

- Aún no -reconoció Allie.

- Aún no -Lucinda repitió las palabras con una breve carcajada-. Piénsatelo bien antes de hacerte uno. Lo que queda bien a los dieciséis es ridículo a los

cincuenta. Lo veo constantemente. Sacas buenas notas. Eres una de las mejores de tu clase.

Aquella forma de cambiar de tema sin pararse a respirar resultaba desconcertante. Lucinda dominaba la conversación con suma facilidad y había descolocado a Allie desde el principio, que no conseguía ser lo bastante asertiva como para plantearle una pregunta. Además, estaba tan ocupada observando a su abuela que apenas lograba concentrarse. La mujer lucía un vestido gris largo hasta los delgados tobillos y una chaqueta a juego, con el cuello levantado. La esmeralda de su anillo era tan grande como una moneda de libra y los pendientes de platino y diamantes lanzaban discretos destellos por detrás de su cabello. A pesar de su edad, tenía la figura atlética y el rostro juvenil.

- Me gusta estudiar aquí -Allie estaba decidida a controlar mínimamente la situación-. Cuando el colegio me gusta, trabajo duro -recordando que no estaría allí de no ser por Lucinda, añadió-: Gracias... por facilitarme el acceso.

- No basta con trabajar duro -Lucinda la miró con perspicacia-. Posees una inteligencia natural. Isabelle me lo dijo, y veo que no se equivocaba.

Allie se sonrojó, pero no podía distraerse. Puede que aquella fuera su única oportunidad. Dio un paso hacia su abuela y adoptó una expresión implorante.

- Lucinda... Abuela... -le gustaba cómo sonaba la palabra-. Ayúdame a entender qué está pasando. No sé qué hacer. Nathaniel tiene a Christopher y está intentando cazarme a mí también. ¿Puedes protegerme? ¿Por favor?

La mirada de Lucinda se suavizó apenas mientras escuchaba a su nieta. Sus palabras, en cambio, no fueron de gran consuelo.

- Te estoy protegiendo. Querida, ¿acaso no sabes lo que está pasando? ¿No te lo ha dicho Isabelle?

Confundida y frustrada, Allie mostró las manos vacías.

- Isabelle dice que Nathaniel quiere apoderarse de la organización y...

Mirando por encima del hombro con inquietud, Lucinda la interrumpió para indicarle por gestos que la siguiera al interior del saledizo. Al otro lado del cristal, nevaba tan copiosamente que el mundo se había esfumado tras un velo de hielo.

- Hoy por hoy, existe un gran peligro -dijo Lucinda en voz baja; hablaba deprisa-. Sobre todo aquí. Hay personas entre los invitados que están de parte de Nathaniel. Debes tener cuidado con lo que dices.

- ¿Pero por qué? ¿Por qué lo apoyan?

Reclinada contra la repisa, la tensión y el cansancio asomaron a los ojos de

Lucinda en forma de arrugas que antes no estaban ahí.

- Llevo toda mi vida trabajando para cambiar las cosas en este país. Para mejorar las cosas. Sin embargo, algo está sucediendo. No solo aquí sino también en el resto del mundo. Algunas personas se han hecho demasiado ricas, demasiado poderosas. Y tanto poder las ha corrompido. Cuando sucede algo así, nada es bastante. No hay límite. Y eso es peligroso -volvió a mirar por encima del hombro-. No te lo puedo explicar todo ahora mismo, Allie. Este no es el momento ni el lugar. Pero te voy a dar un consejo: no confíes en nadie. En tanto no averigüemos quién de los nuestros está trabajando para Nathaniel, nadie está seguro.

Escuchando a su abuela, Allie se sintió como si la temperatura hubiera descendido varios grados. No la conocía de antes pero distinguió de todos modos el miedo reflejado en sus ojos. Le recordó a su propia madre la primera vez que le había preguntado por Lucinda.

- Ojalá te hubiera conocido antes -dijo Allie.

- Siento que las cosas hayan sido así -respondió su abuela enérgicamente-. Pero tu madre lo decidió así y yo no quise imponerme. Teníamos un acuerdo.

- Debió de dolerte mucho... que se marchara sin más -se compadeció Allie.

Una expresión de cariño asomó a los ojos de Lucinda.

- La vida es inmisericorde, y será mejor que te acostumbres a ello cuanto antes, Allie. El dolor no desaparece. Se acumula. Como la nieve -miró por la ventana-. Sencillamente, aprendes a vivir con él.

Oyeron unos pasos procedentes de las escaleras. Por primera vez, Allie advirtió que la música había cesado.

Cuando un grupo de cinco hombres -sin duda guardias de seguridad-apareció en el rellano, Lucinda se apartó de la ventana y se irguió.

- Baronesa -los hombres la rodearon formando una falange protectora-. Tenemos que irnos.

- ¿Qué ha pasado?

Lucinda formuló la pregunta con frialdad, sin miedo.

Uno de los hombres les dio la espalda para hablar por un micro que llevaba prendido a la manga.

- Protocolo Orion dos-tres-siete. Despejado.

Cuando guiaron a Lucinda a toda prisa hacia las escaleras, Allie los siguió de cerca; oyó decir al que encabezaba la marcha: - Se ha producido un fallo en la

seguridad.

En la planta baja reinaba el caos. Los invitados partían a toda prisa envueltos en pieles y diamantes. Los guardaespaldas los guiaban entre la nieve, cuyo espesor sobrepasaba ya los diez centímetros. Algunos de los estudiantes se marchaban con sus padres, otros deambulaban de un lado a otro, perplejos.

El pánico amenazaba apoderarse de Allie, que empezó a inspirar grandes bocanadas de aire para tranquilizarse. Tenía ganas de gritar su frustración.

Lo sabía. ¿Por qué nadie me quiso escuchar?

Allie no encontró a Isabelle ni a Zelazny por ninguna parte, pero Zoe estaba con Jo y con Rachel en un rincón, observando el éxodo. La pobre Jo tenía los labios blancos de la inquietud.

- ¿Qué está pasando? -les preguntó Allie.

- Han dado un aviso -explicó Rachel-, relacionado con la nieve, pero era una especie de código y todo el mundo ha echado a correr hacia la puerta.

- ¿Dónde te habías metido? Te estaba esperando -Zoe temblaba ligeramente de la impaciencia-. Tenemos que irnos ahora mismo.

Allie no preguntó adónde iban. Se volvió hacia Jo y Rachel diciendo: - Nos vamos a... esto... -señaló la puerta con la cabeza.

Rachel le lanzó una mirada de advertencia.

- Ten cuidado.

Saltando a la pata coja, Allie se quitó los zapatos de tacón antes de echar a correr detrás de Zoe. Bajaron las escaleras a toda prisa, con las faldas infladas en torno a sus piernas como las velas de un barco.

Al llegar al sótano, Allie notó el suelo tan frío como hielo rugoso bajo sus pies descalzos. Frenaron en seco ante la Sala de Entrenamiento Uno, donde se agolpaban los alumnos de la Night School todos vestidos de gala. La escena resultaba tan cómica que, de no haber sido por la gravedad de la situación, Allie se habría echado a reír.

Vio a Zelazny y a Jerry Cole al fondo de la sala. Zelazny se dirigía a los presentes: - ... los guardias han descubierto un intento de forzamiento cerca de la verja del parque. Ahora están explorando el resto de la reja. Debéis buscar cualquier señal que se aleje de lo normal. Pisadas en la nieve que no sean las vuestras. Daños en la reja. Signos de que alguien ha saltado por encima; lo que buscáis normalmente.

Zelazny dio un paso atrás y Jerry tomó la palabra.

- A cada grupo le será asignado un cuadrante. Avanzaréis en grupos de cuatro y debéis permanecer juntos -los miró con gravedad para asegurarse de que todos habían entendido sus palabras-. Si alguna señal sugiere la presencia de intrusos, enviaréis a dos miembros del equipo a informar de ello; los otros dos seguirán inspeccionando. La composición de los equipos está detallada aquí -se dio media vuelta y colgó una hoja de papel en la pared-. Ya os podéis cambiar. Daos prisa.

Mientras Allie y Zoe se abrían paso entre el gentío que se apiñaba ante la lista de los equipos, Jules, que lucía un vestido negro con la falda abierta hasta el muslo, les ahorró la espera.

- Os ha tocado con nosotros -anunció, y señaló a su espalda.

Carter surgió de entre la aglomeración, todavía de esmoquin pero con el lazo en la mano. Con el flequillo lacio sobre la frente, miró a Allie con frialdad.

Mierda.

- Alucinante -dijo Zoe. La chiquilla se abría paso hacia la entrada a empujones, como un pequeño tanque-. Vamos a cambiarnos.

- Nos vemos fuera en cinco minutos, Carter -dijo Jules en tono enérgico mientras seguía a Zoe.

No hubo tiempo de decir nada. Con un nudo en el estómago, Allie echó a correr tras ellas.

El vestuario era un caos de chicas que se quitaban los vestidos de seda y terciopelo a toda prisa para remplazarlos por mallas térmicas. Allie procuró no mirar a Jules mientras se cambiaba. No quería preguntarse si Carter la consideraba más guapa que a ella.

No tenía nada para recogerse el pelo, así que cuando Zoe se quitó las cintas Allie le cogió una e intentó hacerse una coleta, pero tenía los dedos entumecidos y no lo conseguía.

Nicole, que estaba allí cerca en sujetador de encaje y deportivas, le tendió un coletero. Allie empezaba a comprender que a la francesa no se le escapaba nada.

- Eso te irá mejor -le dijo Nicole con un guiño. Cuando Allie se limitó a mirarla sin reaccionar, la otra se acercó y le cogió la goma de la mano. Mirándola con expresión comprensiva, le echó el pelo hacia atrás y se lo recogió con el coletero-. No te pongas nerviosa, Allie. Todo irá bien.

- Ya lo sé -susurró Allie, pero no era verdad.

Cuando salieron a la gélida noche, Carter ya las estaba esperando; corría sin moverse del sitio para calentarse. Llevaba una chaqueta negra y zapatillas deportivas. Como miembros del grupo más experimentados, Jules y él abrieron la marcha. Allie y Zoe echaron a correr tras ellos a ritmo constante.

La nieve caía tan copiosamente que antes de llegar a la protección del bosque apenas veían por dónde iban. Una vez en la arboleda, apretaron el paso a través de la maleza para enfilar hacia el arroyo que discurría por detrás de la capilla, donde Allie se había reunido con Christopher hacía varias semanas.

Allie respiró hondo cuando se percató de hacia dónde iban.

Todo irá bien. Todo irá bien. Todo irá bien... Allie repetía mentalmente aquel mantra mientras bajaban por la pendiente hacia el lecho del riachuelo. Miró a su alrededor asustada, temiendo que Christopher o Gabe se abalanzaran sobre ellos sin previo aviso.

Por suerte, la nieve seguía virgen junto al arroyo. Nadie había pasado por allí en una hora como mínimo, quizás más. Se desplegaron en fila, dejando una separación de un metro y medio con los demás, y caminaron a lo largo de la corriente hasta el paso de piedras que había evocado en Allie la imagen de un baño en un caluroso día de verano.

En aquel momento, en cambio, la posibilidad de caer al agua la horrorizaba. El hielo y la nieve cubrían las piedras y el agua brillaba negra y gélida. Jules pasó la primera, saltando con agilidad de piedra en piedra. Resbaló en la quinta y, recuperando el equilibrio, se volvió a mirarlos.

- Cuidado con esta.

Luego continuó hasta llegar al otro lado.

Tras ella, Zoe pasó con facilidad.

Carter giró la cabeza hacia Allie.

- Ahora tú. Ten cuidado.

Le sostuvo la mirada un instante más de la cuenta y Allie se apresuró a acercarse al torrente.

La corriente bajaba con fuerza en aquella zona, lo que la obligó a concentrarse en la maniobra. La quinta piedra se movía tal y como Jules le había advertido, y Allie fue cuidadosa. Sin embargo, al pisar la sexta piedra, patinó y perdió el equilibrio. Para no caer al agua saltó a toda prisa a la séptima y luego a la octava. Para cuando llegó a la orilla avanzaba descontrolada. Jules le tendió la mano pero Carter fue más rápido y la sujetó por detrás.

Había cruzado pegado a ella y Allie no se había dado ni cuenta.

- Gracias -musitó sin mirarlo a los ojos.

Llegaron a la reja; Jules la primera y luego Zoe, seguida de Carter y Allie. Allí, la nieve estaba tan inmaculada como al otro lado del arroyo; un manto de terciopelo blanco.

- Por aquí no ha pasado nadie -susurró Allie a Carter-. Al menos, no esta noche.

Él levantó la vista para mirarla.

- Tienes razón. Echaremos un vistazo de todos modos.

- ¿Tú sabes a qué viene todo esto?

Sobresaltada por la presencia de intrusos, una urraca salió volando y provocó una pequeña tormenta de nieve.

Una, desgracia, pensó Allie. Miró a Zoe preocupada, pero la chiquilla iba demasiado adelantada como para reparar en el pájaro.

- Han visto algo -explicó Carter-. Un guardia ha localizado huellas en la nieve y ha dicho que no eran tuyas ni de los otros vigilantes. Pero podrían ser de cualquiera. Ahora mismo, todo el mundo está paranoico.

Recorriendo el bosque junto a Carter, Allie se sentía sorprendentemente cómoda -como si hubieran vuelto a los viejos tiempos-y el terror que la embargaba empezó a disminuir. Avanzaban a un ritmo tranquilo, hundiendo los pies en la nieve recién caída y dejando profundas marcas a su paso.

Las palabras que pronunció Carter a continuación la pillaron por sorpresa.

- Estabas preciosa esta noche -la miró de reojo-. Quería decírtelo cuando nos hemos encontrado en el comedor pero... me lo he callado. Todo ha sido muy confuso entre nosotros últimamente. Lo siento.

A Allie se le hizo un nudo en la garganta. Llevaba tanto tiempo enfadada con él que no sabía cómo tomarse aquella nueva actitud.

- Sé que hemos pasado una época difícil -prosiguió Carter a la vez que reducía el paso para dejar que las otras dos se adelantasen-, pero echo de menos nuestras conversaciones. Y... solo quería que lo supieses.

A la mente de Allie acudió la imagen del beso que había compartido con Sylvain. Se sonrojó.

Carter ya no es mi novio, se recordó. *Puedo besar a quien quiera*. Pese a todo, prefería no imaginar cómo reaccionaría él si lo descubría.

- Te he visto antes con Jules. Parecíaís muy contentos.

Carter se tropezó y busco apoyo. Para cuando recuperó el equilibrio, ya había recobrado la compostura. Allie, sin embargo, lo conocía muy bien. Advirtió que él se había ruborizado.

- Ya, acerca de eso...

- No sabía que estuvierais juntos.

Allie se las estaba arreglando para aparentar una calma total. Él debía de pensar que le traía sin cuidado.

- Sí, hace... poco.

Carter la miró con cautela.

- Bueno, ella es fantástica, espero que os vaya muy bien. Te lo mereces.

Le dolía decir algo así, pero Allie hablaba en serio. Carter merecía ser feliz.

- Gracias -dijo él con voz ronca.

Se hizo un largo silencio.

- Qué raro es esto -comentó él al fin, con una sonrisa tímida.

- Ya te digo.

- La reja está despejada -les gritó Jules-. ¿Volvemos a mirar?

Treinta

- ¿Carter? -Allie gritaba a pleno pulmón pero tenía la sensación de que la nieve absorbía sus palabras-. ¿Dónde estás?

No recibió respuesta.

Avanzaba penosamente, con nieve hasta las rodillas, buscando en la oscuridad. Cada paso le suponía un tremendo esfuerzo, pero tenía que encontrarlo. Estaba allí fuera, en alguna parte, solo.

Y hacía muchísimo frío.

Una urraca revoloteó en lo alto, tan cerca que pudo ver el brillo de sus plumas blancas y negras.

- ¡Carter! -volvió a gritar.

Aquella vez le pareció oír una débil respuesta e intentó apretar el paso, pero los pies no le respondían. La noche era tan cerrada... No veía nada.

¿Dónde se había metido la luna?

Entonces el viento transportó la respuesta hasta ella.

- Allie, ten cuidado. No es seguro.

Sin saber por qué, aquellas palabras la aterrorizaron.

- Es seguro -una lágrima le surcó la mejilla-. Lo es.

- Ten cuidado, Allie -dijo él-. Y despierta. Despierta.

Ahogando un grito, Allie se incorporó tan súbitamente que estuvo a punto de chocar con Rachel.

- ¿Pero qué...? -entrecerró los ojos, deslumbrada. La luz entraba a raudales en la habitación-. ¿Qué ha pasado?

- Estabas gritando en sueños. Te he oído desde mi habitación -Rachel se sentó en la cama, le cogió la mano y se la frotó, como para calentarla-. Maldita sea. Tienes las manos heladas. Debes de haber tenido una pesadilla.

El sueño, sin embargo, ya se estaba esfumando. Tratar de recordarlo era como mirar una película a través de la niebla.

- ¿Qué hora es?

Allie se inclinó hacia delante para mirar el reloj.

- Casi las doce, dormilona.

Allie se desperezó.

- Ayer por la noche llegamos muy tarde.

- He oído que no hubo suerte -comentó Rachel en tono inseguro.

La otra negó con la cabeza.

- Nada. Falsa alarma. Por desgracia, no lo decidieron hasta, yo qué sé, las dos de la mañana. Dios, tengo tanta hambre que me comería el escritorio.

- También podrías almorzar -Rachel se levantó y se dirigió hacia la puerta-. Conmigo. ¿Quedamos abajo?

En cuanto se levantó, Allie se miró al espejo e hizo un gesto de dolor.

- Maldita sea -musitó para sí-. Me había olvidado del pelo.

Cuando por fin había regresado a su habitación la noche anterior, se había

quitado los zapatos y se había tendido directamente en la cama. El maquillaje se le había emborronado en la cara y tenía el pelo, además de rojo, de punta, como si estuviera asustada.

Cogió una toalla y se dirigió al baño. Reinaba un extraño silencio en el pasillo; algunos de sus compañeros se habían marchado la noche anterior con sus padres, otros tantos debían de haber partido por la mañana. Pronto, apenas quedaría nadie en el edificio.

Después de una ducha caliente, Allie se sintió mejor. Volvió a su habitación y abrió la ventana. Un resplandor frío y blanco inundó el cuarto, más brillante que la habitual luz del día, y Allie se asomó a un mundo nevado.

Tras ponerse el uniforme y un jersey de lana, Allie se secó el pelo y se dio unos toques de máscara de pestañas y brillo de labios.

No podía dejar de darle vueltas al beso que Sylvain y ella se habían dado. A que había sido una mala idea. A que con suerte nadie lo averiguaría.

Y a cuánto le apetecía repetirlo.

Zoe y Jo ya estaban sentadas a la mesa con Lucas y Rachel cuando llegó Allie. El cabello corto de Jo se alzaba como una corona fucsia sobre sus hombros delicados.

- Dadme de comer -dijo a modo de saludo.

- Queso.

Zoe depositó un bocadillo en su plato.

- Te quiero, Zoe Glass -dijo Allie con pasión mientras se disponía a dar un mordisco.

- Deberías haberte levantado antes. Te has perdido una batalla de bolas de nieve alucinante -Zoe daba botes de alegría-. He lastimado a unas cuantas personas.

- Límites, Zoe -la reprendió Rachel-. Recuerda los límites de una conducta normal.

- Todos han sobrevivido -murmuró la chiquilla a la defensiva.

- Esta vez -apuntó Lucas.

Las chicas aún se reían cuando Sylvain se sentó en una silla libre, junto a Allie. Ella tragó saliva.

- Eh, Sylvain, ¿se sabe algo? -preguntó Lucas enarcando las cejas.

El otro negó con la cabeza.

- Nada. Todo está despejado.

- Guay -Lucas se sirvió un poco de sopa-. Sin noticias, buenas noticias.

Al tiempo que cogía un bocadillo, Sylvain preguntó por la batalla de bolas de nieve y Zoe lo puso al día. Él la escuchó con interés, como si nunca hubiera oído una historia tan fascinante. A Allie se le encogió el corazón. No la había mirado ni una sola vez.

No se había parado a considerar que él pudiera estar arrepentido también. Tal vez se avergonzara de lo sucedido. Seguramente deseaba que nunca hubiera pasado.

¿Y si lo lamenta? ¿Y si todo fue una broma de mal gusto?

Mientras su confusión y su paranoia se disparaban, Sylvain le cogió la mano por debajo de la mesa. Sin volverse a mirarla siquiera, entrelazó los dedos con los de Allie hasta que las dos manos descansaron unidas. Donde nadie podía verlas.

Allie notó mariposas en el estómago. Aquello estaba mal. Sylvain y ella no podían estar juntos y Allie tendría que decírselo. De repente, recordó las sensaciones que la habían asaltado al besarlo. Por primera vez en siglos, no se había sentido sola.

Y le apretó la mano por debajo del mantel.

Mientras los demás informaban a Allie de todo lo que se había perdido aquel día -el precioso pirata de nieve, con su tricornio y una espada de verdad, el caos que había rodeado el éxodo masivo de alumnos-ella se dedicó a mirar a Sylvain de reojo. En una de esas él la pilló y Allie supo, por su media sonrisa, que ambos estaban pensando en lo mismo.

Aún no habían acabado de comer cuando Allie recordó que quería preguntarle algo a Rachel.

- Oye, ¿tu padre aún no ha vuelto?

La cumbre había terminado. Raj Patel ya debería haber regresado, pero Rachel hizo un gesto negativo con la cabeza.

- Hay muchas carreteras cerradas; no ha podido salir de Londres. Con suerte, llegará esta noche.

Los alumnos avanzados de la Night School se pasaron todo el día entrando y saliendo de reuniones, así que Allie no tuvo ocasión de hablar con Sylvain. Estuvo

todo el tiempo con Rachel y con Jo, leyendo y dormitando.

Por la noche, hacia las nueve, estaba completamente despejada. Las emociones contradictorias que había experimentado a lo largo de las últimas veinticuatro horas habían acabado por disparar sus niveles de adrenalina. De modo que mientras se ponía el uniforme de vigilancia, estaba deseando ponerse a trabajar. Los estudiantes de la Night School que no se habían marchado a casa se repartirían los turnos. A Zoe y a ella les tocaba el primero.

En el exterior, hacía aún más frío que la víspera, por lo que les proporcionaron botas de nieve acordonadas, altas hasta la rodilla, así como mallas más gruesas, anoraks acolchados y guantes térmicos.

Zoe, que ya se había enfundado el equipo, incluido un pasamontañas negro, daba puñetazos al aire en un rincón.

- Soy el ninja esquimal -declaró.

- Pareces eso exactamente -Allie se levantó-. Ostras, abulto tanto que casi no me puedo mover. No soy un ninja. Soy un hombre nube.

- Sí, tienes que moverte un poco para que se aflojen las prendas -Zoe intentó dar una patada pero no pudo levantar la pierna-. Esto no va a ser fácil. Espero que nadie se cuele esta noche. Tendremos que lanzarnos sobre ellos para derribarlos.

- Con este tiempo -dijo Allie mientras salían al pasillo-, nadie podrá acercarse aquí y mucho menos entrar.

Cuando llegaron a lo alto de las escaleras encontraron a Sylvain aguardando junto a la puerta. El chico adoptó un aire casual pero Allie intuyó que la estaba esperando. Cuando se miraron, ella se derritió por dentro.

- Ahora te alcanzo, Zoe -dijo Allie sin despegar los ojos de Sylvain.

Zoe, que seguía peleando con toda aquella ropa, no advirtió nada.

- Guay.

Salió dando patadas al aire.

Una expresión jocosa asomó a los ojos de Sylvain mientras examinaba el atuendo de Allie.

- Bueno, al menos no te morirás de frío.

- No te burles. Dentro de un rato tú también tendrás esta pinta -Allie sonrió-. Siempre y cuando no tengas que moverte, es muy cómoda.

Sylvain la atrajo hacia sí hasta que sus frentes se tocaron. Allie notó el aliento cálido del chico en la piel. Olía a café y a sándalo.

- Irás con cuidado, ¿verdad? -susurró él.

Allie se estremeció.

- Mucho.

Esto está mal, se dijo Allie. *No debería darle pie.*

Poniéndose de puntillas, lo besó rápida y apasionadamente. Cuando se apartó, los ojos de Sylvain se habían oscurecido, su respiración se había vuelto pesada.

- Te veo dentro de tres horas -dijo Allie.

- Mira -Zoe avanzaba con dificultad por la nieve, que le llegaba casi hasta las rodillas-. Es precioso.

Un manto blanco cubría hasta la última rama de los árboles, tapizaba la tierra, suavizaba todos los recodos. Las nubes se habían levantado y la luna teñía de azul el paisaje blanco.

El aliento de Allie se condensaba en nubes de vapor mientras que sus botas hacían crujir la nieve a cada paso. Con tanta ropa encima y una nieve tan profunda, costaba mucho caminar. Allie, que ya empezaba a sudar, se había quitado el pasamontañas; le picaba la cara cuando se lo ponía.

Zoe aún conservaba el suyo, pero enrollado en la cabeza, como un ladrón.

- Cuánto silencio -comentó Allie.

- No hay pájaros -asintió Zoe-. Ni zorros. A lo mejor es que no los oímos; la nieve absorbe los sonidos.

Eran casi las nueve. Ya habían completado una ronda y habían comenzado la siguiente caminando sobre sus propios pasos a lo largo de la verja. Zoe iba delante. Por fin se había acostumbrado a todas aquellas capas y empezaba a moverse con su agilidad habitual.

- Casi hemos terminado -estaba diciendo-. Cuando volvamos, me voy a tomar una taza de chocolate caliente.

Allie apenas le prestaba atención. Estaba pensando en Sylvain. El turno del chico no empezaba hasta las tres. Como el colegio estaba casi vacío, seguro que tendrían un rato para estar a solas en alguna parte antes de que tuviera que irse. La idea de volver a besarlo le aceleraba el pulso.

Se limitó a responder:

- Sí, una taza de chocolate estaría bien.

- Algo va mal.

Las palabras de Zoe sonaron tan intempestivas que, por un momento, Allie pensó que seguía hablando del chocolate. Entonces vio a qué se refería su compañera.

El camino del colegio se extendía ante ellas hasta la gran verja de hierro. Sin embargo, algo no encajaba. Desconcertada, Allie oteó la carretera, intentando discernir qué era.

- Falta algo -dijo-. ¿Qué?

- La verja -asustada, Zoe abrió los ojos de par en par-. Alguien ha abierto la verja.

Treinta y uno

- ¿Cómo va a estar abierta? -Allie miraba el camino como si, a fuerza de observarlo, la verja fuera a cerrarse-. No lo entiendo.

Agazapadas entre los árboles, hablaban en susurros. Volvían a llevar los pasamontañas.

- No puede estar abierta -dijo Zoe-. Nos habremos equivocado.

- ¿Y si ha sido Raj? -preguntó Allie-. A lo mejor ha vuelto y ha olvidado cerrarla.

A pesar del pasamontañas, distinguió el escepticismo en los ojos de Zoe.

- ¿Raj, Allie? ¿Lo dices en serio?

- No -repuso Allie-. Tienes razón. Sería capaz de construir una verja nueva con sus propias manos antes que dejarla abierta -inspiró para serenarse-. Vale, Zoe, estamos entrenadas para esto. Comprobemos el terreno. Tú da la vuelta por allí -señaló en dirección al edificio-. Cruza la carretera por abajo. Inspecciona el camino por el otro lado y yo lo haré por este. Si encuentras algo, grita. Y si no te contesto, ve a buscar ayuda.

Zoe salió disparada entre la nieve. Allie, con el alma en vilo, se la quedó mirando hasta que desapareció entre las sombras.

Era tan menuda...

Luego empezó a avanzar de árbol en árbol, observando el terreno con

atención en busca de algún detalle extraño. Mientras caminaba, recordó la noche que se había reunido con Christopher. Cómo Gabe había surgido de la oscuridad para abalanzarse sobre ella.

No había oído nada.

Con el corazón desbocado, avanzó por el bosque con sumo sigilo. Sabía que cualquiera podría seguir su rastro. Ella, por su parte, no veía el menor indicio de huellas; la nieve estaba virgen.

¿Qué estoy haciendo aquí?, pensó aterrorizada. *Esto es una locura. Solo somos niñas.*

Cuando llegó al camino sin haber encontrado nada, observó la oscuridad que se extendía más allá de la verja.

Allí no había nadie.

Estaba a punto de cruzar al otro lado cuando algo le llamó la atención. Había un bulto en la carretera, más allá del límite de la reja.

Forzando la vista, trató de distinguir qué era, pero la distancia se lo impidió.

Un grumo de nieve cayó de una rama y la roció de polvo plateado. Se estaba sacudiendo los hombros cuando salió la luna por detrás de una nube. Aprovechando aquella luz pálida, volvió a mirar el bulto, pero no lo veía bien. Era rosa. Y parecía una especie de muñeca.

El mundo dejó de girar.

Abrió la boca para llamar a Zoe pero tenía la garganta tan seca que no podía articular palabra.

Y entonces echó a correr. Atravesó la verja, bajó por la carretera y recuperó por fin la capacidad del habla. Llamó a Zoe a voz en grito pero todo sucedía como en su pesadilla, como si estuviera corriendo en una masa de gelatina. Sus pies se movían a cámara lenta. Un peso le oprimía los pulmones; le faltaba el aire.

Jo yacía en la carretera con las piernas torcidas en un ángulo antinatural. Sus ojos azul aciano miraban la oscuridad del cielo, su rostro exhibía una palidez mortal.

- ¿Jo?

Allie se quitó un guante con los dientes y, temblando, apretó el cuello de su amiga con los dedos, susurrando entretanto una oración, pero tenía las manos tan entumecidas que no notaba nada. Solo frío. Jo estaba fría.

- Allie, ¿qué pasa?

Zoe la miraba desde la verja. Allie distinguió miedo en su voz.

- Es Jo -gritó Allie-. No vengas. Corre al colegio lo más deprisa que puedas. Diles que está aquí. Nathaniel está aquí. Busca ayuda, Zoe.

- ¿Está viva? -preguntó Zoe.

El miedo y la rabia provocan un dolor abrasador. Allie solo pudo rugir en respuesta: - ¡Corre, Zoe!

Lo gritó con tanta vehemencia que Zoe salió volando antes de que el eco se disipara en la noche; estaba demasiado lejos como para darse cuenta de que la última palabra degeneraba en sollozo.

- Jo, ¿me oyes? -arrodillada al lado de su amiga, Allie buscaba un corte o una herida. Al principio no vio nada, pero cuando la luna salió por detrás de una nube reparó en la mancha oscura que se extendía por la nieve.

- ¡No!

La imagen le adormeció el cerebro; durante un momento, se olvidó incluso de respirar mientras luchaba contra el dolor y el miedo que amenazaban con devorarla.

- ¡Jo, no sé qué hacer!

Su propia voz le sonó extraña; ridícula e infantil. Las lágrimas rodaban por sus mejillas, frías al contacto con el aire, y cerró los ojos un instante, tratando de rehacerse lo suficiente como para pensar. Tenía que detener la hemorragia.

- Allie... -susurró Jo con esfuerzo evidente y esta abrió los ojos al instante.

- ¡Oh, Dios mío, Jo! ¿Qué ha pasado? ¿Qué te han hecho?

- Allie -volvió a susurrar Jo con una voz tan áspera y tan débil que Allie tuvo que acercarse para oírla-. Ha sido Gabe -se humedeció los labios despacio-. Me ha... engañado.

Su voz era tan frágil y estaba tan pálida...

- Mira -sin poder respirar apenas, Allie hizo esfuerzos por no perder los nervios. Jo necesitaba que mantuviese la calma-. Te pondrás bien, Jo. Van a traer ayuda. Aguanta, Jo.

Y entonces Allie se hundió en la oscuridad.

Los pies de Allie no tocaban el suelo. No podía mover los brazos ni las piernas. No veía nada. Alguien la... transportaba.

Gritando en el interior de lo que fuera que le cubría la cara, Allie forcejeó como una fiera y pateó con sus pesadas botas de nieve. En cierto momento, notó resistencia y oyó que alguien exhalaba el aire de golpe. Quienquiera que la hubiera capturado la soltó y los pies de la muchacha tocaron tierra. Hincó los talones en la nieve y estuvo a punto de liberarse, pero su captor le dio un puñetazo y cayó. Le ardían las costillas de dolor; tardó un poco en ser capaz de moverse.

Volvieron a levantarla en vilo, con más fuerza esta vez. Un brazo le apretaba la garganta, dispuesto a ahogarla.

- Sigue luchando y morirás también.

Era la voz de Gabe, espeluznante e inconfundible.

Allie oyó un ruido metálico y notó que la metían de mala manera en un coche. Se golpeó el hombro contra la portezuela y luego se dio un cabezazo.

- Ten cuidado con ella -advirtió otra voz-. Ha dicho que no le hagamos daño. Ya le has oído.

- Está bien -replicó Gabe mientras se sentaba junto a Allie-. Arranca.

Ella hizo esfuerzos por no temblar cuando el coche se puso en marcha. Al principio, el auto avanzó despacio pero pronto cogió velocidad y empezaron a circular a toda pastilla por una carretera que Allie no podía ver. Sí notaba, en cambio, el hielo de la calzada bajo los neumáticos. El coche patinaba peligrosamente.

- ¡Cuidado! -gritó Gabe al oído de Allie, que dio un respingo.

El coche redujo la marcha.

Tengo que liberarme. ¿Y si Zoe no llega a tiempo? Tengo que ayudar a Jo.

- No tenéis que hacer esto, ¿sabéis? -dijo en tono conciliador, aunque le castañeteaban los dientes a más no poder.

Gabe lanzó una carcajada desagradable.

- Podríais soltarme. Al fin y al cabo, ¿qué va a hacer Nathaniel conmigo?

- Cállate -gruñó su antiguo compañero a la vez que le propinaba un empujón tan violento que Allie se golpeó la cabeza contra el marco de la puerta. Le zumbaron los oídos.

Sin embargo, el movimiento le permitió liberar las manos, que le habían atado a la espalda, sin que los otros se dieran cuenta.

Durante un buen rato, circularon por una vía totalmente recta.

Allie contuvo el aliento, lista para atacar en cualquier momento. Oía a Gabe respirar a su lado. El sonido le ponía la piel de gallina.

No sabía cuánto trayecto llevaban recorrido cuando el coche torció por un desvío a velocidad excesiva; aunque no veía nada notó cómo el conductor trataba de recuperar el control del coche en el camino helado. En aquel momento Allie saltó hacia delante, palpando a ciegas la zona del conductor. Notó el cabello y el cráneo bajo los dedos.

Y entonces, tal como le habían enseñado, le clavó los dedos en los ojos.

El coche patinó descontrolado.

Alguien gritó.

Maldiciendo, Gabe le aferró los brazos con una fuerza descomunal, pero Allie tenía al otro bien cogido; hundió las uñas aún más en la cara del conductor. Este se aferraba al volante pero no tenía ninguna posibilidad. Chocaron contra algo con una fuerza alarmante y el mundo se puso del revés.

Allie se preguntó si estaba muerta.

No veía nada. Le dolía todo el cuerpo.

No podía mover el brazo izquierdo. Tenía algo duro clavado en la espalda.

Y lo peor de todo, un líquido frío y viscoso le goteaba en el rostro.

Levantó el brazo derecho para tocarse la cara; tiró de la tosca tela que la tapaba. El hombro le escoció horriblemente cuando se arrancó el saco de la cabeza.

Cuando recuperó la visión, no entendió lo que estaba viendo. Reinaba la oscuridad y nada tenía sentido. Creyó ver un volante por encima de su cabeza.

Clavó sus ojos en las llaves que pendían en lo alto y comprendió que yacía en el techo del coche volcado.

Con mucho esfuerzo, volvió la cabeza a la izquierda y vio una cara ensangrentada que la miraba fijamente. El azul de aquellos ojos vacíos le recordó a los de Jo. Gabe yacía sobre su brazo; por eso no podía moverse. Le pareció que estaba muerto, pero no podía afirmarlo con seguridad.

Gimiendo de horror, lo empujó, pero el cuerpo pesaba demasiado y cada vez que Allie se movía notaba como si un cuchillo le perforara el hombro. Usó el brazo bueno y las dos piernas para liberarse poco a poco. La maniobra la dejó exhausta y se quedó tendida, jadeando. Cuando su visión se oscureció, creyó que iba a desmayarse.

Sal, Allie, gritaba una voz en su cabeza. Sal del coche.

Le costaba muchísimo moverse. Con gran esfuerzo, se deslizó hacia la portezuela. Advirtió con una especie de curiosidad distante que su brazo izquierdo no respondía. Colgaba exánime.

Con la mano derecha, palpó la manilla de la puerta. Al principio no consiguió nada, pero tiró con más fuerza y oyó que el mecanismo cedía. Suspiró aliviada y empujó la portezuela. Se abrió unos veinticinco centímetros antes de atascarse contra un muro de nieve y ramas.

Gimiendo de dolor, Allie se dio la vuelta. Apoyó la espalda en el cuerpo de Gabe y empujó la portezuela con los pies. Luego pateó la ventanilla. Una y otra vez.

Gritaba de dolor con cada golpe, pero la puerta cedió unos centímetros por fin. Tres porrazos y se abrió lo justo para que Allie pudiera salir.

Gateó hasta la salida, deslizándose de rodillas sobre la nieve y gritando de dolor. Se quedó quieta un segundo, sollozando.

La luz de la luna se filtraba por entre los árboles. Ayudándose de una rama y con los dientes apretados para soportar el dolor, se puso en pie despacio.

Perpleja, dio una vuelta sobre sí misma. Allí no había ninguna carretera.

El coche estaba en el bosque.

Sin saber dónde se encontraba y a punto de perder la consciencia, Allie cojeó hacia el coche. Tras detenerse para recuperar el aliento, empezó a seguir las huellas de los neumáticos, a rastras entre árboles y maleza, hasta llegar al terraplén que subía hacia un camino comarcal.

El brazo le colgaba del hombro, tan inservible que Allie se asustó y se lo cogió con la mano derecha mientras se tambaleaba por la carretera desierta. Avanzaba lo más deprisa posible; sus instinto le decía que debía alejarse de aquel coche.

Vio las marcas que había dejado el auto al patinar de lado a lado antes de abandonar la carretera.

Sin embargo, la imagen era borrosa. Algo le impedía ver con claridad. Se frotó los ojos y, al bajar las manos, descubrió que las tenía cubiertas de sangre.

Estoy sangrando, pensó sin inmutarse. Supongo que era de esperar.

Oyó el motor de un coche, pero no sabía por dónde venía. Cuando intentó apurar el paso se dio cuenta de que cojeaba en zigzag por la carretera. La sangre que perdía a cada paso dejaba un rastro rojo tras ella.

Cuando vio que un coche se dirigía directamente hacia ella, Allie estaba demasiado agotada para apartarse. Medio encorvada del dolor, levantó la mano ilesa como si aquel gesto bastara para detenerlo. Aturdida, se quedó mirando la luz de los faros.

El vehículo se detuvo.

Allie oyó el chasquido de una portezuela pero solo veía una luz cegadora.

El instante se prolongó hasta el infinito.

- ¿Quién es? -quiso decir entre dientes, pero no supo si había pronunciado las palabras.

- ¿Allie? ¿Eres tú? Oh, Dios mío.

Era una voz de hombre.

La figura penetró en la zona iluminada y Allie vio su semblante horrorizado.

Raj Patel.

Justo cuando el hombre llegó hasta ella, Allie se desplomó en sus brazos.

Treinta y dos

Una luz dorada. Mantas suaves. Calor. Dolor.

Allie oía voces pero no podía despertar.

- ¿Cómo está?

- Sigue inconsciente.

- ¿Eso es malo?

- No muy bueno. Mírala, por el amor de Dios.

Alguien le sostenía la mano y susurraba junto a su oído.

Un pinchazo.

Silencio.

Allie abrió los ojos sobresaltada. Los tenía pegajosos, los párpados pesados.

Despacio, distinguió las formas de la habitación; todo era blanco. Una cama blanca. Una luz blanca que se filtraba por níveas cortinas. Paredes blancas.

Le dolía todo el cuerpo, hasta el último hueso. Cuando se humedeció los labios, notó algo raro; estaban hinchados y cortados. Intentó hablar pero tenía la boca demasiado seca.

Se moría de sed.

Con esfuerzo, Allie volvió la cabeza a la derecha. Apenas si podía moverse. Sylvain dormía en una butaca, a su lado, con los brazos cruzados sobre el pecho. Parecía joven y vulnerable.

Cuando alargó el brazo para tocarlo, un fuerte dolor le recorrió el brazo. Allie gimió y Sylvain abrió los ojos, que atraparon el reflejo de la luz como piedras preciosas.

- ¿Allie? -Sylvain se inclinó hacia ella y le tomó la mano-. Todo va bien. Estás a salvo.

Allie se sentía rara. Como si sufriera una conmoción cerebral. La voz parecía llegar de muy lejos.

- Has sufrido un accidente -le decía Sylvain.

- Ya lo sé -susurró ella, aunque las palabras sonaron amortiguadas, como si hablara a través de gasa-. Estuve allí.

Una sonrisa de alivio asomó al rostro de él, que se inclinó para besarle los dedos.

- Doctora -llamó por encima del hombro.

Apareció una mujer de blanco que la miró preocupada.

- Hola, Allie. Por favor, no te muevas.

Alargó la mano por delante de Sylvain y tomó la muñeca de Allie entre los dedos mirando el reloj al mismo tiempo. A continuación comprobó las cifras en la pantalla de la máquina que Allie tenía junto a la cama y anotó los resultados.

- ¿Cómo te encuentras? -preguntó la doctora.

- Me duele. Tengo sed.

- Te daré un calmante -le tendió a Sylvain un vaso con una pajita-. Solo unos sorbos. No la dejes beber demasiado. Vuelvo enseguida.

El chico le puso la pajita en los labios. El agua tibia sabía de maravilla. Allie se la habría bebido toda, pero él retiró el vaso. No le importó. Le dolía la garganta.

Buscó los ojos de Sylvain.

- ¿Jo?

El semblante de él no expresó nada.

- No hables, Allie. La doctora quiere que guardes silencio. Luego hablaremos.

Se asustó; el monitor que le controlaba el ritmo cardíaco pitó.

- ¿Jo?

Medio incorporado, Sylvain gritó por encima del hombro: - ¿Doctora?

- Estoy aquí -la mujer apareció junto al chico, con una jeringuilla en la mano-. Por favor, no te muevas -ordenó a Allie-. Necesitamos que estés tranquila.

Allie observó impotente cómo la doctora introducía el contenido de la jeringuilla en el gota a gota. Algo iba mal, pero no acababa de saber qué era. Luego su cerebro perdió el interés.

Se hundió en el vacío.

Cuando volvió a despertar, era de noche. Un resplandor dorado bañaba el lecho. Isabelle, en la butaca, leía un fajo de papeles. Llevaba las gafas apoyadas en mitad de la nariz.

Allie intentó llamarla, pero otra vez tenía la garganta seca. Sin embargo, la directora debió de notar el movimiento porque se inclinó hacia ella y dejó los papeles a un lado.

- Allie... toma -Isabelle le sostuvo el vaso de agua.

Aún notaba la cara hinchada, pero el dolor había menguado y Allie volvió la cabeza despacio, para comprobar si había alguien más en la habitación.

- ¿Sylvain?

Isabelle se echó hacia delante, con los ojos ensombrecidos.

- Lo he mandado a su cuarto a descansar. Lleva aquí varios días. Está agotado.

- ¿Días? -Allie miró a la directora a los ojos-. ¿Cuánto tiempo...?

- Has estado inconsciente tres días, Allie. Has sufrido daños graves; tienes una contusión en la cabeza y te has roto el brazo izquierdo.

Allie asintió apenas para indicar que no le sorprendía. Sostuvo la mirada de Isabelle.

- Jo.

La directora guardó silencio unos instantes, pero luego habló en tono grave

y firme, como si estuviera preparada para aquel momento.

- Jo no ha sobrevivido, Allie.

Alguien gimió y la muchacha se preguntó si habría sido ella. Isabelle le tomó la mano buena y se la sujetó con fuerza.

- Zoe corrió como el viento; llegamos enseguida pero Jo había perdido demasiada sangre -a la directora se le quebró la voz y aguardó un momento antes de proseguir-. No pudimos hacer nada por ella. Ya estaba muerta cuando llegamos allí.

Una lágrima surcó la mejilla de Allie.

- ¿Qué pasó?

A Isabelle le temblaban los labios.

- Encontramos algunas cosas en su habitación.

- ¿Qué? -preguntó la más joven, aunque ya se lo imaginaba.

- Cartas y notas -dijo Isabelle-. De Gabe.

Un sentimiento de odio inundó el corazón de Allie.

- Estaban en contacto desde hacía un tiempo. Le dijo que quería hablar con ella, que la echaba de menos y deseaba disculparse. Jugó con sus emociones, con los sentimientos sin resolver de ella. Debieron de quedar para aquella noche. Cuando llegó, la verja estaba abierta. Discutieron. Ella intentó escapar. Gabe tenía un cuchillo y...

Un sollozo sacudió a Allie, que soltó la mano de Isabelle para taparse la cara.

- Jo...

¿Había tenido ella la culpa? ¿Acaso Jo no la había advertido, en cierto sentido? Había dicho: «No tuve ocasión de preguntarle por qué hizo lo que hizo». ¿Por qué no se había dado cuenta de que su amiga no lo había aceptado? ¿De que insistiría en saber por qué?

Isabelle lloraba también.

- Hiciste todo lo que pudiste, Allie. Nadie podría haberla salvado.

Pero no era verdad.

A primera hora de la mañana siguiente, Rachel se presentó en la habitación de Allie con una taza de café caliente y un cuenco de gachas. Tenía los ojos rojos e hinchados pero no lloraba.

- No sé si esta gente te da de comer -dijo forzando una sonrisa triste.

Sentada en la butaca, junto a la cama, removió las gachas («¡con azúcar moreno y canela, como a ti te gustan!»). A Allie le costaba comer debido al estado de su mandíbula y su garganta, pero descubrió sorprendida que estaba hambrienta. Rachel le ofrecía cucharadas pequeñas y aguardaba paciente a que su amiga se las tragara. Cuando Allie no quiso más, cerró la puerta de la habitación, apartó la mesa y se sentó en la cama junto a su amiga, con cuidado de no moverle el brazo roto. Luego Rachel le tomó la mano buena y le explicó cuanto sabía.

Todo parecía indicar que Gabe le hacía llegar las notas a Jo a través del espía de Nathaniel. Seguramente le había enviado la última la noche del baile, y el espía había hecho correr el rumor de que alguien había entrado en el colegio. Debían de ser sus pisadas las que vieron los guardias en la nieve. Esa persona debía de introducirlas en la habitación de Jo mientras ella dormía. No estaban seguros de si Jo conocía su identidad. Tal vez hubieran establecido algún sistema para que Jo le entregara sus respuestas.

- Y entonces, justo antes de las once, esa persona, quienquiera que fuera, abrió la puerta -dijo Rachel.

El corazón de Allie latía con una intensidad antinatural.

- La puerta se abre por control remoto desde el despacho de Isabelle -explicó Rachel-. No hay otra manera. De modo que el que la abrió disfruta de la suficiente confianza como para entrar en el despacho sin despertar sospechas. Un profesor, seguramente. Aunque podría ser un alumno avanzado de la Night School.

Allie notó que le faltaba el aire. Se obligó a seguir respirando.

Isabelle y Raj creían que el conductor había aparcado en el bosque, a unos cien metros de la entrada. Gabe continuó a pie desde allí para reunirse con Jo.

- No sabemos por qué la mató. Puede que ella lo amenazara con revelar sus encuentros a Isabelle o a mi padre -la mano de Rachel era cálida al tacto-. O quizás solo quiso hacerle daño y se le fue la mano. Sea como sea, mi padre cree que Gabe sabía que tú y Zoe estaríais patrullando a esa hora. Y que solo la necesidad de ayudar a una persona querida podría impulsarte a salir del recinto.

Una lágrima rodó por la cara de Allie hasta la almohada. Cerró los ojos, ansiosa de que la historia llegase a su fin.

- Y después, se limitó a esperar allí a que llegaras.

El llanto sacudió los hombros de Allie.

- Sin embargo, no contó -Rachel también sollozaba; se le quebró la voz

mientras acariciaba el cabello de Allie-con que te defenderías como una fiera.

Jo fue enterrada en Nochebuena en el cementerio Highgate de Londres. Escasean las noticias en vacaciones, de modo que los periódicos nacionales publicaron la historia. Todos informaron de la trágica muerte de una adolescente rica y hermosa en un terrible accidente provocado por el hielo de la carretera.

Epílogo

Diez pasos, once pasos, doce pasos...

Allie recorría el pasillo de la enfermería con paso lento y cansino. Diecisiete pasos interminables desde la sala hasta la ventana del fondo, y diecisiete más desde la sala hasta la escalera. Le temblaban las piernas. Arrastraba las zapatillas de estar por casa como una zombi.

- ¿Sigues practicando? -la enfermera se detuvo a mirarla con expresión cariñosa-. Estás mejorando mucho, Allie.

Apretando los dientes, Allie dio el paso decimoséptimo y se paró a respirar. Le sudaba la cara.

- Gracias.

Intentó sonreír pero seguramente solo hizo una mueca. No sonreía mucho últimamente.

- No te esfuerces demasiado -le recomendó la enfermera mientras se dirigía a las escaleras-. Tómalo con calma.

Le habían quitado el vendaje del ojo izquierdo y empezaba a ver un poco con él, aunque aún lo tenía hinchado. Le dieron varios puntos junto al nacimiento del pelo, donde la habían golpeado. Todavía llevaba enyesados el hombro y el brazo izquierdos, que se sostenían alzados formando un ángulo absurdo.

- Vale -contestó. Se dio media vuelta e inició su tembloroso avance en la otra dirección.

... cinco pasos, seis, siete...

- ¿Te dejan caminar sola?

Allie alzó la vista y vio a Carter, que contemplaba su lenta marcha plantado

en lo alto de las escaleras.

- Siempre y cuando no me esfuerce demasiado.

- ¿Y no te estás esforzando demasiado?

Carter tenía la mirada triste.

- Seguramente.

- Me lo imaginaba.

- ¿Cómo estás? -Allie lo miró preocupada-. Desde que... ya sabes.

Allie solo había visto a Carter una vez desde la muerte de Jo, y lo había encontrado pálido y aturdido, pero en aquel entonces Allie estaba tan triste y desorientada por los calmantes que no había podido decirle nada amable.

- No me puedo creer que me preguntes eso. ¿Acaso no hay espejos aquí arriba?

- No -replicó Allie-. Los médicos no se reflejan. Se vuelven locos.

- Pensaba que eso solo les pasaba a los vampiros.

Ella se encogió de hombros e hizo una mueca de dolor. Había olvidado que aún no podía hacer gestos.

- Vienen a ser lo mismo.

- Bueno, no tengo nada que hacer -manifestó Carter-. Podría compartir un rato tu fascinante recorrido. Me gustan las vistas: baño, cama, escaleras, pared...

Intentaba animarla, como todo el mundo. Por desgracia, las personas que están tristes difícilmente te levantan el ánimo.

- He conocido a tus padres -el chico cogió el brazo bueno de Allie y la acompañó por el pasillo-. Me han parecido simpáticos.

- ¿Estás seguro de que eran mis padres? -apretando los dientes, Allie levantó el pie-. A lo mejor te has confundido con los padres de otro.

Carter estuvo a punto de sonreír.

- Decían llamarse señor y señora Sheridan, así que estoy seguro de que eran los tuyos.

- No los creas. Son muy mentirosos -Allie tenía dificultades para respirar a causa del dolor-. En cualquier caso, ahora que estoy mejor voy a mandarlos a casa.

- Bueno, es un detalle que hayan venido a verte.

Ella no respondió.

- ¿Te puedo hacer una pregunta? -dijo Carter después de dos circuitos completos-. ¿Por qué lo haces?

- No me dejarán bajar hasta que sea capaz de recorrer la sala diez veces sin caerme, desmayarme o algo por el estilo -explicó Allie-. Me muero por bajar.

- ¿Cuántas veces la has recorrido hoy? -preguntó él cuando llegaron al final del pasillo.

- Ocho.

Agotada, Allie se apoyó contra la pared para descansar.

Carter la miró preocupado.

- Deberías dejarlo por hoy.

Ella se encogió de hombros e hizo una mueca.

- No, si me divierte -Allie se apartó el pelo de la cara y dijo-: Pero si tú estás cansado, podemos descansar.

De repente, Carter se acercó a ella y le rozó la coronilla con los labios.

- Lo siento muchísimo, Allie.

La muchacha apartó la vista y parpadeó para reprimir las lágrimas que amenazaban con desbordarla.

- Yo también. No me hago a la idea. No me parece real. La echo de menos.

Al darse la vuelta, Allie dio un paso y de inmediato perdió el equilibrio. Como si lo hubiera presentido, Carter la sujetó y la guio hacia la cama.

- Muy bien, señorita Sheridan, creo que ya ha hecho usted suficiente ejercicio por esta tarde.

Allie se tendió en la cama sin discutir. Él le tapó las piernas y colocó la mesa en su sitio. Cuando la hubo acomodado, se encaminó a la puerta. Por un momento, ella creyó que se iría sin decirle adiós.

Sin embargo, en el último momento, Carter se volvió a mirarla.

- Sigue respirando, Allie.

Haciendo esfuerzos por no llorar, ella asintió. Contó los pasos de él mientras Carter se alejaba.

Cuando lo hubo perdido de vista, susurró:

- Eso siempre.

Agradecimientos

Ninguno de mis libros valdría la pena si no fuera por los largos paseos que doy con mi marido, Jack Jewers, que me escucha tranquilamente cuando me pongo histérica y luego me ayuda a encontrar una solución, por lo general antes de que el perro salte al río y nos empape a los dos. Gracias, amor mío, por tu paciencia, tu consideración y tu genialidad.

Envío un abrazo a todos los de Atom, sobre todo a mi excelente editora, Samantha Smith, que lee el primer esbozo, ladea la cabeza y dice: «¿Y si...?». Tras eso, el libro es mucho mejor. Gracias también a Katherine Agar por hacer el seguimiento de todo y enviarme paquetes llenos de libros. Y un gran saludo a Sandra Ferguson, que corrige en silencio mis muchas faltas de ortografía.

No estaríais leyendo esto si no fuera por mi maravillosa agente, Madeleine Milburn, que me defiende con uñas y dientes. Gracias por tu amistad y por ser una campeona. ¡Juntas conquistaremos el mundo!

También quiero dar las gracias a mis musas, Kate Bell, Hélène Rudyk y Laura Barbey, que fueron las primeras en leer este libro. Os agradezco que me hayáis prestado vuestro tiempo, vuestra inteligencia y también vuestra sinceridad. El libro es mejor gracias a vosotras.

A mis buenos amigos Mark Lacey y Paul ('Harry') Harrison, gracias por prestarme vuestros nombres. Son fantásticos.

Y por fin... Un agradecimiento muy especial a Blacks de Dean Street, Londres, por proporcionar un refugio a los escritores, por dejar que me saltara el «Reglamento» y permitir que usara el portátil después de las seis. El capítulo doce es VUESTRO.

Sobre la autora

Antigua reportera de crónica negra, escritora de temas políticos y periodista de investigación, **C. J. Daugherty** ha escrito también varios libros de viajes sobre Irlanda y Francia. Aunque abandonó el mundo de la crónica negra hace años, nunca ha perdido la fascinación por los mecanismos que impulsan a algunas personas a hacer cosas terribles y tampoco por los que dedican la vida a perseguir a esos criminales. La serie *Night School* es el resultado de esa fascinación.

C. J. Daugherty vive en el sur de Inglaterra con su marido y una pequeña colección de mascotas; para saber más de ella, entra en www.cjdaugherty.com



Título original: *NIGHT SCHOOL II. EL LEGADO*

© Del texto: 2013, C. J. Daugherty

© De la traducción: 2013, Victoria Simó

© Del diseño de cubierta: 2013, Beatriz Tobar

© De la imagen de cubierta: Josefine Jonsson

© De esta edición:

2013, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6

28760 Tres Cantos - Madrid

Teléfono 91 744 90 60

Telefax 91 744 92 24

www.librosalfaguarajuvenil.com

ISBN ebook: 978-84-204-1419-5

Conversión ebook: David Rico Pascual

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).



Alfaguara Juvenil es un sello editorial del Grupo Santillana

www.librosalfaguarajuvenil.com

Argentina

www.librosalfaguarajuvenil.com/ar

Av. Leandro N. Alem, 720

C 1001 AAP Buenos Aires

Tel. (54 11) 41 19 50 00

Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia

www.librosalfaguarajuvenil.com/bo

Calacoto, calle 13, n° 8078

La Paz

Tel. (591 2) 277 42 42

Fax (591 2) 277 10 56

Chile

www.librosalfaguarajuvenil.com/cl

Dr. Aníbal Ariztía, 1444

Providencia

Santiago de Chile

Tel. (56 2) 384 30 00

Fax (56 2) 384 30 60

Colombia

www.librosalfaguarajuvenil.com/co

Carrera 11A, nº 98-50, oficina 501

Bogotá DC

Tel. (571) 705 77 77

Costa Rica

www.librosalfaguarajuvenil.com/cas

La Uruca

Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste

San José de Costa Rica

Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05

Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador

www.librosalfaguarajuvenil.com/ec

Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre

Quito

Tel. (593 2) 244 66 56

Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador

www.librosalfaguarajuvenil.com/can

Siemens, 51

Zona Industrial Santa Elena

Antiguo Cuscatlán - La Libertad

Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20

Fax (503) 2 278 60 66

España

www.librosalfaguarajuvenil.com/es

Avenida de los Artesanos, 6

28760 Tres Cantos - Madrid

Tel. (34 91) 744 90 60

Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos

www.librosalfaguarajuvenil.com/us

2023 N.W. 84th Avenue

Miami, FL 33122

Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32

Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala

www.librosalfaguarajuvenil.com/can

26 avenida 2-20

Zona nº 14

Guatemala CA

Tel. (502) 24 29 43 00

Fax (502) 24 29 43 03

Honduras

www.librosalfaguarajuvenil.com/can

Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán

Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626

Boulevard Juan Pablo Segundo

Tegucigalpa, M. D. C.

Tel. (504) 239 98 84

México

www.librosalfaguarajuvenil.com/mx

Avenida Río Mixcoac, 274

Colonia Acacias

03240 Benito Juárez

México D. F.

Tel. (52 5) 554 20 75 30

Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá

www.librosalfaguarajuvenil.com/cas

Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,

Calle segunda, local 9

Ciudad de Panamá

Tel. (507) 261 29 95

Paraguay

www.librosalfaguarajuvenil.com/py

Avda. Venezuela, 276,

entre Mariscal López y España

Asunción

Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú

www.librosalfaguarajuvenil.com/pe

Avda. Primavera 2160

Santiago de Surco

Lima 33

Tel. (51 1) 313 40 00

Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico

www.librosalfaguarajuvenil.com/mx

Avda. Roosevelt, 1506

Guaynabo 00968

Tel. (1 787) 781 98 00

Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana

www.librosalfaguarajuvenil.com/do

Juan Sánchez Ramírez, 9

Gazcue

Santo Domingo R.D.

Tel. (1809) 682 13 82

Fax (1809) 689 10 22

Uruguay

www.librosalfaguarajuvenil.com/uy

Juan Manuel Blanes 1132

11200 Montevideo

Tel. (598 2) 410 73 42

Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela

www.librosalfaguarajuvenil.com/ve

Avda. Rómulo Gallegos

Edificio Zulia, 1º

Boleita Norte

Caracas

Tel. (58 212) 235 30 33

Fax (58 212) 239 10 51